VEINTE MILLAS

Macarena Fedriani

VEINTE MILLAS

Macarena Fedriani

VEINTE MILLAS

Macarena Fedriani

Para Ana y Rafael, mis bisabuelos.

Y para todos los que murieron en el España 3

aquella terrible madrugada.

Para Adri, Javi y Fran. Para ellos, siempre.

AGRADECIMIENTOS

A todos los miembros de las familias Guitián y Torres. De forma particular, gracias a mis tíos Ginés y Signy, a mi tía Angué, a mi tío Pepo y, cómo no, a mi madre, Macarena.

También mi agradecimiento para los cronistas oficiales de Cartagena por su impresionante labor de difusión de la historia de la ciudad.

De igual modo, gracias a todas las personas del Archivo Municipal de Cartagena, del Archivo de la Marina «Álvaro de Bazán», del Archivo General Militar de Madrid y del Archivo General Militar de Segovia que amablemente atendieron mis consultas y tramitaron mis peticiones. Mención especial para Esperanza, del Archivo Naval de Cartagena, que me dedicó su tiempo y compartió conmigo sus amplios conocimientos, siempre con una sonrisa.

Finalmente, gracias a mi editor, Javier Salinas, de Malbec ediciones, y a todos los que han hecho posible, de una u otra forma, que este libro vea, por fin, la luz.

Nadie se acuerde de mí

cuando no pueda acordarme.

No todos sabrán que fui

extensa como la tarde,

solitaria como el mar

aunque la surquen las naves.

Yo quisiera que después

alguien pueda descifrarme

como un mensaje de piedra

que fue encerrado en el aire.

Solo un hueco en el vacío

para poder alojarme.

CARMEN CONDE. Madrid, diciembre de 1969.

Primera Parte

1

«Cuando un ser querido se convierte en un recuerdo,

la memoria se convierte en un tesoro».

J. R. R. Tolkien

La muerte revolotea a mi alrededor y me recuerda a esas moscas pesadas que se cuelan en la casa en verano, sobre todo cuando huele a los guisos de Lolines. La pobre lo llena todo de lavanda porque alguien le dijo una vez que eso las espanta, pero no sirve de nada y siempre termina armada con un trapo de cocina, persiguiéndolas por todos lados.

«Hijas de mala madre», grita sudorosa y congestionada mientras trata de darles caza, pero las moscas ni se inmutan, parece que tuvieran los nervios de acero. Siguen volando por la habitación como si nada. Yo me río al ver a Lolines atizando sacudidas al aire y resoplando furiosa, pero pienso que, en realidad, la muerte es un adversario parecido a las moscas, porque, como ellas, también se sabe ganadora. Por eso, sé bien que sería inútil tratar de espantarla a base de manotazos.

En efecto, mi hora está cerca. Lo presiento. No hay que ser un lince para comprender que, a mi edad, ya está todo el pescado vendido. Pero, además, se da la circunstancia de que he tenido premoniciones o avisos cuando alguien va a morir desde que era cría y sé de lo que hablo. La intuición solo me falló una vez, cuando lo de Rai, y lo pagué bien caro, porque, desde entonces, veinte millas y una eternidad nos separan.

Puede parecer raro, pero dejar de existir no es algo que me preocupe. Mi apego por este mundo está tan ajado como las cartas más antiguas de Rai que se desintegran entre los dedos. Incluso el pensamiento de poder volar y liberarme por fin de la decadencia de este cuerpo viejo y cansado me parece deseable. En la ancianidad, lo físico se transforma en una cárcel.

El problema de morir es, por tanto, otro. El verdadero problema de morir es que mi memoria morirá conmigo y, con ella, los recuerdos en los que habitan aquellos a quienes amé. El auténtico problema de morir es que esas personas también dejarán de existir cuando yo lo

haga, porque ahora solo lo hacen en mi cabeza. Me cuesta asumir la idea de que no quedará ni una mísera huella de su paso por el mundo, de que nadie sabrá quiénes fueron ni lo que les ocurrió. En cierto modo, cuando eso suceda, será como si nuestra desgracia no hubiese servido de nada. Es por ello por lo que quiero contar mi historia o, mejor dicho, la de Rai.

—Pero, señora, revivir aquello solo le traerá lágrimas y dolor —dice Lolines con preocupación cuando le explico lo que me propongo hacer. Ella es casi tan anciana como yo, así que también sabe lo suyo de pérdidas y sacrificios—. ¿Está segura de que es lo que quiere?

—Por supuesto que no, qué cosas tienes —contesto—. Pero debo hacerlo. Para poder irme en paz.

Digo esto y pienso en mis nietos y en sus hijos y en todos los que vendrán después. Tienen derecho a saber. Mientras, preparo el escritorio de mi cuarto porque, como cada vez que trabajo en una historia, necesito crear el ambiente perfecto para zambullirme en ella. Esparzo las cartas de Rai por la mesa, que son más de quinientas. Luego saco la vieja lata de bombones donde guardo la mayoría de mis fotos y recuerdos y, finalmente, le pido a Lolines que me traiga la máquina de escribir.

Ella me mira con reprobación, pero obedece y se marcha a buscarla. La escucho mascullar de camino a la sala y me río por dentro. Nunca cambiará. Entonces cojo el guardapelo que siempre llevo colgado al pecho y lo dejo sobre la mesa. Lo abro y contemplo el interior donde, desde una foto en blanco y negro, Rai sonríe, joven y apuesto, como lo ha hecho en las últimas cinco décadas. A pesar de la distancia, él también me acompañará en este viaje.

Lo más difícil al narrar algo es elegir el comienzo. A pesar de todas las páginas que he escrito a lo largo de mi vida, en esta ocasión no tengo ni idea de por dónde empezar. Me quedo pensativa por unos instantes, pero luego miro a Rai y le digo en voz alta:

—Está bien, cariño, empezaré por dónde a ti te habría gustado.

«No podíamos vernos.

Sin embargo, nos hemos estado queriendo todo el tiempo».

El gran Gatsby.

Francis Scott Fitzgerald

Conocí a Rai en 1920, cuando yo solo tenía quince años y él era un alférez de apenas diecinueve. Me da vértigo pensar lo rápido que ha pasado el tiempo y lo difícil que resulta ahora pintar aquel mundo, porque no se parece en nada al actual.

Entonces, todo había quedado destrozado con la Gran Guerra que acababa de terminar y también con la epidemia de gripe española, que se llevó a muchos de nuestros seres queridos. Eran millones los muertos y tullidos que pesaban sobre la conciencia colectiva. No hubo ataúdes para dar sepultura a tanta gente ni oraciones suficientes para rogar por todas las almas. Pero tampoco tuvimos tiempo para asimilar tanta desgracia. Sabíamos que la vida era breve y que debíamos aprovecharla, de modo que mi generación optó por zambullirse de lleno en los seductores años veinte, sin nostalgias ni apegos y sin mirar hacia atrás.

A Cartagena le decían por aquel entonces *le petit Paris* o «la París en miniatura», que a mí siempre me gustó más. La ciudad era como un ave fénix que renacía una y otra vez sobre sus cenizas. Tras la crisis minera de 1910, que dejó tras de sí paro y hambre, llegó la del comercio marítimo como consecuencia de la guerra mundial. Luego vinieron las epidemias, gripe y tifus, que diezmaron a la población, sobre todo entre las clases más humildes. Y, finalmente, el broche de oro lo puso, en el año 1919, una terrible inundación que sumergió a la ciudad bajo el agua tras una tormenta de la que se habló durante años. Más de tres metros llegó a cubrir en algunas zonas y Cartagena se convirtió en aquella Atlántida de la que hablaban las leyendas antiguas que tanto me gustaban de cría. «Muertos, ruina y desolación», rezó el titular en la prensa junto con multitud de cifras imposibles sobre las vidas, las mercancías, los negocios y los hogares echados a perder.

Con tanto desatino, y con otros problemas sociales acuciantes como el analfabetismo o la lucha obrera, Cartagena se resistía rebelde a la mediocridad que parecía venirle dada. Al contrario, reivindicaba

su papel de ciudad de gran solera y de progreso. Lo logró. Construyó su esplendor de la mano de grandes arquitectos modernistas que la engalanaron con edificios que, a pesar de las bombas durante la guerra, han sabido envejecer mejor que yo. También fue surgiendo poco a poco una industria de empresas navales, metalúrgicas, químicas, y fábricas de vidrio y cerámica. Con ella y con su arraigada tradición militar, emergió una clase burguesa y próspera que vivía en los lugares privilegiados y que fue decisiva para que el lujo y el glamur se instalasen en la vida cartagenera: teatros, balnearios, casinos, fiestas, desfiles y veladas marítimas fueron una constante en aquellos años maravillosos.

Y a esa ciudad bulliciosa y cosmopolita regresé yo algún tiempo antes, cuando mi padre, el comandante Aldave, tras estar destinado en Melilla tomando parte en la primera guerra de Marruecos, fue nombrado jefe del Segundo Batallón del Regimiento de Infantería de Sevilla número 33 y ascendido poco después a teniente coronel.

Me acuerdo muy bien de aquello. Si cierro los ojos, casi puedo oler el aroma a yodo y a sal y sentir la brisa del mar en la cara, como si volviera a aquella mañana en la que, desde el puente del barco procedente de Melilla, sonreí con regocijo al avistar el puerto. «Jamás volveré a irme de aquí», pensé. Y era un poco absurdo, porque mi padre, en el ejército, tenía destinos muy diversos y, como yo era su única hija, jamás consideró la idea de trasladarse a ninguno de ellos sin llevarnos a mi madre y a mí consigo. Tenía muchas papeletas de tener que volver a marcharme de nuevo, como de hecho ocurrió; pero, en ese momento, solo deseaba quedarme allí para siempre.

* * *

Nuestro primer encuentro ocurrió una tarde de principios de junio. El cielo estaba completamente despejado, sin nubes, surcado por un montón de gaviotas vigilantes. El sol lucía con intensidad, aunque el calor todavía se toleraba. La primavera se iba retirando con timidez para dejar paso a un verano que venía con fuerza.

La plaza del Rey estaba muy concurrida. Había algunos niños que jugaban a la peonza, y sus risas y gritos, junto con el graznido de las aves, conformaban el sonido de fondo. También había parejas que paseaban, atareados trabajadores de los comercios de alrededor y, por supuesto, un trasiego continuo de oficiales que salían del Arsenal. Olía a mar y a la brea de los barcos del muelle, pero también a café y al perfume de Adela, una delicada agua de rosas.

Aquella tarde, como muchas otras, me acompañaban Adela Mota y Luisa Portela, mis mejores amigas. Estábamos sentadas en un banco, junto a un quiosco que antes había en medio de la plaza, conversando. Estudiábamos juntas en la academia de señoritas de doña Elisa, y después de las clases nos gustaba sentarnos allí a charlar antes de ir a casa. Otras veces, íbamos a comprar pasteles a alguna confitería de la calle Mayor, pero aquella tarde no, creo que porque yo estaba contrariada por una prueba de mecanografía que no me había salido bien.

Me gustaba mucho escribir a máquina y mi padre, tiempo atrás, me había regalado una Remington para que le ayudara a pasar sus informes a limpio. El día que la trajo a casa fue uno de los mejores de toda mi vida. Nada más verla la llamé Rocinante porque, como dije con guasa parafraseando a Cervantes, «a lomos de este rocín conoceré yo la libertad». Al oírme, mi madre puso cara de desaprobación y miró a mi padre, preguntándole con los ojos cómo demonios meterían a esa hija díscola en vereda. Pero este solo sonrió al verme tan entusiasmada.

Me pasaba largas horas aporreando las teclas. Quería ser la mejor mecanógrafa de Cartagena, lograr más pulsaciones por minuto, conseguir que mis dedos teclearan, ágiles y veloces, palabras que llenasen páginas enteras en apenas unos instantes. Al practicar, me inventaba también los textos, porque junto a mis aspiraciones con la máquina de escribir convivían también las literarias.

—Alba, has tenido la mejor marca de la clase, no sé por qué te quejas —trataba de consolarme Luisa, que había sacado peor nota, pero aun así estaba satisfecha.

Me miraba como si yo fuese un marciano, incapaz de comprender mis frustraciones. ¿Para qué querría una muchacha ser la mejor con la máquina de escribir? Sus dudas eran naturales. Nos enseñaban muchas cosas en la academia: francés, protocolo, música, costura, cocina y poesía. Pero el propósito de todo ese aprendizaje no era otro que prepararnos para ser jovencitas perfectas, dignas esposas y mejores madres. Solo era necesario adquirir unas nociones básicas de todo. En realidad, no era recomendable ambicionar algo más. Demasiado interés por el conocimiento delataba en la mujer una cierta naturaleza rebelde que podía apartarla de sus verdaderas obligaciones en el hogar.

—No es suficiente —respondí sin disimular mi mal humor.

Luisa se encogió de hombros y las dos nos callamos. Yo me puse a pensar cómo iba a sacar más horas al día para practicar con Rocinante. Pero en ese momento, la voz de Adela me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Habrase visto! —masculló con irritación.

—¿Qué pasa? —pregunté distraída.

Señaló con su dedo hacia la entrada del parque y vimos que se acercaban hacia nosotras un par de jóvenes oficiales. A uno de ellos lo reconocí enseguida. Era Juan, el hermano de Adela. Luisita se puso nerviosa y comenzó a moverse en su asiento sin parar, porque estaba loca por él.

—Para quieta de una vez, Luisa —la reprendí. Ella se hizo la ofendida, pero, afortunadamente, obedeció.

Al otro oficial no lo conocía, al menos no de primeras. Los dos venían directos hacia nuestro banco, sonriendo, con sus elegantes uniformes de verano y la gorra calada de una forma que les daba un aspecto distinguido.

Adela, sin saludar siquiera a su hermano, increpó directamente al acompañante.

—Vaya, vaya. El señor Raimundo Guitián… ¡Qué desfachatez! ¿Puede saberse cuándo has vuelto?

Yo seguía pensando en la prueba de nivel de mecanografía. Me interesaba poco la conversación. Juan y yo no nos veíamos desde que éramos niños, pues primero yo había estado viviendo en Melilla, y luego él se había marchado a la Escuela de San Fernando como aspirante de Marina. De críos habíamos jugado juntos y me caía bien, era simpático y extrovertido, pero nada podíamos tener en común tras tanto tiempo distanciados.

Sin embargo, el hecho de que el tal Raimundo no respondiera los envites de Adela sí captó mi atención. Su silencio no presagiaba cosas buenas porque no le iba a sentar nada bien a la fierecilla de la Mota. Y la Mota enfadada era algo que ninguno de nosotros hubiésemos querido ver. ¡Menudo carácter tenía! Así que, inquieta por lo que pudiera suceder después, levanté la cabeza y me di cuenta de algo que me incomodó bastante.

Aquel oficial descarado no dejaba de mirarme. Miraba

secuencialmente mis ojos, mis labios, mi cuello y al final bajaba despacio hasta mis manos. Me pareció que estudiaba cada uno de mis dedos, la forma ovalada de mis uñas, la sortija arabesca que llevaba en el dedo anular derecho y que me había regalado mi abuelo Pepe muchos años antes tras regatear durante horas, según dijo, en uno de esos exóticos zocos marroquíes. Su manera de escudriñarme me parecía incluso descortés. Sin embargo, no dije nada. Sonreí con timidez y bajé la mirada, aunque enseguida me arrepentí de mostrarme como una niña vergonzosa y sin recursos.

—Rai, ¿vas a decir algo? Hijo, debe ser el calor, pero estás *alelao* —exclamó Adela con impaciencia, mientras sacaba un abanico del bolso.

Este reaccionó por fin. Noté una sutil expresión de fastidio en su cara. Con los años me haría experta en detectar esos gestos suyos, imperceptibles para el resto.

—Adela, mujer, si es que acabo de llegar…

Ella puso los ojos en blanco.

—No mientas. Sé que llevas semanas aquí. Eres un soso y un *desaborío*.

Rai se quedó cortado. Aun así, intentó defenderse:

—No le he dicho a nadie que estoy aquí, es verdad, pero es porque me marcho enseguida. El día 8 embarco en el *Alfonso XIII* y voy a estar fuera muchos meses.

—Ya no me creo nada. Seguro que es otro embuste…

—Que no, que te digo la verdad. Primero iremos a Canarias y luego nos vamos a América: La Habana, Puerto Rico, Norfolk y Nueva York. Ya sabes, tenemos que acumular horas de navegación si queremos ascender —dijo encogiéndose de hombros.

Miró a Juan buscando en él un apoyo. Este asintió y le echó un capote.

—Bueno, hermanita, déjalo ya, que pareces la Santa Inquisición. Tal vez sería bueno que nos presentases a tus amigas.

En ese momento, a Adela le cambió la cara. No había hecho las presentaciones, lo que era una absoluta descortesía. Me reí sin poder

evitarlo. Me imaginé a doña Elisa, nuestra profesora de la academia, saliendo de algún lado para reprenderla. Se pasaba la vida insistiendo en ese tipo de cuestiones de protocolo.

—Disculpad, llevas razón, Juan. Chicas, este es mi hermano y ese es un amigo de toda la vida, Raimundo Guitián —dijo, poniendo una mueca de desdén al nombrarle.

—Rai —le corrigió este con sus ojos negros clavados de nuevo en mí.

—Ellas son mis amigas, Luisa Portela y Alba Aldave —añadió Adela.

Como cabía esperar, intercambiamos saludos y llegó un momento en que me quedé contemplando divertida a Guitián. Me miraba como hipnotizado. Se había quitado la gorra y me fijé en su pelo, fuerte y grueso, muy oscuro, peinado hacia atrás, tupido como un visón.

—Yo te conozco —dijo, al fin, satisfecho como si hubiera descubierto algo importante—. Tú eres la marquesita, la de Guelaya.

Asentí sonriendo, esta vez, lo admito, con coquetería.

Me había reconocido.

* * *

Al oír aquello, Adela levantó las cejas con sorpresa.

—¿Os conocéis? —dijo mirándome fijamente a mí, no a él. Si una mirada sentenciara, yo habría sido condenada a muerte en ese preciso instante por alta traición.

Me sentí cuestionada, de modo que respondí con voz temerosa.

—Yo no me acuerdo.

Era la verdad, pero sonaba a excusa. El miedo a veces nos convierte en culpables de crímenes que no hemos cometido, solo porque nos bloquea y nos impide defender nuestra inocencia. Adela había conseguido intimidarme y mi comportamiento nervioso reafirmaba el suyo acusador.

Rai notó mi desconcierto y le vi sonreír por primera vez. Debía parecerle divertido que ahora la que estuviera en un aprieto fuera yo y no él. Eso me exasperó y lo fulminé con la mirada. Solo entonces

reaccionó.

—Igual no hemos tratado nunca en persona, pero la familia Aldave es muy conocida. Además —dijo mirándome a mí de nuevo—, creo que te vi una vez con tu abuelo, justo cuando el rey le concedió el marquesado, caminando por la calle Mayor.

Adela arrugó las cejas con desconfianza. La explicación de Rai no parecía convencerla del todo, pero no se atrevió a seguir indagando por miedo a quedar en evidencia.

—Y dime, ¿cuándo vas a venir a casa? Mamá se alegrará mucho de verte —dijo centrando por fin su atención en él, lo que me alivió bastante.

—De eso veníamos hablando —exclamó Juanito—. No paro de insistirle en que venga a cenar a casa esta noche, pero no hay manera. Le he dicho que habrá croquetas de jamón, que le encantan, y que mamá hará su lasaña de atún, pero ni por esas. No quiere. A ver si tú tienes más suerte y le convences, hermanita.

Rai sonrió por segunda vez. Se puso la gorra de nuevo.

—No es que no quiera, ya te lo he dicho, Juan. Cuando vengo a la ciudad, tengo que ocuparme de mi madre. Desde que mi padre murió, no es la misma. Estoy seguro de que lo comprendéis.

—Pero, Rai, por una noche que salgas no va a pasar nada —dijo este, y luego buscó los ojos de su hermana, como si esperara que ella fuera capaz de decir algo más convincente.

—¿Vas a decirme que tus hermanos no pueden arreglárselas solos un rato mientras cenamos? Puedes estar en casa a medianoche, como la Cenicienta —fue lo que argumentó ella, imbatible.

—No es que no puedan. Es que no quiero que lo hagan. Llevo meses fuera. Siento que tengo que aprovechar cuando estoy aquí para cuidar de todos.

—Un viejo. Siempre he dicho que, en vez de veinte años, parece que tienes cincuenta —sentenció Juanito resoplando.

Rai rio. El resto también lo hicimos.

—No te rías. Mamá se va a enfadar —le reprendió Adela, irritada por no lograr su objetivo.

Rai la miró con cariño y le dijo:

—Nada de eso. Tu madre sabe que soy un buen hijo.

En ese momento, yo, que asistía con interés a la escena, desvié la mirada y mis ojos se posaron en el Arsenal. Desde donde estábamos, se veía la puerta neoclásica de Tallarie. Siempre he pensado que ese reloj, desde su torre, parece gritarle al mundo que está ahí para desafiar el paso del tiempo. Pero, en ese instante, ese mismo reloj lo único que gritaba era que se había hecho muy tarde y que yo debía salir corriendo para casa. ¿Cómo no me había percatado de la hora que era? Mi madre iba a matarme.

—¡Disculpad! Tengo que marcharme. Oh, por Dios, es tardísimo. Nos vemos mañana, chicas. Rai, ha sido un placer. Juan, me ha alegrado verte. ¡Hasta pronto! —dije agitando la mano a modo de despedida mientras me iba alejando.

Entonces yo vivía en el 46 de la calle Mayor, aunque eso no indica mucho hoy en día, ya que la calle ha sufrido unas cuantas renumeraciones. Baste decir, en todo caso, que la parte de atrás de mi casa daba a la propia plaza, pero para acceder a ella había que dar todo un rodeo por la calle Comedias y entrar al portal desde la calle Mayor.

En ello estaba cuando, al dejar a mi derecha el Teatro Principal, Rai, que me había seguido, se puso a mi altura y dijo:

—¿Puedo acompañarte?

Me puse nerviosa y miré hacia atrás, percatándome de que los demás observaban la escena con verdadero interés.

—Mejor no, mi madre me matará si me ve llegar contigo —le dije, aunque creo que tenía más miedo de los celos de Adela Mota que de la reacción de los míos—. Si quieres, nos vemos mañana en La Royal y te dejo que me invites a algo.

No sé por qué lo dije y, nada más hacerlo, me di cuenta de lo inapropiado que había sido mi comentario. Definitivamente no era el tipo de proposiciones que se esperaban de una chica bien educada como yo, pero supongo que me sentía observada por nuestros amigos y, en realidad, solo quería que esa situación tan comprometedora terminara de una vez, así que dije lo primero que se me ocurrió. Ahora ya estaba hecho y no podía dejar que él viera que me arrepentía. Tan terrible como ser demasiado osada era que él pensara

que yo no era más que una de esas muchachas puritanas de nuestra época. No resultaba fácil encontrar el equilibrio entre los rígidos convencionalismos de entonces y el afán de reivindicar que las mujeres podíamos ser independientes y modernas. Rai, sin embargo, pareció complacido con mi propuesta.

—Está bien —respondió tras sopesarla unos instantes—. A las cinco y media te espero allí.

Luego le vi volver junto a los otros y suspiré con alivio. Seguí caminando, tratando de no mostrarme acelerada, hasta que, al torcer la esquina, cuando supe que ya ninguno podía verme, salí corriendo sin parar hacia mi portal. Al entrar en casa, todavía sin aliento, encontré a mis padres sentados en el primer piso donde el salón del té, como llamábamos a la estancia en la que recibían a las amistades. Estaban con una visita y la escena era la misma que muchas otras tardes; sin embargo, en esta ocasión, mi madre me taladró con la mirada. Quería dejarme bien claro que estaba furiosa. Le gustaba que volviera temprano para ayudarle a atender a los invitados y seguro que pensaba que esas horas de llegar no eran de recibo.

—¿Te acuerdas de los marqueses de Fuentelaguna, Alba? —dijo disimulando su disgusto.

Yo asentí y los saludé con educación. Aunque llevábamos un tiempo sin vernos, los marqueses eran muy amigos de mis padres. Venía con ellos Nando, su único hijo, que era un poco mayor que yo y con el que había jugado mucho de niña.

—Alba, qué alegría verte. ¿Qué tal estás? —me preguntó sonriendo—. Cuéntame en qué líos andas metida estos días.

Nando solía decir que yo tenía la extraordinaria habilidad de convertir lo rutinario en algo épico, creo que esa era la expresión que utilizaba. Sin embargo, ese día yo no estuve muy habladora y me temo que no resulté una compañía demasiado entretenida.

Solo podía pensar en mi próxima cita con el alférez.

«Lo que decimos pocas veces se parece a nosotros»

Jorge Luis Borges.

El día que Rai y yo nos conocimos, él me llamó marquesita y a nadie le extrañó. Sin embargo, no era verdad. Con la vida se aprende que hay cosas que se convierten en ciertas a base de repetición y que hay verdades que lo son a medias, sin que interese demasiado desmontar los anclajes sobre los que se asientan.

Esa era una de ellas. Los noticieros y los vecinos de Cartagena se referían a nosotros, los Aldave, como los marqueses de Guelaya, pero no era cierto. Ninguno de los míos, sin embargo, movió nunca un dedo para sacar a la gente de su error. Ser aristócratas nos daba categoría y solo yo parecía incómoda con aquella irregularidad. Estoy segura de que mi abuelo Pepe, que fue el primer marqués, también lo habría estado, aunque él era demasiado práctico como para haber concedido excesiva importancia a aquel extraño asunto.

—La gente solo ve lo que quiere ver, así que no pierdas mucho tiempo en convencer a nadie de nada ni en doblegar voluntades —solía decirme cuando yo tenía desavenencias con alguna niña del colegio y le iba con el cuento. Supongo que con lo del marquesado habría dicho lo mismo.

Yo le adoraba y, además, me sabía la niña de sus ojos. Él era como un oráculo, entendía un poco de todo, en especial de las cosas básicas que uno necesita para manejarse por la vida. Pero lo que más me gustaba era que nunca me trataba como a una cría pequeña, a diferencia de los demás adultos.

Se decían muchas cosas de mi abuelo, algunas espantosas. Por ejemplo, que una vez en Cuba, en el transcurso de un combate, le había sacado los ojos a un enemigo con sus propios dedos o que otra, en Marruecos, se había batido en duelo con pistolas con un periodista que había puesto en duda su honor. Con semejantes chismes, uno hubiera podido pensar que era un tipo impulsivo e inestable. Sin embargo, para mí fue todo lo contrario y lo vi siempre hacer gala de una gran capacidad de reflexión al hablarle de cualquier asunto delicado. Normalmente eran temas de los que no podía hablar con nadie más. Me refiero a asuntos relacionados con mi futuro, a cosas como que yo no quería limitarme a ser solo esposa de alguien. Mi madre se ponía nerviosa enseguida y conseguía sacarme de mis

casillas. Mi padre esquivaba cualquier conversación de esa naturaleza, mi abuela Belén y mis tíos vivían en su propio mundo, así que yo solo encontraba un poco de comprensión en mi abuelo.

Tenía una mente abierta, a pesar de su formación castrense, porque desde bien joven había viajado por distintos lugares del mundo y había conocido muchas culturas diferentes. Como hijo de militares, nació ya lejos de España, en Venezuela, y luego fue de destino en destino tras su padre. Más tarde, cuando él mismo ingresó en el Cuerpo, tuvo la vivencia en primera persona del horror de las guerras coloniales y aquello marcó profundamente su carácter. Tenía el convencimiento de que la vida era algo breve que no convenía malgastar.

—Alba, pequeña, no dejes que nadie te diga nunca quien debes ser. Lo intentarán y tratarán de hacerte pensar que es la única opción, pero rara vez es así. No te resignes, porque si lo haces, la responsabilidad será enteramente tuya y de ningún otro. Uno es siempre dueño de sus decisiones, ¿comprendes?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? En aquellos días, yo me limitaba a escucharle y a tratar de seguir sus razonamientos. Algunas frases, la mayoría, solo cobrarían sentido más tarde.

Un día, me atreví a confesarle mi afán por contar historias. Le dije que quería ser escritora y, para mi sorpresa, no se escandalizó porque una mujer pretendiera algo así. Me miró fijamente, callado, meditó sobre el asunto unos instantes y, luego, aún sin decir nada, me cogió de la mano y me llevó por primera vez a la librería Escarabajal, en la calle Mayor. Allí me presentó al dueño, don Horacio.

—Horacio, esta es mi nieta, Alba. Algún día será más famosa que yo, ya lo verá —dijo entre risas y me di cuenta de que existía una gran complicidad entre el librero y él—. Pero para eso, esta jovencita tiene que leer mucho primero.

Entonces le pidió que me recomendara algunas buenas lecturas y, cuando salimos de la tienda con un montón de ejemplares bajo el brazo, me miró muy serio y me dijo con su voz cavernosa:

—Escúchame, niña, esto que voy a decirte es muy importante. La mía fue una guerra con balas, metralla y cañones. La tuya, sin embargo, será una batalla de ideas.

En ese momento no añadió nada de los muertos que dejan ambas. Eso me tocaría a mí descubrirlo más tarde.

* * *

La palabra Guelaya deriva de *Al Kelaia,* que significa «fortaleza». Es una región en el norte de África que comprende la península o cabo de Tres Forcas, el monte Gurugú, la laguna de la Mar Chica, la desembocadura del Río Kert y otras zonas colindantes. Melilla es su capital.

El marquesado, por tanto, nos uniría de por vida con aquella tierra seca y cuarteada, llena de polvo y de sed, que en algunas zonas aspiraba a ser desierto pero se quedaba en erial, y que en otras olía a especias, a agua estancada de puerto y a té moruno. Cartagena siempre fue mi hogar, pero las callejuelas angostas melillenses forman parte de mí también, porque los sitios que habitamos dejan siempre un poso en nosotros que el paso del tiempo no puede borrar.

A pesar de que las montañas africanas están bañadas de sangre y de lágrimas por todos los conflictos habidos entre españoles y rifeños, yo siempre amé Melilla, sus gentes, sus colores y su luz, sus comidas condimentadas y el sonido de la llamada a la oración. Vivimos allí algunos años y, por nuestra casa familiar en la calle Murillo, llena de patios con palmeras y de salones mestizos, vi desfilar a muchos altos mandos del Ejército que visitaron a mi abuelo. Fui feliz correteando y descubriendo el mundo en aquella casa.

¿Cómo acabamos en Marruecos? Muy sencillo. Mi abuelo Pepe fue nombrado capitán general de Melilla. Sus dos hijos varones, mi padre por un lado, y mi tío Juan por otro, eran sus ayudantes de campo, así que, como la saga que éramos, todos nos mudamos a la preciosa residencia familiar en la que pasé mis primeros años.

Estudiaba en un colegio en el Polígono, con trescientas niñas más de todas las nacionalidades. En él hice grandes amistades, de esas que se recuerdan siempre, aunque se mantengan solo una etapa de la vida. Mi primera amiga fue una muchacha rubia y vivaracha, muy alta y deslavazada, y con la cara llena de pecas que se llamaba Carla de Santirso. Ella, como yo, era hija de un militar de cierto rango, así que llevábamos vidas muy parecidas y enseguida nos caímos bien. Ambas teníamos, además, una especial habilidad para hacer travesuras que traían de cabeza a doña Anita Pedrosa, la directora del colegio. Luego se nos unió Angélica Rubí, la segunda de aquel compacto trío, con quien descubrimos la diversión de perseguir lagartijas en el patio para ver lo que pasaba cuando les quitabas el rabo.

«Rabos de lagartija, eso es lo que sois vosotras», nos decía doña

Vicenta cuando llegábamos tarde a clase tras haber pasado todo el recreo dedicadas a esos menesteres. Sucias y despeinadas por habernos arrastrado por los suelos arcillosos, y sudorosas como pollos después de haber corrido detrás de los infelices bichos, nos presentábamos en el aula y la maestra no sabía si castigarnos por la guisa y la impuntualidad, o pasar aquello por alto y aguantarse la risa.

Entonces yo era una niña absolutamente feliz. Incluso las excentricidades de mi abuela Belén me hacían muchísima gracia. Ella, según mi madre, había quedado un poco trastornada al morir su hija pequeña, Mina, de tuberculosis. Se pasaba la vida haciendo ritos raros de santería para comunicarse con ella. Yo le preguntaba con mucha curiosidad por los amuletos que usaba en aquellas ceremonias. Los había traído de Cuba, pero no le gustaba mucho hablarme de aquellos años ni tampoco de su culto pagano. Supongo que era porque mi madre se alteraba mucho cuando la abuela Belén hacía esas cosas. Le parecía que aquello atentaba contra unos cuantos mandamientos de la Iglesia, pero el abuelo le quitaba importancia y decía que en el duelo y la pérdida cada uno se las apaña como puede, y que, si eso ayudaba a la abuela, quiénes éramos nosotros para juzgarla.

En Melilla, los hombres pasaban mucho tiempo fuera. A los tres les tocó tomar parte activa en la primera guerra del Rif, concretamente en la campaña del río Kert. En 1911, el líder de los independentistas rifeños, Mohamed Ameziane, atacó al grupo en el que estaban ellos. Los tres pertenecían al Cuerpo de Ingenieros y estaban realizando diversos servicios topográficos en Ishafen, junto al río, en el momento del ataque. La ofensiva desembocó en una cruenta batalla en la que el rifeño, al que llamaban El Mizzian, encontró la muerte. Y con él, muchos combatientes de ambos bandos.

Años más tarde, mi padre contaba que el cuerpo de Mohamed fue encontrado con un albornoz azul, una chilaba parda, dos camisas de seda, un rosario, un sello con su nombre, un Corán, una Máuser y una Browning. Su gente lo enterró en Segangan, donde un joven Abd el Krim, que fue más tarde el líder de la segunda guerra de Marruecos, contempló el cadáver de El Mizzian y juró por Alá que vengaría su muerte.

Fueron las ansias de revancha del rifeño las que nos llevaron a Marruecos de nuevo. Pero no debo precipitarme, pues tras la primera guerra del Rif hubo algún tiempo de paz. Y fue en ese tiempo cuando el rey quiso reconocer los servicios a la patria de mi abuelo y le concedió el marquesado.

Ojalá no lo hubiera hecho. Porque ese mérito nació tras la participación en una guerra de la que solo salió dolor. Tengo la sospecha de que, sin la cruenta guerra de Marruecos, muchas de las tragedias que salpican mi historia y la de otros tantos españoles no se hubieran producido nunca.

* * *

Pero aquella guerra sucedió, igual que las de Cuba y Filipinas e igual que otras batallas vendrían luego. Me pregunto si la humanidad alguna vez ha conocido la paz. El hombre encuentra siempre motivos para derramar sangre. Lo único positivo en todo ello es que, en esas horas difíciles, siempre hay personas excepcionales que tienen clara su misión en el mundo y que luchan arriesgando su propia vida para que el odio termine. Una de esas personas fue mi abuelo.

Recuerdo el día en que murió porque ya desde bien temprano en la mañana me sentí destemplada. Me pasaba algo, como si estuviera incubando una enfermedad.

—Quica, la niña dice que no se siente bien. Mírale a ver si tiene fiebre —dijo mi madre a la sirvienta.

Y vaya si la tenía, ¡menuda calentura! La Quica retiró la mano asustada y dijo:

—Señorita, está ardiendo. Por amor de Dios, parece usted un brasero…

Luego se fue a buscar unas toallas y una palangana con agua para darme friegas. En aquellos días no había ni antibióticos ni nada parecido, y que le subiera a uno la fiebre era algo de lo que había que preocuparse seriamente. La Quica hizo de todo para bajarme la temperatura, pero no tuvo éxito. Me puse a temblar y, de pronto, sentí que la nostalgia me invadía y me eché a llorar desconsolada, presa de una tristeza abrumadora.

Cuando nos dieron la noticia de su muerte, quedamos heladas, por supuesto; pero, para mí, algo cobró sentido de pronto y comprendí que esos accesos previos de fiebre, llanto y temblores eran la forma, algo extraña, que tenía mi cuerpo de avisarme de que la muerte estaba por presentarse. Más tarde, empecé a recuperar los parámetros normales de cualquier persona sana: dejé de temblar, me bajó la fiebre y la sensación de desasosiego fue remitiendo poco a poco. Esos mismos presentimientos se repitieron por segunda vez cuando murió la abuela Belén, en 1919, pero entonces yo ya estaba preparada para

lidiar con ellos.

No podíamos imaginar que el abuelo fuera a morir. Es verdad que desde la guerra en Cuba su salud no había vuelto a ser la misma, o eso decía la abuela. Ella siempre nos contaba que, estando en Santiago, una fiebre amarilla que cogió en alguna de las incursiones que hacían por la selva a punto estuvo de mandarlo al otro barrio, pero que, por fortuna, fueron los remedios de los isleños y la testarudez de mi abuelo los que evitaron que pereciera allí. Mientras luchaba contra su mal, este gritaba, muy indignado, que él no se iba a morir en Cuba bajo ningún concepto, y que solo lo haría en su cama, en Cartagena, cuando hubiera recibido los Santos Sacramentos. Quiso Dios que al final lo repatriaran y, afortunadamente, en aquella ocasión, una vez en España, se recuperó.

Cuando ahora llegó el funesto telegrama, estábamos en casa las tres, mi abuela, mi madre y yo. En el momento de su muerte, mi abuelo, mi tío y mi padre tenían destino en Madrid, en el Ministerio de la Guerra, pero nosotras, las mujeres, hartas de ir de mudanza en mudanza y previendo que era algo temporal, nos instalamos en Cartagena. Ellos iban y venían en el ferrocarril al menos una vez al mes. Creo que nosotras también fuimos a la capital a visitarles en alguna oportunidad, pero no tengo recuerdos de esos viajes.

Todavía en el rellano de la puerta, mi madre vio palidecer a la abuela al tiempo que leía el telegrama y supo de inmediato que se trataba de malas noticias. Se acercó hasta ella para interesarse y, gracias al cielo, llegó justo a tiempo para sujetarla y evitar que, al desmayarse, con la caída se golpeara la cabeza.

—Belén, ¿qué le ocurre?, ¿qué sucede? Dígame algo, por Dios, que me está asustando… —le preguntó varias veces mamá mientras trataba de reanimarla.

Como no obtuvo respuesta, optó por quitarle el telegrama de entre los dedos y entonces leyó con gesto grave que el abuelo Pepe había muerto. Allí, sosteniendo aún en brazos a su suegra, mi madre derramó un par de lágrimas y susurró una oración por su alma. Acto seguido se recompuso y, como la señora que era, lo dispuso todo para que tomáramos el primer tren para Madrid, pues había que organizar contra reloj el velatorio primero, y el sepelio después, tal y como me explicó ella misma sin ocultar su nerviosismo.

Así lo hicimos. Yo viví aquellos momentos con estupor. No podía entender por qué el abuelo se había ido sin más. Dijeron que se le

había parado el corazón y yo me pregunté cómo podía pasar que un corazón, y más especialmente el corazón de un héroe, se parara de golpe, sin avisar, como una pila que se agota. La juventud no está preparada para comprender ese tipo de cosas y me llevó mucho tiempo aceptar esas azarosas circunstancias que a veces plantea la vida.

* * *

Mucha gente desfiló en aquella jornada por el imponente piso que tenían mis abuelos en la calle Velázquez. Todos quisieron darle el último adiós. Venían del Ministerio de la Guerra, del Cuerpo de Ingenieros y, en general, de las instituciones más importantes de la época. Mi abuelo había sido toda una celebridad y eran muchos los que querían mostrar sus respetos a la viuda. Incluso el general Aranda se presentó en casa y le dijo a mi abuela que Su Majestad, Alfonso XIII, le enviaba personalmente a expresar sus condolencias. También recuerdo a Berenguer y a otras personalidades, pero sobre todo me llamó la atención la cantidad de compañeros del Cuerpo que se acercaron muy apenados a decirnos que mi abuelo había sido un gran tipo. No usaron la expresión héroe de guerra ni se refirieron a él como un gran militar. Dijeron, con la sencillez que conlleva el término, que el teniente general Aldave había sido una buena persona. Fue emocionante vivir todo aquello, aunque me temo que, para ese momento, yo estaba completamente centrada en el periodista del diario *El Porvenir* que vino a cubrir la noticia.

—¿Hay algo que le gustaría contarme sobre su abuelo, señorita? Es usted la nieta de un gran héroe —exclamó al verme.

Yo solo podía mirar aquella libreta donde apuntaba cosas. Hubiera querido robársela para ver qué secretos importantes contenía, pero me contuve y me limité a responder.

—Lo más importante de mi abuelo, señor, es que fue un gran abuelo. Me quería, me enseñaba las cosas que sabía, y me regalaba siempre unos caramelos de violeta riquísimos que traían a Madrid desde Toulouse. ¿Sabe dónde está Toulouse?

—En Francia, señorita —respondió el reportero de traje blanco, ojos claros y dedos estilizados con los que no paraba de apuntar lo que yo le iba diciendo.

—Exacto, en Francia —dije impresionada—. Lo más impactante del asunto es que mi abuelo decía que el rey le regalaba esos mismos

caramelos a la reina Ena. «¿Cómo lo sabes?», preguntaba yo con curiosidad. «Porque yo despacho directamente con Su Majestad, y él mismo me lo ha contado», respondía él con orgullo. Era verdad que periódicamente el rey lo recibía, así que no tuve ningún motivo para dudar de sus palabras. Él continuó: «Me ha dicho que mi nieta también es digna de comerlos y me ha dado esta cajita para ti». Yo le miré fascinada. ¿Sabe? Me creí importante, el rey me mandaba caramelos… Luego mamá vino y me dijo que era todo un cuento chino. Pero ya daba igual, porque al final el abuelo consiguió que esos caramelos con forma de flor me recuerden a él. Para siempre. ¿No le parece encantador?

—Por supuesto ¡De lo más interesante que me han contado hoy, jovencita! ¿Tiene más historias como esa? —dijo el periodista divertido.

—Claro, tengo miles.

El tipo asintió y yo seguí hablando, animada por el hecho de que, en aquel ambiente asfixiante y encorsetado, alguien me prestara atención. Fui deshilvanando recuerdos para aquel atento caballero un largo rato, gozando mientras le veía apuntar todo en su libreta, hasta que mi madre descubrió que andaba de cháchara con el periodista y vino a buscarme. Traía la cara desencajada, supongo que pensando en las mil maneras en las que su imprudente hija habría metido la pata y en lo que luego pudieran escribir sobre su suegro en la prensa.

—Te he dicho mil veces que no puedes hablar con desconocidos —me reprendió.

—No es un desconocido, mamá —repliqué—. Es un señor que viene a escribir sobre el abuelo. Y yo le he ayudado, ¿a qué sí? —pregunté mirando fijamente al redactor. El muy cobarde no dijo nada y salió huyendo. Tampoco le culpo. Yo también habría huido si hubiera podido.

—Espero que no le hayas contado ninguna inconveniencia —dijo ella poniendo los ojos en blanco y llevándome a un lugar apartado. Siempre le preocupaba el qué dirán y no se fiaba mucho de mi sentido común en ese tipo de situaciones.

Me temo que su desvelo fue en vano. En su artículo, el reportero no escribió nada de lo que yo le confesé en nuestra charla. No se molestó en contar que a mi abuelo le gustaban los michirones, las peras al vino, los libros de aventuras, las siestas en los Gabatos,

perseguir lagartijas conmigo, desarmar relojes de bolsillo para volver a armarlos después y, muy importante, darme lecciones de astronomía, especialmente cuando estábamos arriba, en el terrado de la casa de Cartagena. Aquel tipo necio solo habló de sus méritos de guerra y de una plaza de Ceuta que lleva su nombre. Eso me disgustó. No hay peor castigo para alguien a quien le gusta contar historias que la ignorancia, o peor, la indiferencia de su público.

* * *

Respecto al controvertido título de marqueses, me enteré de cómo eran las cosas cuando me lo comentó mi amiga Luisa Portela, «la Portera», le decían, porque le gustaban los chismes tanto como a mí el helado de *biscuit*.

—Tú tienes de marquesa lo que yo de reina —dijo con impertinencia.

La miré sin comprender.

—No la hagas caso, tiene envidia. Ya quisiera ella ser marquesa —salió Adela en mi defensa.

Luisita, muy digna, nos replicó que se lo había escuchado decir a su madre, pero ni Adela ni yo quisimos escucharla y nos burlamos de ella. Aun así, yo me fui a casa con el comecome dentro, y nada más llegar, le pregunté a mi padre que qué había de cierto en lo falso de nuestro título.

Mi padre se encogió de hombros. No parecía sorprenderse con mi pregunta.

—Tu abuelo nunca quiso el marquesado —se limitó a decir—. Para él, eso no tenía ninguna importancia.

—Vale, papá, pero ¿somos marqueses o no? —pregunté yo un poco harta del tema.

—A medias. Las cosas rara vez son blancas o negras —respondió él.

—Papá… —me impacienté.

Adoraba a mi padre, pero a veces le faltaba contundencia. Esa fue su perdición.

Este se limitó a aclararse la garganta con parsimonia y luego dijo:

—Bueno, la disposición existió y la voluntad del rey también. Digamos que más tarde, por diversos avatares, el título quedó sin efecto.

—¿Qué avatares? —quise saber.

—A ver, Alba, cuando el rey distingue a alguien con una dignidad nobiliaria, el asunto conlleva todo un proceso. De hecho, de forma automática, la concesión implica el devengo de un costoso impuesto. Mi padre no tenía liquidez para pagarlo de golpe, pero el rey, que se había visto en las mismas en otros casos, le concedió primero una prórroga, y luego un Real Decreto para la exención. Aun así, tu abuelo decía que ese título era un regalo envenenado y que a la larga le iba a salir muy caro.

—¿No quería ser marqués? —pregunté yo sin dar crédito.

—La verdad es que no. Él quería la laureada de San Fernando, como todos los que se juegan la vida del modo en que nos la jugábamos en Cuba, pero ya ves, el rey consideró mejor darle ese otro reconocimiento.

—Y, ¿qué pasó luego, papá?

—Pues las cosas que pasan a veces, hija. Quiso el destino que, en el transcurso de esos trámites para la concesión del título, hubiera un cambio de Gobierno y las Cortes se disolvieron, de modo que todo lo que estaba a medias de ser aprobado, se paralizó. Para cuando se convocaron nuevas Cortes, ya estábamos en primavera, y justo en ese mes murió el abuelo, y todo quedó suspendido para siempre.

—Vaya faena —dije.

Estaba chafada, lo admito, no tanto por el hecho de no ser marqueses, sino porque Luisita tuviera razón con aquello del título. Sin embargo, no me duró mucho la decepción, porque la vida me tenía preparadas otras sorpresas. A eso volveremos ahora, que ya toca que nos ocupemos de nuevo de mi historia con Rai. Al fin y al cabo, para eso estamos aquí.

«El alma que hablar puede con los ojos,

también puede besar con la mirada».

Gustavo Adolfo Bécquer

Llegaba puntual al encuentro con Raimundo Guitián. De hecho, eran las cinco y veinticinco, lo que me daba cinco minutos de ventaja sobre la hora convenida. «Una victoria en toda regla sobre tu falta de puntualidad y tu escaso rigor con las rutinas, Alba», me dije sonriendo y haciendo una mueca exagerada. Mi madre solía emplear esos términos al sermonearme. Me gustaba imitarla a escondidas, no por faltarle al respeto, sino para quitarle algo de hierro al asunto.

No estaba nerviosa y no me había arrepentido en ningún momento de haberme citado con un tipo al que apenas conocía, aunque aquello implicara correr algunos riesgos. Por un lado, estaba el qué dirán. Una chica decente no se cita a solas con un caballero, primera regla transgredida. Por otro lado, rota la primera regla, era fácil que Rai pensara algo equivocado sobre mí, que era una fresca o algo peor. En tercer lugar, yo jamás había quedado con un hombre antes y no tenía ni la más remota idea de cómo debía comportarme. Y, por último, si mis padres me descubrían, podía ir dando por hecho que no volvería a salir de casa sin la escolta de la Quica hasta cumplidos los treinta.

Reconozco que, de todo lo anterior, lo que más podía preocuparme era lo que pudiera pensar Rai de mí, pero apacigüé mi ánimo enseguida. «Vamos, si tiene dos dedos de frente, no albergará ese tipo de prejuicios; y en caso contrario, mejor salir de dudas cuanto antes», me dije. Y decidí no volver a preocuparme por ello.

Había elegido ese sitio, la confitería La Royal, en el 27 de la calle Puertas de Murcia, no porque sirvieran el mejor chocolate del mundo, el de la marca El Abuelo, mi favorito, sino porque en el interior, detrás del biombo, había unas discretas mesitas donde me pareció que podríamos charlar tranquilos, lejos de las miradas inquisitivas de casi todos los amigos y vecinos que, para la hora del té, solían preferir las señoriales terrazas del Casino, del Café España o incluso los imponentes salones del Gran Hotel.

Para la cita me puse un sencillo traje blanco compuesto de blusa y falda, con botones en la pechera forrados en tela roja y el cuello

bordado en ese mismo color. Los demás complementos, sombrero, cinturón y bolso iban también a juego. Me gustaba la moda y cuidar los detalles, y solía comprar los modelitos para ir a la última en la Maison Paris, donde doña Dolores Narváez, la propietaria, nos asesoraba a las chicas jóvenes sobre lo que debíamos ponernos de acuerdo con nuestra complexión y virtudes físicas. «Tan importante como comprar calidad, es acertar con los colores, los tejidos y la confección, que no a todas nos sienta bien lo mismo», solía decirnos antes de empezar a hablar de corte al bies, faldas *evasé* o plisadas y tipos de tela: seda, lino, algodón, tules u organzas.

Cuando la señora Narváez me vio aquel vestido puesto, aplaudió entusiasmada y dijo que, sin ningún tipo de duda, había sido hecho para que lo luciera yo. Con semejante contundencia argumentativa, no tuve más opción que llevármelo, claro, pero no me arrepentí. Más tarde, al mirarme aquella tarde en el espejo del armario ropero de la habitación de mis padres, el más grande de toda la casa, me sentí satisfecha con la compra y muy agradecida hacia doña Dolores, así que salí canturreando a la calle, decidida a descubrir qué me depararía aquel encuentro con el oficial.

Antes de ir a La Royal, quise acercarme primero, sobre las cinco en punto para ir con tiempo, a la librería Escarabajal. Unos días antes, como era mi costumbre desde que el abuelo me la dio a conocer, le había encargado a don Horacio unos libros nuevos. Me hacía ilusión recoger el pedido pues, aunque podían mandármelos a casa, si pasaba yo a por ellos podría empezar antes a leerlos. En esta ocasión, se trataba de unas obras de Pardo Bazán, mi escritora predilecta.

—A doña Emilia le complacería saber que una jovencita tan formal como usted aspira a ser como ella —me dijo el bueno de don Horacio al verme.

—Por Dios, qué cosas dice usted. Nadie puede ser como ella. La Bazán era única —respondí riendo.

Pero lo cierto es que me sentía halagada. Doña Emilia fue una mujer de armas tomar: segura de sí misma, desafiante ante las convenciones que querían poner límites a su talento, rompedora con su pluma y sus ideas, pero al mismo tiempo conservadora en sus valores y creencias. Representaba aquello a lo que quería parecerme.

El librero lo sabía, me conocía bien. Los libreros conocen casi todos los libros, pero es incluso mayor su pericia para conocer a las personas y saber qué libro casa con cada una. Desde que mi abuelo le

encomendó mi educación literaria, aquel tipo bajito, grueso y sin mucho pelo se convirtió en un mentor para mí, en toda una referencia para descubrir escritores, para hacerme con los últimos títulos extranjeros o incluso conocer a las escasas mujeres que empezaban a despuntar en el panorama literario. Él sabía que me interesaban de forma especial las escritoras, y me había hablado de algunas noveles como María Dolores Bas, que debía tener más o menos mi edad y que le llevaba cuentos y manuscritos para que él se los publicase. En esos tiempos, los libreros eran también editores. Yo soñaba con hacer lo mismo algún día: darle mis escritos a don Horacio para que me los publicara, pero todavía no sabía cómo planteárselo.

Y es que, aunque a él le debo mucho de lo que luego conseguí como escritora, cuando salí de su librería para dirigirme a La Royal, aún no lo sabía.

* * *

A pesar de haber llegado cinco minutos antes, vi desde lejos a Guitián mirando el escaparate de la confitería y pensé que debía llevar ya un rato allí. Estaba nervioso, eso era evidente. Cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a la otra de forma constante y, además, se había puesto y quitado la gorra varias veces antes de darse cuenta de mi presencia.

Estaba muy elegante con aquel uniforme de verano blanco con la coca en las mangas y una gorra del mismo color que resaltaba su bronceado natural. No era alto, pero sí resultaba atlético y proporcionado. Cuando giró la cabeza y me vio, me dedicó una bonita sonrisa.

—Vaya, chica, ¡estás preciosa! —exclamó con admiración mientras se quitaba la gorra de nuevo.

—Oye, no seas fresco —respondí yo.

—No soy fresco, Alba. Solo digo la verdad —se defendió él sin dejar de sonreír.

—Que te quede bien claro que no suelo ir citándome con gente que no conozco.

—Yo tampoco —dijo divertido—, pero mujer, tú y yo sí nos conocemos.

—¿De qué? Me tomas el pelo. No es posible por la sencilla razón

de que yo he vivido muchos años fuera y, para cuando volví a Cartagena, tú debías estar en San Fernando, como Mota—le dije de forma tajante.

—Correcto, pero nos vimos un día, hace mucho, en el que paseabas con tu abuelo por la calle Mayor, a la altura del bar Americano. Supongo que habríais venido unos días de visita a la ciudad, ¡qué sé yo!

Me quedé pensando. Era cierto. Solíamos volver a Cartagena cuando mi padre, el tío y el abuelo tenían algún permiso. Quizás Rai nos había visto el día en que el abuelo me había llevado por primera vez a la librería.

—Puede ser —admití y, como si recordase el momento del que me hablaba, me dejé llevar por los recuerdos—. Me encantaba pasear con él. Siempre me contaba historias y mi padre le decía que dejara de llenarme la cabeza de pájaros. «Pues hice lo mismo contigo, Chema», replicaba él. «Y me temo que en la tuya no anidó ninguno».

Le expliqué todo eso a Rai poniendo la voz grave, como si fuera mi abuelo el que hablara. Este sonrió divertido.

—Mi abuelo tenía razón, ¿sabes? Mi padre siempre ha sido demasiado realista. Bueno, y mi madre; en realidad, no sé a quién he salido yo…

Me eché a reír y él se quedó mirándome de una forma perturbadora. Siempre lograba intimidarme con aquellos ojos suyos tan penetrantes. Eran como los de Kafka, oscuros y profundos, de ese tipo de miradas que parecen tener rayos X y ver por debajo de lo evidente.

—¿Ves? Sí que nos conocemos, así que, técnicamente, no estás citándote con un desconocido. En esta ciudad, por otro lado, casi nadie lo es. Todos parecen saberlo todo de todos. No debes preocuparte más por eso.

En ese momento, Rai me guiñó un ojo, y luego me abrió la puerta de La Royal sin dejarme decir nada más, y me hizo un gesto con el otro brazo para que entrara. Claudiqué, de poco servía darle excusas que parecían no importarle en absoluto. Lo mejor que podía hacer era dejarme llevar.

Miré a ambos lados de la calle para ver si alguien conocido nos había visto, y luego dejé que la confitería nos engullera, como si

fuéramos dos dulces de almendras de su maravilloso obrador. Dentro, Rai apartó una de las sillas para que yo me sentara y luego se sentó él. Sobre aquella mesita redonda que tenía las patas de metal, coloqué mi bolso rojo y mi paquete de libros, y puse las manos sobre mi regazo a la espera de que nos tomara nota el señor Bonmatí.

—Yo quiero un chocolate y un pastel de esos que llevan crema de chantillí —dije y mis ojos me delataron. Había mirado con avidez todos y cada uno de los dulces del expositor y, al final, tras mucho debatirme entre varios, había escogido el de crema. Ya entonces era una golosa sin redención y eso no he dejado de serlo jamás, ni con todas las penurias de mi vida.

Rai se rio y pidió, además, un té con leche y unas pastas de mantequilla.

—Señor Bonmatí, tráigame también, si hace el favor, una de esas latas de bombones de praliné que compraba siempre mi padre.

Don José asintió y se marchó con diligencia a atender la comanda. Rai, mientras, miró el paquetito de la librería Escarabajal y me preguntó.

—¿Qué libros son?

—*La madre naturaleza* e *Insolación*.

—Pardo Bazán. Buena elección —dijo él admirado.

—¿Te gusta leer? —pregunté sorprendida.

—A fuerza ahorcan. Los hombres de mar debemos aprender pronto cómo engañar al tiempo. Son muchas las horas a bordo y lejos de casa, Alba. Da tiempo a vivir muchas vidas a través de la lectura.

—¿Y qué libros te gustan? —quise saber.

—En general, los de aventuras, pero ahora leo unos relatos de Poe. Es un libro que perteneció a mi padre.

Había mencionado ya un par de veces a su padre, y a cada vez, yo observaba cómo una nube oscurecía por un breve instante su mirada, normalmente despejada como un día de primavera. Traté de indagar un poco.

—Sí, el otro día dijiste que había muerto no hace mucho, lo

recuerdo.

—Se lo llevó la maldita gripe hace justo un año. Aún está demasiado reciente.

—Vaya, lo siento mucho —respondí.

—Murió en el Hospital Militar. Fue duro porque los enfermos estaban en aislamiento y no pudimos despedirnos —dijo y, de nuevo, las sombras se adueñaron de sus ojos—. Estuvo allí solo muchos días y muchas noches, y la única comunicación que pudo tener con nosotros fue a través del médico privado de mi abuela, al que sí dejaban entrar en el pabellón por su condición de doctor. Él fue quien nos dio noticias sobre su estado de vez en cuando, siempre con cuentagotas. De pronto, su cuadro empeoró, contra todo pronóstico. Creímos que iba a recibir el alta y, ya ves, falleció. Pero no quiero hablar mucho de eso en un día como hoy, Alba, mejor hablar de cosas alegres, ¿no crees?

Rai trató de forzar una sonrisa. Me imaginé que debía haber sido un verdadero tormento aguardar noticias, mientras la prensa publicaba de la forma más impersonal todas aquellas estadísticas de fallecidos. Podía comprender su dolor.

—Lo siento de verdad —dije y puse, sin darme cuenta, mi mano sobre la suya.

Hubo unos segundos en los que nuestros ojos se encontraron y perdimos la noción de dónde estábamos. Eran solo sus ojos y los míos, nosotros dos, perdidos en algún lugar de la galaxia. Pero ese instante duró muy poco, décimas de segundo tal vez, porque justo en ese momento, el señor Bonmatí vino con nuestra merienda y se perdió toda la magia. Retiré corriendo mi mano de la suya como si la hubiese puesto en la parrilla de San Lorenzo. No resultaba nada apropiado ese gesto mío de excesiva confianza y estaba segura de que no le había pasado desapercibido al mesero que, por cierto, nos miraba sin disimular su curiosidad.

Nos quedamos los dos en silencio. Yo comencé a remover el tazón con lentitud, sin atreverme a mirar a Rai.

—Vamos, mujer, pégale un mordisco a ese pastel —dijo de pronto, animándose de nuevo.

Sonreí y tomé el pastel con cuidado. Llevaba una buena cantidad de merengue y al darle un bocado me manché la nariz.

—¡No se te ocurra limpiarte! —me ordenó mientras sacaba de la chaqueta de su uniforme que había dejado previamente en el respaldo, un lapicero y una cuartilla.

Empezó a dibujar y a hacer trazos al tiempo que me insistía en que me quedara quieta. Me miraba, acto seguido miraba a la hoja y luego volvía a mirarme y se ponía a repasar con el lápiz algunas zonas.

—Capaz serás de pintarme así, en esta situación tan embarazosa, sinvergüenza —dije yo, medio ofendida, medio divertida.

—Los artistas lo son no porque pinten mejor o peor, Alba. Lo son si saben elegir el momento adecuado que van a inmortalizar. Y este es un instante perfecto —me replicó y no supe si lo decía en broma o en serio.

Le respondí con una mueca desdeñosa. Entonces, él se rio y exclamó con expresión triunfal:

—Bueno, pues esto ya está.

Cuando me lo enseñó me quedé muy impresionada. Tardé unos segundos en reaccionar, pero luego dije:

—¡Madre mía, Rai! Eres un verdadero artista.

* * *

Rai firmó el dibujo, lo fechó y me entregó la cuartilla con mi retrato. Su caligrafía, con una ligera inclinación a la derecha, muy a la moda de aquella época, me pareció la de un hombre decidido, cuidadoso y amante de los detalles. Las letras de su nombre, todas iguales y perfectamente ensambladas, hablaban de él y de pronto pensé de un modo consciente que deseaba conocerle mejor.

—Guárdalo. Es un regalo. Te recordará a mí —dijo y luego hizo desaparecer el lápiz en el bolsillo de su chaqueta de nuevo.

Me quedé mirando el retrato. Me reconocí en aquellos trazos hechos deprisa. Era yo. Eran mis ojos de color castaño claro, mi nariz chata pero recta coronada por una perla de merengue del pastelito, mi pelo oscuro y fino a la altura del mentón y, por supuesto, mi sonrisa infantil y pícara al mismo tiempo. Siempre que miro sus dibujos pienso que son los de alguien que sabía retratar la esencia de las personas. Y los de un hombre que me amó con gran intensidad.

Bonmatí volvió a acercarse de nuevo a la mesa con la lata que le había pedido Rai.

—Señor Guitián, los bombones que le gustan a su madre, los que compraba su señor padre, que en paz descanse —le dijo persignándose.

—Gracias, José, pero esta lata es para mi amiga. A ella también le gustan los bombones, ¿verdad, señorita Aldave? —dijo dándome la caja.

Yo me reí y acepté el obsequio. Era una caja preciosa con una litografía elaborada en un tono azul cobalto que representaba algo así como un baile en Versalles. Salía el nombre del establecimiento y debajo el de su dueño, don José Bonmatí, tal y como estaba grabado en los platos y las tazas, e impreso en las servilletas y los manteles. «Surtido de bombones», ponía por otro lado. Y si mi memoria no me falla, dentro los había de todas clases: de chocolate con leche, de praliné, de licor, de frutos secos y de mermeladas variadas. Todo para llevar a una golosa como yo a pecar de forma irremediable de gula.

—Está claro que quieres llevarme por el camino de la perdición —le dije, metiéndome un bombón en la boca con expresión traviesa.

—En realidad, lo que quiero es todo lo contrario —respondió él con mucha seguridad.

Noté cómo me sonrojaba y me quedé mirando aquella caja. No podía imaginar en ese momento que, desaparecidos los bombones, esta se convertiría más tarde en una cápsula del tiempo hacia el pasado. Porque esa era, en efecto, la lata de bombones que hoy descansa en mi escritorio y que me guía por los recuerdos de mi vida.

5

«Todo lo que es real en la historia humana

se vuelve irracional en el proceso del tiempo».

Friedrich Engels

En algún momento de nuestra cita, Rai me pidió permiso para escribirme. Entonces se hacían esas cosas. Si uno quería cartearse con una jovencita soltera tenía que pedirle permiso.

Yo callé unos segundos antes de darle una respuesta y le vi ponerse nervioso. Me hacía mucha gracia verlo así, aguardando con impaciencia a que yo respondiese. Si hay algo que he disfrutado siempre es de desarmar a aquel oficial locuaz y en apariencia tan seguro de sí mismo haciendo justo lo contrario de lo que él proyectaba en su mente. Lo hice siempre y creo que, incluso ahora, sigo desconcertándole de algún modo. Eso me hace reír.

«La vida no es un logaritmo como el que usas tú para calcular la derrota en tus buques, Guitián», solía decirle para hacerle de rabiar. Él ponía los ojos en blanco, pero sé que, en el fondo, le gustaban aquellas bromas mías. Eran parte de la complicidad que siempre existió entre los dos. Yo rompía la perfecta cadencia de su mundo y era mi caos el que lo llenaba de color. Como ocurre en la cocina con platos como el melón con jamón o el queso con membrillo, los contrastes de sabores potencian el resultado. Eso pasaba también con nosotros. Éramos la mezcla de dos sabores fuertes.

—Está bien. Puedes escribirme —acepté al fin y vi cómo otro par de nubes pasaban de largo por su mirada—. Pero no te confíes. Eso no quiere decir nada. Yo no pienso casarme, quiero que lo sepas. No me casaré ni contigo ni con nadie —le dije desafiante. Ahora era yo la que le miraba, clavándole los ojos, esperando con curiosidad su reacción y pensando que mi estocada debía haberle dolido lo suyo. Era como debía ser. Cuanto antes rebajara sus expectativas sobre nosotros, mejor para todos.

Si fue así, no lo demostró. Me sostuvo la mirada y, con una sonrisa retadora y llena de suficiencia, me dijo:

—Alba Aldave: he lidiado con el levante de Cádiz, que dicen que lo vuelve loco a uno; con la niebla masticable de las costas gallegas que a punto estuvo de llevarse a lo más profundo del océano nuestro

buque, el *Reina Regente*, después de veinticuatro horas de ceguera y extravío en altamar; con tormentas terribles que enfurecen a las olas tanto que te zarandean como si desearan ver cómo el estómago se te sale por la boca. No quiero desilusionarte, pero una chiquilla de quince años no va a domeñar mi voluntad ni mi determinación. Porque te lo anuncio ahora y no digas luego que no te lo advertí: te vas a casar conmigo.

—Que te lo crees tú, engreído.

Eso fue lo que le dije antes de ponerme en pie y marcharme con mis libros, mis bombones, mi bolsito rojo y mi orgullo del mismo tono dejándole allí pasmado, sin poder salir detrás de mí porque había que pagar la cuenta. Menudo era don José si alguno intentaba marcharse sin abonar lo consumido.

Me había desarmado con su respuesta y no tuve más recursos que salir huyendo, lo confieso. Pero eso sí, en la servilleta le había dejado apuntada la dirección de mi casa, para que el marino no tuviera dudas de adónde había de mandar la correspondencia.

Supongo que para entonces ya estábamos enamorados como dos idiotas, aunque habrían de pasar muchos años, guerras y bastante sufrimiento hasta que la vida decidiera unir nuestros destinos.

* * *

Después de aquello, Rai embarcó en el crucero del que le habló a Adela el día en que nos conocimos, pero me escribió a diario, tal y como me había prometido. A mi madre, lo de que llegaran cartas constantes de un supuesto pretendiente no le hacía ninguna gracia. Mi padre, por suerte, no decía nada y se mantenía equidistante. Supongo que no lo desaprobaba y que le parecía hasta gracioso, pero no quería que ella viera que no secundaba su postura.

—Chema, la niña tiene solo quince años. Este oficialucho le escribe como si ya estuvieran comprometidos. No sé qué se ha creído, de verdad.

Papá la miraba paciente y callaba. Eso la exasperaba más y su enfado iba creciendo.

—Tú no digas nada, ¿eh? Tú a lo tuyo que luego ya vendrá el llanto y el crujir de dientes, que te recuerdo que solo tenemos una hija. Escúchame, tienes que hablar con ella.

—Está bien, querida, lo haré, pero cuando vea el momento —respondía él para que se callara de una vez.

Yo, desde mi cuarto, los oía comentar esas cosas, pero no les prestaba demasiada atención. No entendía de qué se preocupaban tanto. Me gustaba leer a Rai, pero tenía bien claro que mi destino no era ser la esposa de nadie. Lo que no sabía era que mi madre tenía otros planes y ya había empezado a desplegar todas sus artes de casamentera. Quería emparentar con una de las mejores familias de la ciudad: los Fuentelaguna. Quería convertirme en la esposa de Nando.

Tampoco era más fácil la situación con mis amigas. Adela no parecía encajar con deportividad que el amor de su infancia bebiera los vientos por otra. Me lo hacía notar cada vez que nos veíamos en la academia, que era varias veces por semana.

—Así que ahora te escribes con él —dijo cuando supo que me enviaba cartas. Yo sabía que no iba a gustarle, pero no por ello iba a mentir cuando Luisa me preguntaba si tenía noticias del alférez.

—No, ya te he dicho que él me escribe, pero yo no contesto —respondí.

—Entonces no te gusta, ¿no? —preguntó ella para ver si, a pesar de todo, podía darle la vuelta a la situación.

—No lo he pensado. Sencillamente no quiero tener novio —contesté tratando de ser paciente.

—¿No quieres tener novio? —dijo Portela mirándome como si yo fuera un extraterrestre recién llegado de otro planeta.

—No, ya os lo he dicho mil veces. Quiero ser escritora. Si me caso, adiós a todo eso.

Adela sonrió satisfecha. Si yo le daba calabazas a Rai, tal vez ella tendría alguna oportunidad, o eso pensaba, al menos al principio. Luego los meses fueron transcurriendo y este continuaba escribiéndome sin darse por vencido. Siempre fue un cabezota.

Creo que, al ver aquello, mi amiga fue poco a poco consciente de que yo no era un capricho pasajero para Guitián, aunque, durante todo ese tiempo, siguió interrogándome cada día con una mezcla de curiosidad y de envidia sobre los detalles de aquellas cartas extensas que Rai me hacía llegar. Yo no me prodigaba demasiado sobre el contenido, no por fastidiar a Adela, sino porque como Luisa Portela a

veces pecaba de chismosa, me daba miedo que Rai pudiera enterarse de que iba contando sus confidencias a diestro y siniestro.

En las clases, seguíamos mejorando nuestra educación propia de «niñas bien y en edad de merecer», como solía decirnos doña Elisa cuando nos daba cientos de consejos de protocolo que se suponía que debían guiarnos a la hora de conducirnos en los múltiples bailes y recepciones que se celebraban por entonces en el Casino o en el Gran Hotel.

—Recordad actuar con prudencia, no beber demasiado champán y no mirar a los caballeros a los ojos. Deben ser ellos siempre quienes inicien el cortejo y vosotras responder con recato y virtud.

Eran los locos años veinte, pero en España nos costaba salir de ese puritanismo nuestro que nos hacía concebir la decencia como una especie de rechazo frontal hacia la atracción natural que surgía entre los jóvenes por el sexo opuesto.

Reconozco que me molestaba mucho que doña Elisa dijera ese tipo de cosas. Y es que nuestra profesora despertaba en mí emociones contradictorias. Por un lado, la admiraba. Era culta y refinada, en su casa atesoraba libros de todo tipo, hablaba varios idiomas, tocaba el violín y el piano, cantaba divinamente, la máquina de escribir no se le resistía y, además, había conseguido hacer de su academia, en la plaza de los Tres Reyes, la mejor de Cartagena. Sin embargo, por otro, era una de esas mujeres anclada en los valores tradicionales, que quería que todas nosotras estuviéramos en perfecto estado de revista para que nos desposara algún marido con posibles, y que se sentía orgullosa hasta lo indecible por el hecho de que las alumnas que ya se habían convertido en esposas y madres la invitaran a sus casas con olor a bizcocho de limón y toallas bordadas con iniciales.

—Doña Elisa, ¿y si cuando suena el foxtrot no puedo resistirme a mover el esqueleto? —preguntaba yo con malicia.

—¡Pero qué cosas tienes, Aldave! Pues claro que puedes resistirte. Tienes que hacerlo —respondía ella haciendo oídos sordos a las risas de mis compañeras.

Aunque yo siempre soltaba bromas así, ella me adoraba. Luisa decía que, por alguna extraña razón, de entre todas sus alumnas, yo era su favorita.

* * *

Entre las clases en la academia de doña Elisa, las tareas de casa y practicar con Rocinante mis ejercicios de mecanografía, los días pasaron volando. Solo la inestabilidad política y lo revueltas que andaban las cosas en la ciudad nos sacaban de cuando en cuando de nuestra insulsa monotonía con noticias muy poco tranquilizadoras.

Entre 1918 y 1920 los españoles habían acudido tres veces a las urnas porque los políticos eran incapaces de llegar a ningún acuerdo, y eso, junto con la guerra de Marruecos y la inestable situación de Cataluña, complicaban sobremanera el panorama.

La lucha de las clases obreras tampoco era un asunto menor. Las huelgas llenaron bastantes portadas de prensa. Algaradas, protestas y violencia eran el resumen de las reivindicaciones proletarias que llegaban de Barcelona, cuando no de la mismísima Unión Soviética como decían algunos, directamente a nuestras fábricas. En Cartagena, el drama se agravaba por la crisis minera que había dejado a mucha gente en la calle. Había además una clase proletaria combativa y con espíritu de lucha obrera que había encontrado cierta respuesta a sus pretensiones cuando lo de la Revolución Cantonal de finales del siglo anterior.

Yo, a pesar de ser mujer, ya por aquel entonces acostumbraba a leer la prensa cada día, de modo que iba viendo cómo calaban, desde el seno mismo de las factorías y de los barrios más humildes, ideas rompedoras sobre un mundo más justo, sin jornadas de trabajo agotadoras a cambio de pagas ridículas, sin la cruel desigualdad que parecía marcar a la gente como al ganado desde la cuna, y sin esos críos que no llegaban a pisar la escuela porque tenían que partirse sus pequeños lomos frágiles para ganar unas perras con las que contribuir al sostén familiar.

Leía todo aquello en los diarios y, aunque el mundo de aquellas clases trabajadoras no me resultara familiar, muchas reflexiones que llenaban panfletos y octavillas me parecían justas y sensatas. Las voces a coro de sindicatos socialistas y anarquistas repetían incesantes que el momento de un nuevo orden social había de llegar y que, en ese nuevo orden, todos tocaríamos a algo, como si fuera una letanía mesiánica. Me pareció que había valores muy cristianos en esa concepción del mundo y sospeché que, si perseveraban, lo natural sería que, al final, vieran cumplidas sus pretensiones. Sin embargo, para lo que no estaba preparada era para encontrarme con que algunos entendían que la forma de lograrlo era a través de la violencia.

En efecto, nada hacía presagiar la mañana del grave incidente lo que estaba por pasar y que cambiaría para siempre mi manera de ver las cosas. Recuerdo que mi padre estaba nervioso porque esa tarde de agosto se había organizado en el Ateneo un evento del que todos hablaban y al que él tenía previsto asistir. Se trataba de un torneo de ajedrez. Contado así no parece demasiado importante, pero era una partida distinta a todas las anteriores, y si tuviera que apostar algo, diría que el mismo José Marín, campeón de ajedrez de Cartagena por aquel entonces, estuvo en vela y dando vueltas en la cama la noche anterior al encuentro. Era una partida múltiple, en la que veinticuatro caballeros aficionados al juego de mesa de los escaques, entre ellos mi padre, se batían contra un único enemigo, un extranjero llamado Jean Revelis.

Jean Revelis era un joven francés que unos años antes se había proclamado campeón de París de ajedrez. Mientras los ajedrecistas cartageneros soñaban con medirse con semejante rival, las damas solteras de la ciudad también anhelaban conocer al ilustre invitado, que estaba de paso en Cartagena como parte de una gira que venía realizando por todo el mundo.

Muchas de nosotras nos acercamos hasta la plaza de San Sebastián, entonces plaza de Prefumo, que era donde se celebraba el torneo. Yo iba acompañada de Adela y Luisa, pero había otras muchas jovencitas, todas de lo más acicaladas, tratando también de asomarse al fastuoso salón, donde entre frescos del maestro Wssel de Guimbarda y grandes lámparas de araña, un apuesto Jean Revelis vestido de esmoquin blanco hacía morder el polvo a todos sus contrincantes.

Azotados en su orgullo los vencidos, no tardaron en reparar en nuestra incómoda presencia y nos largaron de aquel lujoso salón donde el público admitido era, por supuesto, masculino. Nosotras, resignadas, viendo que Revelis permanecía concentrado en el juego sin reparar en el improvisado cortejo de señoritas que habían acudido a conocerle, optamos por salir a la calle, protestando, claro está, por la indiferencia de nuestro galán.

—Tiene pinta de antipático —dijo Luisa sudando, mientras se colocaba bien el vestido y se arreglaba como podía el peinado entre resoplidos. Era un poco entrada en carnes y con aquellos calores su rostro se coloreaba, empezaba a sudar y el pelo castaño que ondulaba con tenacillas se le encrespaba tanto que parecía una menina de Velázquez.

—Sí, es cierto. Además, debe ser la mar de aburrido —contestó

Adela contrariada también.

Y yo permanecía callada, pensando con envidia en todos los lugares que aquel tipo que, aunque era mayor que nosotras aún era joven, había visitado según la crónica del periódico: Niza, Londres, Grecia, o Moscú, entre otros.

—¿Tú qué opinas, Alba? —me preguntó Luisa, queriendo hacerme partícipe de la conversación.

Pero justo en ese momento, antes de que yo pudiera siquiera abrir la boca para contestar, se oyó una explosión tremenda que nos obligó a taparnos los oídos y a buscar refugio.

Al principio nos miramos los unos a los otros, confundidos. No sabíamos lo que había ocurrido, solo que tenía que haber sido algo bastante gordo, una explosión en una fábrica o algo similar. «¿Estáis bien?», nos preguntábamos entre nosotras, mientras oíamos cómo otros se preguntaban lo mismo a nuestro alrededor. Por fortuna, parecía que nadie había resultado herido con la detonación, al menos no gravemente.

Muy pronto, en la plaza empezaron a asomarse vecinos interesándose por lo sucedido. Vimos también salir a Revelis, escoltado por varios hombres, entre ellos don Florencio, el vicepresidente del Ateneo.

Cuando estábamos ya algo más tranquilos, aparecieron unos muchachos corriendo y gritando.

—¡Ha sido una bomba! ¡Una bomba donde las Siervas de Jesús! —dijeron.

Yo conocía bien el convento al que se refería el chico porque una de las monjitas de allí era amiga de mi tía Belén, que como buena soltera se dedicaba en cuerpo y alma al cuidado de los desfavorecidos y conocía a todo el mundo en los hospicios y refugios.

—Quiero ir —les dije a mis amigas—. Seguro que podemos ayudar.

—Ni se os ocurra —dijo alguien al escucharme—. Puede haber más bombas. Dejad que vayan los de Artillería que de seguro ya han sido avisados y vamos a esperar a ver qué sucede en las próximas horas.

En efecto, un rato después llegaron algunos hombres del batallón de mi padre y este se puso al mando de inmediato. Al verme aún por allí, enseguida me mandó para casa. Un poco enfurruñada, obedecí. Después de despedirme de mis amigas, atravesé el portal, todavía dando vueltas a lo que había vivido, y tal vez por eso, porque iba muy metida en mis pensamientos, me sorprendió encontrar a mi madre sentada en el gabinete junto a la entrada, muy nerviosa, con el rosario en la mano, rezando y bebiendo sorbitos de una tila que le había preparado la Quica.

—Ay, Alba. Menos mal que estás bien. Estaba muy preocupada. Estos salvajes no sé lo que pretenden, de verdad te lo digo —me dijo al verme.

—¿Es que se sabe quién ha sido? —pregunté con curiosidad.

—Dicen que han sido los anarquistas.

—¿Anarquistas? —repetí.

—Sí, y ya me dirás tú qué tendrán que ver con la política esas pobres monjitas —contestó ella furiosa.

Pensé que mamá tenía razón. Las monjas de ese convento cuidaban enfermos. No sé qué relación podían tener ellas con lo que reivindicaban los revolucionarios.

Mi madre debió verme la cara.

—Alba, hija, que no te engañen. Todos esos radicales solo conocen la violencia. No saben hacer nada que no sea eso. Ya me dirás cómo piensan hacer un mundo mejor desde el derramamiento de sangre y el asesinato.

Yo no supe qué decir.

«Cada partida es una forma de muerte,

al igual que cada reunión es un tipo de cielo».

Tryon Edwards

Transcurrieron más meses y llegó de repente, casi sin darnos cuenta, el mes de diciembre. De pronto, Cartagena se engalanó con sus luces y adornos navideños, con los buenos propósitos de sus vecinos, con las ilusiones de que nos pudiera tocar la lotería y con un montón de pavos con sus gluglúes que no tardarían demasiado en enmudecer para siempre. También comenzaron a regresar los militares que volvían de las campañas de Marruecos para pasar la Nochebuena en familia.

Las clases en la academia se suspendieron hasta enero y, con algo más de tiempo libre, mis amigas y yo comenzamos a quedar casi todos los días para pasear por la calle Mayor, la de Puertas de Murcia o la del Carmen. Nos gustaba ver qué novedades presentaban los escaparates de las tiendas, porque la mayoría habían puesto los belenes y algunos eran verdaderas obras de arte. Bueno, esa era la excusa que poníamos. Lo que en realidad nos interesaba era toparnos con aquellos que, después de muchos meses, habían vuelto a casa. Sin embargo, yo me debatía entre mis ganas de socializar con las chicas y mi nuevo proyecto literario. Sí, por fin había conseguido embaucar a Escarabajal para que me apoyara, más o menos, en mis primeros pinitos como novelista.

—Don Horacio, lo he decidido. Me dispongo a estrenarme como escritora —le dije un día mientras ojeaba con fingida desgana unas revistas que tenía en el mostrador.

—¡Qué buena noticia es esa, señorita! —respondió él sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Si no recuerdo mal, el hombre andaba referenciando y colocando libros nuevos en las estanterías. No sé si era consciente de cómo lo miraba yo con el rabillo del ojo. Si lo era, no quería que lo notara.

—Escribiré sobre el hundimiento del *Sirio*

[MFT2]

[MFT3]

—continué.

Me debatía entre la contención y la impaciencia. Ganó la impaciencia:

—Es un proyecto que me va a exigir una compleja tarea de documentación, así que me preguntaba si usted cree que una historia así puede ser publicable.

El librero sopesó el asunto. Su expresión era meditabunda y eso me gustó. Por supuesto que quería oír que todo iba a salir bien, pero sobre todo anhelaba que alguien me tomara en serio.

—Es un buen tema, señorita. A nuestros lectores les gustan las historias que ocurren cerca, que se pueden casi palpar —dijo sonriendo—, pero piense una cosa: casi más importante que elegir lo que se va a contar es tomar buenas decisiones acerca de cómo narrarlo. Fíjese, señorita, en lo que le gusta leer a usted. Estará de acuerdo conmigo en que toda buena historia necesita algunos ingredientes universales: amor, muerte, conflicto, aventuras. De cómo los seleccione, resultará el que su novela sea o no publicable y, lo que es más relevante, que les guste a sus lectores.

Comprendí enseguida lo que Escarabajal trataba de decirme, pero me entró miedo, un miedo atroz, casi paralizante, de no ser capaz de hacerlo. Siempre había pensado que lo fundamental para un escritor era encontrar una historia. Ahora resultaba que con eso solo no bastaba. Debía pensar más despacio sobre aquella conversación.

Lo único que sabía, de momento, es que quería que mi historia hablara sobre el famoso suceso del *Sirio*, un vapor italiano que se había hundido en las costas del cabo de Palos en el año 1906. Tenía claro ese asunto porque el tema de aquel barco me había obsesionado desde pequeña por varias razones.

La primera, porque había ocurrido el año en que nací, como otros sucesos tremendos que también me parecían augurios, como el atentado de Su Majestad en el día de su boda con Ena de Battenberg o la erupción del Vesubio en Nápoles. Según mi abuela Belén, aquellos eran pequeños avisos del destino a los que debía conceder cierto valor premonitorio, y yo me lo creí a pies juntillas.

La segunda, porque las circunstancias de su naufragio fueron misteriosas hasta lo absurdo, ya que aquel 4 de agosto fue un día

sublime, sin una nube, sin una racha de viento y sin una onda en el mar. En el agua, los rayos de sol dibujaban pequeños destellos de plata. A las cuatro de la tarde, las condiciones de visibilidad eran máximas y la gente dormía apacible la siesta sin poder imaginar nada de lo que estaba por suceder, entre otras cosas, porque el capitán Piccone, al mando del transatlántico, era un tipo experimentado a punto de retirarse y había hecho esa misma ruta ciento cincuenta veces antes, Génova-Buenos Aires, Buenos Aires-Génova, sin contratiempo alguno. ¿Qué pudo fallar entonces? Lo cierto es que el hecho de que el buque se quedara clavado por su mitad en el Bajo de Fuera de las llamadas Islas Hormigas solo podía tener una explicación: la tripulación recibía sobornos por admitir polizones abordo en distintos puntos del trayecto, sobre todo cuando fondeaban en costas como aquella. Quizás esta vez se habían acercado demasiado. Y, quizás por eso, cuando ocurrió la desgracia, el capitán salió huyendo del barco abandonando el pasaje a su suerte. Sabía que descubrirían su implicación en los sobornos y deseó desaparecer de escena antes de que ocurriera.

La tercera de las razones era, sin embargo, la más personal, la que con más fuerza me había llevado a querer escribir sobre el *Sirio*. Se trató del hallazgo de una colección de artículos de prensa y crónicas sobre el tema, fechadas en los días del suceso. Los encontré haciendo limpieza en el desván de la casa del campo, en la finca de los Gabatos y, cuando pregunté, nadie supo decirme qué hacían allí esos recortes.

Fue gracias a mi tía Belén que pude llegar a determinar su procedencia. Ella me contó que su hermano, mi tío Juan, de joven había estado muy enamorado de la fabulosa soprano Lola Millanes, que viajaba en el transatlántico. Muchos de los recortes que hallé en el desván eran de su trágico final, así que supongo que él fue quien los coleccionó. La historia de Lola era bastante impresionante, pues su cadáver apareció días más tarde en las playas de Torrevieja y lo reconocieron por las iniciales de su nombre bordadas en la blusa que vestía el cuerpo. Decidí que escribiría sobre ella y sobre ese supuesto romance de juventud. También sobre el tesoro que llevaba en la caja fuerte del barco: joyas, mantones de Manila y otros objetos de gran valor que, al parecer, desaparecieron en misteriosas circunstancias.

A pesar de las mil dudas que me asaltaban, me puse manos a la obra. Tecleaba buena parte del día, siempre que no tenía tareas que atender en casa. Echaba horas frente a la máquina y, solo al caer la tarde, descansaba un poco y me iba con las chicas al paseo. Sin embargo, pronto estas sospecharon que me traía algo entre manos.

—¿Vas a contarnos qué te tiene tan ocupada? —me interrogó Luisita.

—Nada que tenga ningún interés. Mis ejercicios con la máquina de escribir y las cosas de la casa —respondí yo disimulando. No quería desvelarle a nadie lo que me tenía tan ocupada. Me daba miedo el fracaso y, de momento, quería guardarme aquello de la novela para mí sola.

—Pues sí que te tomas tú en serio lo de la mecanografía —dijo Adela con desdén—. En vez de teclear tanto, podías venirte conmigo a ayudar a poner el belén en la Casa de la Misericordia. Ya sabes que necesitan manos. Y están pidiendo voluntarias para hacer de madrinas de guerra y escribir a los soldados que están en el frente en Melilla y que no tienen familia. Ha salido hasta en el diario *La Voz*.

—Tienes razón, Adela, igual he estado un poco ausente —dije disculpándome como pude.

—Claro que la tengo —respondió ella poniendo una mueca de disgusto.

—Sí, la tiene —repitió Luisita—. Además, Alba ya sabes cómo es la gente. Si ven que no vas a los actos de beneficencia y a los voluntariados, pronto comenzarán a chismorrear sobre ti. Debes tener cuidado.

Adela y yo nos reímos a la vez. Porque, aunque nuestra querida Luisa tenía el corazón de oro, no existía nadie a quien gustaran más las habladurías. Tenía guasa que, precisamente ella, hiciera aquel comentario.

—Me alegra verlas reír, señoritas —dijo entonces a nuestra espalda una voz masculina.

Me di la vuelta. Vi a Juanito Mota, que nos miraba con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Venía con dos oficiales más. Uno era Víctor Gironella, al que conocía de verle con Juan en el Casino. El otro, para mi sorpresa, era Rai, Rai Guitián.

Sentí una especie de aleteo en el estómago y, como una tonta, balbuceé:

—Has vuelto…

* * *

Rai se quedó allí plantado mirándome con una mezcla de diversión y enfado. En realidad, la expresión de su cara era una combinación entre lo gracioso que debía parecerle mi desconcierto y su clara intención de regañarme por no haber respondido a sus cartas.

—No me has escrito —dijo—. Ni una sola vez, ni una triste frase, ni un saludo marrullero, ni una palabra de aliento. Nada.

—Te dije que yo no respondo nunca la correspondencia —repliqué, aunque me sentía avergonzada. Los ojos de todos los presentes estaban clavados en mí.

No podía decirle la verdad. Que si le escribía tal vez podía dar pie a algo que no me podía permitir. No me iba a casar y, por supuesto, no me iba a enamorar. Se pusiera como se pusiera Rai Guitián, mi madre, doña Elisa, o el mismísimo lucero del alba, no iba a hacer ninguna de esas dos cosas. Ese propósito mío ganaba en voluntad a la tentación de responder a sus pliegos.

—Menudo carácter tienes, marquesita. No sé qué voy a hacer

contigo.

—¿Damos un paseo? —propuso Mota y todos aceptaron. De alguna manera, como una Celestina entregada a la misión de unir a una pareja, Juan se las apañó para que nada más echar a andar, Rai y yo nos quedáramos rezagados.

—Te he traído un regalo —dijo cuando nos quedamos solos.

Los demás caminaban delante, a buen ritmo. Mientras paseábamos, nos íbamos cruzando con gente conocida a la que saludábamos con una inclinación de cabeza o con un escueto «hola», sin que esas interrupciones nos impidieran mantener simultáneamente nuestra conversación.

—Mira, Rai, por más que te empeñes no voy a caer rendida a tus pies. No soy esa clase de chicas, y, además, tengo otros planes.

—Pero ¿qué clase de planes son esos que son incompatibles con el afecto? —preguntó él con curiosidad.

Pasamos por delante de la tienda de máquinas de escribir y me distraje unos segundos mirando una nueva Underwood preciosa que acababan de traer. Pero Rai me insistió.

—Dime, ¿qué amenaza ves tú en mí o en nuestra historia?

—Así sois los hombres, para vosotros enamoraros no supone ninguna renuncia. Pero supón que yo me dejara engatusar por ti. En el mejor de los casos, nos casaríamos. Y una mujer casada ya no es nada por sí misma. Solo madre y esposa.

—Así que de eso se trata, de tu independencia. Pues mira lo que te digo, marquesita. Si eso es lo que te mantiene lejos de mí, estoy dispuesto a negociar.

Yo me enfadé. ¿Negociar mi independencia? Menudo engreído.

—Qué te lo crees tú. No negocio con mi libertad, Guitián. No hay cartas, ni regalos, ni promesas de amor que puedan hacer que renuncie a una pizca de… —Estaba elaborando mi vehemente respuesta cuando caí en la cuenta de que él solo me tomaba el pelo. Le vi reír y me callé, sumida en un sentimiento parecido a la vergüenza.

Me notaba confusa y desconcertada. Las emociones se sucedían y tan pronto me sentía fuerte y desafiante como pequeña como una cría.

Pero Rai no parecía darse cuenta, sino que se mostraba absorto con algo, como si diera vueltas a alguna cosa. De repente, paró de caminar y yo paré también con él. Nos quedamos a la altura de un viejo quiosco y vimos cómo se iban alejando los demás. Rai me miró durante unos segundos, pero no dijo nada y eso me puso todavía más nerviosa.

—¿Por qué paramos? —pregunté.

Él sonrió y, sin dejar de mirarme de aquella forma tan perturbadora, se limitó a entregarme una bolsa de terciopelo verde oscuro, atada con un cordón dorado.

—Vamos, ábrelo. No me hagas el feo de no interesarte por mi regalo —suplicó con sus profundos ojos negros clavados en los míos. Me pareció que olía a una agradable loción de afeitar.

Yo resoplé, pero hice lo que me pedía. Abrí la bolsita y volqué su contenido en la palma abierta de mi mano. Sobre esta cayó un precioso guardapelo de esmalte negro, decorado con unas peonías dibujadas a mano, que se podía abrir por la mitad y dejaba espacio para guardar en cada una de las partes una foto.

Aquellos guardapelos que estaban tan de moda entonces se llamaban así porque había sido costumbre en otro tiempo que la gente portara en ellos mechones de pelo de los seres queridos. Ahora, con la fotografía, se habían modernizado los diseños, y podíamos llevar en sus medallones pequeños retratos hechos específicamente para tal fin. Con tanta guerra, casi todas las mujeres llevaban uno con las fotos de los maridos o de los hijos que se habían ido al frente. Era una forma de sentirlos cerca y aquel era un bonito regalo, solamente que yo no debía aceptarlo.

—Es precioso, Rai, pero no puedo quedármelo. Me parece demasiado íntimo. Ya te he explicado que…

—Vamos mujer, no te estoy pidiendo matrimonio.

—Ya, pero algo me dice que, si lo acepto, estaré un paso más cerca de que lo hagas.

* * *

Cuando le devolví su regalo, no me quedé a ver su reacción. Me sentí tan incómoda que decidí apretar el paso y situarme con el resto, tratando de no mirar atrás. Rai no me siguió y Juan ralentizó el paso y

se quedó a la altura de su amigo.

—Víctor acaba de invitarme al baile de fin de año del Gran Hotel. Quiere que vayamos como pareja —dijo Adela entusiasmada. Ya no parecía acordarse de los celos que la habían consumido días antes al saber que Rai me mandaba cartas. Al escucharla, yo pensé que el mundo se había propuesto volverme loca y que no tardaría en conseguirlo, pero no dije nada. En cierto modo, me alegré de que ella pusiera su objetivo en alguien como Víctor, porque eso indirectamente repercutiría en que no me presionara más con esa supuesta historia entre Guitián y yo.

Sin embargo, si creía que eso era lo único que iba a sorprenderme en aquella tarde, iba lista. En efecto, al terminar el paseo, cuando llegué a casa, mi madre me recibió entre gorgoritos de alegría.

—¡Qué contenta estás, mamá! —exclamé al verla.

Entonces ella me explicó el motivo de su alegría y yo casi me caigo de espaldas.

—Ha llamado doña Marga. Dice que le gustaría que fueses pareja de su hijo Nando en la fiesta de Nochevieja del Gran Hotel.

—¿Y no le has dicho que soy muy joven para ir de pareja de nadie? —respondí de mal humor.

—Por supuesto que no, hija —repuso mi madre—. Que los marqueses de Fuentelaguna quieran que seas la acompañante de su hijo no solo es un honor, sino una enorme oportunidad para ti. No se me ocurre mejor partido que Fernando. Serás la envidia de todas las demás muchachas. Ya lo estoy viendo. Ay, me haría tan feliz esa boda…

Las cosas eran así. Los padres soñaban con lograr concertar la mejor boda para sus hijas, porque, al fin y al cabo, no había otro destino para nosotras que ese. Solo unas pocas empezaban a rebelarse contra ello, pero nadie esperaba que yo fuera una de ellas.

—¡No pienso casarme, mamá, métetelo en la cabeza! Ni con un aristócrata, ni con un doctor, ni con un general ni con un marino. Con nadie, ¿me oyes? ¡Con nadie!

Acto seguido me fui a mi cuarto y di un portazo. Me tiré sobre la cama y estuve llorando un buen rato hasta que conseguí vaciarme de toda la angustia que sentía dentro. Luego me puse a aporrear a

Rocinante y continué escribiendo la historia del *Sirio* hasta que la tragedia de la pobre Lola Millanes consiguió que me evadiera por completo de la mía. En ocasiones, solo a través de la ficción y la literatura logra una escapar de la asfixiante realidad.

7

«En un beso, sabrás todo lo que he callado».

Pablo Neruda

Siete pesetas costó la entrada a la famosa fiesta de fin de año que el Gran Hotel anunció a bombo y platillo aquella Navidad. Siete pesetas que incluían cena, maridaje, cotillón y, por supuesto, las doce uvas de rigor. ¿Cómo olvidarlo? Era uno de mis primeros bailes y tengo todos los detalles grabados, incluso el precio.

El hecho de que se celebrara en el Gran Hotel acrecentaba la importancia del evento. No en vano era, por aquel entonces, el mejor hotel de Europa y el edificio más alto de la ciudad. Tenía una apariencia verdaderamente majestuosa, con su fachada con forma de proa de barco, sus ventanales, sus muros revestidos de mármol y ladrillo rojo, su cúpula bulbosa, sus siete pisos más un sótano y sus más de cien habitaciones. Además, estaba completamente nuevo y contaba con los avances más modernos de su tiempo, como ascensor o agua caliente. Y es que apenas llevaba abierto tres años y, por ello, para todos nosotros, simbolizaba a partes iguales glamur y novedad. Lo había mandado construir el gran empresario Celestino Martínez en 1907 y pasaron diez años hasta que pudo inaugurarse aquella maravilla, pero, a partir del momento en que abrió sus puertas, fue el escenario de algunos de los momentos decisivos de la Cartagena vibrante de principios de siglo.

Aquella noche, con la fachada iluminada, el blanco de la piedra contrastaba con el rojo del ladrillo. Frente al edificio, lucían flamantes algunos autos de las marcas extranjeras más cotizadas, recién lavados y encerados. El trajín de los mozos yendo y viniendo a aparcarlos daba una sensación de bullicio que impresionaba nada más llegar. En la puerta, un montón de damas y caballeros hacía cola; ellas, con sus pieles y estolas, sus tocados de plumas y sus largos collares de perlas; ellos, ajustándose la pajarita del esmoquin, atusándose el cabello engominado y planchado con raya en medio, o sacando brillo con la mano a aquellos extravagantes zapatos de dos colores que estaban de moda y que, casi seguro, estrenaban para la ocasión.

Nada más llegar, comprendí que las mejores familias de la ciudad asistirían a la cena porque nadie habría querido perderse un encuentro así. Afuera, desde donde yo esperaba con mis padres y con los Fuentelaguna, pude escuchar la música en el interior del edificio.

Foxtrot, *swing*, *blues* o *jazz,* pero también pasodobles y coplas. Los contrastes son algo propio de las épocas de cambio y era curiosa la convivencia de estilos distintos y la influencia extranjera también en lo musical.

—El menú incluye ostras del cantábrico —exclamó mi madre con deleite.

—Así es, querida —dijo mi padre haciéndonos un gesto para entrar—. Y también huevos poché *al gratin* y *tournedós clamard*.

Nando me ofreció entonces su brazo caballeroso. «Estás preciosa», había dicho al verme, sonriendo con la misma sonrisa pícara con la que muchos años antes habíamos asustado a las criadas soltando ratones en su castillito modernista, un anexo al edificio principal que tenían los Fuentelaguna en su finca. Al parecer, aquella excéntrica construcción fue un regalo que el magnate Hermógenes Conesa hizo a su nieta Marga, la madre de Nando, en su fiesta de puesta de largo, cuando esta cumplió los quince. En ese castillo habíamos jugado infinidad de veces siendo críos. A mí me fascinaba porque parecía salido de *Alicia en el país de las maravillas,* y siempre tuve la sensación de que, en cualquier momento, la Reina de Corazones aparecería en escena pidiendo la cabeza de alguno de nosotros.

Supongo que esa noche, en la fiesta, Nando tenía razón y yo lucía bonita con mi vestido negro con el corte en la cadera y mi original tocado de plumas. Sin embargo, lejos de disfrutar de todo aquello o de responder a la sonrisa de Nando con otra parecida, yo permanecía rígida como una estaca. Estaba aterrada ante la idea de que mis amigas y el resto de la gente que me conocía asumiera que aquella fiesta era la forma con la que nuestros padres deseaban oficializar nuestro compromiso. Nando, por el contrario, se mostraba encantado con la idea y saludaba a todo el mundo.

Al entrar, nos dieron dos copas de vino espumoso y brindamos con nuestras familias. Después, yo, que llevaba un rato mirando nerviosamente a un lado y al otro a ver si veía a alguien conocido, divisé a mis amigas y me excusé un momento con Nando para acercarme a saludarlas.

—Estáis guapísimas —les dije al verlas.

—Tú también —dijo Luisita. Llevaba un vestido púrpura de terciopelo y varios collares de perlas a distintas alturas. Estaba emocionada con aquella fiesta y empezó a comentarme con alborozo

quién era quién, al tiempo que chismorreaba sobre los modelitos de las señoras de las familias mineras y militares de más renombre: los Aznar, los Aguirre, los Stengre, los Terry, los Torres o los Spottorno, entre muchos otros.

De pronto, Juanito Mota apareció como de la nada, seguido de un montón de oficiales más, todos vestidos de esmoquin. Costaba reconocerlos sin el uniforme.

—Estáis preciosas, señoritas, todas lo estáis. Madre mía, sois como diosas terrenales —gritó haciendo aspavientos, y todas empezamos a reír con coquetería.

Aquella noche, Juanito no paró de lisonjear a todas las damas sin pudor alguno, achispado como estaba porque habían estado bebiendo antes de la fiesta. La pobre Luisa, que había albergado la esperanza de que, por fin, en esa velada Juan se fijara en ella, se quedó la mar de chafada.

Junto a Adela y Víctor, reconocí a otros oficiales como Pemartín, Lolo Sanz o Marcelo Galán. Todos parecían alegres, desinhibidos y con muchas ganas de divertirse. La gente vaciaba sus copas despreocupadamente y, un segundo después, los vasos vacíos eran sustituidos por otros rebosantes de más champán espumoso recién descorchado. Miré alrededor, tratando de inmortalizar el momento. Por un instante, tuve la sensación de que el tiempo se detenía. Pero entonces los camareros fueron por los grupos invitando a la gente a sentarse en las mesas. Iba a empezar a servirse la cena.

—Luego nos vemos en el baile. Tengo que reunirme con mis padres —le dije a las chicas, tratando de que no notaran lo contrariada que estaba por tener que separarme de ellas.

Los sitios en el elegante salón estaban asignados a cada persona de forma nominativa, como en una boda, así que fui a la zona de la entrada, donde un elegante cartel indicaba dónde se debía sentar cada uno. Cuando lo estaba consultando con detenimiento, escuché una voz a mi espalda que hizo que se me erizara todo el vello de los brazos. Al darme la vuelta, me encontré a Rai mirándome con descaro y con una amplia sonrisa.

—Hola, marquesita —dijo sonriendo.

En efecto, ahí estaba él, acompañado de alguien a quien no conocía, pero de cuya identidad no tuve dudas pues se parecían como dos gotas de agua. Era su hermano pequeño, Antonio. Este también

sonreía y se le formaban dos graciosos hoyuelos en las comisuras de los labios.

No me dio tiempo a devolverles el saludo a ninguno de los dos. Mi madre, que me había estado observando desde lejos, se apresuró a llegar hasta donde estábamos y exclamó en un tono apremiante.

—Vamos, Alba, ¿a qué esperas? Estamos ya todos en la mesa menos tú.

Como un corderito sumiso, la seguí sin atreverme a mirar hacia atrás.

* * *

No comprendía nada. Tan solo unos días antes, me habían asegurado que Guitián no iba a venir. Fue en casa de Adela, cuando esta nos estaba enseñando a cocinar unos buñuelos de marisco. Adela era una excelente cocinera, como su madre y como todas las generaciones de mujeres anteriores a ella en su familia. De cuando en cuando, y de forma casi obligada cada Navidad, existía la tradición de que las Mota organizaran sesiones de cocina en su casa en las que un grupo exclusivo de señoritas, elegidas especialmente para la ocasión, tenían la suerte de ser instruidas en el arte de elaborar los menús más especiales del recetario secreto que se transmitían de madres a hijas en la familia. Lógicamente, Luisita y yo siempre formamos parte de ese círculo de invitadas selectas.

De modo que esa tarde, cuando llegó Juanito Mota, estábamos todas cocinando a las órdenes de Adela en la cocina. Aquella era una estancia amplia, alargada y con un bonito suelo de azulejo hidráulico. También tenía una ventana que daba mucha luz y una zona de trabajo muy espaciosa para preparar masas y guisos.

—Adela, no lo vas a creer. Dice Rai que no va a venir a la fiesta —comentó Juan mientras entraba en la casa. Entonces se calló porque no se esperaba ver a tanta gente reunida allí.

Yo levanté la cabeza de mi plato y agucé el oído. Admito que sentí un alivio enorme al escuchar aquello porque bajo ningún concepto quería que Rai me viera del brazo de Nando. Me temo que mi madre no solo no había aceptado mi escena de rebeldía, sino que me había castigado y había dejado bien clara su postura. «Irás con quien tu padre y yo decidamos que vayas, que te quede claro», dijo taxativamente. Y no hubo más que hablar.

Estaba deseosa de que Juan nos contara más detalles sobre ese asunto, pero este, al ver el percal, se quedó cortado, se excusó y se fue. Por suerte, Adela se acercó hasta mí y me puso un poco al tanto del tema.

—Es por su madre —cuchicheó para que las demás no lo oyeran —. No está bien doña Clara.

—¿Qué tiene? —pregunté mientras colocaba un par de cuencos sucios en la pila y me secaba las manos en el delantal.

—Dicen que desde que murió su esposo, el padre de Rai, hace cosas muy raras —añadió y luego se dirigió a otra chica que estaba algo apartada—. Leila, por favor, ve preparando el *fumet* como te he explicado. Ahí te he dejado los ingredientes.

—De acuerdo, Adela —contestó la muchacha con docilidad.

—Como te decía, desde la muerte de su esposo no sale. Está encerrada en la habitación rezando el rosario a todas horas. Antonio, el hermano de Rai, asegura que está muy trastornada.

—Vaya… —contesté yo.

—Pero el problema no es ese, Alba. Al parecer, cuando sale, solo lo hace para ir a hacer obras de caridad. Piensa que solo a base de oración y donaciones logrará salvar el alma de su marido. El pobre murió tan repentinamente que lo hizo sin haber recibido los Santos Sacramentos. Y por eso, ella… Bueno, el asunto es que ha perdido la capacidad crítica de saber lo que uno puede permitirse y lo que no, y las últimas veces ha repartido todo el dinero entre los pobres, incluso el que tiene para administrar las cosas de la casa. Esto es un secreto, claro, no lo van contando por ahí, pero Rai se lo confesó a mi hermano un día, porque lo está pasando muy mal. No vayas a decir nada.

—Descuida, soy una tumba, ya lo sabes —dije yo mirando de reojo a Portela, que seguía trajinando con las demás, ajena a nuestra conversación.

—Pero lo que yo no entiendo es por qué no le quitan a ella de esos temas y lo administran las hijas —dijo.

Entonces, Adela me explicó que Rai tenía tres hermanos. Antonio era el más joven y luego había dos chicas, Amparo y Sagrario, ambas bastante poco resueltas. No era culpa de ellas o no lo era por

completo, sino que era consecuencia de una educación que tutelaba a las mujeres y las convertía en seres incapaces de gobernar una casa y tomar decisiones. Ahora que venían mal dadas, no sabían cómo ayudar a su madre. Antonio, el pequeño, era muy espabilado, pero en ese momento empezaba en la Escuela de San Fernando, así que poco podía hacer él desde la distancia.

—La cosa es que, al parecer, el otro día Rai recibió una llamada en el Arsenal. Cuando le dijeron que era su abuela Sonsoles, el pobre palideció. Lo vimos todos.

Adela interrumpió por un momento su relato y se fue a buscar a la despensa unos huevos. Luego volvió, cogió un tenedor y se puso a batir unos cuantos. Al tiempo, sin perder el hilo, continuó por donde lo había dejado.

—Sonsoles Jordá es la abuela de Rai. ¿Sabes quién es?

Asentí con la cabeza. Para ese momento, yo estaba junto a ella y había dejado de trabajar para poder centrarme en sus explicaciones. Conocía a los Jordá. Eran una familia que había hecho mucho dinero con el auge de la minería durante el siglo anterior, como muchas otras de la ciudad.

—Claro que sabe quién es, Adela —dijo Juan pegándonos un susto de muerte. Se había puesto detrás de nosotras sin que nos diéramos cuenta—. Sois unas chismosas de cuidado, eso es lo que sois, las dos…

Yo enrojecí, pero Adela ni se inmutó.

—De eso nada. Rai escribe a Alba, técnicamente es su pretendiente —dijo—. Tiene derecho a saber por qué va a faltar al baile.

A pesar de mi vergüenza, Juanito no le dio demasiada importancia y, casi complacido por poder contarme él mismo todo aquel cotilleo, me explicó lo que sabía.

—El pobre Rai cogió el teléfono y le dijo, malhumorado: «Abuela, ya sabes que este teléfono es solo para cosas importantes». Ella debió contestar que más valía que escuchara lo que tenía que decirle. Al parecer, el director del Banco de Cartagena la había llamado esa misma mañana para avisarle de que doña Clara, su hija, había estado allí y había sacado todo el dinero de la cuenta. «Qué, hijo, ¿te parece lo suficientemente importante?», oí yo que le decía Sonsoles. Rai no

respondió. Estaba pálido. No era la primera vez que pasaba algo así. Tras sopesarlo un poco, rebatió a su abuela, eso sí, sin sonar nada convincente: «Pues será que mi madre va a comprar todo lo de la cena de Navidad y los regalos y necesita efectivo». Luego le colgó el teléfono, cosa que a doña Sonsoles le debió sentar a cuerno. Pero, en cuanto pudo, se marchó a casa. Cuando llegó, comprobó que el aviso de la Jordá no era una falsa alarma. En efecto, Clara había entregado todo ese dinero a la caridad. La pensión de todo el mes, las rentas de los inmuebles y unos cuantos ahorros que tenía depositados en esa misma cuenta. Rai estaba indignado y acusó a sus hermanas de no ocuparse de nada. Se lio una buena en su casa. Las chicas, venga a llorar, y Rai buscando algo de dinero por todos los armarios para ver si quedaba algo. Después de todo ese numerito, al final entró en razón e hizo caso a su hermano Antonio: debían pedirle dinero prestado a Sonsoles para poder costear la cena de Nochebuena y para tirar durante lo que restaba del mes hasta que les abonaran las rentas del siguiente. Yo le ofrecí un préstamo, pero ya sabéis cómo es de orgulloso.

—Supongo que tener una abuela millonaria es una ventaja —dije.

—Te equivocas, Alba. Para Rai fue muy duro tragarse su orgullo y pedirle ayuda económica. Ha estado años sin hablarse con ella —me explicó Adela.

Los miré atónita. Aquel relato me parecía más enrevesado que cualquiera de las novelas que yo leía. Juan quiso poner un poco de luz en todo ese galimatías.

—Sí, verás, cuando Clara, la madre de Rai, era jovencita, Sonsoles quiso casarla con uno de los hermanos Rico Valarino. Estos eran descendientes del conde de Santa Lucía y contaban con una buena fortuna y unas cuantas empresas prósperas y de renombre, como la de vidrio, tal vez la más conocida de todas. La Jordá, tras unas cuantas décadas de matrimonio con su esposo, el señor Alfredo Carlos-Roca, que fue un ordenado pero aburrido comisario de Marina sin más pretensiones que llevar una vida tranquila y servir con diligencia en el Cuerpo de Administración, había llegado a la conclusión de que los matrimonios debían concertarse con la cabeza y no con el corazón. Quería para su hija un buen casamiento, con un partido que no fuera militar a ser posible. Pero la buena y dócil Clarita se había enamorado ya del padre de Rai, un alférez como nosotros, y dijo que o se casaba con él o no lo haría con nadie. Al final, después de amenazar con irse a un convento, el padre, Alfredo, claudicó y, a pesar de las protestas de Sonsoles, dio su consentimiento al enlace. Su mujer no se lo

perdonó, ni a él, ni a la hija, y tanto fue así, que no movió un dedo por los recién casados. Ni siquiera fue a conocer a su nieto cuando nació. Eso, el padre de Rai jamás lo olvidó y murió sin hablarse con ella.

—Por lo menos, la muerte del padre de Rai sirvió para que Sonsoles se ablandara un poco —continuó Adela—. Fue al entierro y desde entonces empezó a visitar a su hija y a sus nietos de vez en cuando. Clara estaba tan afectada que no tuvo fuerzas para echarle nada en cara. Rai, sin embargo, siempre ha mantenido las distancias con ella por lealtad a la memoria de su padre. Ya sabes cómo es.

—¡Vaya historia! —dije yo.

Estaba impresionada. La verdad es que Rai no hablaba mucho de su familia en sus cartas. Ahora entendía por qué.

—Al final, Rai lo hizo. Habló con su abuela y ella le dio el dinero necesario. Eso sí, le advirtió que esperaba que, a partir de ese momento, él se comportara como un verdadero nieto y fuera a visitarla cuando estuviera de permiso en Cartagena. A Rai aquello le pareció una traición al apellido Guitián y hasta se puso malo aquella noche, con un cólico de no te menees, pero le dio su palabra. Lo hizo por sus hermanos y porque pensó que era lo mejor para su madre. Con todo, Rai estos días anda de un humor de perros y ha decidido que no irá a ninguna fiesta de Nochevieja, por más que todos le hayamos insistido hasta aburrirnos en que tiene que venir. Él se mantiene en sus trece y repite, erre que erre, que venderá la invitación y pasará la noche de Año Nuevo en su casa sin hacer nada especial.

Ahora, en la fiesta, bajo la mirada atenta de mi madre que no me quitó ojo durante toda la cena, me dio por recordar todo aquello que me habían relatado los Mota unos días atrás, y no pude evitar preguntarme qué habría pasado para que las cosas cambiaran y Rai hubiera tomado la decisión de asistir al evento finalmente.

* * *

Aquel salón era espectacular. Con sus elevados techos, los azulejos hasta media altura que decoraban con exquisitez todas las paredes, las cortinas de terciopelo suave y oscuro, el mobiliario *art déco*, los tapices firmados por los mejores artistas de la época, los manteles y vajillas lujosísimos y la iluminación, uno tenía la impresión de estar en uno de esos ostentosos bailes que salían en las películas de Sissí Emperatriz.

Mientras cenábamos, un ejército de camareros uniformados y muy bien adiestrados desfilaban de continuo por toda la sala con una sincronización perfecta. Iban y venían rellenando copas, emplatando deliciosos manjares o trayendo bandejas con marisco y carne para servir a todos aquellos que quisieran repetir. De cuando en cuando, algunas señoras aprovechaban toda la parafernalia del cambio de platos para ir al tocador y revisar que su aspecto estuviera impecable. Nadie quería desentonar.

Yo, con discreción, aprovechaba el trasiego de camareros y los brindis que se iban sucediendo a cargo de los militares más veteranos, para intentar mirar a la mesa de Rai. Él estaba de espaldas a mí, de manera que no podía ver su cara y no tenía forma de saber si me había visto con Fernando de Fuentelaguna y si, en su caso, eso le había molestado. Aquello me tuvo en vilo todo el tiempo, pues no podía dejar de pensar en cómo iba a interpretar Rai esas señales. Entendería, como todos, que yo me había comprometido con el marqués. En ese caso, lo natural es que hubiera pensado que le había estado engañando todo ese tiempo y, en definitiva, que lo había tomado por idiota.

Así transcurrió la cena, poco a poco, a su ritmo y sin contratiempos. A los postres, como era la costumbre, el gobernador militar de la plaza tomó la palabra y ofició el brindis final por el año que iba a comenzar.

—Auguro, señoras y señores, que este será un año de grandes éxitos —dijo con complacencia mientras mantenía su copa levantada —. Como saben, todo apunta a que las tropas del valiente general Silvestre van ganando posiciones en Marruecos y muy pronto lograrán alcanzar la bahía de Alhucemas, que es el objetivo final. Confío en que 1921 será, por tanto, el año en que terminará por fin la guerra contra los moros del Rif y recuperaremos la tan ansiada paz. En todo caso, hoy quiero brindar con todos ustedes porque así sea.

Los invitados levantaron también sus copas y luego aplaudieron emocionados. Se oyó un gran alboroto por todo el salón. Por supuesto, todos los presentes queríamos creer, anhelábamos creer, que el gobernador tuviera razón. Quién más y quién menos tenía algún familiar luchando en el norte de África, e incluso muchos de los asistentes de esa inolvidable fiesta eran combatientes que estaban de permiso en esos días y muy pronto habrían de volver al frente.

Después de chocar las copas, llegó el momento de tomar las uvas y, al término de las mismas, todos intercambiamos besos y abrazos, se

oyó el sonido de las botellas al descorcharse y, casi de inmediato, comenzó a tocar el quinteto contratado para la ocasión. A partir de ese momento, empezó toda la gente a ir entusiasmada hacia la pista de baile.

Desde casi el otro extremo de la sala, vi cómo arrastraban a Rai hasta la barra. Gironella, Mota, Pemartín, Galán, Sanz, su hermano Antonio y otros muchos de la oficialidad lo rodearon y los vi pedir copas y brindar y charlar con alegría. Parecían pasarlo divinamente y Rai se dejaba llevar por el alboroto de los suyos. Ni una sola vez me había buscado con la mirada. Estuve atenta por si lo hacía, observándolo fijamente, pero nada.

Yo me sentía abatida. El hecho de tener que estar todo el rato pegada a mis padres y a los marqueses me producía claustrofobia. Hubiera querido irme con mis amigas y disfrutar un poco de la fiesta, pero, tras las uvas, Nando me sacó a bailar y, por miedo a mi madre, no me atreví a rechazar su invitación.

El pobre, que no era nada tonto, notó enseguida que me pasaba algo.

—¿Qué sucede, Alba? No pareces pasarlo bien.

—No es nada. Me aturde todo este jaleo —dije. No se me ocurrió nada mejor.

—Pero es una noche feliz. Tenemos todo un año por estrenar. Seguro que van a pasarnos muchas cosas maravillosas —contestó él, acercándose un poco más a mí.

De lejos, mi madre y doña Marga nos observaban con cara de satisfacción. Era innegable que ambas estaban encantadas con la idea de emparentar. Mi madre, delgada como un junco y más alta que la madre de Nando, que siempre fue más regordeta y bajita, parecía henchida de orgullo.

—…y luego iremos a los Gabatos a celebrar la pedida, ¿qué te parece? —decía muy lejos Nando.

Sin querer, en algún momento, yo había dejado de escucharle.

—Perdona, ¿cómo dices? —dije, tratando de centrarme.

No pudo contestarme porque, en ese momento, Rai apareció como surgido de la nada y nos interrumpió. Creo que me quedé de piedra.

—Disculpe un momento, señor marqués, necesito hablar un tema con la señorita Aldave —exclamó disimulando bastante mal su indignación.

Sus ojos echaban chispas.

—Ya —dijo Nando, supongo que algo extrañado, aunque sin perder la compostura—, pero es que resulta que ahora ella está bailando conmigo.

—Será un segundo solamente —insistió Rai.

—Le digo, caballero, que estoy bailando ahora con mi prometida y que su actitud empieza a ser un poco inapropiada —respondió Nando de nuevo, enfatizando la palabra «inapropiada».

—Y yo, marquesito, me veo en la obligación de insistirle porque su prometida tiene algo muy serio que aclararme y le aseguro que tanto a usted como a mí nos conviene que lo haga —exclamó finalmente Rai, tirando de mí con fuerza.

Con semejante sacudida, consiguió que me separara de Nando, de modo que me aferró a su pecho y, así, él y yo seguimos bailando ante la cara atónita del pobre Fuentelaguna, que se quedó atrás, como un pasmarote, mientras Rai me arrastraba al otro lado de la pista, apartados de mi familia y del resto de nuestros amigos y conocidos.

—Así que eras muy joven y no te ibas a casar nunca, ¿no? —me recriminó.

—Eso es —respondí yo tratando de mantener la calma. Pensaba que en cualquier momento mi madre aparecería y montaría un escándalo por lo que acabábamos de hacer delante de todo el mundo.

—¿Y el soso ese qué? Dice que eres su prometida. ¿Te estás riendo de mí, Alba Aldave?

Nos sostuvimos la mirada por unos segundos sin decir nada, pero diciendo muchas cosas. Aquello duró hasta que yo no pude evitarlo y comencé a reír. Verlo tan celoso me resultaba divertido. Rai siempre tuvo mucho genio. En eso sí que nos parecíamos. Los dos éramos tercos como mulas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dijo él, más enfadado si cabe.

—Tú —le respondí desafiante.

Se quedó mirándome con incredulidad. Estaba tan alterado que le temblaba el labio superior y parecía no saber qué hacer o qué decir. Era como si los dos supiéramos que le robábamos segundos al reloj y que, en apenas unos instantes, alguien, tal vez mi madre, tal vez el marqués o tal vez cualquiera de sus amigos oficiales, vendría hasta nosotros y nos separaría. De modo que, tras unos segundos eternos, Rai por fin reaccionó y, sin decir absolutamente nada, cogió con sus dos manos mi cara y, sujetándola, me dio un beso en los labios tan intenso y suplicante que me cortó la respiración. En ese momento en que el tiempo se paró y la música dejó de sonar, yo solo podía imaginar los ojos de todos los invitados de todo el Gran Hotel posados sobre nosotros dos, interrogantes y censores.

Cuando nos separamos, sentí que iba a caerme al suelo. Acabábamos de transgredir todas las normas sociales. Abrumada, hice lo único que podía hacer, le di una bofetada.

—Raimundo Guitián, no quiero volver a verte —exclamé con teatralidad.

Rai no dijo nada. Todos nos miraban. Recuerdo un gran silencio en la sala y muchos ojos, ojos clavados en nosotros, ojos curiosos y jueces, ojos inquisitivos. Fue como si un gran foco nos deslumbrara. De lejos, creí ver la cara de Adela y de Luisa, de un atónito Fernando de Fuentelaguna, de sus padres y los míos, de los amigos de Rai, de los altos mandos militares y sus esposas y de todos, en definitiva, de todos los que habían acudido esa noche a la fiesta. Pensé que de algo así no podíamos salir indemnes y me entró una insoportable sensación de falta de aire.

—Sácame de aquí, deprisa —le supliqué angustiada.

Él me miró, pero permaneció parado. Recuerdo entonces que comencé a oír, como amplificado, el sonido de unos pasos que venían hacia nosotros. Era mi madre, la vi caminar a cámara lenta y supe que, si me alcanzaba, no habría agujero en el mundo donde pudiera esconder mi vergüenza.

Rai no se lo pensó dos veces. Tiró de mí hasta la salida y corrimos los dos como dos almas que lleva el diablo. No paramos hasta que estuvimos muy lejos y tuvimos la certeza de que nadie nos seguía.

La rebelde que habitaba en mí parecía sacar la cabeza, por fin. Me pregunté cuál sería el precio que habría de pagar por ello.

«Los enamorados pueden andar sobre las telas de araña

que se mecen en el tibio calor del verano, así de leve es la ilusión».

Romeo y Julieta.

William Shakespeare

Habíamos escapado a toda prisa del Gran Hotel, por lo que no tuve tiempo de coger del guardarropa la estola de piel de mi madre. Rai me vio tiritar y me echó por los hombros la chaqueta de su esmoquin con caballerosidad.

—Bueno, marquesita, ¿ahora qué? —dijo expectante.

—¿Cómo que ahora qué? En menudo lío me has metido —contesté yo.

—Oye, has sido tú la que me ha pedido que te sacara de allí —replicó Rai encogiéndose de hombros.

—Después de que me des un beso delante de toda la ciudad. ¿En qué estabas pensando?

—En que mientras yo te escribía a diario cartas de amor, tú estabas la mar de entretenida prometiéndote con un mequetrefe, Alba Aldave —se defendió.

Yo me paré en seco y puse los brazos en jarras.

—Fernando no es ningún mequetrefe, Rai. Es hijo de los marqueses de Fuentelaguna, una de las familias más respetables de Cartagena —contesté sin pensar y aquello sí que pareció molestarle de veras.

—Ah, ya veo. Lo que ocurre aquí es que las marquesas solo se casan con *marquesos* —dijo burlándose de mí—. ¿Cómo no me di cuenta? Desde luego, soy un memo, eso es lo que soy. Anda que no te habrás divertido a mi costa. Pero admite que me diste esperanzas…

—¡Oh, eres tan bobo! En primer lugar, Nando es amigo de mis padres de toda la vida. Mi madre y su madre quieren que nos casemos. Pero eso no significa que sea lo que quiero yo. Y, en segundo lugar, yo

nunca te di esperanzas. Eso te lo estás inventando.

—No me invento nada, Alba. El tipo ese estaba hinchado como un pavo. Si no os vais a casar, alguien debería hacérselo saber.

—Mira, no tengo que darte ningún tipo de explicación, pero si lo que te pone de ese humor son los celos, descuida, después de la que has liado esta noche, no creo que a Nando de Fuentelaguna le queden ganas de mantener ningún compromiso conmigo.

—Pues como sigas comportándote como una niña tonta, creo que a mí tampoco —dijo, y entonces fui yo la que se enfadó de verdad.

—Ni falta que hace. Ya te he dicho mil veces que no pienso casarme. Me voy a casa —contesté y eché a andar a buen paso, dejándole con la palabra en la boca.

En la calle, todo estaba tranquilo, sin apenas ruido. Mientras andaba por la zona del muelle hasta la que habíamos llegado en nuestra huida, observé de lejos las luces de algunos barcos en altamar, como si fueran el reflejo de las estrellas del cielo. Podía haber sido un paseo precioso, pero estaba tan furiosa que no pude disfrutar de nada. Me limité a dar zancadas mientras notaba que él me seguía detrás, resoplando.

—Espera, Alba, no te enfades. Vamos, mujer, no lo decía en serio —le escuché decir, pero no aflojé el ritmo.

—No me enfado, pero es tarde y no sé qué hago aquí perdiendo el tiempo contigo —respondí.

En ese momento, Rai corrió un poco y consiguió asir mi mano. Entonces tiró de mí y, cuando estuve enfrente de él, me agarró por la cintura y me dio un beso de esos que una no olvida jamás en la vida. Nunca, antes ni después, he sentido tanto con un simple beso. Toda su pasión, sus celos, su valentía, su confianza en nosotros y en lo que sentía estaban ahí, en nuestras bocas unidas. Yo no le rechacé, sino que respondí a su beso con la misma intensidad.

No sé cuánto tiempo estuvimos así pero sí recuerdo que, cuando nos separamos, no fui capaz de decir nada. Él tampoco lo hizo. Nos quedamos mirándonos en silencio durante unos instantes. Sus ojos parecían decirme que por fin había comprendido. Entonces, sin separarse de mí, rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta que yo llevaba puesta y me entregó algo que sacó de ella. Lo puso en mi mano y me cerró el puño.

Cuando estiré los dedos para ver lo que era, sonreí. Era el guardapelo.

—Eres un cabezota —dije sonriendo.

Entonces lo sujeté entre mis dedos y acaricié su superficie de esmalte. Luego se lo tendí a Rai de nuevo para que me lo pusiera en el cuello.

Y ya nunca, desde ese día, me lo he quitado.

* * *

Seguimos caminando en dirección a mi casa. Íbamos con los dedos entrelazados como cualquier pareja de novios y, durante el trayecto, hablamos de muchas cosas. Entre ellas, Rai comentó que había estado a punto de no asistir al baile, cosa que yo ya sabía, pero añadió que, como al final no había podido vender la entrada, no le había quedado otra que ir para no perder el dinero.

—Uno de los fogoneros, Carmelo Marchante, dijo que me la compraba, pero quería darme una miseria por ella él muy caradura. Con lo que cuestan… —me explicó.

—Pues cuando le veas le das las gracias, porque si al final se la hubieras vendido, nada de lo que ha ocurrido entre nosotros habría pasado —dije yo, apretando su mano y sonriendo.

—Tienes razón, pero me molesta la actitud que tienen algunos subalternos últimamente. Hay un ambiente muy raro. Es como si de un tiempo a esta parte pensaran que los jefes somos sus enemigos, no sé.

—Supongo que no les gusta obedecer. A nadie le gusta obedecer en realidad.

—Pero esto es el Ejército, Alba. Las jerarquías están por algo. Circulan todo tipo de ideas que ellos asimilan con progreso y modernidad, pero en la práctica, solo les alientan a la insubordinación y la rebeldía, y eso es inadmisible y muy peligroso.

—Bueno, anda, no le des más vueltas. Ya se les pasará.

—Eso espero —dijo él, pero su voz no sonó muy convincente.

—Ahora necesito que dejes de pensar en eso y me prestes

atención, Rai —le pedí cambiando repentinamente de tema—. Quiero enseñarte algo.

Señalé mi portal y él me miró sorprendido. Puse el dedo índice sobre mis labios para indicarle que no hablara. Debíamos guardar silencio. Luego abrí la puerta con cuidado y le hice un gesto para que entrara.

—¿Estás loca? —susurró—. Si nos descubren aquí tus padres, soy hombre muerto.

Rai se pasó la mano por el cuello como si lo estuvieran degollando y eso me hizo reír.

—No me digas que tienes miedo, Rai Guitián —dije provocándole.

—¿Miedo yo? —respondió él con fingido aplomo.

—Te recuerdo que, si nos descubren, soy yo la que se la juega. Me apuesto contigo a que me meterían a monja de clausura.

—Entonces te iré a ver al convento como don Juan Tenorio a doña Inés. No te librarás de mí ni con esas, Alba.

Reímos de nuevo e hicimos un poco de ruido. Tuve miedo de que nos descubrieran, así que le mandé callar con gran nerviosismo. El corazón me latía a mil por hora. Me adelanté un poco por las escaleras para cerciorarme de que no había peligro. Agucé el oído, pero me pareció que todo estaba en calma y que no había nada que temer. La Quica hacía años que tomaba pastillas para dormir, Belén y Juan se habían vuelto a Melilla dos meses antes al ser nombrado mi tío presidente de la Junta de Arbitrios y no habían podido venir por Navidad, y mis padres debían seguir en el baile manteniendo el tipo con los marqueses.

Sintiéndome un poco más segura, le cogí de la mano y subimos todos los tramos de la escalera hasta que, al llegar al final, le tapé los ojos antes de abrir la portezuela de hierro que conducía al terrado.

Cuando quité mis manos de sus ojos, Rai miró alrededor y me di cuenta de que había comprendido por qué le había llevado hasta allí. Desde donde estábamos, en la azotea, se veía una buena parte de la ciudad, así como el cielo trufado de estrellas. Era un espectáculo impresionante.

Permanecimos un buen rato en silencio mirando el paisaje

nocturno.

—Es precioso —dijo él al fin.

—Sí —contesté aliviada—. Nunca verás un cielo igual.

Rai rio con condescendencia y luego dijo:

—Me temo que sí. El cielo más hermoso, Alba, es el que se ve desde un barco en altamar. Allí no hay luces y las estrellas brillan con toda la intensidad que puedes imaginar y luego se reflejan en el océano como si fuese un magnético y hechizante juego de espejos. Me encantaría que alguna vez pudieras verlo conmigo.

No respondí. Cerca de donde estábamos había una especie de claraboya ovalada que servía para dar luz al interior de la casa.

—A este sitio mi abuelo y yo lo llamábamos «el Óvalo» por la forma de la claraboya —le dije a Rai, señalándola—. Solía subir con él cuando era niña y pasábamos unos días en Cartagena. Él me contaba historias y también me hablaba de constelaciones y estrellas. Cuando murió, tardé un poco en volver a venir porque me moría de pena, pero ahora, cuando necesito encontrar un poco de paz para pensar, me refugio aquí, donde casi nadie sube nunca, y me tumbo a mirar el cielo.

Entonces, eché dos mantas sobre el suelo y nos acostamos los dos encima de ellas. Él me tapó con su chaqueta con delicadeza y permanecimos un rato tumbados.

—¿Sabes una cosa, Alba? —dijo.

—¿Qué? —respondí yo.

—Cuando te dije que te casarías conmigo…

Puse los ojos en blanco.

—No empieces, Guitián.

—No, hablo en serio. Ya sé lo que dices, pero también sé bien cómo son las cosas y cómo funciona el mundo. Necesito saber que me esperarás.

—Pero ya te dije que…

—Escúchame, por favor —me interrumpió—. Necesito saber que

mientras esté navegando lejos, en otros países, destinado no sé ni dónde, no me encontraré la desagradable sorpresa al volver de que te has convertido en la esposa de otro.

Me quedé pensativa. No quería herirle, pero no podía prometer cosas que no estaban en mi mano, al menos no del todo.

—Rai, mi madre… —comencé a decir.

—Me da igual tu madre —me cortó de nuevo—. A mí me importas tú, lo que tú quieres y lo que tú hagas. Sé cómo eres y que, si tú no quieres, no le darás el sí quiero a nadie. Sé que no podrán imponértelo.

—Pero es que yo no quiero casarme.

—Alba, si algún día eres mi esposa, te prometo que no te privaré jamás de tu libertad, lo juro.

Rai no pudo seguir hablando porque justo en ese momento la luz de la claraboya ovalada se encendió y supimos que mis padres acababan de llegar a casa.

Nos pusimos en pie de un salto.

—Por aquí —le dije con voz susurrante.

Cogí una escala de cuerda y madera que mi padre guardaba entre unos aperos apilados y la enganché en unos clavos de la pared para que cayera por el muro trasero.

—Baja. Caerás al patio y, si trepas por la valla, puedes salir sin problemas a la plaza del Rey. ¡Vamos, corre!

—Promételo. Promete que me esperarás —dijo con insistencia, inmóvil, expectante.

No había tiempo y, al ver sus ojos oscuros llenos de firmeza y determinación, supe que no se marcharía hasta haber conseguido arrancarme la promesa.

—Te lo prometo —claudiqué.

Rai sonrió con evidente satisfacción, me dio un apresurado beso en los labios y luego empezó a bajar a toda prisa por la escala.

No podía imaginar cuánto iba a tardar en volver a verlo.

«De aquella cosa efímera nacía una cosa eterna».

Manuel Gutiérrez Nájera

Muchos años después, cuando esta historia no era más que un recuerdo enterrado y yo ya vivía en Madrid, en la calle Silva, Lolines, que es muy bruta al decir las cosas, me soltó una frase que se me quedó grabada para siempre.

—Señora, ¿no cree que la vida a veces es muy perra con algunos? Como si a ciertas personas les cogiese manía desde la cuna —sentenció.

Estábamos las dos en la sala de estar, ella con el plumero y yo leyendo una novela. Las dos nos miramos y dejamos de hacer lo que estábamos haciendo.

—¿Lo dices por ti? —le pregunté escudriñándola por encima de las gafas.

—Por nosotras, sí. Bueno, y no sé. Por mucha gente… —dijo, desviando la mirada.

—Nunca lo he pensado de ese modo, la verdad. Supongo que las dos tenemos motivos para quejarnos, pero también razones para estar agradecidas —respondí pensativa.

—Es usted demasiado buena, doña Alba. Le digo yo que la vida es muy cabrona y muy retorcida —respondió con cara de malas pulgas y, dando la conversación por zanjada, siguió limpiando como si nada.

Yo, sin embargo, no pude seguir leyendo. Pobre Lolines. A veces era presa de la rabia y decía esas cosas. Lo malo era que, con aquellas reflexiones suyas, siempre me dejaba inquieta. Me hacía pensar en asuntos en los que era mejor no pensar. Porque en la suerte y las cosas del destino siempre es mejor no pensar. Pero el pensamiento es bastante caprichoso y va por libre. De hecho, a mí me ha llevado en este punto del relato a aquella frase de Lolines, quizás porque resulta muy acertada para explicar lo que ocurrió a partir de lo de la fiesta en el Gran Hotel. Era como si ya entonces la vida nos viniera buscando las cosquillas.

¿Acaso yo no había repetido hasta la extenuación que jamás me

casaría? ¿No había dejado bien claro que el amor no entraba en mis esquemas y que quería luchar por forjarme una carrera como escritora? ¿No tenía otros sueños y ambiciones? Así era. Y, sin embargo, la vida me puso a Rai en el camino. Después, cuando por fin dejé de rebelarme contra mis sentimientos y asumí que quería dejarme llevar por esa historia de amor, la vida se opuso de nuevo, como si quisiera reescribir cada uno de los renglones de mi historia porque no le gustara mi manera de narrarla o ninguna de mis decisiones.

Al principio fue mi madre quien, tras lo del Gran Hotel, me prohibió salir sola de casa. Como ya había anticipado, me puso de escolta a la Quica que, como un aplicado somatén, me vigiló día y noche como si yo fuese una vulgar delincuente. Solo me dejaban salir para ir a misa o a la academia de doña Elisa. Y de ahí debía volver inmediatamente a casa sin demora. Me da risa recordarlo. La Quica no me quitaba el ojo de encima y mi madre lo dispuso todo para confiscarme las cartas de Rai alegando que lo hacía por mi bien.

Yo, sabiendo que era lo mejor, acepté todo aquello con sumisión.

—Por la Virgen de la Caridad, Alba, es que no me creo que seas tan inconsciente. Tanto doña Elisa como yo te hemos explicado una y mil veces que una señorita no tiene nada más valioso que su reputación. ¿Sabes lo fácil que es que te etiqueten y digan que eres una fresca? Es mucho más sencillo de lo que te piensas y, cuando te cuelgan un sambenito, ese luego no te lo quita nadie, hija.

Mientras me sermoneaba, yo permanecí muda mirando al suelo con absoluta docilidad. Sin embargo, la realidad fue que me las apañé para boicotear sus planes. Con ayuda de Adela, conseguí que Rai mandara sus cartas a casa de los Mota y, de ese modo, seguí recibiendo su correspondencia con la puntualidad a la que me tenía acostumbrada. Lo único que tenía que hacer mi querida amiga era llevarme las cartas a la academia, donde me las entregaba sin que nadie más que nosotras dos tuviera conocimiento de nuestro secreto.

Pero estos tejemanejes tampoco duraron demasiado. Después de la oposición de mi madre, ocurrió algo mucho peor y definitivo que alejó a Rai de mi lado. Me refiero a algo que nos trascendió a todos, a algo que lo cambió todo para siempre. Estoy hablando, por supuesto, del Desastre de Annual.

Lolines tenía razón. La vida a veces es un poco perra.

* * *

Mucho se habló en su día sobre Annual y muy poco se recuerda hoy lo que dejó tras de sí ese desastre. Con la perspectiva de los años pasados, casi todo el mundo está de acuerdo en que la historia reciente de España es consecuencia de aquello, desde la Dictadura de Primo de Rivera que no tardaría en imponerse, hasta la proclamación de la Segunda República y, por supuesto, la maldita Guerra Civil. Eso, claro, en 1921, no podíamos imaginarlo.

A pesar de la magnitud de aquella tragedia, la información que llegó hasta nosotros en aquellos días fue bastante exigua. Hubo censura, mucha. Nada más ocurrir los hechos, el ministro de la Guerra, que entonces era Luis de Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, convocó a los medios y trató de infundir calma, contando una versión edulcorada en la que no se hablaba de culpas ni culpables. En su discurso, apeló al patriotismo de los reporteros y pidió que no difundieran en exceso noticias sobre la derrota ni sobre el envío de refuerzos, que eran cosas muy mal vistas por todos.

Y es que, hasta que pasó lo de Annual, las crónicas solo habían relatado las hazañas del cubano Manuel Fernández Silvestre, que había tomado posesión de la Comandancia General de Melilla bajo las órdenes del Alto Comisario Dámaso Berenguer, y que, según nos decían, iba avanzando, victoria tras victoria, desde el sur hacia el norte, con el objetivo último de tomar la bahía de Alhucemas, símbolo del triunfo definitivo sobre los rifeños.

Esa propaganda respondía a intentar frenar el desgaste que había supuesto para el rey el hecho de que España se metiera en aquella lucha por mantener las tierras marroquíes. Aquella guerra loca era fruto de un mero afán colonialista y la gente, ya desde la Semana Trágica y con el recuerdo todavía de Cuba y Filipinas, protestaba por tener que dejarse la vida por un lugar que ni siquiera era próspero. Por eso, en la prensa nada se decía sobre las tropas mal uniformadas, ni sobre el hambre y la sed que padecían los nuestros en los eriales rifeños. Allí, el abastecimiento de víveres y agua a menudo se veía comprometido. El agua se transportaba en mulas que atravesaban las montañas, «las aguadas», pero, entre los frecuentes asaltos de las cabilas y las veces que las pobres bestias se despeñaban antes de llegar a los blocaos, los soldados que estaban de guardia a menudo se morían de sed.

Tampoco contó la prensa que, cuando nuestras tropas tomaban una posición, los españoles compraban la lealtad de los cabecillas sin desarmar ni represaliar a la población local. Esa lealtad indígena nunca fue tal y los rifeños en cuanto podían, hartos de la invasión

española, pasaban a los nuestros a cuchillo sin pensárselo dos veces.

Entretanto, Abd el Krim, el líder rifeño, seguía ganando nuevos adeptos para su causa, y empleaba el tiempo en formar un harca sólida y armada. Sus seguidores eran oriundos de esas tierras, las conocían bien y sabían disparar, acostumbrados como estaban a las reyertas locales. El Jatabi tenía, además, buena cabeza y apostó con buen tino desde el principio por matar de sed a sus enemigos españoles.

Sin embargo, en mayo de 1921, Silvestre no era consciente de nada de esto y se mostraba optimista. Contaba con llegar a Alhucemas muy pronto y para eso tenía que tomar algunos enclaves importantes como el monte Abarrán. Dicen algunos que el líder rifeño advirtió al español de que no lo hiciera, y que este ignoró la advertencia. Cuando se ordenó el ataque, Abd el Krim contraatacó pillando por sorpresa a las tropas españolas a las que obligó a replegarse. Fue una derrota inesperada, con muchas bajas, que tuvo todavía más dramatismo por el ambiente de euforia que había rodeado todas las actuaciones previas. El comandante quedó tan afectado que lo llegó a llamar «la mayor desgracia de toda su vida». Pero tuvo que recomponerse y decidir el siguiente movimiento español. No quería que su fama de buena estrella quedara empañada por una nimia derrota, así que dio orden de tomar el monte Igueriben. De nuevo, el ejército español subestimó el problema del agua, y también menospreciaron a Abd el Krim. Este, en un gran movimiento táctico, atacó el convoy y saboteó todos los intentos de llevar agua a la zona, condenando a los hombres de Silvestre a una sed absoluta bajo un sol abrasador mientras los cadáveres de los mulos se pudrían allí mismo, desprendiendo un olor atufante a putrefacción.

Silvestre, abatido hasta el extremo, pidió refuerzos a Madrid y alertó de que Annual era una auténtica ratonera. Sabiéndose sitiado y consciente de que tenían solo para cuatro días de víveres, ordenó la retirada, pero poco después de darse la orden, todo se desmandó y terminó por convertirse en una huida desorganizada y caótica. En la estampida, el comandante desapareció. Unos dijeron que había caído prisionero de Abd el Krim; otros, que se había volado los sesos.

Al desaparecer el cubano quedó al mando el general Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla quien, con los escasos supervivientes, buscó refugio en el monte Arruit. Y mientras allí esos hombres luchaban por su vida, la petición de refuerzos llegó desde el Gobierno a todas las zonas de España con carácter de urgencia. En los días siguientes, se movilizarían más de veinticinco mil hombres hacia

el norte de África. Uno de esos hombres fue mi padre. Y como no podía ser de otra forma, mi madre y yo lo empaquetamos todo y nos dispusimos a irnos a Melilla con él.

Así, el 23 de julio de 1921, en el vapor *Rius y Taulet,* desde el puente, yo me quedé contemplando como Cartagena iba haciéndose cada vez más pequeñita, y recuerdo que, en aquel momento crucial, yo solo me preguntaba una cosa: ¿habrían destinado a Rai a Melilla también? ¿Volveríamos a vernos?

* * *

Los recuerdos que tengo de nuestra llegada al norte de África son algo difusos. Posiblemente, lo que más me impactó fue el contraste entre la Melilla de mi infancia y la que encontramos tras el desastre. Era como si la ciudad hubiera quedado hechizada por el miedo y se hubiera replegado sobre sí misma.

La Melilla de mi niñez era una ciudad colorida y bañada por el mar, una mezcla armoniosa entre la arquitectura local, las fortificaciones militares y los bellos edificios modernistas que habíamos llevado los españoles, un enclave en el que había sitio para todos y también un lugar vivo lleno de cafés, zocos, puestos ambulantes, parques y jardines en los cuales la vida transcurría apaciblemente.

Ahora todo estaba transformado y lo primero que me sorprendió, nada más fondear en el puerto, fue la sensación de algarabía y caos en las dársenas. Todo era movimiento, gente yendo y viniendo, con prisa, con urgencia. Algo parecido a lo que ocurre cuando uno pisa un hormiguero y miles de hormigas comienzan a corretear erráticamente en todas las direcciones, movidas por un instinto de supervivencia que emerge ante la sensación de amenaza.

La escena que yo contemplé desde el barco era similar. Había multitud de mozos de carga y porteadores cargando y descargando equipajes de buques que, como el mío, acababan de llegar a tierra; había personal del propio puerto dando instrucciones para los barcos que estaban por fondear pues no paraban de llegar nuevas embarcaciones y cañoneros de la Armada; también se veían civiles melillenses con trajes europeos tratando de coger el primer barco con rumbo a la península y, sobre todo, soldados y militares de distintos batallones e incluso de la Legión, que llegaban como parte de los refuerzos enviados desde allí.

De fondo, como esa bota sobre el hormiguero, se avistaba la amenaza terrible e inexorable de los harqueños en forma de columnas de humo que habían dejado los bombardeos donde las crestas del Gurugú, en las proximidades de la ciudad. Junto con el sonido terrible de «los pacos», como se llamaba a los francotiradores rifeños, aquella humareda le ponía a uno los pelos de punta y alimentaba el pesimismo de muchos y el afán de revanchismo y de desquite de otros.

Miré alrededor. Quise ver todos los barcos que había fondeados junto al nuestro, por si, en un golpe de suerte, el de Rai estaba entre ellos. Vi el *Bustamante* o el *Bonifaz,* pero ni rastro del *Álvaro de Bazán,* que era el de él, según su última carta.

Mientras desembarcábamos, vimos cómo la población recibía con vítores y clamores de júbilo a las tropas recién llegadas.

—Estaban muertos de miedo —nos explicó mi padre.

—Temían que los moros tomaran la ciudad, ¿no? —pregunté.

—Exacto —me respondió.

El sonido de las bombas era el alimento de ese miedo. Incesante, el ruido se te metía dentro de la cabeza. Pasarían días hasta que lograra acostumbrarme a escuchar cada poco esas detonaciones. Mi madre miró asustada el humo que cubría como una boina el cielo de Melilla y, con el espanto pintado en la cara, preguntó:

—¿Y eso puede suceder? Quiero decir, Chema, que si nos pueden invadir… A ver si nos has traído aquí para que caigamos todos prisioneros de esta gente.

—No, querida. Me apostaría mi carrera a que los harqueños ahora mismo están en Annual celebrando todo lo que han conseguido expoliar a nuestro ejército. Tienen cacerolas, cubiertos y armas para varias generaciones. Eso sin contar con la artillería incautada. Si hubieran querido tomar Melilla, lo habrían hecho antes de que España reaccionara enviando todas sus tropas. Lo de Annual les da una ventaja, sobre todo moral, pero no podemos sobrestimar al enemigo —contestó con seguridad.

Después de aquello, mi padre se despidió de nosotras, pues tenía que acuartelarse en Santiago, donde les esperaba el Alto Comisario Berenguer, que había llegado temprano en la mañana, pero la Quica, mi madre y yo apenas notamos su ausencia, pues estuvimos muy atareadas deshaciendo las maletas en la casa de Murillo.

Cuando estábamos a punto de terminar, apareció repentinamente mi tía Belén que llegaba de la calle.

—Alba, qué gusto verte. Estás preciosa —dijo dándome un gran abrazo.

Entonces se quedó callada unos instantes y luego me preguntó:

—¿Has cumplido ya los diecisiete?

—No, tía. Cumplo en breve los dieciséis —respondí sonriendo.

—No importa. Hablaré con la duquesa. Todas las manos son pocas —exclamó.

* * *

Mi tía Belén siempre vivió marcada, como su madre, por la muerte de Mina. Al parecer, ella acompañó a su hermana durante toda su enfermedad. Compartían habitación y, como era la mayor, mi tía la cuidaba, leía en voz alta para ella e inventaba juegos que la distrajeran un poco. De aquellos años, aún conservaba Belén un pequeño juego de té de porcelana con el que las dos hermanas hacían meriendas mientras sentaban a todas sus muñecas de porcelana a socializar. Les daban vida poniendo voces, les cosían vestidos y, así, engañaban al tiempo en aquellas tardes tediosas en donde la tos de Mina era la única banda sonora, cada vez más presente y atronadora.

Cuando la salud de la niña empeoró, los nervios de mi abuela también lo hicieron y decidió separar a las dos muchachas, con la idea de que Mina pudiera reposar el máximo tiempo posible.

Mi tía, no sé cuántos años tendría la pobre, se cansó de gritar que su hermana la necesitaba, que solo era una niña y que tenía que estar acompañada por alguien de su edad. Pero la madre, desesperada, no atendió a razones y solo dejaba que la visitasen primero, los mejores y más eruditos médicos españoles y luego, los santeros de la isla que prometían remedios milagrosos a los que ella se aferró como el que se agarra a un clavo ardiendo.

Mina murió y entonces todo el mundo quedó desolado. La chiquitina se fue apagando y no hubo medicina, bálsamo ni ungüento que curase su mal. Mi abuela no se repuso jamás de aquel revés y se pasó la vida tratando de contactar con ella en el más allá con extraños ritos que escandalizaban al resto de la familia. Yo creo que mi tía Belén tampoco lo superó y que esa fue la causa por la que nunca se

casó. Tuvo unos cuantos pretendientes, pero siempre encontró la forma de ahuyentarlos. A veces, de una manera dolorosa y algo macabra, Belén sacaba aquel juego de café de una alacena dónde lo tenía guardado y comenzaba a hablar y a dejarse llevar por la pena y los recuerdos.

Yo siempre la escuchaba. Sabía que, desde la muerte de su hermana, ella solo encontraba consuelo ayudando a desfavorecidos y enfermos, como si, con eso, la vida le ofreciera una segunda oportunidad de salvar a Mina a través de alguno de los pacientes por los que tanto se desvivió siempre. Así fue, de voluntariado en voluntariado y de hospital en hospital, hasta se topó con doña Carmen.

En efecto, Belén se convirtió, al igual que otras señoras de la época como María Benavente, Concha Heredia o Mimí Merry del Val, en una buena amiga de la duquesa de la Victoria, doña María del Carmen Angoloti y Mesa, dama de la reina Ena. Una vez acabada la primera guerra de Marruecos, en un viaje que hizo a Madrid, se la presentaron y, al poco tiempo, se sumó al grupo de señoras que la duquesa reclutó cuando la reina Ena le encargó todo el plan de organizar una especie de ejército de enfermeras, inspirándose en el ejemplo de Florence de Nightingale, la primera gran enfermera del mundo moderno.

La duquesa empezó esta misión en España, en diversos hospitales de la península, pero tras lo de Annual, se trasladó hasta Melilla, junto con otras señoras de alta alcurnia y muchas jovencitas que interrumpieron sus diletantes veraneos en San Sebastián y llegaron a la costa melillense tras un agotador viaje en tren, primero, y luego en barco. Tenían que organizar en tiempo récord y con escasos medios un par de hospitales y conseguir la infraestructura necesaria para empezar a atender a los heridos que llegaban del frente. A pesar de las suspicacias que esto despertó entre los médicos militares, aquellas mujeres hicieron un magnífico trabajo del que el *Telegrama del Rif* y otros diarios que relataban los sucesos de la guerra del norte de África se hicieron eco enseguida.

A doña Carmen se la conocía por su terquedad, su vocación de servicio y por no rendirse jamás ante ningún obstáculo.

—Si uno tiene un propósito, tiene un propósito. No se puede aceptar el no ni las excusas porque entonces no hay un propósito, sino un capricho —solía repetirnos cuando le íbamos con cualquier problema.

Ella solía retarnos a buscarnos la vida, pero sobre todo a no rendirnos y a encontrar la manera de lograr nuestros fines. Creo que formar parte de las damas enfermeras no fue solo un aprendizaje en el ámbito sanitario, sino en el modo de plantarle cara a la vida.

Y si Angoloti era incansable, sus amigas también lo eran. Supo rodearse bien. De hecho, mi tía Belén era tan terca como la duquesa y su compromiso con la causa era absoluto. Por eso al llegar nosotras, mi madre y yo, lo tuvo muy claro.

—Las damas enfermeras somos muy necesarias —nos explicó cuando nos invitó a unirnos a ellas. Yo, con apenas dieciséis años, no cumplía el requisito de la edad, pero debido a la posición de mi tía, fue fácil que hicieran una excepción y me admitieran a filas.

Hice los cursos de iniciación y me incorporé con el resto de las voluntarias. Todas vestidas iguales, con aquellos uniformes blancos tan distinguidos, parecíamos ángeles, o eso nos decían nuestros soldados mutilados, sobre todo cuando lográbamos hacernos con calmantes para acallar el dolor.

Mi madre, por un lado, veía con buenos ojos que me relacionara con las damas, la mayoría hijas de las mejores familias de España y algunas nobles de cuna, pero temía, por otro, que aquello fuera demasiado duro para mí.

—¿No crees que Alba es demasiado joven para esto? —dijo, cuestionando el entusiasmo de Belén.

Belén le dio una respuesta más bien abrupta:

—Querida, no son tiempos para remilgos.

Mamá calló avergonzada y ya no hubo más que decir.

«Cada guerra es una destrucción del espíritu humano».

Henry Miller

Belén tenía razón. No estaban los tiempos para remilgos ni para ponerse quisquilloso. Todo lo contrario, fueron tiempos de sangre, de suciedad, de piojos y moscas; tiempos de escasez de medicinas y calmantes; tiempos de lágrimas, de impotencia y de aprender a la fuerza; tiempos de luchar por estar a la altura, de esconderse para ser débil y volver luego al que era nuestro campo de batalla a mostrar una entereza que una en absoluto sentía; tiempos de dar consuelo a hombres descoyuntados a los que la violencia y las bombas les habían truncado la vida para siempre; tiempos convulsos, en definitiva.

Al hospital en donde estábamos, llegaban de continuo camiones que traían heridos procedentes del monte Arruit, pues en los primeros días de agosto tuvo lugar otra masacre. Los hombres que previamente habían sobrevivido a Annual caían ahora como moscas y Navarro fue hecho prisionero. Nadie decía nada, pero todos nos preguntábamos si Dios nos había vuelto la espalda y se había situado del lado de los infieles.

Aquellos soldados llegaban destrozados, con las piernas amputadas, las tripas a la vista, o con enfermedades como disentería o tifus, pero, sobre todo, con el miedo pintado en los ojos. Sin embargo, no chillaban por el dolor de las heridas, sino por la sed. Se despertaban en mitad de la noche suplicando que les diéramos agua. Era de sed de lo que morían los españoles. No tenían comida ni munición, llegaban con la guerrera hecha jirones y teñida de su sangre o de la de otros, pero lo acuciante era beber, hidratar el cuerpo herido y enfermo. Porque en las lomas rifeñas, sin poder hacer la aguada por estar el enemigo hostilizando sin descanso a las tropas, fue solo cuestión de horas que tuvieran que rendirse. Se negoció la rendición española con la única promesa por parte de los harqueños de que, si entregaban las armas, los nuestros podrían volver sanos y salvos a Melilla, cosa que por supuesto no se cumplió.

Las cabilas organizaron una verdadera carnicería de la que solo sobrevivirían sesenta hombres de los tres mil que habían llegado allí. Nosotros, en el hospital, nos encontramos con los que llegaban vivos, pero las tierras rifeñas quedaron cubiertas de miles de cuerpos torturados e incluso calcinados. No había hombres ni recursos para

dar sepultura a toda esa gente, y mandarlos a casa hubiera sido un esfuerzo inasumible para un ejército que necesitaba todos sus efectivos para hacer frente a la ofensiva que se haría en los siguientes días, de modo que hubo bajas de hombres que sencillamente desaparecieron y las familias, en sus lugares de origen, poco a poco fueron perdiendo la esperanza de que un día regresaran vivos.

En aquellos días, las damas enfermeras llegamos a trabajar casi dieciocho horas al día, al principio solo en el nuevo hospital que fundó la duquesa de la Cruz Roja, y luego por otros hospitales de Melilla donde se requerían refuerzos. Recuerdo mi uniforme manchado siempre y me recuerdo frotando la ropa por la noche para que salieran los restos de sangre y de vísceras que simbolizaban nuestro fracaso en la lucha por la vida. Recuerdo también que éramos solo unas crías aprendiendo a lidiar con la muerte y con el dolor físico extremo, operando muchas veces al lado de médicos que, impotentes, desinfectaban heridas en precario, cortaban con serruchos los miembros gangrenados o, al final, ya solo rezaban por soldados que se nos morían en los brazos.

Pero, de todos mis recuerdos en aquel hospital, ninguno es tan fuerte y brutal como el de Julio. Aquel muchacho llegó en uno de esos camiones con supervivientes de Arruit. Era un soldadito raso del Arma de Infantería, que venía con la cabeza abierta y heridas tan graves que se retorcía del dolor. Yo no podía hacer más que cogerle la mano porque no teníamos nada en la botica de la enfermería con lo que sedarle. Aterrada por la visión de aquellas impresionantes heridas, estuve tentada de salir corriendo, pero me acuerdo de haber pensado entonces que ese joven indefenso y desahuciado podía ser mi padre, o Rai, del que no había vuelto a tener noticias.

Se llamaba Julio, Julio Gayoso, me dijo, seguido de un segundo apellido que nunca retuve. Era solo un niño y tenía la piel morena y unos ojos marrones llenos de ganas de vivir, a pesar de las circunstancias. No sé si fue por la pena de saber que iba a morirse o por el hecho de que me cayó simpático desde el primer momento, pero la cosa es que permanecí a su lado día y noche mientras deliraba de fiebre y gemía consumido por el dolor. Hubo momentos en los que mejoraba un poco y yo, tonta de mí, pensaba que podríamos salvarle la vida.

—Desde que cuidas de mí, creo que existen los ángeles —bromeó guiñándome un ojo amoratado que apenas podía abrir del todo.

—Eres un zalamero y no te atizo en la cabeza porque te remataría

y ya ves tu qué plan, con todo el esfuerzo que me está costando curarte estas heridas tan feas.

En esos momentos, mi esperanza aumentaba y me convencía de que lograría recuperarse, pero al poco tiempo, Julio volvía a sumergirse en el delirio y la fiebre, y entonces me desengañaba de la estúpida idea de que esa historia pudiera tener un buen final.

En efecto, Gayoso se murió a la cuarta o quinta noche de haber llegado y solo me pidió una cosa.

—Escribe a mi madre, Alba. Dile que fui valiente al llegar el final. Necesito que ella lo sepa y que esté orgullosa de mí. ¿Lo harás?

—Te lo prometo, Julio —dije llorando—. Yo también estoy orgullosa de ti —añadí sin soltar su mano que, al poco, dejó de apretar la mía.

Le cerré los ojos y me quedé rezando en silencio un buen rato. Más tarde, escribí a su madre, le mandé la carta prometida con el mensaje que Julio me había pedido y sus cosas personales: un diario, su reloj, una navaja y unas gafas. Ella me respondió. Aún guardo su carta en la lata de bombones que contiene mis recuerdos. Me dio las gracias por haber estado con su hijito, el más pequeño de los cinco que tenía, en sus últimos momentos, y me confirmó que estaba muy orgullosa de él. Pensé, con una mezcla de alivio y pena, que, Julio, después de todo, podría descansar en paz.

* * *

Aquello representó para mí un aprendizaje brutal y extremo. Sin embargo, no todo fue terrible en esos días. Cuando la vida nos somete a condiciones adversas, cuando se nos pone a prueba, nos damos cuenta de la pasta de la que estamos hechos.

Un día, tomando un poco de café con Belén y con mi madre mientras hablábamos las tres de las últimas noticias de mi padre que, al parecer, avanzaba exitosamente con sus hombres hacia la zona de Nador, entró llorando una chica a la cocina. Tenía los ojos muy azules, el pelo rubio peinado con trenzas que le infantilizaban un poco el rostro y la cara desencajada por el llanto. No parecía mucho mayor que yo.

—¿Qué pasa, señorita Olaguer? ¿Qué tiene? —dijo mi tía, alarmada, mientras iba hacia ella con intención de consolarla.

—Que se me ha muerto, doña Belén. Que me lo han *matao* —respondió la muchacha con un fuerte acento vasco. Lo repitió varias veces y su llanto cada vez resultaba más desgarrador.

Yo me puse a hervir agua para hacerle una tila. Imaginé que le habría pasado lo que días antes me había pasado a mí con Julio Gayoso, pero resultó que era su novio, su prometido, el que se le había muerto a aquella pobre muchacha y no un paciente cualquiera. Escuchar eso me impresionó de verdad.

—Se me ha muerto mi Ignacio, doña Belén —añadió la desconsolada chica, entre hipidos y sollozos.

Mi tía la tranquilizó como pudo y todas nosotras permanecimos a su lado, en silencio, mientras ella se tomaba la infusión.

Más tarde, la tal Olaguer y yo nos hicimos amigas. Se llamaba Amalia Olaguer de Azcuénaga y era descendiente de un comerciante de origen vasco que había hecho fortuna tras emigrar a Buenos Aires en el siglo XVIII. Allí, él y sus descendientes fueron emparentando con algunas de las familias porteñas de más alta alcurnia, donde el patrimonio de la familia y su prestigio continuó en aumento hasta llegar a ocupar su abuelo el cargo de virrey del Río de la Plata. Fue él quien regresó a España para ocupar posiciones muy importantes que acercaron a la familia a la Corona. Ya en nuestro país había nacido el padre de Amalia, que había heredado el talento de los negocios del primer Olaguer. Su madre, Elena, era amiga de la duquesa de la Victoria, y si bien su estado delicado de salud no le había permitido a ella misma acudir en persona a Melilla, sí había visto con buenos ojos que Amalia quisiera poner su grano de arena en la causa.

Ella me confió su historia; y yo, poco a poco, también le fui abriendo mi corazón y le hablé de mi familia, de mi vida, de mis sueños de ser escritora y, por último, le hablé también de Rai. Solo con ella fui capaz de confesar en voz alta mi miedo por la ausencia de noticias sobre su paradero.

—Las malas noticias se conocen enseguida, Alba —me dijo—. No creo que tengas motivos para preocuparte. Si algo malo le hubiera sucedido, seguro que ya lo sabrías, como yo lo de Ignacio.

Sin embargo, Amalia se equivocaba. No solo hubo muchos militares españoles que desaparecieron en aquellos días sin dejar rastro, sino que no tardó en ocurrir lo que yo más me temía, que las pocas noticias que llegaron solo sirvieron para dejarme el corazón en

un puño. Aquello sucedió unos pocos días después de aquella conversación. Y la portadora de estas, para más inri, fue la propia Olaguer.

—Alba, Alba, ¡baja rápido! —se escucharon sus gritos desde el vestíbulo. En ese momento, yo estaba en la primera planta haciendo un cambio de vendaje de un soldado malagueño al que llamaban el Fritanga porque decía que lo que más echaba de menos de su tierra era el *pescaíto* frito.

Fritanga tenía mucha gracia al hablar, con su acento cerrado andaluz y su guasa constante. Tanto era así que siempre le rodeaba un corrillo de damas enfermeras que, entre tanto drama, buscaban su humor y su capacidad para reírse de casi todo. Me recordaba un poco, salvando las distancias, a Juanito Mota, que también lograba, con su gracia, que la vida fuera menos dramática y más llevadera.

—Perdona un momento, Fritanga —me disculpé yo por tener que parar a mitad de la cura—. Si no bajo, Amalia va a conseguir una buena bronca de la duquesa o, en el mejor de los casos, de mi tía Belén. Ya sabes cómo va esto. Es casi como el Ejército, amigo mío.

El pobre Fritanga asintió:

—Ea, vete a ver lo que le sucede, que como siga gritando, mi alma, la que va a necesitar una cura, es ella. Pulmones tiene, eso es innegable.

Sonriendo, dejé las vendas con cuidado sobre la cama y le prometí volver enseguida. Bajé las escaleras rápido, queriendo llegar cuanto antes al vestíbulo.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado, Amalia? Estás montando un escándalo que te va a caer una buena —le dije mandándola callar y haciendo gestos con los brazos para que dejara de montar esa escandalera.

Ella no parecía escucharme, tenía la cara desencajada, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué ha pasado? ¿Es mi padre? —pregunté yo, sintiendo un vuelco en el estómago cuando me di cuenta de su estado.

—No, Alba. Es Rai —respondió.

Al oír eso, sentí que las piernas no me sostenían y que me

mareaba, pero en ese momento, mi madre, que también había acudido a la entrada al escuchar los gritos de Amalia, logró sujetarme.

—Hay que atender al Fritanga —dije en voz alta recordando que lo había dejado a medias, con las heridas sin vendar.

—No te preocupes —respondió Amalia y salió a buscar a alguna enfermera que pudiera hacerse cargo del asunto; mientras, mi madre me acercó una butaca y comenzó a darme aire con las manos, como si eso sirviera de algo.

Cuando volvió, la reprendió con severidad.

—Menuda escandalera que estabas organizando. Espero que exista una buena razón para esto, señorita Olaguer.

—Mamá —dije yo.

—Tiene razón, señora. Le pido perdón.

Mi madre pareció aceptar de buen grado la docilidad de mi amiga. En general, Amalia era una chica que solía huir de problemas o de cualquier confrontación, por lo que todo el mundo la quería, sobre todo las enfermeras con mando.

—Muy bien, jovencita —respondió ella con un tono de voz más conciliador—. Pues ahora dinos qué es lo que pasa.

Amalia me miró. Sus ojos me pedían permiso para hablar. Sabía que mi madre no aprobaba lo de Rai.

—Habla de una vez, Amalia —le dije yo, porque podían más mis ganas de saber qué había pasado que el miedo a las represalias.

—Vengo del Docker. Hace días ingresaron a un hombre que tenía un impacto de bala en el hombro. Le llevaron directamente a la sala de operaciones para que le interviniera el doctor Pagés porque había perdido mucha sangre. El pronóstico es reservado, no saben si saldrá adelante.

Debió de ver la angustia pintada en mi cara y enseguida dijo:

—No, no es Rai, tranquila.

Yo no pude evitar resoplar de alivio.

—Pero sí se trata de un oficial de su barco, porque quien efectuó

el ingreso fue el primer comandante de este, don Ernesto Elvira, en persona.

Me quedé pensando unos instantes. Luego lo tuve claro.

—Tengo que ir allí, necesito saber si alguien sabe algo.

Ella me miró con una expresión grave que no me gustó nada.

—¿Qué pasa? Vamos, dilo ya —supliqué.

—Alba, hay otros hombres ingresados que también proceden del *Bazán*. Yo hablé con un tal Marquina, de la dotación, y con otro tipo al que le decían Cifuentes. Les pregunté, pero ninguno sabía nada de Rai. Solo me dijeron que muchos de la tripulación del cañonero han sido masacrados en una operación especial. Nadie ha podido decirme nada más.

—Tengo que ir para allá —dije con decisión yendo hacia la entrada del hospital.

Y, para mi sorpresa, mi madre no lo dudó ni un instante.

—Voy contigo, hija. No quiero que vayas sola.

11

«Las enfermeras son ángeles de zapatos cómodos».

Anónimo

El viejo hospital militar se llamaba así porque en un principio se componía de veinte barracones de madera desmontables tipo «Docker», aunque luego, más tarde, lo dotaron de algunos de piedra con mejor apariencia. Fue necesario levantarlo en tiempo récord durante la primera guerra de Marruecos, en 1910, cuando, tras la derrota en el Barranco del Lobo, hubo que atender a muchísimos heridos y no había camas suficientes en la ciudad.

Yo, que hasta ese momento no había conocido más hospitales en Melilla que los de la Cruz Roja que había montado la duquesa, no podía dar crédito. Aquello era inmenso y estaba por completo destartalado. Nuestro hospital era bastante más pequeño que el Docker, pero gracias a los esfuerzos de doña Carmen y a sus contactos estaba mejor provisto que este, por mucho que nosotras siempre tuviéramos la sensación de que nos faltaba de todo. El Docker, por el contrario, era otro nivel de desabastecimiento y de caos. Por allí no paraba de entrar y salir gente, los heridos se hacinaban en todos lados, incluso en medio de los pasillos. Uno tenía la sensación de que la desorganización y la desesperanza eran los dueños de ese entorno.

Supongo que no debería haberme impresionado tanto, pues algunas enfermeras veteranas ya nos habían contado que, en el Docker, las chinches se ponían moradas con los heridos y que la mugre se cortaba con cuchillo, pero llegar y oler a distancia el hedor de la gangrena mientras los gemidos de soldados agonizantes me taladraban el tímpano fue demasiado para mí y lo cierto es que creí que no podría resistirlo. Deseé salir cuanto antes de ese lugar inmundo.

—Perdone, busco a alguien de la dotación del *Álvaro de Bazán* —pregunté sin pensármelo dos veces a una enfermera con la que me crucé nada más entrar.

—Lo siento, no te puedo ayudar —dijo la joven sin detenerse y solo pude verla desaparecer entre el gentío.

Nos miramos mi madre, Amalia y yo, sin saber muy bien qué hacer. Entonces, como llevadas por una energía superior, empezamos a abordar e interrogar a todo el que pasaba, nos daba igual cuál fuera

su cargo o su posición. Cuantas más veces lo hiciésemos, más posibilidades teníamos de averiguar algo. Era una cuestión de estadística y esa era, precisamente, nuestra motivación. Durante un rato que no sé lo que duró no tuvimos resultados, pero tampoco nos desanimamos. Preguntamos a enfermos, militares, doctores y enfermeras. Nadie sabía nada. Era como si a aquellos a quienes buscábamos se los hubiera tragado la tierra.

Gracias a Dios, se me ocurrió acercarme a un mozo que había visto yendo y viniendo por los pasillos, por si tal vez él pudiera saber algo. Digo gracias a Dios porque tuve mis dudas de que hablara mi idioma. Sin embargo, al final lo hice, quizás al ver en sus ojos oscuros una mirada viva y franca que me llevó a intuir que el muchacho era una buena opción. De modo que, tras dudar unos instantes, este asintió y me hizo algunos gestos exagerados que me costó comprender. Pero pronto supe que me pedía que le siguiésemos. Lo hicimos. El tipo comenzó a andar muy rápido por distintos pabellones hasta que, por fin, llegó a una sala donde había muchas camas. En una esquina separada del resto por unas cortinillas, dimos finalmente con el capitán Elvira, que estaba allí ingresado porque tenía un feo corte en la mano que se había hecho al ayudar a sus hombres, según nos explicó él mismo más tarde.

Cuando, después de agradecer a aquel mozo su ayuda y darle una propina, me encontré cara a cara con aquel hombre que era el superior de Rai, lo observé con interés. Tenía un bigote denso y elevado en los extremos, similar al de Silvestre y muy a la moda de aquellos días. Su pelo abundante estaba despeinado y sucio, y sus ojos cansados parecían llevar una vida entera sin tomarse un respiro. Se mostró un poco sorprendido al verse abordado por tres mujeres a la vez, por mucho que nosotras lleváramos puesto el uniforme de enfermeras.

—Le ruego que me disculpe, señor —dije de la forma más sosegada que pude.

—Dígame —respondió el hombre también con muy buenos modales.

—Estoy buscando al alférez Guitián, oficial de su dotación —añadí.

Elvira bajó los ojos y se atusó el bigote con preocupación.

—Todos lo estamos buscando, señora. Me temo que Guitián se

encuentra ahora mismo en paradero desconocido.

* * *

Cuando el capitán Ernesto Elvira me narró lo sucedido, no pude evitar dar por hecho que, a esas alturas, Rai estaría muerto y sería solo uno más de los cadáveres que con su sangre regaban el suelo rifeño, tan sediento como la boca seca y cuarteada de nuestros soldados. Traté de prestar atención a su historia, pero, por dentro, me encontraba deshecha y me costó guardar la compostura.

—La noche siguiente a nuestra llegada, el día 26, recibimos órdenes de proteger a los convoyes que debían llevar agua a las tropas de Sanjurjo, que estaban en el Atalayón. La situación era grave ya que, si bien se habían logrado tomar algunas posiciones, no se podía hacer la aguada al estar los moros hostigando todo el tiempo. La aviación había fracasado ya varias veces en el objetivo de hacer llegar los víveres a las tropas por aire, porque al soltarlos desde tan alta altura, con el impacto se echaban a perder. Por otro lado, según nos explicaron los altos mandos, los pocos pozos que había en los fuertes y destacamentos se habían contaminado cuando los moribundos habían caído en ellos al intentar beber antes de expirar.

»Desde la Comandancia de Melilla, las instrucciones fueron muy claras: tenían fe en que un convoy marítimo pudiera auxiliar a la posición. Eso significaba que debíamos situarnos en la Mar Chica, entre el Atalayón y la Restinga, y mandar en una lancha los refuerzos. Teníamos órdenes de bombardear en caso de que las cabilas nos atacaran desde la costa. Su amigo, el alférez Guitián, que estaba de guardia esa noche, me trajo el radiograma a la cámara de oficiales. «El tiempo apremia», le dije después de leerlo, y nos pusimos en marcha de inmediato.

»Los que fueron esa noche en la lancha, entre ellos Guitián y mi segundo, Gregorio Sousa, llevaban no solo el agua, sino también fusiles, granadas y municiones para los de Artillería, así como lámparas y material sanitario para los enfermos. Al principio, todo estaba muy tranquilo y solo se oía el chapoteo de los remos al golpear el agua. Era una noche clara y despejada, y la luna lo teñía todo de una luz blanquecina que daba a la escena un aspecto fantástico y espectral, o al menos esa fue mi sensación desde el puente.

»Desde allí, yo contemplaba a mis hombres avanzar despacio sin encender los motores para no hacer ruido. No queríamos alertar a los moros, aunque la verdad es que, si estos estaban vigilando, era difícil

que no vieran la lancha. Nosotros, los que permanecimos en el cañonero, estábamos pendientes y preparados para iniciar un bombardeo en caso de que las cosas se pusieran feas, pero hay que decir que en ese momento nos sentíamos optimistas y pensamos que los expedicionarios llegarían a la costa sin contratiempos. Ese es nuestro problema en esta maldita guerra, subestimar al enemigo. Siempre caemos en lo mismo.

El capitán Elvira se frotó los ojos. Amalia le ofreció un poco de agua, pero él rehusó su oferta y siguió hablando. Parecía estar en trance.

—Creo que no habían pasado ni diez minutos cuando los harqueños abrieron fuego y empezaron a disparar. Al oficial Antúnez le acertaron en el hombro, que es el hombre al que operó Pagés ayer, y tuvimos, además, una desafortunada baja. Los demás siguieron remando, tratando de poner el cuerpo a cubierto. Guitián intentó por todos los medios arrancar el motor, pero se dio cuenta entonces de que no funcionaba. La situación era muy grave: no podían ni regresar al barco ni ponerse a refugio de los disparos.

»Nosotros, desde el cañonero, tratamos de asistirles y comenzamos a bombardear la costa. Desde la lancha también lanzaron algunas granadas y bombas de mano. El ataque surtió efecto porque por un momento cesaron los disparos y eso le dio la oportunidad a Guitián para tratar de solventar la avería. Fue un milagro, pero al final lo consiguió y pudieron arrancar la lancha. Para entonces, Gregorio Sousa dio orden de continuar con el avance. Los moros parecían haberse esfumado asustados por las bombas y los nuestros sabían que no habría muchas más oportunidades para hacer llegar el convoy a tierra. Consiguieron alcanzar una cala donde unos cuantos descendieron y empezaron a cargar las cajas con los víveres, entre ellos Guitián y Sousa que, por su condición de oficiales, lideraron la expedición en tierra. Otros, a la orden de este último, quedaron en la lancha, bajo el mando del jefe Marquina, esperando y haciendo guardia por si volvían los rifeños.

»Transcurrieron así unos minutos interminables, y entonces se oyeron de nuevo disparos y, muy poco tiempo después, los de la lancha vieron gritar a un subalterno que había ido con los expedicionarios y que regresaba corriendo, perseguido por un grupo de moros que le disparaban. Mientras las balas silbaban y pasaban a su lado rozándole, este gritaba como un loco: «¡Es una emboscada!, arrancad el motor». Lo repitió una y otra vez hasta que alcanzó la lancha. Luego Marquina dio orden de zarpar y al poco tiempo alcanzaron el buque.

»Del resto de la dotación que se había adentrado en tierra, entre ellos su amigo, el alférez Guitián, no había ni rastro. Habían caído prisioneros de los harqueños. Mucho me temo, señora, que cabe esperar lo peor.

* * *

Mientras Elvira seguía hablando, su voz se me iba antojando cada vez más lejana y distante, y creo que en algún punto dejé de escucharle. Supongo que palidecí y que, de alguna forma, Elvira se percató de que iba a desmoronarme allí mismo. El pobre hombre, a pesar de sus dudas y su cansancio, intentó consolarme:

—Señorita, no pierda usted la fe. Es verdad que los moros son unos salvajes y que, con frecuencia, si capturan a los nuestros, a la dotación la pasan a cuchillo, pero la experiencia nos dice que no suelen matar a los oficiales. Son valiosos, saben que pueden servir como moneda de cambio para negociar. Eso le puede salvar la vida.

El capitán Elvira tenía razón. A cambio de los prisioneros harqueños y de una buena suma de dinero, Abd el Krim estaba dispuesto a entregar a los oficiales españoles que habían caído en su poder. Pero, a pesar de todo, yo no podía quitarme la angustia del cuerpo. Me sentía debilitada por mi propio miedo.

—Gracias, capitán. Le ruego que, si tiene alguna noticia, nos la haga llegar al hospital de la Cruz Roja. Rai es mi prometido y estoy muy preocupada —dije y miré a mi madre, quien permaneció muda a mi lado.

—Descuide, señorita. Tiene usted mi palabra.

Nos marchamos de allí. Mientras salíamos del Docker de vuelta a nuestro hospital, mi mente repasaba, como en una película, todos los momentos que había vivido con Rai desde que lo había conocido. Debía conservar la esperanza. Debía hacerlo porque era mi única opción. A pesar de que el tiempo jugaba en contra y a pesar de la ausencia total de noticias, no podía dejarme llevar por el desánimo. No me serviría de nada.

De modo que, a nuestro regreso, hice lo único que podía hacer: trabajar a destajo, ocupar la mente, dejar que el horror de la guerra me evadiera de mis propios temores. Y era triste, pero funcionaba, porque al hospital no dejaban de llegar heridos de las distintas circunscripciones donde los españoles trataban de reconquistar el terreno o, al menos, mantener la posición frente al asedio de las cabilas. De Arruit nos enviaban aún cuerpos destrozados. A algunos les faltaban partes de la cara, o las heridas de brazos y piernas les alcanzaban el hueso y era casi inmediato que empezaran a oler, así que había que amputar sin demora. Yo me ofrecía como ayudante de todos los médicos y doctores y de voluntaria para los turnos extra, como si al salvar vidas de otros me hiciera acreedora con Dios de la vida de Rai.

Por fortuna, del frente comenzaron a llegar algunas buenas noticias. Las tropas no siempre conseguían comunicarse con nosotros. Era complejo hacerlo desde el campo de batalla, pues en los blocaos y campamentos en los que se instalaban los soldados no siempre funcionaban las comunicaciones o, incluso funcionando, no podían ocuparse para cuestiones personales. Además, desde nuestro lado, en Melilla, con el sonido constante de «los pacos» nos daba miedo salir a ver si había llegado algún telegrama.

Pero, a pesar de todas esas complicaciones, papá se las apañó

para que supiéramos que estaba bien. Lo cierto es que la mayoría de las cosas que le tocó vivir en aquellos días nos las relató él mucho más tarde, cuando todo hubo terminado. Achacaba su suerte en la contienda a haber participado una década antes en la primera guerra de Marruecos bajo las órdenes de su padre, mi abuelo. Decía que eso le había mantenido con vida y que aquellas montañas, que a otro podían parecerle todas iguales, a él no lo engañaban. Era verdad que conocía los nombres de todos los montes y colinas, de los valles, de los ríos. Conocía la topografía, la orografía y los asentamientos de cada una de las zonas rifeñas, y conocía también los principales enclaves, los lugares con el acceso más restringido y difícil, y sabía cuáles eran las principales cabilas. Todo eso le daba ventaja y confianza a la hora de establecer estrategias y dirigir las tropas. Por ello, cuando todo acabó fue condecorado por sus actuaciones, y sus superiores elogiaron su comportamiento en cada campaña.

Sin embargo, no hubo medalla ni gloria que lograra hacer remitir el poso amargo que le dejó aquella contienda. Una de las cosas que más pesó en su conciencia fue lo que ocurrió en Casabona, cuando uno de los camiones se les embarrancó en una zanja y un joven teniente al que apreciaba mucho, José Pallarés, que era todo nervios y arrojo, sin dudarlo se bajó enseguida para tratar de resolver el entuerto. Con otros compañeros, empezaron a buscar la forma de sacar aquella rueda del surco donde había quedado atrapada y, tan enfrascados estaban en hacer fuerza, que no tuvieron ni tiempo de darse cuenta de que unos cuantos moros que estaban agazapados tras unos arbustos, empezaban a disparar contra ellos. Era una emboscada y los cosieron a balazos. Al pobre Pallarés, que apenas tenía cumplidos los veinte, lo dejaron hecho un colador. Con rapidez, mi padre dio orden de despejar todo aquello y abandonaron el camión para ponerse a salvo. Reaccionaron con valentía y no hubo demasiadas bajas. Su Regimiento fue públicamente felicitado por el jefe de la columna y por el comandante de guerra del territorio, pero a mi padre nada le consoló de la muerte de Pallarés, que regresó a Cartagena cadáver. Allí, recibido como un héroe, fue enterrado con honores e incluso dieron a una calle su nombre.

Los días transcurrieron y, a mediados de septiembre, bajo las órdenes de Sanjurjo, el de papá fue el primer batallón en entrar en Nador. De aquella entrada, a la que la prensa bautizó como «la reconquista», se habló con euforia y exaltación patriótica en los periódicos, tratando de devolver a la población la confianza en el Ejército, tras lo del Desastre de Annual. Pasaron por tanto desapercibidas algunas terribles escenas que las tropas encontraron a su llegada y que solo unos pocos reporteros rebeldes optaron por

narrar con detalle.

Algunas de esas crónicas las guardé en mi lata de bombones y son espeluznantes. En ellas se describe con precisión el horror de lo que los españoles encontraron en aquel poblado: cadáveres apilados unos sobre otros, doblados y deformes, con miembros amputados; los cuerpos quemados, hediondos, torturados, manchados de barro y sangre seca; las casas derruidas, con los muros cayéndose, con las paredes mancilladas de excrementos y perforadas por las balas. No podía albergar ninguna duda de que aquel sitio fue el escenario de una matanza terrible.

Papá, sin embargo, nos hablaba del olor nauseabundo y de las moscas, embajadoras de la muerte, revoloteando sobre aquellos cadáveres en plena descomposición bajo un sol abrasador en aquella tierra convertida en el mismo infierno.

Sus tropas, al avanzar, se quedaron sumidas en un absoluto mutismo, y la alegría de tomar la posición quedó diluida por el horror de contemplar aquel holocausto. Solo se podía escuchar el zumbido de los insectos y el sonido rítmico de las botas al desfilar en su avance.

Cuando en grupos empezaron a entrar en las casas, mi padre y sus hombres se encontraron en una de ellas un siniestro mensaje escrito en la pared con el que los moradores les dieron la bienvenida a Nador. Con el corazón en un puño, él leyó en voz alta: «Si alguien entra en este cuarto, sepa que hemos muerto quemados treinta defensores y dos mujeres, y llevamos cinco días sin comer ni beber. Ya solo nos resta morir. Hermanos españoles, vengadnos y rogad por nuestras almas».

Nadie dijo nada. Papá comenzó a rezar un Padrenuestro por aquellos desdichados y sus soldados le siguieron.

Mientras, nosotras, en el hospital permanecimos ajenas a todo eso que las tropas españolas iban encontrando a su paso. Tan solo nos decían que avanzaban en la ofensiva y que, al recuperar todas aquellas posiciones, estábamos indudablemente mucho más cerca de regresar a casa.

Nos daban un mensaje optimista y alentador para no preocuparnos más de lo que ya estábamos.

12

«Solo nos separamos para reencontrarnos».

John Gay

Perdí la esperanza de volver a ver a Rai con vida cuando el tiempo empezó a transcurrir y no llegaban noticias de los prisioneros. Al cumplirse el año de su desaparición, apenas hablaba ya de él con nadie. En nuestras conversaciones, cada vez se hacían más presentes aquellos que pasaban por las camas del hospital y luego se iban. Nos dejaban sus historias, sus cartas y su agradecimiento, y pasábamos horas contándonos entre nosotras las novedades que nos llegaban de cualquiera de ellos. No obstante, al cabo de un tiempo, nuestros enfermos ya recuperados también nos olvidaban. Era inevitable. La vida debía seguir.

Así, entre el trabajo, las tardes en el jardín de atrás y las noticias del avance de la guerra se iban sucediendo las jornadas y me sumergí en una insulsa monotonía en la que mi estrategia era no pensar. Me dejaba llevar por el rigor de las rutinas para no sufrir, quizás porque era lo más sencillo que podía hacer y porque enseguida me acostumbré a ello. Dejaba pasar los días y los meses como si se apoderase de mí una especie de letargo. Tenía que hacerlo para no venirme abajo. Poco a poco, la resignación anestesió el dolor y me convencí de que la vida seguiría sin Rai, como la de Amalia lo haría sin Ignacio o la de la madre de Gayoso sin su pequeño hijo. Una guerra conllevaba ese tipo de sacrificios y renuncias, pensaba. Pero, entonces, eso que ya no esperaba ocurrió y mi mundo se puso de nuevo patas arriba.

Lo recuerdo todo perfectamente. Hay momentos de tu vida que se te graban en la memoria como si te los marcaran con un hierro candente. Yo creo que esos recuerdos perduran incluso cuando uno pierde la cabeza sin remisión. No imagino cómo podría olvidar un instante como aquel.

Ese día estábamos lavando sábanas y gasas sin parar. Aunque siempre recordaré la guerra en Melilla con un clima asfixiante y un sol abrasador, esto debió ser por el mes de enero y debía hacer frío pues llevábamos las chaquetas de punto por encima del uniforme. En el tendal, Amalia me andaba comentando que, tras haberse atrevido por fin a escribir a la madre de Ignacio para darle el pésame, ella le había pedido que al regresar a España fuese a verla para darle algunas cosas

de su hijo. «Él querría que las tuvieras tú, hija mía», le había contestado la pobre mujer. Pese a todo, aquella carta le había dejado al final buen sabor de boca. Creía haber hecho lo correcto y creía también que, desde algún lado, Ignacio lo aprobaría.

Estábamos charlando animadamente acerca de todos esos asuntos, cuando nos interrumpió un repentino jaleo desde el otro lado del edificio, por la zona delantera.

Cuando llegamos, vimos unos cuantos camiones militares aparcados justo en la puerta descargando heridos. Era algo frecuente, incluso cotidiano, de modo que no nos alteramos demasiado. Simplemente corrimos a ponernos a disposición de alguna superiora para ver cómo podíamos ayudar.

Cuando traían heridos, nuestro hospital se convertía en una especie de enjambre de abejas atareadas y furibundas. Algunos hombres venían muy mal y sabíamos que luchar contra la muerte nos ponía contra las cuerdas y uno tenía que estar dispuesto a actuar contra reloj. Hay enfermos que se van en cuestión de segundos. «No os confiéis», solía decir la duquesa, porque algunos pacientes experimentaban una mejora súbita justo poco antes de morir y ella deseaba prepararnos para cuando eso ocurriera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amalia a Merry cuando llegamos al vestíbulo.

—Son prisioneros liberados, la mayoría de ellos oficiales. Parece que se ha negociado con una de las cabilas la liberación de varios hombres, pocos de la guarnición, la mayoría altos mandos. Vienen en muy malas condiciones.

Los vi llegar. Unos pocos lo hacían a pie, los menos. Los que estaban peor, lo hacían en camilla. Los camilleros los iban depositando en el suelo con cuidado.

No sé dónde estaba la duquesa, no recuerdo verla. Recuerdo sobre todo a Merry, que con firmeza y determinación nos iba indicando lo que teníamos que hacer. A mí me encargó ir dentro a preparar camas y organizarlo todo para acomodar a los heridos que no debían ir directamente a quirófano.

Había mucho trasiego y podía ver a mis compañeras yendo y viniendo con urgencia. Se oían los gritos con las órdenes de otras enfermeras jefas y también los quejidos de algunos de los heridos. En medio de todo aquel alboroto, me disponía a entrar para cumplir las

órdenes, cuando vi dos heridos que vestían con lo que en otro tiempo debió haber sido el uniforme blanco y flamante de la Marina Española. Ahora era solo un montón de harapos de color pardo.

Me acerqué hasta ellos para preguntarles si conocían a Rai. No lo reconocí al principio, lo admito. Entre el jaleo y lo mucho que impresionaba la sangre y el estado de los enfermos, no me di cuenta. Hasta que no estuve un poco más cerca, no supe que era él. Demacrado y sucio, con barba, con la cara llena de heridas y rasguños y terriblemente delgado, descubrí con verdadera sorpresa que era Rai Guitián quien acompañaba al otro marino que estaba encamillado. Empecé a gritar. Me temblaba todo el cuerpo.

—¡Rai! —chillé.

Sin pensar en el qué dirán, ni en las órdenes de Merry, ni siquiera en la propia integridad física de él, me lancé a abrazarlo, llorando y sin poder contener mis emociones.

—Por Dios bendito, ¿qué os han hecho? —dije besándole por toda la cara y sin dejar de estrujarle.

Rai emitió un gemido, pero no me apartó. Le dolía todo el cuerpo, tenía varios hematomas y heridas, pero no quería que yo le soltase.

—No vuelvas a hacerme esto nunca, ¿me oyes? —le dije y le abofeteé, para luego, acto seguido, darle de nuevo un montón de besos por todo el rostro.

Él no decía nada. Solo se dejaba hacer, casi con la docilidad de un niño.

—Dime algo, Rai, por Dios. ¿Qué te han hecho? ¿Estás herido?

Este por fin reaccionó y, sin responder a ninguna de mis preguntas, dijo con una mueca de dolor:

—No te imaginas cuánto me alegro de verte, marquesita.

* * *

Solo las pesadillas que él tenía cada noche me daban una idea de aquello por lo que había tenido que pasar. Por el contrario, sus heridas no eran graves, apenas rasguños y arañazos que yo me cuidaba de desinfectar continuamente. Rai además se esforzaba en tratar de convencerme de que todo estaba bien y de que su cautiverio

no había sido tan terrible.

—Por favor, Alba, cuida de mi compañero, del teniente Sousa. Le debo la vida —repetía de continuo y yo, casi molesta por la insinuación, le insistía en que había otras enfermeras que podían ocuparse de él.

—Mi sitio está aquí contigo, Rai —le rebatía, pero él erre que erre con que me asegurara sin demora de que Sousa estaba bien.

Llegó un momento en que tuve curiosidad. ¿Por qué Rai tenía tanta fijación con aquel tipo? Pronto supe que Gregorio Sousa era el segundo del capitán Elvira en el *Álvaro de Bazán* y enseguida recordé que este nos había hablado de él en varios momentos de su relato. Lo que no sabía aún era por qué Rai insistía todo el tiempo en que le debía la vida a aquel teniente de navío gallego. Rai me sacó de dudas.

—Cuando bajamos de la lancha a entregar el convoy a los de Infantería, nos atacaron los moros que estaban escondidos detrás de unas chumberas y Sousa se lanzó encima del que me apuntaba a mí con un fusil y lo derribó. El arma se le disparó al rifeño y le pasó rozando. Gracias al cielo no se llevó un impacto de bala, pero sí le quedó una fea herida en la pierna que es la que trae infectada. Esa herida que tanto dolor le causa estos días es la prueba palpable de que me salvó. De propina, recibió un montón de patadas y golpes de los cabileños como represalia por haber atacado a uno de los suyos. Está vivo de milagro. Bueno, la verdad es que es increíble que cualquiera de nosotros lo estemos.

Mientras Rai me contaba todo aquello, mi expresión debía ser un poema. Era consciente de lo cerca que había estado él de morir y eso me llenaba de angustia.

—Vamos, marquesita, quita esa cara. Estoy a salvo, pronto estaremos en casa y, antes de lo que imaginas, serás la señora de Guitián, mi mujercita. No te preocupes más, que lo peor ya ha pasado.

—Eso espero, Rai —dije yo y finalmente accedí a ir a echar un vistazo a su amigo Sousa para que pudiera quedarse tranquilo.

Gregorio era, en general, un tipo grande y fornido. Tenía la espalda más ancha, el cuello más grueso y los brazos más voluminosos que Rai. Su pelo, abundante y moreno, era algo más rizado que el de él, y su piel estaba muy curtida por el sol. También me fijé en sus manos. Eran enormes y estaban llenas de callosidades, cosa que enseguida llamó mi atención. Eran unas manos muy distintas a las de

los demás oficiales. Eran manos de trabajador, de obrero y, en definitiva, de alguien de una clase social inferior.

¿Por qué eso debía sorprenderme? Por la sencilla razón de que los oficiales no solían ser gente de esos estratos. Ser oficial de la Marina era casi una cuestión de sagas familiares, algo que uno heredaba de padres y abuelos. Así, por ejemplo, el padre de Rai llegó a capitán de corbeta antes de encontrar la muerte, y este último, desde chico, creció familiarizado con cosas tales como las cartas de navegación, los astrolabios, los cálculos de derrota y los tipos de barcos de la Armada. Eso no implicaba que fueras admitido directamente en la academia, pero sí daba cierta ventaja para pasar las oposiciones de aspirante.

Sousa, en ese entorno, era una *rara avis* porque algo delataba su procedencia humilde. Rai me contó que su padre había muerto siendo él un niño y que le había tocado partirse el lomo desde pequeño para ayudar a la madre a sacar adelante la familia. Por suerte, tenían algunos contactos importantes que le habían facilitado el acceso a la Armada.

—Me ha dicho Rai que sin usted él no estaría hoy vivo —le dije cuando estuvimos los dos frente a frente.

—A mí me ha dicho que no existe otra mujer en el mundo como usted —respondió él con una amplia sonrisa.

Yo me sonrojé. Pero enseguida me recompuse y dije:

—Quiero que sepa que si es verdad que lo salvó, le estaré en deuda de por vida. Si algún día el destino me da la oportunidad de recompensarle por lo que ha hecho por Rai, lo haré, se lo prometo.

—No es necesario, señora. Guitián es mi amigo. Le aprecio. ¿Sabe? En altamar uno está muy solo y un barco es una especie de reflejo del mundo de ahí fuera, pero en miniatura. Cuando convives durante meses con tanta gente distinta, salen las rencillas personales, las diferencias de clase, los problemas políticos o las discusiones sobre religión o, imagínese, sobre cosas tan tontas como el fútbol. Sin embargo, otras veces, haces amistades muy profundas. Con Rai me sucedió esto último. Es un buen hombre.

—Rai también lo aprecia mucho a usted, Gregorio.

Le ayudé a incorporarse un poco en la cama y le ahuequé las almohadas.

—Llámame Greg, por favor. Creo que debemos tutearnos.

—De acuerdo, Greg —dije yo sonriendo.

—Verás, Alba, Rai y yo tenemos mucho en común. Los dos hemos perdido a nuestros padres siendo apenas unos chiquillos. Ese tipo de cosas unen a las personas —confesó.

—Sí, Rai me ha contado que tu padre falleció cuando solo eras un niño.

—Efectivamente —respondió él resoplando de nuevo—. Tenía solo diez años.

—Vaya, lo lamento. Debió ser muy duro —contesté poniéndome de pie. Sujetaba el instrumental en la mano porque ya había terminado de atenderle.

Él se dio cuenta de que yo ya me marchaba.

—Bueno, todo eso pasó hace mucho tiempo.

Asentí y le dije que me había gustado charlar ese rato con él y que cualquier cosa que necesitara me llamara.

—Yo también me alegro de conocerte, Alba. Eres incluso mejor de lo que Rai me había contado.

—Vaya, en eso coincidimos. Tú también —le respondí y ambos nos echamos a reír.

* * *

Muy pronto, Rai se encontró completamente restablecido y ya no hubo motivos clínicos o médicos que justificaran su ingreso, de modo que su licencia finalizó y tuvo que reincorporarse a su puesto.

—Por favor, no te vayas —le dije llorando y abrazada a él.

No había palabras de amor ni gestos de cariño en el mundo que aliviaran mi desconsuelo. Me aterraba más que nunca que se volviera a ir lejos y que le pasara algo, ahora que sabía lo cerca que había estado de perderle.

Pero, por mucho que me opusiera y me rebelara, al final no tuve opción. Le vi partir y lloré durante horas y ni Amalia ni Sousa encontraron el modo de consolarme. Al final, llamaron a mi madre.

—Alba, cariño, la vida de las esposas de los militares es así. Yo me he pasado todos estos años esperando a que tu padre volviera a casa sano y salvo de cada campaña en la que ha tomado parte. Si tú amas a Rai, vas a tener que aprender a vivir con la incertidumbre que conlleva cada destino. Vas a tener que aprender a confiar.

Estábamos en el dormitorio de las enfermeras, una sala rectangular llena de camas, donde, en aquellos días de tanto trabajo, dormíamos todas juntas, por turnos. Mamá y yo nos habíamos sentado en el borde de la mía y ella me dijo esas palabras mientras me acariciaba el pelo con paciencia. Había cambiado de actitud conmigo. La guerra nos había transformado a todos.

—Gracias, mamá. Tienes razón. No es fácil, pero supongo que tengo que aprender a hacer como dices.

La miré. Por primera vez la vi como una igual. Pensé en todas las veces que ella habría estado de noche despierta, sin poder conciliar el sueño, preguntándose si mi padre estaría bien, esperando nerviosa sus noticias. Pensé en cuando vivimos en Melilla siendo yo una niña y mi padre y mi abuelo luchaban juntos en el Kert. La imaginé ansiosa todo el tiempo mientras yo jugaba despreocupadamente con Angélica y con Carla a perseguir lagartijas. Me dio pena. ¡Qué inconsciente era a veces! Qué fácil había sido siempre para mí juzgarla sin darme cuenta de que ella también tenía sus preocupaciones, sus desvelos y sus congojas. De pronto mi madre fue para mí una mujer de carne y hueso y me sentí más cerca de ella que nunca.

La abracé y comprendí que, si quería ser de verdad feliz, no debía desoír sus consejos. Guardé cada una de sus palabras en mi corazón y debo confesar que volvieron a mi mente muchas veces en el futuro, como una letanía, cada vez que Rai se marchó lejos a algún destino.

En cuanto a él, su barco partió a Ceuta y desde allí hicieron varias incursiones por Alhucemas, aunque el desembarco definitivo no ocurrió hasta unos años después. En esos días previos, estuvo allí como muchos otros marinos apoyando a la retaguardia desde los barcos e incluso cooperando con Infantería desde los lanchones en algunas operaciones especiales. Me escribía a menudo para que no estuviera preocupada y se esmeraba por transmitirme la idea de que la guerra terminaría muy pronto y podríamos volver a casa y casarnos por fin.

Greg, por el contrario, tardó más tiempo en recibir el alta y su pierna nos dio muchos problemas. Estuvo muy cerca de perderla y le

quedaron algunas secuelas, entre ellas una cojera muy característica que siempre solía acentuarse en los días de lluvia. A pesar de todo, era un hombre inquieto y, en cuanto pudo andar, se levantó y dijo que no podía permanecer más tiempo encadenado a esa cama, con aquel dramatismo suyo al que ya nos habíamos acostumbrado.

«Una cosa es ser un lisiado y otra que me condenéis a pasar días enteros tumbados sin hacer nada. Eso no hay quien lo aguante», decía malhumorado y no hubo forma de impedir que se lanzara a dar paseos. Pronto fue frecuente verlo caminar con Amalia por los alrededores del hospital. Fue la condición que le impusieron, que lo acompañara una enfermera. Aceptó y, con el pasito a paso, los dos se hicieron buenos amigos. Como yo solía pasar también todo el tiempo libre con ella, al final lo normal era encontrarnos a los tres juntos en cualquier sitio durante los descansos.

—Eres un privilegiado. Estás aquí con nosotras, cuando ahora podías estar en Ceuta con la fascinante compañía del capitán Elvira, como mi pobre Rai —le decía yo para chincharle.

—Bueno, estamos en guerra, pero no vayas a pensar tú que no se organizan fiestas. Si hasta en Melilla, con la que está cayendo, se celebran recepciones. Seguro que en Ceuta lo pasan la mar de bien en eventos a los que irán las solteras más codiciadas del norte de África —respondía ganándome en malicia.

Yo entré al trapo. Siempre lo hacía.

—O sea que a eso os dedicáis cuando estáis en destino. Y yo preocupada. Seré mema…

Por supuesto, llegado ese punto, Greg se desternillaba de risa en mi cara. Lo peor era que Amalia parecía divertirse de lo lindo también. Al menos ella se llevaba la mano a la boca para disimular.

Entonces, por fin, Sousa se apiadaba de mí.

—Querida, para mi desgracia, si hubiera dependido de Rai, en el cañonero no habríamos hecho otra cosa durante los permisos que oír misa y leer novelas. Tu novio es un beato y tiene el seso sorbido por todos esos dogmas de la Iglesia. Es una pena, porque en lo demás es un tipo estupendo —dijo poniéndose serio.

—Chss, Greg, que te pueden oír —le reprendí llevándome un dedo a los labios.

—Que me oigan. La religión es el opio del pueblo, ¿no has oído nunca decir eso? —continuó.

Esta vez fue Amalia quien le reprendió.

—Por amor de Dios, para de decir esas cosas o me voy, así te lo digo.

Ella hizo un amago de marcharse, pero él la agarró de un brazo, reteniéndola.

—A ver —dijo—, yo solo digo que deberíamos ir a un modelo de sociedad más laica.

—Pero ¿a ti que te ha hecho la Iglesia?

—Pues es una institución que siempre alimenta las diferencias. Si no piensas como ellos, estás fuera.

—Tampoco puede valer todo, vamos, digo yo —exclamé combativa.

—Ni que eso sea la excusa para evitar cualquier tipo de progreso —me rebatió él.

—Os prometo que cuando os ponéis así, no os aguanto —protestó Amalia—¿Podemos hablar de otra cosa? Si no dejáis ya este tema, os dejo aquí plantados y me busco una compañía más interesante.

Al final la hicimos caso y nos callamos por miedo a que se fuera enfadada de verdad. A pesar de todo, esas escenas se repitieron varias veces y terminamos por no tocar algunos asuntos espinosos como aquel, para no acabar discutiendo. Por lo demás, salvo en lo ideológico, durante el tiempo que pasé con Greg, entendí por qué Rai lo quería tanto. Nos sacaba de paseo, hacía bromas, ponía música en medio del hospital y nos hacía bailar, y también, de vez en cuando, le tiraba los tejos a Amalia, que no le hacía ni caso porque aún guardaba luto por su Ignacio.

Transcurrió el tiempo y yo siempre pensé que, un día, él también nos daría la noticia de que había recibido el alta. Y que, entonces, nos veríamos abocadas a separarnos de Greg, como lo hicimos de Rai en su momento y como solía ocurrirnos con todos los que pasaban por el hospital, y que al final se marchaban. Pero lo cierto es que otra vez más la vida, caprichosa, hizo las cosas a su manera.

Fue uno de esos días soleados en que estábamos juntos los tres en el jardín charlando y, de pronto, mi madre apareció como salida de la nada.

—¡Alba, Alba! —gritó de forma que todo el mundo se quedó mirándola.

—Parece que tu madre tiene algo que decirte —dijo Sousa con sarcasmo.

—Mamá, por Dios, baja la voz —la reprendí azorada.

—Hija, hija, es que traigo muy buenas noticias.

—¿Cuáles? —dije sin poder imaginar de que se trataba.

—Volvemos a Cartagena. El batallón de tu padre tiene orden de regresar a la península. Vente, vamos corriendo a casa. La Quica nos espera. Tenemos que hacer las maletas. Ay, Alba, creí que nunca llegaría este día. Es… es maravilloso. ¿No te alegras?

La verdad es que me quedé paralizada. Miré a Amalia y a Gregorio y confieso que no supe qué decir.

13

«Si te dan un papel pautado, escribe por detrás».

Juan Ramón Jiménez

No fue fácil decir adiós a los que se quedaban en Melilla. Cuando uno está fuera, los que comparten contigo cada día del exilio son tu familia, así que no solo dejaba a mis tíos allí, Juan y Belén, sino también a muchas otras personas que, durante aquel tiempo, se habían convertido en especiales para mí.

—Promete que me escribirás —dijo Amalia sin poder contener las lágrimas.

Estábamos en el vestíbulo del hospital y muchos se habían congregado allí para despedirnos. Yo ya iba vestida con ropa de calle y me sentía extraña sin mi uniforme, como si estuviera desnuda o me faltara algo esencial.

—Pues claro, tonta —respondí yo reprimiendo mis emociones. No quería que me vieran llorar porque eso lo haría todo más complicado. Solo me permití hacerlo cuando estuvimos en el barco, lejos ya de todas aquellas miradas.

—Todos lo dicen cuando se marchan, pero en cuanto regresan a sus vidas se olvidan de nosotros, ya lo sabes —contestó afligida.

—Te doy mi palabra de que no te olvidaré —prometí.

—Oh, Alba, has sido la mejor amiga que podía encontrar. Sin ti, no hubiera podido sobrellevar lo de Ignacio —exclamó y me abrazó.

—Calla, tú has hecho lo mismo por mí —respondí, y luego miré a Sousa que, más atrás, permanecía en un discreto segundo plano—. Ya puedes cuidarla, si no quieres que coja un barco y venga hasta aquí a rematarte.

Gregorio se rio y luego se acercó y me dio también un sentido abrazo.

—Te prometo que en cuanto vuelva a la península iré a veros. Y te prometo también que cuidaré de Amalia, bueno, si me deja, que eso está por ver… —bromeó y vi cómo Amalia enrojecía.

Después, me tocó el turno de despedirme de Belén. Le di las

gracias por haberme enseñado tantas cosas en todo ese tiempo, por no haber dudado de que yo podía ser una buena enfermera, por haber sido firme conmigo pero, al mismo tiempo, haberme tratado con el cariño de siempre.

—Alba, querida, estoy muy orgullosa de ti —dijo con la voz quebrada.

Belén estaba pálida, pero, como yo, trataba de contenerse. Creo que por eso no me miraba a los ojos, como si supiera que, de hacerlo, se derrumbaría como un castillo de naipes.

—Te escribiré en cuanto llegue a casa —contesté sonriendo con tristeza.

Así seguí, intercambiando despedidas con doctores, camilleros, enfermeras y con el resto del personal. Di las gracias a todos los que me habían ayudado, especialmente a las damas con mando, pero dejé para el final a la más veterana de todas, la duquesa. Ella no mostraba ninguna emoción, rara vez lo hacía, aunque tuvo el bello gesto de elogiar mi comportamiento mientras había estado a su servicio.

—Eres una joven valiente, Alba Aldave —sentenció—. Espero que recuerdes toda tu vida la pasta de la que estás hecha y los momentos que has vivido aquí.

—Gracias, señora. Confío en que nos veremos pronto, quizás en Madrid —contesté.

Ella asintió complacida. Sin embargo, pese a las promesas que hicimos, lo cierto es que no volví a verla, ni a ella ni a Amalia, aunque con esta última me escribí durante muchos años. Cuando Gregorio volvió a estar en activo y se quedó sola en el hospital, estuvo mustia un tiempo, pero luego conoció a un médico del que se enamoró y acabó casándose con él. Al final, muchas chicas de las que trabajaban como damas enfermeras acababan enamorándose de los doctores, con quienes pasábamos mucho tiempo cada día. Amalia se marchó con él a Londres y allí terminó convertida en una verdadera Nightingale. Me siento orgullosa de que ella encontrara la manera de convertir en algo bueno todo lo malo que le había pasado con la muerte de Ignacio y la maldita guerra.

Pero yo, lejos ya de todo aquello y de nuevo en Cartagena, pronto tuve la mente y el corazón ocupados con otras cosas. Por un lado, recuperar viejas amistades y costumbres. Por otro, la llegada del Peleador, el Regimiento de mi padre, fue celebrada con todos los

honores en una imponente fiesta en el Casino. La vuelta a casa de nuestras tropas fue vista como el inicio de una nueva etapa de esperanza. Lo que subyacía era que pronto la guerra terminaría y todos podríamos seguir con nuestras vidas, truncadas por lo de Marruecos. Era bonito ver cómo se nos recibía como si fuéramos héroes, pero, después de tanta bomba y tanto dolor como había vivido en Melilla, me era difícil acostumbrarme a la frivolidad de los bailes, los desfiles y las celebraciones.

Mientras saboreo uno de esos caramelos de violeta que tanto me recuerdan a mi abuelo y a mi infancia, me doy cuenta de que, tras el paréntesis de aquellos dos años en Melilla, a mi regreso a Cartagena, me sentí fuera por completo de ese mundo que antes había considerado natural y cotidiano. Al principio lo achaqué a que todo estaba revuelto con la llegada de la Dictadura y el nuevo régimen, pero, en realidad, no eran los cambios sociales y políticos los que me turbaban. La que había cambiado sin remisión era yo.

Es verdad que en 1923 todo estalló por los aires, eso resulta innegable. Tras la imposibilidad de los Gobiernos de lograr cierta estabilidad, uno y otro partido se habían ido sucediendo en el poder con aquello de los turnos, pero en la calle todo eran revueltas, confrontación y desorden. España se moría de hambre y estaba agotada de las rencillas internas del hemiciclo y de una política cada vez más alejada de su realidad social. Así, en esa situación tan compleja, el militar Miguel Primo de Rivera se sublevó contra el Gobierno y declaró el estado de guerra. Para un tipo como Rivera, España necesitaba ser rescatada de sí misma, y el Ejército estaba para eso, para salvar a la patria y poner orden. «Este país no se impresiona ya con películas de esencias liberales y democráticas; quiere orden, trabajo y economía», dijo en el manifiesto que dirigió a los españoles.

Alfonso XIII lo apoyó, mirándose así en el rey italiano Víctor Manuel III quien también secundó al *Duce*. Pensó el rey que aquel militar afable de Jerez de la Frontera era el hombre apropiado para luchar contra la corrupción y la anarquía. No podía intuir que ese apoyo le costaría unos años más tarde la Corona.

En todo caso, prosperó el golpe de Estado, y se implementó un Directorio militar que sustituyó a las Cortes y asumió el poder ejecutivo. Debo admitir que, inclusive con la supresión de libertades que conllevó la Dictadura, en nuestro círculo más cercano, todos pensamos que don Miguel podría lograrlo, devolver el orden y la paz a España. Era el mío un entorno de personas afectas al Ejército y por ello no nos pareció mal el rumbo que tomaban los acontecimientos.

* * *

Hubo un tiempo en que Lolines solía decir que Cartagena era como un Frankenstein y a mí me hacía gracia que me comparara la ciudad con «el moderno Prometeo», porque en la mitología Prometeo desafiaba a los dioses y era castigado por Zeus, cosa que bien podía haber sido aplicable a nuestra ciudad, que, a veces, parecía estar maldita. Sin embargo, creo que, con la metáfora, Lolines no pretendía ir tan lejos. La suya era una reflexión más simple pero igual de profunda.

—Esa pobre ciudad tiene la cara llena de cicatrices —afirmaba rotunda y mi madre la miraba cómo si estuviera un poco chiflada.

Mi madre y Lolines supieron convivir muchos años, hasta la muerte de mamá, pero jamás se entendieron.

—¡Qué cicatrices ni que gaitas! —le respondía esta de mala manera.

—Las de sus muertos, señora. Los que lucharon en Trafalgar, los de la guerra contra los franceses, los de la Revolución cantonal, los de las guerras coloniales y los que dejó Marruecos y después la Guerra Civil. ¿Le parecen pocos? Eso sin contar con los de las epidemias y otros males que también se cebaron con la gente.

—Tonterías —decía mi madre, que como ya he dicho era poco amiga de supersticiones. Bastante tuvo con mi abuela Belén y sus ritos santeros—. Todas las ciudades tienen sus obituarios y sus sepulturas, Lolines.

—Mamá, algo de razón lleva —intercedí yo—. Mira cómo estaban las cosas cuando volvimos de Melilla.

—Sí, es verdad, pero como en todo el país, insisto. Además, bien que luego vinieron los años de esplendor cuando llegó Alfonso Torres, que de eso no os acordáis —respondió ella sin moverse de su posición.

Lolines frunció el ceño, pero no dijo nada. Se fue a trajinar a la cocina y nos dejó a mi madre y a mí tejiendo en el salón, donde permanecimos un poco calladas con nuestras labores, quizás presas de los recuerdos.

En efecto, a pesar de toda la gente que murió en el norte de África y del duelo en el que parecía haber quedado sumida la ciudad por aquellos días, lo cierto es que hubo en los años siguientes un gran

resurgir y una prosperidad que se debieron a la gestión de un nuevo alcalde que fue nombrado cuando comenzó la Dictadura, un joven que llegó a ser muy conocido, don Alfonso Torres.

Aquel muchacho era un joven y brillante ingeniero, tan carismático como ambicioso, que tras estudiar en Bilbao la carrera y pasar unos años en Madrid, regresó más tarde a la ciudad para ocupar la dirección de la Fábrica de Productos Químicos y Explosivos y, al poco tiempo, le designaron para liderar el Consistorio. A partir de ese momento, Torres no se cansó de proclamar a los cuatro vientos que su misión era devolver a la ciudad el esplendor y la alegría, y al maltrecho Ejército el prestigio de otro tiempo, tan cuestionado tras lo de Annual.

Se le ocurrió entonces lo de Cavite. La idea era simple, pues se trataba de algo tan sencillo como construir un monumento en honor a los héroes que perecieron cuando la guerra de Cuba, pero resultaba brillante por varias razones: era un homenaje a los soldados y por lo tanto al Ejército; ensalzaba la valentía y el honor de nuestra gente y nuestra ciudad, entre otros valores; desviaban el foco del asunto del norte de África y, sobre todo, servía para mantener ocupada a toda la población durante un tiempo con los preparativos. Así, tras encargarse el grupo escultórico del monumento, luego se organizó un evento magnífico para la inauguración de este, con un programa de fiestas que duró varios días. Se invitó a todas las personalidades del momento, entre ellas al rey y al propio Primo de Rivera que, por supuesto, acudieron, y, en general, nadie quiso perdérselo.

Huelga decir que todo salió a pedir de boca para Torres ya que fueron días de emborracharnos de patria, de bandera, de desfiles, de juegos florales, de concursos, de procesiones y de fiesta. Y pronto, este se dio cuenta, bueno posiblemente él y todos los demás, de que este tipo de celebraciones eran un éxito en la medida en la que sacaban a todo el mundo de su letargo y dinamizaban la actividad de la ciudad, que parecía haber resucitado por fin.

Pero, además de los festejos, con mucho trabajo, el alcalde se afanó también en convertir Cartagena en una urbe moderna: puso alcantarillas y alumbrado, construyó escuelas y planificó otras mejoras como las Casas Baratas o las obras de la zona del Ensanche, mientras su popularidad crecía a la par que también lo hacían sus adversarios. Estos, conscientes del carisma del nuevo alcalde, trataron de desprestigiarle y comenzaron a hacer circular el rumor de que había sido puesto a dedo en el cargo porque era un hijo bastardo del rey Alfonso XII. Como la trayectoria de los Borbones era la que era en

materia de faldas y el parecido de Torres con el rey era algo real, lo cierto es que el chisme corrió como la pólvora.

A don Alfonso, todo hay que decirlo, aquellos rumores le daban igual, tanto que se limitó a repetir a quien lo quisiera oír que «a base de cotilleos, el trabajo no quedará hecho ni los problemas resueltos». Para ese momento se había metido ya de lleno en el que quizás fue su reto más importante: la sequía, que le tuvo muchas noches sin dormir. La ciudad tenía un problema de suministro de agua, pero, en el campo, la situación era aún más acuciante. Los agricultores, desesperados, se unieron en asociaciones y fueron a ver a Torres, quien prometió prestar su apoyo a la causa.

En efecto, este viajó a Madrid y, cumpliendo su promesa, se entrevistó con el Gobierno central. Ante la negativa de acometer las reformas por falta de fondos, cuentan algunos que el edil se fue acalorando y, al final, muy enfadado, golpeó la mesa y con la voz grave y cavernosa que tenía, dijo: «Señores, solo sé que soy el alcalde de un pueblo que muere de sed».

Gracias a su testarudez, el Consejo de ministros aprobó la creación de la Confederación Hidrográfica del Segura para los recursos Hídricos y la constitución de la Mancomunidad de los Canales de Taibilla. Volvió de la capital con la noticia y en Cartagena lo recibieron con ovaciones. Una muchedumbre salió a la calle a dar la bienvenida a su alcalde como si fuera un Mesías y este visiblemente emocionado apenas fue capaz de pronunciar unas palabras mientras los cartageneros gritaban su nombre y le dedicaban vivas y aplausos. Aunque no vivió él para ver el resultado de sus gestiones, el pueblo agradecido le nombró alcalde honorífico a perpetuidad.

Muchos hoy lo siguen recordando con cariño en Cartagena, porque su vocación de servicio al pueblo fue innegable. Por lo que a mí respecta, creo que sería imposible entender cómo fue nuestra vida en aquellos años sin hablar de Torres y de las mejoras y el progreso que impulsó, porque aquellos fueron unos tiempos buenos para todos. Más adelante hablaré de su esposa también, que se convirtió en una buena amiga mía. Pero vayamos más despacio. Cada cosa a su debido tiempo.

* * *

En esa Cartagena que iba resurgiendo bajo el mandato de Torres, poco a poco mi familia y yo fuimos recuperando la normalidad. Mis padres volvieron a sus reuniones del té de las cinco, unas veces en

casa y otras en el Gran Hotel. A veces los acompañaba yo también, porque mi madre insistía, pero me temo que seguía encontrándome fuera de lugar en esos actos sociales, como si viniera de otra galaxia.

Porque, mientras a mí la experiencia de Melilla me puso la vida patas arriba, nada parecía haber cambiado en las costumbres de nuestros amigos y conocidos. El té en el Gran Hotel seguía siendo el mismo espectáculo de siempre. Una veía las mismas mesas, vestidas con manteles bordados a mano, repletas de porcelanas grabadas con exquisitez con el emblema del hotel; las mismas bandejas de siempre, que traían los camareros rebosantes de los deliciosos fiambres panaché de La Granja de don Basilio Irureta; los deliciosos emparedados de salmón, traído según aseguraban muchos de la misma Noruega, los pastelitos variados, el selecto surtido de helados de praliné, los distintos tipos de café o aquella infinita carta de vinos dulces y no podías sino pensar que, en efecto, nada había diferente. Todo permanecía como antes de la guerra.

Pronto volvieron también las tardes de cartas, las recepciones en casa, e incluso las comidas una vez al mes en el Chalet, en el balneario de San Bernardo, el lugar donde ponían el mejor pescadito frito, la mejor langosta y unos enormes langostinos con mayonesa, tan deliciosos como la música en directo de la banda que amenizaba los banquetes. No faltaron tampoco los estrenos en el Cine Sport y el teatro y las funciones del Ateneo.

En definitiva, volvió la vida, con su ímpetu y su inercia, dispuesta a hacer como si nada de lo anterior hubiera ocurrido. Yo parecía ser la única incapaz de pasar página y seguir adelante.

Por suerte, un día en que iba paseando con mis padres por la calle de Jabonerías, nos cruzamos con doña Elisa. Después de tanto tiempo sin verla, la encontré igual de elegante que siempre, con un modelito a la última que, casi seguro, se había cosido ella misma. A veces compraba revistas de moda por correspondencia que llegaban desde París, y luego sacaba los patrones de los modelos y se los confeccionaba con muy buena maña. Era uno de los trucos que nos enseñaba en las lecciones de corte y confección de la academia.

—Pero Alba, ¡cómo me alegra verte! —dijo, dándome un abrazo —. Sabía que habías vuelto, me lo había comentado alguna alumna, porque tú, lo que se dice tú, no has debido tener mucho tiempo para hacerme ni una breve visita.

Me miró con una mueca de reproche, pero enseguida volvió a

sonreír y dijo:

—Y bueno, querida, ¿cómo estás?

—Bien, muchas gracias, doña Elisa. Yo también me alegro de verla a usted —contesté con una sonrisa tímida. Era verdad. No me había acercado a la academia y no había hecho muchas de las cosas que debía haber hecho por esa abulia extraña que me dominaba. No había ido tampoco a la librería a ver a don Horacio, ni a La Royal, ni a otros muchos sitios.

Ella se quedó pensativa por unos segundos. Creo que se dio cuenta enseguida de que yo no era ya la chica risueña y rebelde de otro tiempo, y de que algo grave me ocurría.

—Oye, me vendría muy bien un poco de ayuda en la academia. La verdad es que no paran de apuntarse alumnas nuevas y yo ya me hago mayor. Sería estupendo que vinieras un rato por las mañanas y me echaras una mano con las facturas e incluso con algunas clases de mecanografía. Te pagaría bien. ¿Qué me dices? —preguntó sin dejar de sonreír.

Rápidamente miré a mis padres, porque no sabía si la idea les iba a encajar o si, por el contrario, podían verlo con malos ojos. Elisa adivinó mi inquietud y supo que si quería contar con mi ayuda debía elevar la petición a instancias superiores.

—¿Les parece a ustedes bien, señores Aldave? —dijo—. No le quitaría mucho tiempo. Podrían ser solo unas horas. Ella seguiría aprendiendo o al menos practicando mecanografía. Le puedo enseñar algo de contabilidad básica, que siempre va a ser de ayuda cuando tenga que manejar las finanzas de un hogar. No sé qué opinan.

Mi padre no dijo nada y se limitó a mirar a mamá para que ella respondiera. Yo me temía lo peor, y estoy segura de que, en otro tiempo, su respuesta hubiera sido un no rotundo, pero, para sorpresa de todos, en esta ocasión se limitó a decir:

—Me parece bien, doña Elisa. Es usted muy amable por pensar en mi hija.

En ese momento, la quise más que nunca y la abracé.

—¡Oh, gracias, mamá! ¡De verdad, gracias! —respondí emocionada.

* * *

Comencé con aquel trabajo casi inmediatamente. En la academia reinaba un ambiente juvenil y de aprendizaje que enseguida me hizo mucho bien. Además, al ocuparme de las matrículas y el papeleo, hablaba con casi todas las chicas que venían a convertirse en alumnas, las aconsejaba y les contaba mi propia experiencia. Eso me hacía sentirme útil, por no hablar de que doña Elisa pronto comenzó a dejarme impartir algunas clases.

Mi admiración por ella creció a medida que pasamos tiempo juntas. Doña Elisa era cercana y amable, y se portaba como una verdadera mentora. Llegué a pensar que me veía como su natural sucesora. Envejecía y no quería que aquella academia a la que había dedicado toda su vida se perdiera porque nadie pudiera sustituirla al frente de la misma.

Yo me dejaba enseñar y me esforzaba por corresponder a su confianza, tratando de quitarle el máximo trabajo posible. Hablábamos de muchas cosas a lo largo de cada jornada, algunas banales, pero otras un poco más personales.

Hasta que un día me atreví a preguntarle por su historia.

—Doña Elisa, si a usted le va tan bien en este negocio, ¿por qué siempre nos anima a que nos casemos y sigamos la misma estela que nuestras madres?, ¿por qué no quiere que sigamos su ejemplo? —le dije mientras colocaba la carpeta de los recibos en la estantería que había junto a nuestros escritorios.

Siempre me resultó extraño que una mujer exitosa como ella, sofisticada e independiente, no quisiera que sus pupilas la imitáramos.

Ella estaba poniendo sellos en algunos impresos y, mientras me contestaba, siguió trabajando.

—No es tanto que quiera que os caséis. Quiero que seáis jovencitas preparadas, cultas y refinadas. Eso os servirá en cualquier orden de la vida, querida. Pero yo no puedo ir con un discurso ajeno a la sociedad en la que vivimos. Solo os crearía contradicciones y, créeme, Alba, no todas las personas tienen el talante necesario para poder sobrellevar una lucha contra las convenciones. Es más fácil si puedes adaptarte.

Mientras me explicaba todo aquello, se oía de fondo el ruido que hacía el sello cuando ella lo estampaba mecánicamente contra los

documentos.

—Yo no estoy hecha para adaptarme a esas convenciones de las que habla, ¿sabe? —respondí, mirándola con curiosidad.

Ella dejó por un momento de trabajar y me miró sonriendo.

—Lo sé. Lo supe desde el primer día que te vi.

La miré extrañada y ella asintió de nuevo.

—Sí, eres trabajadora, testaruda y voluntariosa, pero por el amor de Dios, también eres rebelde y algo impulsiva, chiquilla, eso no puedes negarlo.

—No, no puedo negarlo —respondí encogiéndome de hombros.

—Yo era como tú cuando era jovencita —comenzó a explicarme ella mientras retomaba su labor con el sello—. Mi padre, que fue maestro, enviudó en el momento de mi nacimiento. Hubo complicaciones en el parto y los médicos no pudieron hacer nada por salvar a mi madre. Ella lo había sido todo para él. A pesar del dolor y la tristeza por perderla, tuvimos la suerte de que, como provenía de buena familia, heredamos un capital suficiente con el que vivir de forma holgada. Papá siempre quiso tener un varón y, como juró que no volvería a casarse nunca, sabía que no engendraría más hijos, de modo que decidió educarme como si yo fuera un hombre. Me enseñó matemáticas, ciencia y otras muchas cosas que antes no se consideraban propias de mujeres. Por supuesto, quiso que aprendiera idiomas, incluidos latín y griego; mecanografía, tan en auge en ese momento; literatura, filosofía, música, e incluso sé jugar al ajedrez o disparar un arma. Me llevó con él de viaje a muchos lugares y lo acompañé también al teatro, a la ópera y a otros compromisos sociales desde bien joven. Muchos pensaban que yo era su esposa, ya que nunca se le vio con otra acompañante que no fuera yo.

Mientras Elisa me contaba todo aquello, yo la miraba con admiración. Las dos habíamos terminado el trabajo, pero seguíamos sentadas en nuestras mesas, que estaban una junto a la otra, charlando. La observé. Tenía el pelo blanco y unas lentes pequeñas y redondas que le daban un aspecto de ser más mayor de lo que en realidad era. Sin embargo, en contraste, tenía el cutis liso, casi sin arrugas.

—Y mi padre, con aquellas ideas suyas, siempre me insistió en que no me casara por casarme, que era justo lo contrario de lo que se

enseñaba normalmente a las jovencitas. Todas las chicas de mi edad buscaban un buen partido, alguien que les diera una vida cómoda y tranquila. Todas menos yo. Siguiendo sus particulares consejos, me volqué completamente en mis clases de violín, donde por cierto había demostrado con anterioridad tener un verdadero talento. En vez de ir a bailes y fiestas, dedicaba mis tardes a practicar con el instrumento. La profesora llegó a decirle a mi padre que ya no podía enseñarme nada nuevo, pero yo quería progresar, así que este lo vio claro e hizo las maletas y me llevó a Madrid, donde continué mis estudios en el Real Conservatorio, y más tarde fuimos a Viena. En Austria estudié con los mejores: Fuchs, Brahms, Graedener. Todo parecía indicar que podía lograr lo que me propusiera, y yo recuerdo aquella etapa como muy feliz y dichosa. Trabajaba muy duro, pero siempre tenía el apoyo de mi padre y de mis maestros, de modo que no me importaba el esfuerzo y todas las horas invertidas en la música me parecían pocas.

»Pero entonces el amor lo estropeó todo, como suele pasar casi siempre. Me enamoré de un pianista alemán que estudiaba conmigo. Fue un amor pasional e intenso que me arrolló. Hans era apuesto, alto y fornido, tenía los dedos largos, una sonrisa tímida y unos ojos azules melancólicos y atormentados. Era el prototipo de músico romántico, atractivo y con un punto de poeta maldito. Pero ante todo era un muchacho dotado de un enorme don musical, un virtuoso. No podía no caer rendida a sus pies. Ese fue el principio de mi perdición.

—¿No le correspondía? —pregunté yo.

Ella sonrió con tristeza.

—Oh, claro que me correspondía. Ojalá no me hubiese correspondido. Descubrí el amor a su lado y durante un tiempo fui la mujer más afortunada de la tierra. Tenía mis dos pasiones unidas, la música y a Hans. No había nada que pudiera con nosotros.

En ese momento nos levantamos y doña Elisa me acompañó a la entrada, porque ya era casi la hora de irme.

—Mi padre, que sabía mucho de la vida, me advirtió para que tuviera cuidado. «Las presiones de la sociedad son terribles», dijo. Pero yo había crecido ignorando todas esas convenciones sociales y no le hice ni caso. «Pamplinas», respondí. Y le dije, de muy malas formas, que se estaba haciendo viejo y que era la vejez la que le provocaba todos esos prejuicios. Mi pobre padre, que en paz descanse, me miró con gravedad, pero no volvió a decirme nada sobre el tema.

»Pronto surgieron los problemas. La familia de Hans era una familia de músicos en la que su padre, su abuelo y así varias generaciones habían destacado en distintos instrumentos. De modo que, cuando él dijo que quería casarse conmigo, su madre le hizo ver que yo no era la mujer apropiada y prohibió nuestra relación. Pensaban que un proyecto o una carrera musical solo podía gestarse si la mujer llevaba la casa, si solo uno de los dos era el que escalaba hasta la cima del éxito. «¿Quién cuidará de vuestros hijos? ¿Quién mantendrá el hogar? ¿Quieres echar por la borda toda una vida de sacrificio y entrega?». Su madre le planteó todas esas cuestiones y él, que no conocía más vida que la de su piano, no tuvo la gallardía de responder que esperábamos contar con su ayuda. Le faltó el valor del que mi padre hablaba, el de desafiar las barreras, los obstáculos y las rigideces que nos habían tocado vivir. Y cuando yo le dije que no estaba dispuesta a rendirme y propuse que fuera yo quien dejara la música para que nuestro amor pudiera seguir adelante, bajó la mirada y me hizo saber que él sí se había rendido.

—Doña Elisa, eso es terrible… —la interrumpí sin poderlo evitar.

—En efecto, para mí lo fue, querida niña. Quedé destrozada, claro. Dejé el Conservatorio y volvimos a España. Tardé mucho tiempo en reponerme. Incluso culpé a mi padre por haberme educado de un modo que no podía encajar con la sociedad en la que vivíamos. Me gustara o no, me temo que apabullaba a la mayoría de los hombres y por eso no me casé nunca. Pero él se negaba a que yo tuviera esa visión de la vida. «No necesitas un hombre», decía. «Las mujeres valientes brillan por sí mismas: Curie, Pardo Bazán, la condesa de Lovelace», me dijo. «Ellas no necesitan que nadie les de su apellido para que se las respete». Supongo que tenía razón, pero murió antes de que yo lograra recomponer mi corazón. Al fallecer él, decidí venir a Cartagena, su lugar de origen, y abrir la academia. Espero que él, donde quiera que esté, se sienta orgulloso.

Ya era momento de irme, pero me resistía porque estaba fascinada con la historia de doña Elisa.

—Lo estará, no tengo dudas. Gracias por confiarme su historia. Hoy la admiro todavía un poco más, ¿sabe?

Ella me miró sonriendo. Tenía una mirada triste y melancólica.

—Espero que ahora comprendas, Alba, por qué os animo a seguir la corriente de la época en la que vivimos. No todos tienen la pulsión de ser alguien. La mayoría solo quieren ser felices. Y créeme, esa

aspiración no es ninguna tontería.

Cuando salí de la academia aquella tarde, estaba completamente impresionada por lo que Elisa me había confesado. Creo que conocer el sufrimiento que ella había padecido me dio la fuerza para sobreponerme a mi propia tristeza y recuperé la energía que había perdido al regresar de Marruecos.

Esa energía pronto se transformó en determinación para volver a escribir. Quería volver a sentir el tacto de las teclas y la emoción de ir tejiendo una historia y ver cómo esta cobraba vida poco a poco gracias a sus personajes y a la trama que los iba envolviendo. Tomé conciencia incluso de cómo añoraba esa sensación única que acompaña al impulso creador. Me gustó reconocerme de nuevo y llegué a casa cantarina y repleta de proyectos en los que quería ponerme a trabajar sin dilación.

Sin embargo, no pude llevar a cabo mi propósito, porque en los siguientes días recibí un telegrama de Rai en el cual me informaba de su regreso.

Pero no era aquel un telegrama cualquiera. Era un telegrama breve y conciso, que muy en la línea de Rai no dejaba cabos sueltos ni lugar a la improvisación. Sin andarse por las ramas ni esperar a estar de nuevo en la ciudad para hincar la rodilla en el suelo, sus órdenes, por el contrario, eran muy claras: en su mensaje me instaba a preparar la boda cuanto antes. Después de cinco años de idas y venidas, de las muertes y la destrucción que traen consigo las guerras, sus prisas por cumplir su promesa de convertirme en su esposa parecían justificadas, aunque llegaran en aquel papel impersonal que yo sujetaba con incredulidad entre mis dedos.

Pero lo cierto es que yo ya había aprendido que a la fortuna se la debe coger del pescuezo para que no se escape, así que, tras leer aquello, corrí a pedirle permiso a mi padre para poder empezar cuanto antes con los preparativos.

Mi padre dijo que sí. Y yo también.

«Para un buen matrimonio, hay que enamorarse muchas veces, siempre de la misma persona».

Mignon McLaughlin

BODA ARISTOCRÁTICA

La Voz de Cartagena, 25 de febrero de 1925

***U**na muchedumbre expectante transita por la calle de la Caridad, contemplando el incesante fluir de invitados a la boda de Alba Aldave con Raimundo Guitián. Los lujosos automóviles cruzan raudos depositando a las puertas de la iglesia a los concurrentes a la ceremonia: sedas y encajes, pieles y plumas, centellear de gemas y joyas, severa etiqueta de tarde para los caballeros, variados uniformes de marinos y militares.*

El novio, que ostenta su uniforme de gala de teniente de navío, va acompañado por su madre, viuda de Guitián, y su abuela, la madrina Sonsoles Jordá, ambas ataviadas con encajes y mantillas.

Un murmullo mal contenido anuncia la llegada de la bellísima novia; en el automóvil, adornado con una flor blanca, destaca el padrino, el señor Aldave que, sobre el uniforme, lleva el pecho cubierto por las preciadas preseas de las condecoraciones militares.

La novia, imponderablemente bella, luce una delicadísima figura. Un tenue velo la envuelve como una vaporosa nube, alta diadema rusa de Azahar prende y contrasta con su negrísimo pelo, y sobre el seno fulge, impresionante, un pendentif de brillantes (…)

* * *

Cuando releo la crónica de sociedad del diario *La Voz* que relata nuestra boda, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, todo aquello me parece ajeno a mí, como si narrara un episodio de la vida de otra persona. Ha pasado tanto tiempo que, a veces, me cuesta reconocer mis propios recuerdos, como si no me perteneciesen. Por otro, cierro los ojos y puedo transportarme nítidamente hasta el ayer. Mi tez vuelve a ser tersa, voy vestida de novia y huele a incienso y azahar. Oigo el clamor de la gente que cuchichea al verme, todos comentan lo de la tiara rusa, que es lo más espectacular de mi vestido de novia. Fue una idea de Dolores Narváez, mi modista, que durante el banquete no dejó de decirle a todos lo maravilloso que había sido

confeccionar mi traje. ¡Estaba casi tan orgullosa del resultado como mi madre! Me vienen a la cabeza las tardes interminables en el atelier que tenía en la parte de atrás de su establecimiento, la Maison Paris. Allí, rodeadas de revistas de moda, ella me iba diciendo que teníamos que hacer algo que todos recordaran siempre. Y como era de esperar, consiguió que así fuera. La tiara rusa fue comentada y copiada luego por muchas de las jóvenes que asistieron a mi boda y el acierto fue la sencillez del vestido, que dejaba el protagonismo a aquel complemento tan exótico y singular.

Sonó la marcha nupcial de Mendelssohn y, mientras recorría los pasillos de la Basílica de la Caridad, era muy consciente de que tenía toda la vida por delante y de la maravillosa sensación de que, por fin, el futuro era nuestro, mío y de Rai, quien me aguardaba impaciente junto al altar. Recién ascendido, iba ataviado con el uniforme de gala de los tenientes de navío, su nuevo rango, que era de color oscuro con el forro de la levita rojo a juego con las solapas. Nunca me había parecido tan feliz.

Al verme, sus ojos se clavaron en mí, oscuros y profundos. Me observaba avanzar del brazo de papá, dejando atrás a cada paso los bancos donde nuestros amigos y conocidos me saludaban con admiración.

El padre Ángel, desde el altar, me sonreía paternal. Era el coadjutor de la iglesia de Santa María de Gracia y nos conocía a todos bien, tanto a los Aldave como a los Guitián. Aquella mañana pronunció una de las más bellas homilías que yo he escuchado nunca.

—El amor os hará libres y ya nunca volveréis a estar solos. Porque a partir de este día ya no seréis dos, sino uno. Uno solo con dos latidos, que siempre latirán al mismo compás y sobre los que cimentaréis la familia, el plan más importante de la obra de Dios. Como la Sagrada Familia, que ha de ser vuestro ejemplo, no puedo negaros que viviréis dificultades, pero en esos momentos que toda pareja atraviesa a lo largo de su matrimonio, habréis de volver a este instante, al aquí y ahora, y recordar los votos de amor y fidelidad eterna que acabáis de pronunciar.

Algunas mujeres sacaron con discreción los pañuelos de sus minúsculos bolsos de mano y se los llevaron a los ojos con delicadeza. Luego, tras el sí quiero, la ceremonia concluyó y nosotros nos subimos al auto de Rai, recién encerado y adornado con flores blancas y rosas. Aquel vehículo, el viejo Mors, era un coche oscuro con las ruedas blancas que Rai había heredado de su padre.

Una vez dentro y estando los dos solos, recuerdo haber bromeado con él. Los nervios de antes del enlace habían dado paso a una euforia que apenas podíamos contener.

—¿Ves? Ya te dije que algún día sería tu esposa.

—Tendrás la cara de cemento armado, señora de Guitián —me respondió él riendo y radiante de felicidad.

Mientras seguíamos nuestro camino hacia el Gran Hotel, muchos por la calle nos vitoreaban y yo, con paciencia y la ayuda de Rai, me quitaba algunos granos de arroz que habían ido a parar a mi pelo al arrojarlo la gente a puñados a la salida de la iglesia.

No olvidaré jamás la enorme ovación que nos dieron nuestros invitados cuando llegamos. Mientras sonaban las palmas y los aplausos, recuerdo que recorrí con mi mirada el enorme salón que había sido adornado con toda suntuosidad. Las mesas, las cortinas, la vajilla y todos aquellos detalles me recordaron al cotillón de Nochevieja en donde todo había empezado unos años antes. Además de los salones que habían sido reservados para mi boda, un par de habitaciones se habían abierto al público para que quedara expuesto el ajuar, como era costumbre en aquellos tiempos. Todo el personal del hotel se volcó con nosotros, especialmente Irureta, el director, que tuvo el maravilloso detalle de regalarnos una estancia de una noche en una de las mejores *suites*.

Juanito Mota, nada más vernos llegar, se acercó pletórico y nos puso entre las manos una copa de champán escarchado.

—Tienes que hacer un brindis, Rai —dijo—. Es lo que todos esperan.

Rai, que no era muy amigo de tomar el protagonismo delante de tanta gente, me sorprendió, pues, henchido de orgullo y sin soltar mi mano, no se hizo esperar y tomó la palabra. Se aclaró la garganta y, dando unos toques en la copa con un cubierto, reclamó la atención de los asistentes:

—Queridos amigos, este es el día más feliz de mi vida. Alba me ha dado el regalo más grande que una mujer puede otorgarle a un hombre: su amor y su voluntad de unir nuestras vidas. Gracias a todos por venir hoy a compartir nuestra dicha.

La gente aplaudió y él espero un poco para continuar.

—No quiero ponerme pesado, así que ahora solo os pido que lo paséis estupendamente y que gritéis: «¡Viva la novia!».

Todos gritaron, chocaron las copas y brindaron por nosotros. Luego aplaudieron de nuevo, nos corearon un par de veces más y después pusieron música y los camareros empezaron a aparecer con bandejas llenas de bebidas espumosas y con algunos aperitivos.

Entonces se nos acercó mi cuñado, y le dijo al oído a Rai:

—Estoy muy feliz por ti, hermano. Y padre también lo estaría.

—Gracias, Antonio —respondió Rai embargado por la emoción.

—Por la parte que a ti te toca, Alba, me alegra mucho que nos hayas quitado de encima a este pelma. Menuda joyita te llevas —dijo, pero a pesar de la guasa, le costaba mantener bajo control los sentimientos—. En serio, me alegra mucho que pases a formar parte de la familia y espero ser un buen hermano para ti.

—Igualmente, Antonio —contesté con un nudo en la garganta. Antonio me caía bien, siempre nos entendimos y sé que quería y admiraba a Rai. Me gustaba haberme ganado un hueco en su corazón.

Después de aquellos emotivos instantes, saludé también a sus hermanas y luego fui al tocador con Adela a empolvarme la cara y recomponer mi atuendo.

—Vaya, Alba Aldave, al final lo conseguiste, ¿eh? Qué pájara estás hecha —dijo Adela con sorna—. Siempre he sabido que Rai Guitián no pararía hasta casarse contigo. Lo supe aquel mismo día en la plaza. Es testarudo y tenaz. Si algo se le mete entre ceja y ceja, no hay quien pueda con él.

Sonreí. Estuvimos un rato allí y durante ese tiempo entraron varias señoras. Todas se acercaron a saludarme y a decirme lo preciosa que estaba.

Al regresar al salón, la banda de música amenizaba la velada y un ejército de camareros impecablemente uniformados, con ese estilo único del Gran Hotel, repartía sin cesar sándwiches, canapés, tartaletas y otros aperitivos en un copioso y animado cóctel.

Saludamos a las mejores familias de Cartagena y todos nos fueron dando la enhorabuena. Mi madre, cada poco tiempo, se acercaba y me colocaba la tiara o la cola del vestido, me pellizcaba las mejillas para

marcarme el rubor o me hacía indicaciones sobre la postura que debía tener para lucir lo más hermosa posible. La Quica, detrás de ella como un monigote, no paraba de lloriquear y decía una y otra vez que se le había casado su niña, a la que había criado desde bien chica y a la que quería tanto como a una hija. Mamá, llegado un punto, no pudo más con la intensidad de la sirvienta y la reprendió:

—Calla ya, por Dios, Quica, y deja de llorar, mujer, que esto parece un velatorio y no una boda.

—Ay, señora, perdóneme, es que estoy muy emocionada.

A mí me daba la risa al verlas a las dos tan nerviosas, cada una a su manera, pero pedí tímidamente que me dejaran un poco de aire porque me estaba sintiendo mareada de tenerlas todo el tiempo revoloteando a mi alrededor como moscones. Pusieron cara de circunstancias, pero debo reconocer que intentaron plegarse a mis deseos.

Cuando llevábamos un rato hablando con unos y con otros, alguien dio aviso de que el banquete comenzaba, de modo que nos dirigimos a la mesa presidencial y los camareros fueron marchando los platos. Para comenzar, sirvieron un delicioso salpicón de marisco, después cola de merluza y terminamos con un *filet mignon* con su guarnición. Como siempre, todo estaba delicioso y fue de lo más abundante, aunque yo apenas probé bocado.

A los postres, justo después de cortar la tarta nupcial, Mota dio unos toques en su copa de champán pidiendo la palabra. Le llevó un rato que se hiciera el silencio, pero no cejó en el empeño y siguió dando golpecitos con el tenedor hasta lograrlo.

—Pido la palabra con el derecho que da ser el mejor amigo del novio, y aunque ahora que hay esposa, ese título valga algo menos… —dijo, y todos rieron por unos segundos sin dejarle continuar.

—Yo también tengo ese título —añadió Gironella levantándose reivindicativo.

—Perdona, creo que ese honor es mío —reclamó Pemartín, sin contener la risa.

—O mío —dijeron Suances y Galán al unísono.

Siguieron Bruquetas, Amusátegui, y así, uno por uno, el resto de los compañeros de Rai, la mayoría de su misma promoción. Todos

querían alzar sus copas para desearnos la mejor de las fortunas en nuestro matrimonio. La gente reía en sus asientos al ver cómo, por todo el salón, se iban levantando jóvenes vestidos de uniforme que querían hacer valer su amistad con el novio.

—¡Panda de aficionados! Aquí el único que ha estado con el teniente mirando casi a los ojos a la muerte he sido yo, ¿o no, Guitián? —se oyó de pronto el inconfundible acento gallego de Gregorio Sousa en algún lugar del salón.

Rai le sonrió muy emocionado, alegrándose de veras de verlo. Había venido desde Ferrol, pidiendo un permiso especial para poder asistir al enlace y eso nos había llegado al corazón. Me atrevería a decir que fue uno de los invitados que más nos alegró con su presencia.

Greg se colocó la gorra, resopló quitándose el flequillo de la cara y luego respondió a esa sonrisa alzando su copa a modo de saludo.

—Bueno, vale —dijo Mota aclarándose la voz—. ¡Si seréis envidiosos! —murmuró entre dientes, pero haciendo que todos lo oyeran para que rieran de nuevo, como así fue—. Al asunto, señores, que aquí las damas han venido a bailar y no es cuestión de eternizarse. Rai, en calidad de tu amigo más antiguo y del mejor de todos, mal que le pese a nadie, me gustaría decir unas palabras.

En ese momento, sacó una hoja y la desdobló. El bueno de Mota llevaba preparado su discurso. Puedo imaginar lo que debió costarle escribir aquello, debió estar horas delante del papel eligiendo las palabras que quería decir. Así era Juan, un sentimental. No se le daba bien ponerse serio, así que supongo que ese gesto de amistad fue el mejor regalo que pudo hacerle a Rai.

—Guitián y yo somos amigos desde antes de tener dientes. De chicos jugábamos en el patio de los maristas a los piratas y soñábamos con hacernos a la mar a buscar tesoros y conquistar islas desiertas. «Nos turnaremos para ser el capitán», decía Rai, y yo le contestaba que por qué no podía haber un barco con dos al mando. ¿Te acuerdas, amigo mío?

Rai asintió. La gente aplaudió.

—Rai respondió que cuando hay dos gallos en un mismo corral siempre termina por haber problemas y que era mejor dejar claras las normas desde el principio ¡Sensato con diez años, ese es él!

—No como tú, Mota. Menudo tarambana estás hecho —dijo su hermana Adela y todos rieron.

—Bueno, eso no voy a negarlo. Uno de los dos tenía que poner una nota de diversión. ¿O no? —respondió Juan siguiendo con la broma—. Aun así, el tiempo pasa siempre, y al final nos hacemos mayores. Dejamos de jugar a piratas y desistimos de la idea de atacar a los corsarios ingleses, pero surgió en nosotros la ilusión por marcharnos juntos a la Escuela de San Fernando para ser hombres de mar, ya no al margen de la ley, sino todo lo contrario, entrando a formar parte de la Marina Española. Rai decía que teníamos que seguir la estela de su padre, que en paz descanse, por quien me gustaría brindar ahora.

Todos brindaron y empezaron a jalearse unos a otros, pero enseguida Mota retomó su discurso de nuevo. Rai trataba de contener sus emociones, pero yo miraba sus ojos brillantes y sabía cómo se sentía.

—Como decía, Rai se hizo marino por su padre. Él cree que yo lo hice imitándole, como siempre he hecho desde que era un zagal, pero en realidad lo hice por el uniforme, pues sé bien que vuelve locas a las damas.

De nuevo hubo murmullos que simularon abuchearlo, entre risas y bromas.

—Allí, en San Fernando, empezamos una nueva etapa juntos. Juntos siempre. Porque si algo tienes que valoro, Guitián, amigo mío, es tu lealtad, la lealtad a tu familia, a tus amigos, a tu novia, Alba. No he visto a nadie idolatrar tanto a una mujer como este pelmazo. Me alegra que al final lo hayas conseguido y espero de corazón que ese gran amor os dure toda la vida. ¡Vivan los novios!

Los asistentes corearon el viva y Mota pidió que todos alzaran las copas y brindaran por nuestra felicidad. La gente brindó y durante un buen rato hubo mucho jaleo. Los invitados se dejaban contagiar y muchos levantaban la voz más de lo que aconsejaba el decoro, estimulados por la efusividad del momento y por la bebida.

Un rato después quiso también Adela Mota decir unas palabras. Al igual que minutos antes había hecho su hermano, dio con delicadeza unos toquecitos a su copa, tratando de que todos los presentes se fijaran en ella. Se puso en pie y, poco a poco, el jaleo cesó y la atención se centró en ella por fin.

—Bien dicho, hermanito. Yo también conozco a Rai desde que éramos críos. Una vez, cuando tenía ocho años o así, me propuso ser su novia y, cuando le pregunté por qué, me contestó que era la forma más lógica de emparentar con su amigo Juanito. Le mandé a paseo, claro.

Hubo risas por todo el salón. Adela estaba radiante con un vestido de color esmeralda que resaltaba el verde de sus ojos y las vetas caoba de su pelo.

—Pero como de Guitián se ha hablado mucho y muy bien, yo quisiera dedicar unas palabras a la novia, que es como una hermana para mí. Juan, querido, has visto que yo no necesito papel.

Mota rio y levantó su copa en señal de aprobación. Adela me miró y por un momento se dirigió a mí como si no hubiera nadie más en la sala.

—Alba Aldave, ¿qué puedo decir? No hay nadie como tú. Eres divertida, imaginativa, intrépida y nunca tienes miedo a nada —dijo. Luego se dirigió por fin a los invitados y continuó hablando—. ¿Saben? Cuando en la academia doña Elisa nos enseñaba algo nuevo, la primera voluntaria para hacerlo era ella. Es esa clase de mujer, de las que no se arredran con las cosas difíciles.

Hizo una pausa, porque como más tarde me confesó, se le había puesto un nudo en la garganta y le costaba seguir hablando. Luisita, para ese momento, lloraba sin contención ninguna.

—Así que, como si me extiendo sé que ella me matará, solo quiero decir que Alba se merece lo mejor porque en ella todo es bueno. Pero, como también conozco bien a Rai, sé que ha escogido muy bien y solo puedo desearles a ambos que sean felices y que coman perdices.

De nuevo hubo aplausos y brindis por nosotros. Luego Adela concluyó su discurso y mi padre anunció que iría repartiendo cigarros por las mesas mientras nosotros saludábamos a los invitados que faltaban.

* * *

Algo achispado, Rai fue abrazando a muchos de sus amigos y compañeros, pero me atrevo a decir que se detuvo un poco más de tiempo cuando llegó el momento de saludar a don Mateo, quien próximamente se iba a convertir en su superior directo.

Se trataba nada más y nada menos que del comandante don Mateo García de los Reyes, nombrado en 1918 jefe de la Flotilla de Submarinos y de la Escuela de Adiestramiento. Era un tipo enjuto, afable y educado, que gozaba del respeto de todo el mundo y que llegó a ser ministro de Marina con el tiempo. A pesar de lo alto de su rango, desde el principio tuvo una relación especial con Rai y fue él quien le animó a apuntarse al Arma de Submarinos, diciéndole que en ella le esperaba una carrera mucho más prometedora.

Ese cariño que siempre mostró por Rai venía de que, nada más conocerle, supo que era sobrino de Álvaro Guitián, con quien había hecho las prácticas en el buque escuela Nautilus, en el verano de 1892, al mando del capitán Villaamil y siendo ambos unos chiquillos. En un viaje que duró más de veinte meses, dieron la vuelta al mundo y cruzaron cuatro veces el ecuador. Se habló mucho de aquella gesta en los círculos de la Armada.

«Un viaje así, una empresa como aquella, tan arriesgada y emocionante, o te enemista de por vida, o te une para siempre», le dijo García de los Reyes a Rai riendo. «Tu tío Álvaro y yo nos convertimos en algo parecido a dos hermanos. Por él haría lo que fuese».

Ahora, como invitado en nuestra boda y acompañado del tío Álvaro, le expresó con afecto la enhorabuena con un sentido abrazo.

—Me alegro de verdad, hijo. Te deseo lo mejor.

—Muchas gracias, señor —respondió Rai.

No podíamos quedarnos demasiado tiempo con nadie para no alargarnos, de modo que después de despedirnos de don Mateo, fuimos pasando un poco más rápido por la mesa de los Fuentelaguna, a los que prometimos ir a visitar cuando estuviésemos en los Gabatos, por la de los compañeros de promoción de Rai, por la de mis amigas de la academia y por la de todos nuestros parientes, amigos y familiares.

Casi al final, llegamos a la mesa de Gregorio Sousa. Junto a él, sentado también, estaba un tipo que yo no conocía personalmente, pero del que todos habíamos oído hablar de una forma u otra. Se trataba de don Arturo Barbosa. Poco podía yo imaginar en ese momento la trascendencia que tendría aquel personaje en nuestras vidas.

Greg nos abrazó y repitió que se sentía muy feliz por nosotros.

—Gracias, amigo mío —respondió Rai—. Quién nos iba a decir cuando estábamos prisioneros de los rifeños en Axdir que estaríamos aquí hoy. ¡Con lo cerca que vimos la muerte esos días!

Mientras ellos hablaban, yo casi no podía prestarles atención porque notaba la mirada de aquel tipo, de don Arturo, clavada en mí de un modo inapropiado y perturbador. Porque, ¿quién era ese extraño sujeto con el que ni Rai ni yo teníamos demasiada confianza y que, sin embargo, estaba allí, como un invitado más de nuestra boda?

Pues bien, don Arturo era un capitán de corbeta que estaba destinado en la Comandancia militar y que tenía fama de pendenciero, de vividor y de amante del juego, las mujeres y la bebida. La gente murmuraba que abrazaba ideas revolucionarias que compartía con otros camaradas prosoviéticos, tipos generalmente del Cuerpo de Auxiliares con los que pasaba las noches en el Molinete. Su actitud laxa con las jerarquías generaba problemas con las dotaciones, pues de algún modo se decía que él los alentaba a la insubordinación con los mandos. Al parecer, tenía buenos contactos en Madrid y se jactaba de que algún día colgaría el uniforme para dedicarse de lleno a la política, su verdadera aspiración.

Lo más curioso y controvertido era que don Arturo procedía de una familia burguesa acaudalada que tenía varias farmacias por toda la provincia. Quiero decir que pertenecía a esa misma clase privilegiada de la que tanto renegaba en sus discursos acerca de la lucha de clases. Incluso su mujer, Aurora, que ahora permanecía sentada en la mesa sin decir nada, era una mujer puritana y conservadora, bien educada y de las que solía dejarse ver en misa los domingos. Ella, al igual que parecía no compartir sus modernas ideas, parecía ignorar también las cosas que se decían sobre la reputación de su esposo.

En todo caso, para Rai y para mí fue un problema desde el principio decidir si debíamos invitar o no a los Barbosa a nuestro enlace. Yo me negaba a incluirlos en la lista. Arturo era un tipo que no caía bien en nuestro círculo cercano de oficiales, por aquello de que fomentaba la indisciplina y el desorden. Pero Rai insistió, porque el tipo había trabajado con su padre en Comandancia poco antes de su muerte y porque el propio Greg se lo había pedido. Al parecer, ambos, Greg y Arturo, se conocían de cuando Barbosa vivió en el Ferrol y de algún modo, este había sido como un padrino para él y se había ocupado personalmente de su ingreso en la Armada. Arturo era como el padre que le había faltado a Sousa y este se sentía en deuda.

De modo que fue por Sousa por quien yo di mi brazo a torcer y, al final, los invitamos. Pero lo cierto es que, aquella noche, una extraña intuición me previno contra él.

—Capitán, muchas gracias por venir —le dijo mi esposo.

Él sonrió y estrechó su mano.

—Un placer, teniente. He oído hablar mucho de usted. Su padre estaba realmente orgulloso de sus dos hijos varones, así me lo transmitió muchas veces —dijo—. Gracias por invitarnos a mi esposa y a mí a compartir su dicha hoy. Es usted un ángel, doña Alba. Su belleza no puede discutirse, pero, además, sé por el señor Escarabajal que tiene pasión por lo literario, lo que acrecienta, no sabe cuánto, mi admiración hacia su persona.

Enrojecí. Me pregunté en ese momento por qué habría hablado aquel tipo con Horacio sobre mí. Ahora sé que Barbosa controlaba casi todo de casi todo el mundo, especialmente aquellas cosas que uno procuraba que no trascendieran. Los secretos eran su especialidad.

—No se avergüence, señora —dijo al ver mi turbación—. Compartimos librero. Y don Horacio a menudo agradece una buena conversación. Supongo que en alguna de nuestras charlas me habló de usted.

Su esposa, que hasta el momento había permanecido al margen, intervino incómoda.

—No acapares a la pareja, Arturo —exclamó.

Y él, para mi sorpresa, asintió y se disculpó por entretenernos.

—Disculpen que les haya robado un tiempo precioso que corresponde a los demás invitados.

—Ha sido un placer —respondió Rai con educación.

Seguimos nuestro recorrido por las mesas y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, estábamos bailando el vals, rodeados por un corrillo de gente que tenía su mirada clavada en nosotros. Resultaba bastante abrumador.

—Rai, soy la más feliz de todas las personas que están aquí. ¿Sabes lo que es eso?

Él tuvo fácil la respuesta:

—Te equivocas, cariño, el más feliz soy yo.

Me besó y, al separarse, le dije provocándole:

—Cuando sea una viejecita gruñona y estropeada, ¿me besarás igual?

—Te besaré más todavía.

Rai jamás pudo imaginar que su promesa nunca se cumpliría.

Ni yo tampoco.

15

«El celoso ama más, pero el que no lo es ama mejor».

Molière

A la mañana siguiente, después de pasar la noche de bodas en la *suite* del Gran Hotel, nos subimos al viejo auto descapotable de Rai y nos marchamos a los Gabatos, una finca que pertenecía a mi familia y en la que estaba previsto que pasáramos la luna de miel y buena parte de los tres meses de permiso que Rai tenía por casamiento.

Yo llevaba un pañuelo en la cabeza, como las actrices de Hollywood que salían en las películas de Alfred Hitchcock en los años sesenta. Tenía los ojos cerrados y dejaba que la brisa me acariciara la cara y que el sol de invierno besara mi rostro. Trataba de robar algo de descanso a un día que no era sino la prolongación de la noche más mágica de mi vida. La celebración de nuestra boda duró hasta bien entrada la madrugada y, después, ya solos, en la intimidad de la preciosa habitación del hotel, llena de pequeños lujos y detalles, Rai y yo dimos rienda suelta a la pasión contenida tras cinco años de idas y venidas, de extenuante separación, de guerra y de miedo, de deseo reprimido y de un amor puesto a prueba de continuo. Recuerdo nuestras manos inexpertas, nuestras bocas buscándose, el sudor y el olor de nuestros cuerpos, las caricias, los mordiscos, las promesas y confidencias, los jadeos. Recuerdo cuando el sol empezó a colarse por la ventana y yo me quedé mirando a Rai que acababa de dormirse a mi lado, desnudo.

Ahora, a pesar de las horas transcurridas, revivía todo aquello y me seguía sintiendo como una niña a la que el mundo se le ofrecía como una fruta madura. Sentía nervios, alegría y ganas de llorar al mismo tiempo.

Cuando abrí los ojos, Rai me miraba sonriendo. El viejo portón de la finca ya se atisbaba de lejos, y, más lejos aún, se veía la casona de piedra, robusta y sencilla, con sus muros gruesos y sus techos altos, que en verano conservaban el fresco y en invierno se calentaban con la lumbre que dejaba ese olor de la leña que se quema y que es el olor del hogar.

Llegamos y me quedé mirando el jardín. Estaba lleno de flores, aunque aún no había comenzado la primavera. Las palmeras y los frutales también parecían alegrarse con nuestra visita. El personal de servicio salió de la casa para recibirnos.

—¿Qué tal el viaje, señora? —me preguntó Candela, una jovencísima muchacha que acababa de empezar a trabajar para nosotros con la idea de venir luego como empleada doméstica a nuestro nuevo piso en la plaza del Rey, donde iniciaríamos nuestra convivencia al término de la luna de miel. Venía recomendada por la Quica, pues era sobrina de una muy buena amiga de ella. Cuando la entrevisté con mi madre, supe, al ver su carita pecosa, sus ojos almendrados y su sonrisa dócil, que nos entenderíamos de maravilla y enseguida le ofrecí el trabajo.

—De maravilla, Candela. Veo que por aquí todo en orden —respondí yo mientras me quitaba el pañuelo del pelo.

—Así es, señora. Voy a deshacer las maletas. Si quieren tomar algo, he preparado un poco de fruta, hay pan con mantequilla y café recién hecho.

—No, gracias. Igual más tarde. Ahora no tenemos hambre, hemos desayunado en el hotel. Voy a ver a los animales y a pasear un poco por el campo. Luego me echaré a descansar.

Rai, sin que yo me diera cuenta, se acercó hasta mí, me agarró por detrás y me empezó a besar, mientras yo protestaba porque el servicio estaba delante y me daba vergüenza, pero todos parecían divertirse con las travesuras de mi señor esposo, que parecía un crío feliz y despreocupado.

Entonces, tiró de mí y fuimos pasando por donde las gallinas y los conejos; luego, caminamos hasta el estanque que había en la parte de atrás de la casa. También teníamos una pareja de periquitos en una jaula blanca y un perro labrador amable y juguetón que nos recibió moviendo la cola y al que yo llamaba Darcy por la novela de *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen que tanto me había gustado.

—Hola, viejo amigo —dijo Rai acariciándolo con alegría—. ¿Crees que debemos darle a Alba su primer regalo como señora de Guitián?

Darcy ladró y Rai entonces me llevó hasta la caseta del perro y me mostró un pequeño cachorrito que dormía. Era un precioso *retriever* de color café con leche, como Darcy, pero tan pequeñín que parecía de juguete.

—Se llama Simbad —me explicó Rai—, y es hijito de Darcy. Lo hemos cruzado con Queen, la perra del Lazaga. ¿Te gusta? En cuanto Bruquetas me mostró la camada, este sinvergüenza me miró, y supe

que tenía que ser tuyo.

—Simbad, el marino —dije yo, acariciando al perrillo que se despertó y se puso como loco a mover la cola y a darme lametones. Cuando lo dejé en el suelo, empezó a corretear alrededor de nosotros con Darcy, los dos jugando y ladrando.

Aquel perrito alegre y simpático nos conquistó a todos. Mi padre lo adoraba, y mi madre, que nunca había dejado que Darcy entrara en la casa, se saltó todas sus normas y lo malcrió como malcriaría luego a mis hijos, sus nietos.

Simbad llegó a nuestras vidas el día después de nuestra boda como un símbolo que debía recordarnos todas las bendiciones recibidas.

* * *

Allí, en los Gabatos, los días se sucedieron tranquilos y apacibles. En el campo, el reloj no parecía tener prisa y nosotros nos dejábamos llevar, sin horarios ni compromisos.

Por el día, mientras Rai desayunaba en el porche y leía el periódico, vestido con aquellos trajes de lino tan diferentes al rígido uniforme militar, yo me ponía un viejo mono de trabajo, unas botas de agua y un sombrero, y me dedicaba a trasplantar esquejes y brotes en los arriates de los alrededores de la casa. Tenía esa afición por mi madre, a la que le encantaba también cuidar del jardín, y recuerdo ayudarla de pequeña mientras Anselmo, el viejo jardinero de la finca, bromeaba con ella diciendo que lo queríamos dejar sin trabajo.

Otras veces, Rai sacaba sus acuarelas y yo mi pluma, y pasábamos un rato la mar de agradable en el jardín pintando y escribiendo. De tanto en tanto, charlábamos sobre algo y luego volvíamos a la faena, mientras el sol parecía cada vez más bajo y, al cabo de un tiempo, nos daba frío y teníamos que entrar en la casa, donde Candela nos preparaba un chocolate caliente o una infusión para entrar en calor.

En algunas ocasiones, nos íbamos de paseo en bicicleta. Era algo que nos divertía mucho. En una cesta metíamos un poco de vino y queso y, cuando habíamos pedaleado un buen rato, nos echábamos a descansar debajo de un árbol y dábamos buena cuenta de todo aquello. En aquellas excursiones, recuerdo a Rai emocionado tejiendo planes de futuro, hablando de lo que haríamos cuando ahorráramos algo de dinero, que entonces los oficiales no ganaban gran cosa, o urdiendo también estratagemas para lograr destinos que lo

mantuvieran cerca de mí, en Cartagena.

—Bueno, ahora estaremos juntos mientras hago los cursos para el Arma Submarina, y luego puedo hablar con don Mateo, a ver qué se le ocurre a él para que pueda quedarme cerca de casa.

—¿Crees que es buena idea lo de los submarinos? —le preguntaba yo, insegura. La División de Submarinos, a la que luego llamarían la Escuadra, era algo tan novedoso que daba un poco de vértigo.

—Pues claro, tonta —decía él despreocupado y a mí no me quedaba otra que confiar.

Al poco de aquello, mis padres vinieron de visita y me di cuenta de que nuestro tiempo de sosiego y aislamiento había llegado a su fin, porque mi madre insistió no una, sino muchas veces, en que eran muchos los amigos y conocidos que estaban por las fincas de los alrededores que esperaban nuestra visita, entre ellos los Fuentelaguna.

—¿Los Fuentelaguna? —dije yo un poco agobiada con la idea.

—Claro, Alba —contestó mi madre muy segura.

—Pero no sé si Rai querrá. Después de lo de aquella Nochevieja… —repliqué.

—Precisamente por eso, cariño. No podemos dejar que aquello termine con la amistad que nos ha unido desde siempre con los marqueses. Es nuestra obligación tener un gesto de acercamiento.

Y yo no estaba tan segura de que fuera buena idea, pero lo hice por ella. Por mi madre. Por complacerla, como siempre. Craso error.

* * *

A Rai tampoco le hizo ninguna gracia visitar a los marqueses, pero fuimos porque yo se lo pedí. Toda la vida me importó cumplir con mi deber, especialmente en lo que se refería a obedecer a mis padres. De modo que nos desplazamos hasta el precioso castillito modernista en el que yo había pasado muchas tardes durante mi infancia, y allí nos recibió doña Marga.

La construcción me pareció incluso más espectacular aquel día: todo el revestimiento era de un llamativo ladrillo rojo; los torreones, parecían salidos de un cuento de hadas y las ventanas, con sus arcos de medio punto al más puro estilo arabesco, o el propio diseño del jardín completaban todo aquel conjunto que estaba rodeado de un halo de fantasía incomparable. Pero por dentro era, si cabe, más especial. Lleno de costosos muebles y piezas de arte, los salones interiores destacaban por su suntuosidad, pero a mí lo que me fascinaba era la impactante escalera de caracol a modo de columna vertebral que lo recorría y, por supuesto, el subsuelo lleno de pasadizos secretos que yo había tenido ocasión de recorrer de chiquilla con Nando mientras ideábamos nuestras alocadas travesuras que traían al servicio de cabeza.

—Me ha pedido mi esposo que le disculpéis porque tenía un par de asuntos que resolver en la ciudad. Pero Nando vendrá ahora, que tiene muchas ganas de veros —dijo doña Marga cuando nos ofreció asiento en uno de los salones, uno que tenía una enorme alfombra persa que cubría casi todo el suelo y que estaba lleno de muebles oscuros y de retratos de antepasados.

—No se preocupe. Han sido ustedes muy amables por invitarnos, con lo ocupados que están siempre —respondí yo tratando de ser educada.

Por el rabillo del ojo miraba a Rai, que permanecía muy serio a mi lado. Estaba incómodo y yo lo notaba, aunque se esmerase en disimularlo. Posiblemente, la parquedad en palabras era lo que más le delataba cuando no estaba a gusto. La marquesa, sin embargo, no

parecía darse cuenta.

—Me ha dicho tu madre que, cuando volváis a Cartagena tras la luna de miel, Rai hará los cursos de la Escuela de Submarinos, ¿no? —dijo ella rompiendo el hielo.

Le di un sorbito al té con leche que nos acababan de servir y sonreí, asintiendo.

—Así es, doña Marga —respondí.

Rai, algo más animado al escuchar cosas de su trabajo, se explayó con las explicaciones.

—Verá, la ley Miranda ha sentado las bases de la nueva División, y en ella se habla de que España ha de contar con su propia flota de sumergibles. En la Gran Guerra se constató la eficacia de los submarinos así que, con el nombramiento de don Mateo García de los Reyes como jefe de la Estación y de la Escuela, la idea es dar impulso a ese proyecto. Él ya ha encargado algunos de los nuevos submarinos, por lo que, con toda seguridad, se van a necesitar oficiales instruidos y formados al mando...

—Vaya, qué interesante —dijo Nando entrando repentinamente en el salón. Repeinado y vestido con un traje caro, con su porte elegante, se acercó hasta nosotros, tendiendo su mano con firmeza para saludar a Rai.

Todos, incluso doña Marga, nos levantamos al verlo entrar y Rai le devolvió el saludo.

—Nando, qué bien que hayas venido —exclamé yo con espontaneidad.

—Pues claro, Alba, no podía dejar pasar la ocasión de verte —dijo mirándome fijamente como si mi marido no estuviera presente. Me tomó de ambas manos y me observó despacio—. Estás preciosa, como siempre.

Naturalmente, el comentario debió ofender a Rai. Nando se comportaba como un adulador pretencioso y yo era una mujer casada, lo que hacía que la situación resultara del todo inapropiada. Gracias a Dios, doña Marga trató de reconducir el asunto.

—¿Qué tal tus padres, Alba? ¿Por dónde andan, de viaje en Madrid? —dijo.

—Están muy bien, doña Marga, muchas gracias por preguntar —respondí, aclarándome la garganta antes de continuar—. Así es, han estado en Madrid hace unas semanas, visitando a unos amigos. De la época en que papá ocupó el puesto de subsecretario del Ministerio de la Guerra aún conocen a mucha gente en la capital, pero ya están en Cartagena de nuevo. Han tenido tiempo incluso de venir a vernos hace unos días a la finca y de comer con nosotros. Al parecer, mamá tiene otra vez esos dolores de espalda que le dan de vez en cuando, así que supongo que pronto se irán a tomar las aguas a Archena.

—Dile a tu madre que se cuide, que ya no somos niños —dijo doña Marga con condescendencia.

Yo asentí con docilidad. No podía ni imaginarme la salida de tono con la que, en ese preciso instante, Nando nos iba a dejar a todos por completo desconcertados.

—¿Por qué él y no yo, Alba? Necesito saber por qué lo elegiste.

Los ojos de Nando me interrogaban suplicantes. Su mirada destilaba, a partes iguales, rabia y frustración.

Se hizo un silencio plomizo e insoportable.

Yo, ¿qué podía decir? Me sentí consternada por Rai, que permanecía a mi lado con la cara desencajada y los puños apretados.

* * *

Cuando salimos de casa de los Fuentelaguna, Rai estaba tan callado que parecía mudo, y eso solo podía significar que tarde o temprano explotaría. Yo ya le conocía lo suficiente como para saber que su carácter era como el de la mar, maravilloso en calma, insoportable en la tempestad.

Cuando Nando tuvo aquella salida de chiquillo infantil y caprichoso, Rai se levantó indignado y dijo que nos marchábamos de allí inmediatamente. Ni doña Marga ni yo pudimos decir nada para devolver las aguas a su cauce y nosotros abandonamos la finca como si fuéramos ladrones huyendo con la vajilla de plata.

Una vez en el coche, Rai arrancó y condujo un rato en un tenso y agónico silencio, hasta que, por fin, en algún momento, exclamó furioso:

—Alba Aldave, no vuelvas a hacerme esto nunca más.

—¿Hacerte qué? Yo no he hecho nada —respondí, intentando no llorar. Entre la tensión que había pasado con los marqueses y ahora las formas de Rai, sentía que iba a explotar de un momento a otro.

—Yo no tengo por qué aguantar los desplantes del señorito ese. Que sea rico no le da derecho a ningunearme.

—Rai, eres un idiota.

—No, la idiota eres tú —me respondió malhumorado sin dejar de mirar a la carretera.

Nunca habíamos estado así de enfadados y me asusté, pero al mismo tiempo, la indignación subía por mi cuerpo hasta mi cara en forma de un calor que me quemaba por dentro.

—¿Idiota yo? No soy yo la que tiene celos de un tipo que, en todo esto, es el que ha salido perdiendo. Y con sinceridad te digo que deberías sentirte afortunado. Te elegí a ti. No elegí ni castillitos ni marquesados, ni a Fernando de Fuentelaguna. Elegí a un oficial de la Marina que casi se me muere en la guerra de Marruecos, que desde que le conozco no ha parado dos meses seguidos en Cartagena y que tiene un genio que no hay quien lo soporte.

Rai se quedó callado y estuvimos así, sin decir nada, un buen rato.

Ya se había hecho de noche y el camino estaba oscuro, iluminado escasamente por los faros del Mors. Por un momento no había luces de casas, ni ruido, ni se veían otros coches, ni tampoco lugareños o campesinos. Estábamos solos y aquello parecía el fin del mundo.

Pero entonces un conejo cruzó la carretera y quedó deslumbrado con las luces del coche y permaneció ahí parado, en medio de la vereda. Rai dio un volantazo y luego frenó con brusquedad. La maniobra nos pegó una buena sacudida y yo me golpeé la frente con el cristal de adelante o tal vez fue con el salpicadero, pero en todo caso no sentí dolor, tal era el disgusto que llevaba por el otro asunto.

Aun así, Rai bajó del coche con precipitación y, muy angustiado, me ayudó a bajar y me preguntó con urgencia mal disimulada.

—¿Estás bien? Alba, dime, ¿te duele?, ¿quieres que te lleve al médico?

—Estoy bien, Rai, no ha sido nada. Solo quiero que me lleves a

casa.

Rai intentó abrazarme y yo me zafé, enfadada. Solo quería meterme en la cama y olvidarme de todo, pero sobre todo quería que Rai viese que aquello no era ninguna tontería.

—Pero Alba…

—Ni Alba ni gaitas. No hagas ahora como si no hubiera pasado nada.

—Lo siento —respondió sin levantar la cabeza del suelo, con un mechón de pelo cayendo sobre sus ojos y como si fuera un niño pequeño pillado en plena bribonada.

—No lo sientas, no quiero que lo sientas ni me sirve de nada que lo sientas. Quiero que no vuelvas a tener celos, ¿me oyes? Porque soy yo la que te esperará en casa cada noche mientras tú estarás lejos, vaya usted a saber dónde. Soy yo la que se preocupará cuando estés en galas y recepciones, y la que tendrá miedo cuando tengas fiebre y estés solo en tu camarote; la que rezará por ti si te mandan a luchar a alguna guerra infame como la del Rif y la que tendrá miedo de que en algún puerto encuentres a una muchacha más bonita e interesante.

Rai no me respondió. Creo que se dio cuenta, por fin, de quién tenía la parte más difícil en ese acuerdo nuestro de pasar la vida juntos.

16

«Mientras tratamos de enseñar a nuestros hijos todo acerca de la vida,

nuestros hijos nos enseñan de qué trata esta».

Angela Schwindt

Algunas veces sueño que me sumerjo en las profundidades del mar, en uno de esos enormes cacharros en los que Rai se pasaba la vida y que tanto le gustaban. Es como estar en el interior de la barriga de una ballena, como en el cuento de Pinocho. Poco a poco, me acostumbro a la estrechez que impera dentro, y, mientras recorremos veinte millas hacia el sur, a unas dos del cabo Tiñoso, voy poniéndome nerviosa. Espero. Aguardo con la impaciencia de saber que tarde o temprano él aparecerá nadando alrededor del sumergible, rodeado de pececillos y con el pelo moviéndose como las algas al son de la corriente. Su flamante uniforme aún luce la insignia del Arma de Submarinos en la pechera. Rai sonríe, ajeno a que el tiempo ha pasado y a mis arrugas y mi humillante vejez. Sonríe como sonreía cuando regresaba a casa tras una misión y los chiquillos lo rodeaban y él los jaleaba mientras me miraba con complicidad. Yo atendía a la escena esperando mi turno y de pronto él venía y me abrazaba, y me susurraba al oído cosas que, de tan íntimas, no podría yo repetirlas ahora. Sonríe como aquel lejano día en que dijimos aquello de «juntos, hasta que la muerte nos separe».

En ese momento, trato de abrir la escotilla del submarino con urgencia, para salir a encontrarme con él y fundirnos en un abrazo que lleva décadas esperando a ser dado. Pero, por más fuerza que hago, resulta imposible. Él lo intenta desde el otro lado y los dos luchamos hasta la extenuación por eliminar los obstáculos que nos separan. Al final, la corriente lo arrastra y veo cómo se va alejando en las profundidades de las aguas abisales mientras el líquido empieza a filtrarse por la escotilla y el espacio que ocupo queda por completo anegado en segundos.

Con la idea de que me voy a asfixiar, me despierto nerviosa y llorando, en ese silencio brutal que solo existe en la madrugada. A medida que me voy serenando y que el ritmo del corazón recupera su normal cadencia, vuelve a mí la triste idea de que tengo ochenta años y de que, lamentablemente, solo hay un camino por el cual volveré a

reunirme con Rai dondequiera que esté. Y para ese viaje aún no tengo billete, aunque las moscas, muy pesadas, repitan que ese tren no ha de tardar. De momento, solo hay una cosa cierta: veinte millas nos separan.

Sin embargo, cuando esta historia continúa en el punto en que la dejamos, la muerte era algo lejano y nosotros, Rai y yo éramos dos jóvenes recién casados que se sentían invencibles e inmortales. Así, con la ilusión de cualquier pareja que estrena una vida juntos, nos instalamos en un moderno y luminoso piso de cuatro dormitorios situado en la plaza del Rey. Vivíamos en el número 2 y desde los balcones podíamos ver el Arsenal con su torre y su reloj, con sus guardias apostados en la puerta y sus murallas encaladas y ribeteadas de color terroso. Aquella casa tenía un salón muy bonito, amplio y alargado, con una estantería de madera maciza para mis libros que ocupaba toda una pared, un escritorio del mismo material que compartían democráticamente sin demasiado problema Rai y Rocinante, mi máquina, y un reloj de péndulo que nos habían regalado al casarnos. También tenía las cortinas a juego con los sofás, que eran de un precioso color verde lima. Las habitaciones, grandes y espaciosas, no tenían, en general, más muebles que las camas y los armarios, de madera oscura. La cocina y el excusado eran de un tamaño más justo, pero para nosotros resultaban más que perfectos.

Muy pronto, logramos que aquel piso se convirtiese en un verdadero hogar. Nos instalamos en una dulce rutina, donde la ubicación de nuestra nueva casa nos hacía la vida muy cómoda: Rai iba y venía en cuestión de minutos al trabajo y yo, por mi parte, estaba al lado de dónde vivían mis padres para cualquier eventualidad que surgiera. Además, como habíamos planeado antes de la boda, yo volví enseguida a mi trabajo con doña Elisa en la academia, y Rai se apuntó sin demora a los cursos para el adiestramiento en la Escuela de Submarinos con don Mateo García de los Reyes.

Fue una época maravillosa en la que él pudo pasar mucho tiempo en casa porque la Escuela de la Flotilla estaba en el mismo Arsenal, de modo que, aunque salía bien temprano por las mañanas para hacer prácticas en los alrededores, siempre volvía al atardecer y cenábamos los dos juntos, cuestión que cuando se es esposa de un marino una no puede dar por hecho y que yo agradecí mucho, especialmente en aquellos primeros años. Era un regalo compartir todo ese tiempo y darnos cuenta cada noche de todas las cosas que teníamos que contarnos. Yo le hablaba de nuevas marcas de pulsaciones con Rocinante o del progreso de las alumnas en alguna prueba de música o francés, materias que doña Elisa me dejaba impartir a menudo. Él me

contaba las anécdotas más curiosas de sus ejercicios de entrenamiento. «Hoy nos han hecho alinear los submarinos en fila y navegar un rato sincronizados como gráciles gimnastas», decía riendo. Buena parte de las prácticas consistían en ensayar coreografías con los sumergibles, con la idea de que eso sirviera, llegado el momento, para impresionar en algún futuro desfile a Su Majestad, don Alfonso XIII. Otras veces, sin embargo, Rai se ponía muy serio y muy técnico, y comenzaba a detallarme cómo elaboraban cálculos matemáticos infinitos y harto complejos para determinar con precisión las trayectorias de los torpedos. Yo no entendía nada y al escucharle me iba entrando una modorra insoportable que hacía que al segundo logaritmo roncara como una cafetera y que, a mi pobre maridito, no le quedara otra que mandarme para la cama, resignado ante mi indiferencia con aquellos temas que tanto le apasionaban.

Cuando tras unos meses, Rai terminó los ejercicios de adiestramiento, lo asignaron al submarino *Isaac Peral* como segundo comandante, ya como instructor de otros alumnos que querían entrar en el Arma Submarina. El día en que eso ocurrió, llegó a casa fascinado, diciendo que había tenido una suerte bárbara, porque, de todos los posibles destinos, el *Peral* era uno de los submarinos más especiales. Su nombre homenajeaba al teniente de navío cartagenero al que debíamos el invento de los sumergibles junto a su predecesor, Narciso Monturiol, que también dio nombre a otra de aquellas embarcaciones.

Sin escatimar en absoluto en detalles, el pobre se atropellaba para ir contándomelo todo sobre aquella fabulosa nave: «Ay, Alba, si es que, desde su misma botadura en junio de 1916 en los Estados Unidos, el *Peral* parece predestinado a vivir grandes aventuras. Mira, sin ir más lejos, su primer viaje, que fue cuando lo trajeron a España, fue célebre por sus temporales y las averías que tuvieron que afrontar los responsables de la desventurada empresa. Recuerdo que aquello salió en todos los medios de la época, junto con el sonado homenaje que le hicieron al entrar al Arsenal, porque nadie quiso perderse la llegada del primer submarino de la Armada. Se le recibió entre vítores y aplausos, como si fuera un pariente lejano que regresara de un largo exilio». Luego siguió enumerando gestas de aquel sumergible, sus hazañas en la guerra de Marruecos bajo el mando de don Mateo y otras muchas batallitas, como si fuera un papá orgulloso hablando de su criatura.

En el *Peral*, Rai pasó unos años como profesor. De todas las cosas que tuvo que hacer durante su carrera, yo creo que la de enseñar fue la que más disfrutó, seguro. Fueron buenos tiempos, sin duda. A veces

creo que cuánta mayor es la nostalgia que una siente al narrar algo, más profunda es la huella que esos recuerdos le han dejado impresa en la memoria y en el alma.

* * *

Con semejante panorama, no tardé demasiado en quedarme encinta. Rai y yo dormíamos juntos casi siempre, porque no era habitual que las prácticas implicaran hacer noche fuera. Sabíamos que cualquier día yo tendría una falta e incluso hacíamos planes de cómo sería la vida cuando la familia aumentara. «Tendrás solo ojos para el bebé, seguro», me decía Rai y yo le chinchaba y le decía que así sería y que se fuera preparando para ser destronado. Sin embargo, a pesar de lo deseado que fue aquel bebé y de que fue mi primer embarazo, no conservo demasiados recuerdos de aquellos meses, más allá de las náuseas típicas, de que tenía hambre a todas horas y de que, sobre todo en la recta final, me sentía muy pesada.

Lo que sí recuerdo es que el bebé me daba unas patadas terribles y que llegue a decirle a Rai que parecía que su hijo iba a ser futbolista del «Efesé». Este se reía orgulloso. A decir verdad, creo que se pasó todas las semanas de la gestación como flotando y en una nube. Se le veía feliz y pletórico, orgulloso de poder formar, por fin, la familia que siempre había deseado. En cuanto a los demás, la noticia fue recibida con mucha alegría por todo el mundo. Mi madre se puso a tejer emocionada patucos para el bebé como si tuviera más extremidades que un ciempiés, y la de Rai encargó misas a granel para rogar a todos los santos porque el embarazo no comportara contratiempos. Mientras, la rutina siguió como siempre, imponiendo sus horarios y obligaciones: yo, en la academia y Rai, en la Escuadra. Solo hubo una excepción: las tardes. Dado que por prescripción médica debía guardar cierto reposo por el bien de la criatura, decidí algo que nunca pensé que retomaría y me puse a escribir de nuevo.

En realidad, justo es decir que fue don Horacio quien tuvo la idea. En una de mis incursiones a la librería, en la que solamente pretendía aprovisionarme de nuevas lecturas con las que pasar de forma más amena aquellas tardes de tedio y descanso, el librero me preguntó por el manuscrito del *Sirio*, el cual por supuesto tenía yo más que olvidado en alguna caja en lo alto de algún ropero. En todo caso, de esa forma y con aquella inocente pregunta, Escarabajal abrió de nuevo en mí inquietudes que, con mi nuevo estado de mujer casada y madre en ciernes, yo daba por superadas.

—Creo que el tema de la escritura es agua pasada, don Horacio —

confesé.

—Es una decisión muy personal, doña Alba —contestó él y meditó unos instantes antes de proseguir—. Verá, tal vez me meta donde no me llaman y, si lo hago, le ruego que no me lo tome en cuenta. Tan solo me guían la amistad y el afecto para con su abuelo, que en paz descanse. Lo que quería decirle es que sopese bien la decisión, para que no se dé cuenta con el paso de los años de que dejó este asunto pendiente e inacabado. Algunas veces, las cosas que hoy no nos parecen renuncias, con el tiempo, pesan como losas. La cuestión es no arrepentirse cuando sea demasiado tarde. Créame que yo ya soy viejo y sé bien de lo que hablo.

—Eh, gracias, don Horacio —dije un poco cortada—. Pensaré sobre lo que me acaba de decir. Necesito meditarlo.

Me fui un poco triste y taciturna a casa aquella tarde. Me sentía presa de la melancolía y el desasosiego porque, de algún modo era como si las palabras de don Horacio en realidad no vinieran de él, sino de mi propio abuelo, como si casi hubiera podido escucharlo a él hablando de rendición y de ser fiel a uno mismo.

Así que, tras marear el asunto algunos días, sopesando si debía volver a aquello o dejarlo correr, tomé la decisión de ponerme de nuevo manos a la obra con la historia inacabada. Esa misma noche saqué de una vieja caja mis notas y el manuscrito sobre el barco hundido y escribí y escribí durante semanas hasta que tuve algo digno que enseñarle al librero.

Cuando llegó el temido momento de entregarle el fruto de todo aquel trabajo, este se mostró visiblemente emocionado al ver que le había hecho caso y que sus palabras no habían caído en saco roto y, tras hacerme unas cuantas correcciones, me informó de que la historia estaba lista para ser publicada y me pidió que lo dejara todo en sus manos.

No puedo describir la emoción que sentí cuando vi impreso mi manuscrito en la revista semanal *Cartagena Literaria*. Era un sueño hecho realidad. Mi relato del *Sirio* tuvo una gran acogida y sirvió, además, para que los editores me ofrecieran seguir publicando cosas con cierta frecuencia. Por supuesto, acepté. Solo puse una condición: que todo lo que se publicara de mi pluma fuera siempre firmado con un seudónimo: Ellis Gala.

En aquellos días era normal que las mujeres firmaran con

seudónimos sus obras para que la gente pensara que los autores eran hombres. Lo hizo, por ejemplo, Emily Brönte con su obra *Cumbres borrascosas.* De hecho, elegí Ellis porque era el nombre que ella usó en su día para firmar su novela. Y Gala estaba compuesto por las letras iniciales del nombre Gabriel de Los Arcos, que a su vez fue el antropónimo con el que Teresa Arróniz y Bosch, una escritora maravillosa cartagenera del siglo anterior, ocultó a sus lectores su verdadera identidad. Quise rendirles homenaje de esta manera a aquellas mujeres porque, como ellas, yo tampoco quería dar pie a los chismosos de la ciudad con eso de que una señora casada y futura madre que, para más inri ya trabajaba fuera del hogar, se dedicara, además, a escribir y publicar relatos.

En aquellos primeros instantes como escritora, no le confesé a nadie que detrás de Ellis Gala estaba yo, ni siquiera a Rai porque, como estaba encinta, temía que todos intentaran convencerme de que no era el momento adecuado.

Decidí guardarme aquel secreto. Aunque, como todo el mundo sabe, ningún secreto dura eternamente. Este tampoco.

* * *

El día de la llegada de Raimundito, no estábamos preparados para que naciera. El parto se adelantó unos quince días, o tal vez los cálculos no eran correctos y las cuarenta semanas se cumplían antes, quién sabe. En todo caso, estaba tan segura de que todavía no era la fecha que el día en que comenzaron los dolores Rai estaba de viaje, fuera de casa, y yo andaba tan tranquila con esa circunstancia, sin plantearme ni remotamente que todo pudiera precipitarse en unas pocas horas.

A veces las cosas vienen así. Rai llevaba no sé cuánto tiempo en el dique seco y, de pronto, decidieron organizar unas prácticas de lanzamiento de torpedos en la Isla Grosa durante cinco días seguidos. Cuando se enteró, protestó un poco por tener que ausentarse justo cuando era la recta final del embarazo, tan protector y alarmista como siempre, pero yo le quité importancia y tiré de todos los argumentos posibles para convencerle de que era absurdo que se preocupara tanto y de que no había motivos para ponerse así.

—Vamos, Rai, aún quedan dos semanas y yo estaré perfectamente. Además, no te lo puedes perder —dije con toda la contundencia posible.

Luego añadí que estaban mis padres, la Quica, Candela, mis amigas y media ciudad para atenderme en cualquiera de mis posibles necesidades de gestante avanzada, eso sin contar con médicos y matronas. Todo aquello se lo decía muy en serio, quizás enfatizando demasiado cada idea, pero es que sabía que lo iban a pasar bien y que, si no iba, se arrepentiría más tarde de habérselo perdido.

Cualquiera que conociera un poco a Rai, hubiera sabido que aquellas prácticas eran toda una oportunidad para él. Primero, porque no iba don Mateo y todo sería más distendido e informal. Por el contrario, sí iban, entre otros, sus mejores amigos, lo que garantizaba la diversión. Juanito Mota en el *B-1*, Gironella en el *A-3* y Rai y Suances en el *Peral*. Segundo, porque le gustaban mucho las prácticas de torpedos, los cálculos, la estrategia y todos esos ejercicios que exigían la máxima pericia y precisión de los oficiales, en pruebas en las que normalmente Rai quedaba muy bien valorado, porque era muy bueno con las matemáticas y muy paciente a la hora de esperar el momento óptimo para cada disparo. Y tercero, pero no menos importante, porque Rai me había hablado más de una vez de cómo era el entorno natural que rodeaba aquel islote con forma de bota. Supuse entonces que tendrían la increíble suerte de ver todo aquello desde los submarinos. En efecto, se decía que aquella isla volcánica situada a pocos kilómetros de la costa, junto con otra más pequeña conocida como El Farallón, tenían un fondo marino único, porque en el pasado habían sido escondite de piratas y corsarios y escenario de varios ataques navales en los que, debido a los riscos de la zona del Farallón, muchos pecios de distintas civilizaciones habían terminado hundidos.

Al final, gané la discusión y él se marchó a las prácticas refunfuñando, pero más o menos convencido y yo, en su ausencia, traté de centrarme en mis tareas y quehaceres en la academia y en mis asuntos literarios, que tantas satisfacciones me proporcionaban. Sin embargo, debo decir que la última mañana de las que Rai iba a estar fuera, ya al despertarme noté algo distinto, algo extraño a lo que no quise dar demasiada importancia. Eran pinchazos en distintos puntos del vientre, pero nada que no pudiera aguantar. Además, no quería quedarme en casa descansando porque precisamente ese día me había encargado doña Elisa que impartiera yo las primeras clases de la mañana. Ella tenía que hacer unas gestiones con las damas del Comité de Señoras, donde era íntima amiga de algunas de las mujeres más influyentes del momento, entre otras Inés Cantos, la esposa del director de *La Voz* de Cartagena; o doña Caridad Mínguez, la de don Alfonso Torres. Doña Elisa, desde mi incorporación a la academia, había decidido reforzar su presencia en algunas de las instituciones en las que las mujeres de esa época teníamos cabida, casi siempre ligadas

a temas morales, de caridad y voluntariado.

Por suerte, aunque estuve muy revuelta toda la jornada, no empecé de parto hasta que las clases ya habían terminado y doña Elisa había regresado a la academia.

—¿Qué pasa, niña? ¿Estás bien? —me preguntó nada más verme.

Se dio cuenta de que me sujetaba el vientre con las manos y tenía el cuerpo echado hacia adelante y respiraba rápido, pero a resoplidos, como si me faltara el aire y necesitara llenar mucho los pulmones. Hay veces que el dolor es tan intenso que no lo puedes disimular.

—No es nada, doña Elisa, me ha dado una contracción, pero seguro que se me pasa. He leído que es normal en el último trimestre del embarazo. Ya me siento mejor —respondí tratando de convencerme a mí misma.

A ella desde luego no le pareció muy tranquilizadora mi explicación.

—No hagas esfuerzos, chiquilla. Ahora mismo te vas para casa y descansas.

—Pero no he terminado —contesté resoplando de nuevo. El dolor no remitía del todo. Iba y venía como las olas del mar.

—Si lo tienes todo al día, mujer, qué más da que salgas hoy un poco antes… —repuso ella.

—Es que aún no estoy en fecha, doña Elisa. Es muy pronto, y además el niño no puede nacer con su padre fuera, no quiero que nazca sin Rai, así que no hay más que hablar. Tiene que aguantar un poco más ahí dentro —repliqué señalándome la barriga con preocupación.

—Ya, niña, pero la prudencia es la madre de…

—¡Ay!

En ese momento empezó otra contracción y me doblé sobre mí misma. Creo que fue ahí cuando me di cuenta de que el bebé venía ya, por mucho que a mí no me gustara la idea de que se adelantara.

Doña Elisa me ayudó a sentarme y dijo que iba a llamar a la matrona.

—No —contesté yo con voz lastimera—, llame a mi madre primero, por favor. Quiero que venga mi madre —dije elevando el tono de voz. El dolor me resultaba insoportable. Intenté levantarme, pero en ese momento un charquito de agua se formó bajo mis pies.

—Alba, ya viene —dijo Elisa apremiándome, pero al mismo tiempo me hablaba con dulzura y paciencia—. Llamaremos a tu madre, pero ahora lo que resulta de vital importancia es avisar a Petra.

Petra era la matrona. Y doña Elisa tenía toda la razón. Raimundito estaba en camino y necesitábamos su ayuda. De modo que claudiqué.

—Está bien, doña Elisa, usted gana. Llame a Petra.

Quería decirle algo más, pero no me salían las palabras. Vi que ella se iba a buscar a Reme, su sirvienta, y recuerdo oír que le daba indicaciones para que fuera a mandar aviso a doña Petra. Luego volvió y me dijo que tenía que moverme hasta su cama. Me ayudó a incorporarme y, con mucha dificultad, llegamos al dormitorio de ella, que estaba en una parte del inmueble que era como una trastienda que usaba para fines personales.

Consiguió acomodarme en su propia cama. Aún hoy no deja de sorprenderme lo bien que mantuvo la calma.

—Todo va a ir bien, Alba. ¿Me oyes? Voy a dejarte un momento para pedirle a una alumna que vaya a casa de tus padres a dar recado, pero enseguida vuelvo contigo. Respira y trata de contar cada cuánto tienes contracciones para poder decírselo a Petra cuando llegue.

La vi marcharse. No tenía hijos, pero no importaba. En aquel tiempo, cualquier mujer sabía más o menos cómo era aquello de dar a luz. Al final, fuera cual fuera nuestro destino, todas habíamos sido un día jóvenes a las que preparaban para ser madres desde la adolescencia.

Pasó muy poco tiempo hasta que llegaron, casi a la vez, mi madre y doña Petra. Mamá no se separó ni un minuto de mi lado, sin decir nada, pero sin soltar mi mano. No demostró cansancio ni preocupación, sino que se mantuvo prudente y dispuesta a ayudar en todo lo que Petra iba mandando: me limpiaba con toallas húmedas, me apartaba el pelo de la frente, contaba los minutos o incluso informaba a la matrona del avance de la dilatación. Doña Elisa también estuvo junto a nosotras. Suspendió toda actividad en la

academia y se quedó en la habitación ayudando y dándome ánimos cuando yo, sudorosa y agotada, decía que me iba a desmayar.

No puedo recordar con nitidez cuánto tardó en nacer el pequeño Raimundito. Recuerdo un infierno de pujos y dolores hasta que pude sostenerlo por fin en mis brazos. Era un bebe rollizo y angelical, que se llamaría como su padre y como su abuelo, en esta saga de Raimundos y de Albas que forma parte de una herencia sin fin que aún hoy perdura y que, por supuesto, lo hará cuando nosotros ya no estemos.

17

«La decadencia no implica una vuelta al pasado;

implica una condena al presente».

Santiago Kovadloff

Rai se enamoró de su hijo nada más verle. Cuando, al llegar a tierra, le dieron recado de que yo me había puesto de parto y de que estábamos en casa de la profesora, se puso tan nervioso que no le salían las palabras y Juanito Mota, que estaba con él en ese momento, lo vio en tal estado que decidió acompañarlo.

—Vamos, Rai, quita esa cara de pasmo y vayamos a conocer al pequeño Guitián.

—No tenía que haber ido a las prácticas. Mira que se lo dije a Alba… —se lamentó él, preocupado.

—Eso es una soberana estupidez, Rai. A veces las cosas vienen como vienen y no hay que darle más vueltas.

Salieron corriendo del Arsenal y llegaron enseguida a casa de Elisa. Allí se le pasaron todos los miedos y los males al mirar por primera vez a su hijo. Se quedó embelesado con su carita, sus manos regordetas y su boca con forma de corazón. Debo decir que Raimundito era como esos bebés que salen en las revistas: hermoso, rosado y peloncete. A pesar de haber nacido antes de tiempo, era grande y tenía los ojos abiertos y muy despiertos.

—Es nuestro hijo, Alba, ¿te das cuenta? —dijo emocionado.

—Claro que me doy cuenta. Con lo que me ha costado sacarlo —contesté yo poniendo una mueca de sufrimiento.

Juan estaba también en la habitación con nosotros, pero no decía nada.

—Mota, ¿no es el bebé más bonito que has visto jamás? —le dijo Rai.

—Lo es, menuda suerte has tenido de que se parezca a la madre y no a ti, amigo mío —bromeó divertido. Luego añadió—: Enhorabuena, pareja, es un bebé precioso.

—Gracias —respondió Rai dejándome al chiquitín—. A Alba y a mí nos gustaría mucho que Adela y tú seáis los padrinos.

—Será un honor, Guitián —respondió Mota y se abrazaron con efusividad.

El estado de fascinación de Rai con su pequeño fue total. Pasaba todo el tiempo que podía junto al crío. Tanto era así que mis amigas, Adela y Luisa, que venían algunas tardes a hacerme compañía, me contaban entre risas que, cuando Rai sacaba al bebé en la inglesina que me había regalado mi madre, lo iba mostrando con orgullo a cuantos amigos y conocidos se cruzaba, como si fuera un trofeo. A todos les repetía lo mismo que le había dicho a Juanito cuando había visto a su hijo por primera vez.

—¿Acaso no es el bebé más bonito que haya usted visto jamás?

La gente reía y contestaba que sí.

—Pues qué le van a decir, Alba —decía Adela con malicia—. No es que Rai les deje demasiadas opciones. Y aunque este niño es una preciosidad de criatura, no me dirás que no es un poco pretencioso que el padre presuma de esa forma.

—Venga, Adela, déjale —le defendió Luisa—. No hay nada más bonito que un padre orgulloso de su hijo. Si yo tuviera un nene así, presumiría igual o más.

Yo me reí con ganas, pero le di la razón a Adela.

—Bueno, Luisa, igual a Rai se le ha ido un poco de las manos —dije—. Que una cosa es que vaya presumiendo de que el niño es muy mono, y otra es que insinúe que se parece a él, que eso también se lo he escuchado yo decir. Me tengo que callar, pero vosotras ya lo veis igual que yo. No puede parecerse más a mi padre, por amor de Dios, si no tiene nada de Rai salvo el nombre…

Volvimos a reír. En efecto, Raimundito tenía genes de los Aldave: una pelusilla de pelo escaso y rubio, ojos claros y complexión robusta. Rai era más bien lo contrario: moreno, fibroso y no muy alto. Ni por asomo se le parecía.

Como ocurre casi siempre, aquella inmensa dicha de Rai no pudo durar demasiado. Si Raimundito había nacido en abril, ya para mayo le llamaron para embarcar en el crucero *Princesa de Asturias*. Lo mandaban a Alhucemas. Era la recta final de la guerra de Marruecos

y, aunque el panorama era muy distinto del que habíamos conocido tras el Desastre de Annual, la idea de saber que volvía a aquel terrible lugar se me antojó insoportable. Sin embargo, a pesar de lo duro que me resultó verlo marchar, no le dije nada. Durante el tiempo que duró el destino, Rai fue enviándome abundante correspondencia en donde me mantenía informada de los avances de la campaña para que no me preocupara demasiado. Recibía carta casi todos los días, así que no me sentía tan sola. Siempre hay que decir que los hombres de aquella época aplicaban más la censura en sus cartas que los propios medios de comunicación con tal de no preocuparnos a las esposas y a las madres, pero era un alivio en todo caso saber que las operaciones prosperaban, que él estaba bien y que, de seguir así las cosas, pronto volvería.

En las cartas de aquellos días, me explicaba también que los harqueños habían invadido la zona de influencia francesa, causando bajas entre las tropas galas y llegando casi a la conquista de Fez. Por eso, franceses y españoles habían decidido cooperar y, considerando estratégico una vez más el desembarco de Alhucemas, Francia mandó un pequeño refuerzo aéreo y marítimo que fue capital para asegurar nuestra victoria.

Los buques de la Armada, y con ellos el crucero *Princesa de Asturias* en el que viajaba Rai, fueron por Ceuta hasta la zona del conflicto, ayudando en el avance a las tropas de Franco, de las que los harqueños se defendían con cañones y ametralladoras, complicando de forma notable el desembarco. Los buques bombardearon las lomas y poblados y Rai, dentro de esa censura de la que hablaba antes, nunca me habló de los momentos difíciles, cuando les cañoneaban desde la costa, por ejemplo, o cuando tuvieron que hacer algún desembarco en las lanchas jugándose el pescuezo. Tampoco me habló de las bajas que se produjeron en esos días, que las hubo y fueron muchas. Por el contrario, él siempre se centraba más en lo más cotidiano, en cosas que me mantuvieran entretenida al leer los pliegos que llenaba con generosidad. A menudo, junto a los textos, me mandaba dibujos, de esos que tan hábilmente realizaba con un simple lápiz y una cuartilla. Eran dibujos de las lomas y puertos en los que fondeaban, de sus compañeros trabajando en el puente, de fotos nuestras que copiaba con maestría o del propio Gregorio Sousa, con quién tuvo la suerte de coincidir nuevamente en aquel barco y en aquel destino. Muchas veces se centraba en relatarme escenas cotidianas de ellos dos, conversaciones que mantenían y en las que ambos se esforzaban en pasar lo mejor posible aquellas horas interminables de calma chicha en las que lo único que podían hacer era esperar instrucciones. Decía que esa calma era una calma extraña, como si el tiempo quedara

momentáneamente suspendido y uno pudiera ver hasta las partículas de polvo flotando en el aire, una sensación parecida a la que tiene lugar momentos antes de que estalle una tormenta.

Rai decía que en aquellas horas muertas discutían con frecuencia, supongo que porque él debía estar, sobre todo durante los primeros días, de manifiesto mal humor.

—Guitián, tengo que decirte que el matrimonio te ha sentado fatal —le chinchaba Greg intentando hacerle reaccionar—. Llevas días inaguantable.

—Como se nota que no tienes una familia esperándote. Piensa que lo mismo cuando vuelva a casa el bebé ya ni me reconoce —se quejaba este.

—Si yo te entiendo, amigo mío, pero lamento decirte que esta es la vida que hemos elegido. Esta y no otra. Rebelarte contra eso, contra la propia naturaleza de la vida del marino, solo te dará dolores de cabeza y sufrimiento. Tienes que cambiar de actitud, Guitián. No hay otra. Y, por cierto, yo también tengo asuntos que me esperan en casa. Tener hijos no es la única cosa que puede hacer un hombre hoy por hoy. Yo tengo otros compromisos, compromisos de orden social y político. Para mí, son igualmente importantes, porque creo que son necesarios para lograr un mundo mejor, pero entiendo que ahora mismo deben esperar hasta que regresemos. Así son las cosas, Rai.

—Esos proyectos en los que andas metido, ¿tienen que ver con esas ideas tuyas de lucha de clase y de hacer la revolución? ¿No te habrás metido en el Partido Comunista?

Sousa sonrió, pero se mostró esquivo.

—Mejor no preguntes. Y deja de quejarte tanto que, como sigas así, te voy a mandar a una de las harcas de los moros, la del Pajarito, para ver si te espabilan un poco, que te me estás convirtiendo en un blando.

—Eres idiota, Greg, no sé por qué te hago caso —respondió Rai enfurruñado.

—Un respeto a tu superior o te mandaré arrestar —contestó divertido el otro, y luego se metió en la cámara de oficiales mientras seguía riendo entre dientes.

Rai lo vio marcharse y se dio cuenta de que caminaba todavía con

dificultad, con esa característica cojera que se le había quedado desde que había recibido aquella herida de bala que iba destinada a él y que le recordó que estaba ahí, en ese barco, solamente gracias a que su amigo, tiempo atrás, le había salvado la vida.

* * *

Mientras Rai estuvo destinado en Alhucemas, yo me esforcé cuanto pude en ocuparme de todo: de la casa y del bebé, de cumplir con doña Elisa en el trabajo y de escribir los relatos que debía entregar a tiempo para la revista. Me costaba mucho organizarme con todo y, como madre primeriza que era, me sentía desbordada en muchas ocasiones. Esto me asombra ahora, después de todo lo que me ha tocado vivir, pero entonces era una muchacha inmadura a la que le exasperaba no poder controlar todos los imponderables que suelen surgir con un crío pequeño. No era fácil atraer a la musa de la inspiración al final de una jornada agotadora en la que solo pensaba en irme a la cama. E incluso si lo lograba, no era infrecuente que el indomable Raimundito empezara a llorar y yo tuviera que dejar la faena a medias.

No tardé en darme cuenta de que necesitaba liberar algo de tiempo, tal vez renunciar a alguna de todas aquellas obligaciones, para poder concentrarme en el resto. Inmediatamente, até cabos y comprendí que lo único que podía dejar era mi trabajo en la academia, al menos si quería seguir escribiendo en la revista. Lo sopesé con detenimiento, tratando de barajar otras alternativas, pero la realidad es que, por mucha pena que me diera, no vi otra manera de sobrellevarlo todo. El día anterior a comunicarle a doña Elisa mi decisión, estaba de los nervios por lo que ella me fuera a decir, por decepcionarla y por no haber podido lidiar con todos esos frentes, pero, lejos de lo que yo había podido pensar, la pobre lo comprendió perfectamente y no solo no me puso ni un pero, sino que me dio todas las facilidades.

—Es completamente normal que quieras atender a tu familia, Alba.

—Sí, ya lo sé. Pero yo siempre les decía a las chicas que no renunciaran a su independencia y mire usted, doña Elisa, con qué facilidad he claudicado —dije un poco decepcionada conmigo misma.

—Te equivocas. Claudicar sería convertir tu vida en una carrera de obstáculos. Por suerte, tienes la oportunidad de elegir. No todas las muchachas la tienen. Creo que haces lo correcto. Aunque ya sabes que

te echaré de menos.

Nunca lo hice por acomodo a las convenciones sociales que decían que una mujer no podía trabajar si tenía un marido y unos hijos a los que cuidar. Lo dejé porque quería darle su espacio al misterioso y enigmático Ellis Gala. Ese oficio de escribir transgredía las normas de mi tiempo, pero, gracias a don Horacio, podía ver cumplido el sueño que tenía desde mi adolescencia, sin enfrentarme al juicio de los demás.

Sé bien que no hubiera llegado muy lejos en todo aquel asunto de escribir si no hubiera sido por el librero. Supongo que todo el mundo necesita un mentor, alguien que confíe en el talento de uno y lo impulse. En mi caso, tengo el firme convencimiento de que, si él no hubiera estado en mi vida, yo nunca habría publicado nada. Hay veces que uno necesita ese empujoncito, y Escarabajal no solo me guardó hasta el final el secreto de mi identidad, sino que se ocupó de coordinarlo todo para que yo pudiera compaginarlo con las tareas del hogar. Incluso si yo no podía bajar a la librería, él me mandaba al mozo que le ayudaba con el reparto de los encargos que le hacían los clientes asiduos. El zagal, que tenía la cara llena de pecas y unos ojos muy vivos, se llamaba Nuño.

—Señora, me manda don Horacio a que le deje estos libros —decía al presentarse en mi casa cada martes.

—Eres muy amable, Nuño. Toma —le contestaba yo, entregándole unas monedas de propina.

El muchacho me sonreía encantado y yo le devolvía la sonrisa. Luego iba hasta mi cuarto y de la mesilla sacaba las cuartillas mecanografiadas con esmero para que Escarabajal las hiciera llegar a la revista.

* * *

Fue el mismo día en que Rai volvía de Alhucemas cuando llegó el fatídico recado. Yo me encontraba trabajando en un nuevo relato, lo recuerdo bien. Candela había sacado de paseo a Raimundito, de modo que yo decidí aprovechar ese rato para avanzar con mi siguiente entrega. Me había convertido ya en una experta en hacer malabares con el tiempo, escaso y huidizo.

Llamaron a la puerta y salí de mi ensimismamiento, sin disimular el malestar que me causaba que alguien viniera a romper mi concentración. No me sobraba el tiempo libre, así que era una

contrariedad que alguien viniera a robarme el poco que tenía. Me llevé una buena sorpresa cuando en el rellano de la puerta de casa apareció Dimas, el chofer de Sonsoles Jordá, la abuela de Rai.

A Dimas, siempre vestido de forma impecable con su uniforme, lo conocía yo de otros encuentros familiares y me parecía un hombre leal, prudente y amable. Ese día, sin embargo, parecía muy serio y taciturno y se disculpó varias veces por importunarme, con aquellos modales suyos tan exquisitos. Me olvidé de mi malhumor y, de pronto, solo tuve una enorme curiosidad por descubrir qué hacía en mi casa el chofer de doña Sonsoles. Algo había tenido que pasar y tenía que ser algo gordo, sin duda.

—Dimas, qué sorpresa, no se disculpe usted más y pase, por favor —dije, pero este rehusó la invitación y quiso permanecer en el rellano.

—No, doña Alba, se lo agradezco, pero traigo recado urgente. Será solo un minuto. Es doña Sonsoles, se ha puesto muy mala la señora. El doctor Salmerón dice que el pronóstico no es nada favorable. Incluso cree que habría que prepararse para lo peor. Por eso he venido. Me piden que le transmita a usted y a su esposo, el nieto de la señora, que deberían ir a su casa cuanto antes.

—Pero ¿qué es lo que tiene? —pregunté, y enseguida me di cuenta de lo absurdo de la pregunta. A sus ochenta y tres años, Sonsoles Jordá era un puro achaque, como todos los que llegamos a esas edades.

—Es el corazón, señora —me dijo él.

—Oh, vaya, pobre abuela. ¿Y han avisado ya a los demás? —quise saber.

—Sí, a todos. A don Agustín se le ha llamado a Madrid, pero dice que no vendrá hasta que le demos aviso de que ha muerto. Dice que la señora aguantará como aguantan las malas hierbas. Que está en su naturaleza.

Se me escapó una sonrisa. Allí estaba Dimas relatando como si nada uno de los aspectos que más me impresionaban de la familia materna de Rai, las rencillas y disputas entre ellos. Agustín, que era el tercer hermano por edad después de Angustias y de Sonsoles, tenía mucho genio y se llevaba muy mal desde siempre con sus dos hermanas. Mucho tuvo que ver el dinero en aquellos enfrentamientos tan sonados entre los tres.

—¿Quiere que la lleve hasta el domicilio de la señora Jordá, doña Alba? —me preguntó Dimas.

Y yo, como una tonta, miré alrededor sin saber muy bien qué era lo que debía hacer. Mientras me quitaba el batín que usaba encima de la ropa para estar por casa y cogía mi bolso, le dije a Dimas que habría que ir al Arsenal para que avisaran a Rai y que, antes de marcharnos, escribiría una nota para Candela.

Así lo hice. Le dejé apuntado el teléfono de la mansión de doña Sonsoles y unas cuantas instrucciones para cuando llegara.

* * *

De camino a la calle Muralla del Mar, le pedí a Dimas que, después de dejarme en la mansión, se acercara a llevar él mismo el aviso al Arsenal para que cuando Rai llegara de Ceuta, a la hora que fuera, le informaran de lo sucedido.

Al llegar a la casa de los Jordá, me pregunté si aún estaría allí don Remigio Salmerón, el médico de la familia. El doctor Salmerón me caía bien. Era un tipo discreto y trabajador. Un hombre atractivo, con canas en las sienes a pesar de que no era muy mayor, lo que yo achacaba al estrés que debía conllevar ser el médico personal de los Jordá. Remigio había entrado muy joven al servicio de la familia, al poco de jubilarse su padre, que se llamaba igual que él y que desde chico lo educó para ser médico y heredero de su cliente principal.

Yo sabía que Rai quería mucho al doctor porque, cuando su padre enfermó de gripe y lo aislaron, fue Salmerón quien les llevaba noticias sobre el estado de este. Como era médico, le dejaban entran en el pabellón y el buen hombre se portó como lo hubiera hecho un amigo. Cada día, sin falta, pasaba por allí para ver la evolución del enfermo y luego llamaba a la familia para que se quedaran tranquilos. En general, era optimista con el pronóstico y aseguraba que pronto le darían el alta. Sin embargo, de repente, ocurrió lo inesperado: el cuadro se agravó súbitamente y el paciente falleció. Eso fue muy duro para todos. Lo más extraño es que Salmerón, como si se sintiera culpable, de pronto adoptó una actitud extraña y se volvió esquivo y distante, especialmente con Rai.

Antes de entrar, me tomé unos instantes para pensar en quiénes me iba a encontrar dentro. No conocía demasiado a los parientes de la rama Jordá. De los hermanos de doña Sonsoles, solo vivía Agustín, el pequeño. Le decían el soltero de oro porque no se había casado y se

dedicaba a vivir a todo trapo en Madrid, donde de joven había ocupado varios puestos muy importantes en banca y en las industrias más boyantes, acrecentando su ya de por sí considerable patrimonio. No escatimaba en gastos. Disponía de varios coches de lujo, como un Hispano Suizo o un Rolls Royce que yo no vi nunca, pero que Rai describía como si fuera la octava maravilla del mundo. También se daba festines impresionantes en los mejores restaurantes de la ciudad en compañía de señoritas a las que naturalmente doblaba la edad. Decían incluso que las fiestas que daba en su piso de la calle Hermosilla salían en las crónicas de sociedad como si fueran eventos organizados por el mismísimo Jay Gatsby.

La otra hermana, Angustias, la mayor de los tres, era con la que más rivalidad tuvo siempre Sonsoles. Incluso cuando la primera se construyó su impresionante vivienda modernista, la abuela de Rai se picó muchísimo. Aquella construcción de cuatro plantas de la calle Palas, llena de miradores de madera y frisos, de columnillas y pilares verticales estaba pensada para despertar la envidia de cualquiera.

—Pues no es para tanto —dijo esta cuando la vio terminada.

Pero sí era para tanto por mucho que a la mediana de los Jordá le molestase. No obstante, todo hay que decirlo, la casa de Sonsoles, en la calle Muralla del Mar, no estaba tampoco nada mal. La zona era de las mejores en la ciudad. Muchos edificios señoriales estaban allí y tenía unas vistas espectaculares. Yo, cuando Rai me explicaba todas estas rencillas familiares, sentía lástima de que lo material solo hubiera creado división y enfrentamiento entre unos y otros, pero él lo veía todo como algo normal porque había crecido en medio de esas trifulcas. «La gente es como es, Alba», solía decirme. Y es que esa mala relación de los hermanos Jordá, la había trasladado Sonsoles más adelante a sus propios hijos, con los que tampoco había tenido un trato idílico.

Así, por un lado, estaba Clara, la madre de Rai, que fue la primera en decepcionar a doña Sonsoles al casarse con el alférez Raimundo Matías Guitián Delgado, el padre de Rai. Sonsoles había aspirado a mucho más para su hija. Me recordó a mi propia madre que también había querido casarme con un marqués y pensé que, a menudo, los padres parecen generar expectativas sobre sus hijos que en realidad solo los apartan de la posibilidad de ser felices. Esa es, a mi juicio, una extraña manera de querer.

El otro hijo de Sonsoles era uno del que no se hablaba nunca. Se llamaba Quino y bien podía haber sido un fantasma, pues nadie lo

mencionaba jamás, como si no hubiera nacido. Era un tema tabú, alguien del que, según te advertían al entrar a formar parte de la familia, estaba prohibido hablar.

Eso despertó, como es lógico, mi insaciable curiosidad desde el primer momento en que Rai mencionó su historia. A él le costaba también hablarme de su tío. Le habían dicho desde siempre que no hablara de él. Se sentía como si quebrantara una regla capital, pero yo era terca como una mula y mi sagacidad era más fuerte que su resistencia.

Quino era la oveja negra de los Jordá porque desde bien joven había mostrado una predisposición a la mala vida que nadie había sabido domeñar, ni siquiera su madre Sonsoles, con su carácter autoritario y su forma de ejercer el matriarcado. Quino era como el viento de levante, fuerte y desmandado. Le gustaban las apuestas, la noche y la bebida, y con esos vicios llegaron otros, el peor, el que más problemas le causó, el de las mujeres, sin duda.

Su madre, harta de que lo encontraran durmiendo la mona en el Molinete y de su vida desordenada, le dio un ultimátum en un intento desesperado por recuperarlo: si no cambiaba radicalmente de vida, se le cerrarían las puertas de la mansión familiar para siempre. Por el contrario, si volvía al buen camino y se centraba, lo recibiría con los brazos abiertos como al hijo pródigo de la parábola del Nuevo Testamento y tendría todo el apoyo familiar, en especial, el tan valorado por todos, el financiero.

Este, lejos de obedecer, se marchó dando un portazo dejando a su madre boquiabierta y cariacontecida y al resto de la familia en *shock*. El muchacho no volvió y Sonsoles encargó a un detective que trajera noticias sobre su paradero. Como cabía esperar, pronto se supo que Quino se había instalado en el Molinete, en una de las miles de chabolas de las que el arrabal estaba lleno. Allí, entregado de lleno al desenfreno y la vida nocturna, se había enamorado de una mujer que fue quien terminó de hundirle en la miseria. Se trataba de la prostituta más famosa de todo Cartagena: Caridad la Negra.

Esta era una mujer envuelta en todo tipo de leyendas, entre las cuales estaba la de que había sido, cuando era apenas una cría, amante del maestro pintor Wssel de Guimbarda, para el cual posó algún tiempo prestando su rostro al retrato de María Magdalena de la Basílica de la Caridad. El tono moreno de su piel le valió el apodo de la Negra y no había quien no hubiera oído hablar de ella. Tal era su fama y tan demandados sus servicios que, con el tiempo, consiguió

regentar su propio burdel.

Quino la conoció en alguno de esos prostíbulos que tanto frecuentaba y se enamoró perdidamente de ella. Caridad se entregaba con ardor, lo que era, por otro lado, lo que la convertía en la más cotizada de todas las meretrices del Molinete, pero tal vez por eso, aquel infeliz se hizo ilusiones. Creyó que le correspondía y llegó incluso a pensar en proponerle que se fugaran juntos y así redimirse y empezar de cero, lejos de todo aquello. Pero la Negra nunca tuvo la intención de dejar sus lucrativos negocios por ese insensato, así que cuando este se la encontraba retozando con otros hombres, loco de celos, los retaba a muerte y se metía en verdaderas reyertas en las que, con frecuencia, salía mal parado. Además, con aquellas peleas, atraía a los somatenes y eso era lo último que deseaba ninguno de los propietarios de los establecimientos del Molinete.

La propia Caridad, consciente de que la actitud de Quino acabaría por perjudicarla, llegó a prohibirle que se acercara a ella. Este, destrozado, se dedicó a emborracharse y a meterse en todo tipo de jaleos que le llevaron a provocar a quien no debía. En una de esas peleas, su adversario le hirió gravemente de un navajazo y, no contento con aquello, lo roció con gasolina y le prendió fuego.

A la pobre Sonsoles le llevaron el aviso de que su hijo había muerto calcinado y, aunque ella jamás derramó una lágrima, Rai me aseguró que se le puso todo el pelo blanco de golpe.

* * *

Estaba por completo sumergida en lo poco que sabía sobre la historia del tío de Rai, cuando me abrió la puerta una jovencita bien uniformada que formaba parte del servicio de Sonsoles y que me indicó con mucha amabilidad que todos los familiares estaban en el piso superior.

Subí sola las señoriales escaleras y tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme contemplando todas las obras de arte que Sonsoles tenía vistiendo las paredes. La casa era más majestuosa por dentro que por fuera y hubiera podido echar allí un día entero sin aburrirme, como el que visita un museo, pero entonces noté un escalofrío terrible que me recorrió de los pies a la cabeza y recordé lo que me había llevado hasta allí. La muerte rondaba esa casa y uno de mis macabros presentimientos me dio el aviso, como tantas otras veces a lo largo de mi vida.

Al llegar arriba, vi a doña Clara que estaba en un rincón algo apartada. Iba a ir hacia ella cuando reparé en mis cuñados, los hermanos de Rai. Las chicas me saludaron con cortesía, pero fue Antonio quien lo hizo más efusivamente, como siempre.

—Alba, querida, no puedes imaginar cuánto me alegro de verte —dijo mientras me abrazaba.

—¿Cómo está? —pregunté yo con un poco de impaciencia. El clima era inquietante, contenido, como en una casa que ha estado mucho tiempo sin ventilar. Las hermanas de Rai tenían el dramatismo pintado en la cara y por un momento me pregunté si la abuela habría pasado ya a mejor vida.

—Esa vieja morirá soltando sapos y culebras, desperdigando mal —me respondió él rompiendo toda la gravedad de la escena. Me entró una risa involuntaria.

—Antonio, por Dios, no digas esas cosas.

Él me guiñó un ojo con malicia.

—Es la verdad —dijo divertido—. Me han llamado de urgencia a la Base. Me dicen que la abuela se está muriendo, y yo, imagínate, vengo hasta aquí como si me persiguiera el diablo, muy preocupado por llegar a tiempo. Cuando entro y respiro aliviado de verla consciente y de poder hablar con ella, lo único que se ha dignado a decirme es que llevo unas greñas que asustan.

Me entró la risa. Si Rai había sido responsable y muy serio desde crío, su hermano había sido lo contrario, más inmaduro y despreocupado. La abuela nunca había disimulado su preferencia por el mayor y, aunque Antonio disimulara, le dolía profundamente que Sonsoles le hiciera de menos.

Una de mis cuñadas, no recuerdo cuál, al vernos reír no perdió la ocasión de reprendernos, al tiempo que la otra le daba la razón.

—Chss, no es de recibo que, estando la abuela como está, los dos estéis de cachondeo, como si nada.

—Ya están mis queridas hermanitas dando lecciones —dijo Antonio y no me dejó siquiera pedir perdón, sino que me arrastró con él a otra parte de la sala.

Me quedé mirando a mi suegra, que parecía desolada. Apenas

levantaba la cabeza y no había ni siquiera reparado en mi presencia.

—Antonio, ¿tu madre está bien?

Me pareció que un velo de tristeza nublaba sus ojos alegres.

—No, está mal, como siempre. Ella estaba con la abuela cuando ocurrió todo.

Me miró nervioso. Como si dudara en decirme algo más.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

—No puedes decirle nada de lo que te cuente ahora mismo a mi hermano, ¿lo prometes? —dijo él.

—Pero…

—Promételo, vamos. Es por su bien, créeme —insistió Antonio.

—Lo prometo —dije yo, abrumada por la presión y la curiosidad.

—Mi madre ha sido la que ha provocado que el corazón de la vieja se pusiera en huelga.

Mi cara de extrañeza debió ser un poema, porque él me miró, puso los ojos en blanco y me aclaró lo que quería decir.

—Sí, mamá ha vuelto a dar todo el dinero a las monjas.

Abrí los ojos sin poder dar crédito. En realidad, en ese momento ya solo podía pensar en lo que Rai diría al enterarse. Montaría en cólera, estaba segura.

—Peor aún —continuó Antonio—, ¿estás preparada para lo que viene? Pues, allá voy. Verás, al parecer, en esta ocasión, mamá se ha superado a sí misma y ha decidido donar la casa familiar a las Siervas de Jesús, así como lo oyes. Está claro que trata de comprarse una parcela en el cielo, pero, chica, cualquier día nos manda al otro barrio a todos los demás a base de disgustos.

Tuve que sentarme.

—Menos mal que Rai no sabe nada —dije resoplando.

—La discusión empezó cuando la abuela le dijo que se había enterado de todo y que pensaba desheredarla —me explicó Antonio.

Luego me contó que Clara había empezado a protestar pero que la abuela había perdido los nervios y se había puesto a chillar. En algún punto de su cruel intervención, entre insulto e insulto, había enmudecido de repente, se había llevado una mano al pecho y así, sin más, se había desplomado.

En ese instante, mientras Antonio terminaba de contarme el incidente, salió el doctor Salmerón, muy serio, y dijo que Sonsoles había pedido ver a su nieto Rai sin demora. Todos los ojos se posaron en mí.

—Está de prácticas. Vendrá en cuanto pueda —dije como una niña pequeña que se excusa por algo.

—Está bien, Alba —concluyó Remigio—. Pasa tú, entonces.

Había cierta urgencia en su voz, y en ese instante un espantoso escalofrío me recorrió toda la espalda y me puse a temblar.

—¿Está usted bien? —me preguntó el médico con un deje de impaciencia.

Me acordé de cuando había muerto el abuelo Pepe y yo me había puesto súbitamente enferma o de cuando falleció la abuela Belén y me desmayé, acaparando de forma inoportuna la atención de todos los presentes junto al lecho de muerte. Ahora no iba a perder el conocimiento, pero no albergaba ninguna duda de que el final de Sonsoles estaba cerca por las señales premonitorias que me mandaba mi cuerpo.

No respondí al doctor. Simplemente obedecí sus órdenes y pasé. Era consciente de lo extraño de la situación. Yo era la única que no tenía sangre Jordá, y, sin embargo, era la que, posiblemente, iba a verla viva por última vez.

Estuve un rato dentro. Cuando salí, noté las miradas expectantes de todos.

—Ha muerto —les dije abatida.

«Después de todo, la muerte es solo un síntoma de que hubo vida».

Mario Benedetti

En aquellos años, cuando alguien moría, se velaba el cadáver toda la noche y, al día siguiente, se llevaba en procesión el cuerpo hasta el cementerio. Mucha gente de la ciudad se sumaba a aquel paseo para acompañar a la familia en ese último adiós y arroparles en su pérdida.

Con Sonsoles, por supuesto, seguimos a rajatabla aquella tradición. Pasamos toda la tarde junto al cadáver, rezando durante horas, tantas que hasta perdí la cuenta. Luego, a medida que el sol fue bajando, fuimos haciendo turnos. Estábamos ya cansados y hambrientos, así que Antonio, adivinando que nuestro ánimo flaqueaba, propuso, en algún momento, hacer una escapada a la cocina y prepararnos algo de comer. Mis cuñadas y yo aceptamos sin titubear. Clara, mi suegra, sin embargo, rehusó venir con nosotros y prefirió quedarse velando el cuerpo de su madre y perseverando en sus oraciones y letanías.

—Yo sí la quería, Alba —me dijo a mí, cuando me marchaba detrás de mis cuñados.

Cogió mi muñeca como si quisiera evitar que me fuera, y me miró con tristeza. Yo puse mi mano sobre la suya y traté de consolarla.

—Ya lo sé, Clara, y Sonsoles te quería a ti también. Os costaba entenderos. ¿Crees que eso no le pasa al resto de la gente?

Ella clavó sus ojos oscuros en mí. Eran los mismos ojos que los de su hijo, unos ojos familiares que te escudriñaban por dentro, que te pedían más, y que anhelaban respuestas. Uno a veces se siente impotente cuando no es capaz de darlas o no de la forma que quisiera. Clara, a pesar de todo, parecía satisfecha con mis palabras, por mucho que yo las encontrara insuficientes.

—Gracias, Alba.

Nada más decirme eso, me soltó y se puso otra vez a rezar. Entonces, yo, todavía un poco impresionada, bajé hasta la cocina con el resto y, allí, vi como el personal de servicio insistía en prepararnos algo de comer, pero creo que queríamos escapar un poco de aquel

ambiente asfixiante, así que rehusamos su ofrecimiento y nos empeñamos en hacernos algo nosotros mismos.

Yo eché un vistazo alrededor con intención de ponerme manos a la obra. Aquella me pareció una cocina enorme, impresionante más bien. Tenía forma cuadrada, con dos islas con fogones en el medio, una para cocinar los platos dulces y otra los salados, según me explicaron mis cuñados. Estaba todo muy limpio, sin rastro de grasa. Las estanterías y los armarios estaban repletos de cacerolas y otros utensilios de cobre para cocinar, de bandejas de estaño y de menaje de lo más diverso. Me puse a rebuscar con Antonio algo con lo que prepararnos un refrigerio frío. Encontramos un poco de vino y también pan y algunos embutidos y lo dispusimos todo en unos platos de loza, que nos comimos allí mismo, de pie, sobre la primera de las islas.

Sin el decoro que imponía estar velando el cadáver de la abuela Sonsoles, se inició una charla que yo sabía que había de llegar tarde o temprano.

—¿Qué, cuñada, vas a contarnos lo que ha pasado dentro? —me soltó Antonio con su habitual manera deslenguada de plantearlo todo.

—No tengo mucho que contar. La abuela sabía que se moría así que, con mucha insistencia, me dio una carta y me dijo que solo podía leerla Rai. «Debes dársela, Alba. Y tienes que darme tu palabra de que nadie la abrirá salvo mi nieto», dijo. Yo lo hice, evidentemente. Estaba en las últimas, casi no podía hablar y hacía muchas pausas. Se cansaba y le faltaba el aire.

Mientras masticaba un bocado, me limpié las manos y les enseñé el sobre con el sello de los Jordá. Todos lo miraron con verdadera curiosidad.

—Y ahora vas a decirnos que no la has leído, ¿no? —dijo Sagrario, la mayor de las hermanas de Rai.

Estaba rabiosa por no haber sido ella la elegida por Sonsoles para recibir el secreto o lo que fuera aquello que hubiera escrito en la carta. Estoy segura de que, de haber podido, me habría arrancado aquel papel de las manos.

—Pues claro que no —respondí ofendida—. ¿Por quién me tomáis?

—¿Qué podría querer la abuela decirle a Rai? —dijo Amparo, la

otra hermana.

—Pues seguro que dejarle con alguna ventaja en el testamento. Es obvio. Rai siempre fue su favorito. Y mamá, pues bueno, no creo que mamá esté la número uno en la lista —respondió Sagrario de nuevo.

—Vaya, mis queridas hermanas preocupadas por la herencia, menuda novedad —dijo Antonio con malicia, y ellas le devolvieron una mueca de burla como respuesta.

—Os digo que no sé nada —contesté yo algo incómoda.

—Lo haces para hacerte la interesante —insistió Antonio, picándome. Sonreía y era obvio que bromeaba para destensar un poco, pero yo no lo encajé demasiado bien.

—Pues no. Se llama respeto… No pienso traicionar la última voluntad de la abuela, así que dejadme en paz de una vez.

Gracias a Dios, en ese momento apareció Rai por la puerta de la inmensa cocina. Venía de uniforme y se le veía cansado, después de aquel largo viaje y a las horas que eran. Yo sentí alivio nada más verle. Él sabría lo siguiente que había que hacer.

—Hola —dijo, y yo corrí hacia él.

—Lo siento, cariño —susurré en bajito mientras nos abrazamos.

Luego volvimos con los demás a la isla, donde aún quedaba algo de picar. Rai saludó a sus hermanos y yo le puse una copa con un poco de vino. Imaginé que vendría hambriento.

—Vamos, cena algo —le animé.

—No puedo, cariño —dijo—. Tengo el estómago cerrado. Contadme qué ha pasado, por favor.

Antonio tomó la palabra y le resumió lo sucedido, pero omitió, por supuesto, la pelea de Clara con Sonsoles y lo que en verdad le había provocado el infarto.

—Tu mujercita fue la última en verla con vida por deseo expreso de la abuela, ¿sabes? —añadió Antonio para terminar de poner a Rai al corriente.

Él me miró y yo me encogí de hombros. ¿Qué demonios querían que dijera?

—Las dos intercambiaron secretitos y confidencias —dijo Amparo con ironía.

—Tonterías —me defendí—. Tu abuela quería hablar contigo y no estabas, así que Salmerón me pidió pasar a mí. Supongo que pensaron que yo te podía trasladar su mensaje. Cuando entré, tu abuela me dio esta carta y me hizo prometer que solo la leerías tú. También me encargó treinta misas por su descanso eterno. Y nada más. Estos quieren ver cosas que no pasaron. La abuela se murió y no le dio tiempo a dar grandes discursos ni a tramar conspiraciones.

—¿Treinta misas? Son pocas. Desde luego que las va a necesitar —dijo Antonio y yo le di un codazo en las costillas.

Rai, sin embargo, no estaba para bromas. Serio, con la expresión que siempre ponía cuando se concentraba en algo, con las cejas arrugadas y los labios apretados, tomó la carta entre los dedos y, huidizo como un gato, se separó de nosotros y buscó un rincón tranquilo donde leerla con calma.

—¿Qué dice la vieja? —quiso saber Antonio cuando él terminó y volvió donde estábamos. Trataba de aparentar indiferencia, pero era más que evidente que le podía la curiosidad. Debo confesar que, a esas alturas, a mí también. Todos queríamos saber que le preocupaba tanto a Sonsoles Jordá en el lecho de muerte.

Rai lo pensó unos instantes y tardó un poco en responder. Por la expresión de sus ojos, esos ojos que compartía por capricho de la genética con su madre Clara, supe que había algo que lo había perturbado mucho. Algo de lo que la abuela le explicaba en la carta lo había dejado en *shock*, pero también intuí que no quería contarlo allí delante de todos. Decidí que no debía presionarlo en ese momento. Ya me lo contaría más tarde.

—No es nada. Parece que lo ha dispuesto todo para que yo administre los bienes familiares. También dice expresa y rotundamente que no quiere que mi madre toque un duro de todo esto. La ha desheredado.

Tuvimos la mala suerte de que justo en ese momento entraba Clara por la puerta y lo oyó todo. Se me partió el corazón al ver su cara.

—Jamás, escúchame, jamás tocaría yo ni un cochino real de ella —exclamó con los ojos encharcados en lágrimas.

Salió de la cocina como una exhalación y Rai fue detrás de ella.

Antonio y yo nos miramos sin decir nada.

* * *

Tras aquella noche eterna y conflictiva, el día del entierro de Sonsoles amaneció nublado, cubierto de una densa niebla, de una bruma opaca que parecía tapar todo el cielo como una cortina blanquecina que daba un aspecto fantasmal a la ciudad.

Yo me sentía muy cansada. Había pasado casi toda la noche junto al cuerpo de Sonsoles, con Clara y mis cuñadas. Unos ratos dormitábamos y otros rezábamos el rosario, ya mecánicamente. Rai estuvo conmigo buena parte de la velada, inquieto y sin parar de moverse, lo que yo achaqué a la escena que había protagonizado con su madre horas antes en la cocina. Sin embargo, en un momento en el que me quedé traspuesta, él y Antonio desaparecieron y, para el momento de ir en procesión hasta el cementerio, no había ni rastro de ellos.

Algo estaba pasando. Era evidente. No hacía falta ser muy listo para comprender que aquella carta contenía un secreto que había dejado a todo el mundo con la curiosidad a flor de piel. Rai, por su parte, se mostraba por completo desconcertado. Y yo, yo me sentía simple y llanamente fuera de juego. Le daba vueltas al asunto, pero siempre llegaba a un punto muerto, a un callejón sin salida. ¿Qué era lo que no podía contarnos al resto? ¿Por qué la abuela quería que solo lo supiera él?

No lo sabía, me pesaban los párpados, tenía la cabeza embotada y organizar toda esa comitiva hasta el cementerio requería toda mi atención, así que no pude dedicar mucho más tiempo a intentar descifrar los enigmas de los Jordá.

Salimos temprano de la casa de Murallas del Mar. Seguíamos el féretro con solemnidad y yo recuerdo haberme sorprendido por toda la gente que había congregado Sonsoles en su despedida.

A la entrada del cementerio, se escuchaba con fuerza el sonido de las cigarras y el ruido de nuestros pasos al marchar junto al ataúd. Nada más adentrarnos por los pasillos, sentí la misma sensación que me ha acompañado siempre en esos lugares, mezcla de paz y melancolía. En la ciudad de los muertos, inevitablemente sobreviene un pensamiento fugaz sobre la brevedad de la vida. Al ir viendo los nombres y apellidos grabados en las tumbas, uno piensa en las

personas que un día fueron, que se levantaron por las mañanas y que expresaron sueños, afectos y anhelos. Y ya todo eso es pasado, ya su tiempo se agotó. Resulta inquietante saber que algún día todo lo que somos y lo que hicimos en este mundo quedará sellado en una caja de madera o de algún material noble, en el ayer, fuera de la vista de aquellos que nos velan y cuyo tiempo aún es. Yo misma seré muy pronto uno de esos nombres tallados en una impersonal sepultura.

Atravesamos muchas tumbas, algunas muy antiguas y llenas de musgos o con las inscripciones borradas por el paso del tiempo; otras, las más recientes, aún con la tierra removida y pendientes de ser embellecidas por el marmolista.

Debo confesar que me gustan los cementerios, incluso en su estética. El de Nuestra Señora de los Remedios tiene ese halo romántico del siglo XIX, una atmósfera especial digna del mismo Tenorio, una de mis obras favoritas.

Fue el primer camposanto de la región, ya que antes se enterraba a los muertos en las iglesias, pero en épocas de epidemias esa opción no era nada recomendable, de modo que alguien pensó en esta alternativa fuera del centro, en un lugar algo más apartado. Para financiar el proyecto se buscó el apoyo de las familias importantes, quienes vieron en aquello la oportunidad de construirse imponentes panteones y mausoleos que habían de servir para que no se olvidara nunca su paso por el mundo. Los Jordá, los Torres, los Picó, los Stengre, los Pedreño, los Aguirre e incluso nosotros, los Aldave, teníamos nuestro panteón allí, y era precisamente el conjunto de todos ellos lo que le daba ese aire tan singular de ciudad silente.

El panteón de los Jordá, siniestro y lujoso, nos recibió con el alivio de quien espera que alguien vaya de visita de vez en cuando. Y, justo en ese momento, vi a Rai y a Antonio, a cierta distancia, caminando por el enorme pasillo central a grandes zancadas, hasta que llegaron a mi lado. Rai, ojeroso y descamisado, me pedía perdón sin necesidad de palabras, solo con una mirada de súplica desde sus ojos de cordero degollado.

Lejos de otorgárselo, lo castigué con mi indiferencia.

—Fuimos a hacer todas las gestiones del entierro —susurró justificándose.

Rai fue muy bueno en muchas cosas. Escribía y dibujaba bien, era un excelente marino y un padre maravilloso, pero mintiendo era un

desastre.

Yo no respondí porque no era el momento. O tal vez porque me distraje al ver, algo apartado, a un tipo siniestro y con el rostro oculto, que estaba atento al entierro de Sonsoles y que nos miraba desde la lejanía.

Creo que, cuando se supo observado, se escondió detrás de una escultura.

* * *

A partir de la muerte de Sonsoles y de que su misteriosa carta llegara a nuestras vidas, Rai y su hermano Antonio comenzaron a comportarse de un modo extraño. Iban y venían, apenas hablaban, lo cual en el caso de Antonio era especialmente preocupante porque mi cuñado siempre fue un tipo locuaz. Además de eso, Rai esquivaba mi mirada y estaba como ausente todo el día, encerrado en sí mismo, meditabundo y descentrado.

A veces venía a buscarle Antonio a nuestra casa casi al ponerse el sol y se marchaban los dos sin decir una palabra ni darme ninguna explicación. Rai se limitaba a anunciarme, mientras besaba mi mejilla, que llegaría bien entrada la noche y que no le esperara para cenar.

Yo, sin poder contener por más tiempo ni mi curiosidad ni mi indignación, exploté en una de las reuniones en la que nos juntamos en casa de Adela Mota para cocinar, y, después de una primera salida de tono, ya más tranquila, entre receta y receta, me atreví a sincerarme con ella:

—Está muy raro, Adela. Sale mucho y a veces viene muy tarde y se va directamente a la cama, sin apenas hablarme. Algunas, incluso llega cuando yo ya me he dormido —le dije.

No era yo muy dada a hablar de las cosas de mi matrimonio. Mi madre siempre insistía en que las cosas de la pareja debían quedar en la más estricta intimidad para no andar en boca de todos, pero, en esos días, lo cierto es que me sentía un poco perdida y no sabía a quién acudir.

—Bueno, mujer, la gente tiene maneras muy singulares de vivir el duelo. Rai siempre ha sido muy sensible y, con seguridad, la muerte de su abuela le ha afectado más de lo que él mismo es capaz de reconocer. Dale tiempo —dijo mi querida amiga ataviada con ese delantal que se ponía siempre para cocinar y que llevaba bordadas sus

iniciales. Mientras me tranquilizaba, rebozaba un poco de pescado.

Ella trataba de quitar importancia al asunto y yo se lo agradecí. Sin embargo, sabía que no se trataba de eso únicamente porque conocía bien a Rai. Con todo, como dicen algunos, Dios aprieta pero no ahoga. Quiero decir que, aunque lo pasé fatal en esos días, tratando de resolver el misterio, lo bueno es que no tuve que esperar demasiado tiempo para descubrir en qué consistían los enredos que ambos hermanos se traían entre manos, antes incluso de lo que me había imaginado y, por supuesto, de la manera más inesperada. La verdad llegó hasta mí nada más y nada menos que en una de mis visitas a la librería de Escarabajal.

La cuestión vino dada porque, debido a todo el trasiego de la muerte de Sonsoles, por primera vez desde que escribía no fui capaz de entregar a tiempo el relato de la revista. Cuando Nuño vino a casa, no tuve más remedio que despacharle con las manos vacías, prometiéndole que al día siguiente iría yo misma a la librería y le daría a don Horacio lo que fuera que hubiera escrito para entonces.

En efecto, así lo hice. Algo a disgusto conmigo misma por el retraso y, desde luego, completamente desvelada con todo el asunto de Rai, me pasé toda la noche trabajando y para la primera hora de la mañana pude tener algo digno de ser publicado. Con lo que no contaba yo, era con que en el momento en el que entré en la Escarabajal, el librero iba a estar acompañado. Con él había un par de caballeros a los que al principio no reconocí. Uno de ellos iba con el uniforme de oficial, pero parecía mayor y, como no se trataba de ninguno de los amigos de Rai, tampoco le presté mucha atención. El tipo, sin embargo, supo quién era yo nada más verme. Arturo Barbosa siempre sabía quién era cada persona.

—Doña Alba —dijo—. Cómo me complace encontrarme con usted de nuevo.

Su acompañante me miró con curiosidad.

—La señora de Guitián es una de mis mejores clientes —dijo orgulloso don Horacio—. Una de las más ávidas lectoras que he encontrado jamás —añadió y me hizo un gesto de complicidad—. ¿Verdad, doña Alba?

—No diga tonterías, Horacio —dije de un modo bastante cortante porque estaba sintiéndome muy incómoda.

—Mire, le presento al señor Benjamín Balboa, telegrafista en la

Armada y un muy buen amigo mío —dijo Barbosa ignorándonos a ambos.

Observé a Balboa. Era un tipo delgado, de facciones angulosas y nariz aguileña. No me hubiera causado mala impresión si no hubiese estado en compañía de Arturo.

—Encantada —me limité a responder.

Barbosa sonrió y cambió de tema.

—Oh, me alegra que tengamos ese amor por la lectura en común, doña Alba. Eso me confirma que es usted una mujer no solo bella, sino interesante, y lo que es mejor y más extraño, inteligente.

Ignoré su petulante comentario e intenté mostrarme fuerte y decidida, pero me resultaba complicado no sentirme amenazada por aquel hombre tan enigmático.

—El señor Barbosa tiene una colección de más de tres mil volúmenes, doña Alba. Podrían ustedes competir por quién devora más libros.

Arturo levantó las cejas, divertido. Era un tipo peculiar, sin duda, una persona de contrastes. Con el tiempo, llegué a comprender que podía resultar seductor y atractivo o provocarte el máximo rechazo al instante siguiente; podía resultar inapropiado y transgresor, pero, posiblemente, no habría un solo tema del que no tuviera una opinión sólida; su familia era pudiente, su ropa siempre estaba impecable y sus zapatos relucían, pero a sus amigos siempre los escogía de clases inferiores y estos solían tener una apariencia más desaliñada. Ese era Barbosa. Alguien que no podía dejarte indiferente.

Su amigo Balboa, por el contrario, era un tipo al que se le notaba una procedencia más humilde y un claro sometimiento hacia Arturo. Benjamín, que luego tuvo un papel muy destacado en los inicios de la guerra, era un gallego como Greg y como otros muchos de los que Arturo conoció en sus épocas en Ferrol, uno de tantos a los que sorbió el seso y llenó la cabeza de ideas revolucionarias. Ben Balboa fue el prototipo de seguidor incondicional de Barbosa, como Crisanto, Manuel Gutiérrez y otros a los que, desgraciadamente, tuve ocasión de conocer más tarde.

Arturo no me quitaba los ojos de encima y yo me sentía como si fuera uno de esos merengues de La Royal a punto de ser devorado. Mientras él disfrutaba intimidándome, yo desvié la mirada y entonces,

casi por casualidad, me fijé en los libros que había dejado en el mostrador. Eran tratados de filosofía: Nietzsche, Hegel y un tercero a cuyo autor no reconocí. Barbosa sacó la cartera para pagar y, dándose cuenta de mi repentino interés en sus lecturas, me advirtió:

—Doña Alba, en los tiempos que corren, uno debe formarse para poder ser crítico con las cosas que ocurren alrededor, ¿no le parece?

—Supongo —acerté a decir, desconcertada.

—Pues no suponga, porque así es —me respondió—. Le garantizo que la mayoría de la gente que anda por las calles, hasta los que se creen más finos y aristócratas que nadie, hasta el más distinguido de sus amigos o de los míos, apenas se ha instruido en el pensamiento crítico. Las opiniones de la mayoría son prestadas. Y eso resulta muy deprimente. Le hace perder a uno la fe en que el ser humano es mejor que cualquier animalillo de seso hueco. La cabeza se nos dio para pensar, ¿no cree?

Balboa asintió complacido y eso me irritó. No era más que su perro faldero. Ignorándolo, dirigí mi mirada solo a don Arturo.

—Lleva razón, señor Barbosa. Pero que la gente piense diferente a usted no debe hacerle pensar que son ellos los que salen perdiendo en astucia o intelecto.

No pude evitar decir aquello, a pesar de que ahora creo que no hubiera debido hacerlo. Arturo era arrogante y no podía soportar que alguien le llevara la contraria. Me miró por unos segundos y empezó a reír de forma despectiva. Admito que me turbaba con sus ojos penetrantes. Me hacía sentir como una chiquilla pequeña y vulnerable. Llegaría a odiar esa sensación, pero aún no había tomado conciencia de que él solía aprovechar ese efecto que causaba en las mujeres para cercarlas como un tigre acorrala a su presa.

—Me temo que, en efecto, salen perdiendo en ambas cosas. Cualquiera que no entienda que nuestra sociedad debe evolucionar en la medida en la que el mundo lo hace y que no acepte que la cultura y la educación son claves para el progreso de nuestro país tiene, en mi opinión, un serio problema de apertura de miras —dijo acercándose un poco más a mí.

—Puede ser, don Arturo, pero la mayoría de las veces acaban siendo ustedes, los progresistas, tan intolerantes y sectarios como las voces más rancias y conservadoras, por mucho que intenten disfrazar sus argumentos de bellos valores e ideales —respondí sin arredrarme.

Él me miró. Por unos segundos permaneció callado, como si estuviese sopesando qué decir.

—¿Sabe? Está usted bellísima, Alba Aldave —dijo finalmente. Me fijé en que esta vez había usado mi apellido de soltera y, si no recuerdo mal, a partir de ese día no volvería a llamarme de otra forma —. Dígale a su esposo que, si yo tuviera una mujer tan apasionante e inteligente como usted, no pasaría las noches en el Molinete.

—¿Perdone? —repliqué nerviosa y me di cuenta de que mi voz flaqueaba casi tanto como mis piernas. Di un paso hacia atrás.

—¿No lo sabe? Vaya, parece que a algunos solo les gusta hablar de mi afición por ese barrio, pero no soy el único que lo frecuenta, créame, Alba, yo no miento.

Debía tener yo la cara descompuesta porque Horacio Escarabajal salió de su mostrador y consideró necesario intervenir.

—Alba, venga conmigo. Tengo alguno de los volúmenes que me encargó detrás, en la trastienda —dijo.

Barbosa, divertido, sacó un valioso reloj de leontina del bolsillo de su chaqueta y, sonriendo, exclamó:

—Van a tener que disculparnos, señores. Nos esperan en otro sitio.

Entonces, tras hacer un gesto con la cabeza a modo de despedida, salieron ambos de la librería dejándome conmocionada. Escarabajal se había situado a mi lado y tuvo que sostenerme en brazos porque vio que me desvanecía.

¿El Molinete? ¿Era ahí donde Rai pasaba las tardes y las noches? Quise que me tragara la tierra. De todas las cosas que se me habían pasado por la cabeza, esa era la única que no había sopesado.

—¿Se encuentra bien, doña Alba? Le traeré un poco de agua —dijo acomodándome en una silla.

—No se preocupe, Horacio. Estoy bien. Solo necesito un poco de aire.

Pero no estaba bien en absoluto. Iba a matar a Rai.

* * *

Hablar del Molinete significaba hablar de lo prohibido, de un lugar maldito lleno de personajes pintorescos más propios de la literatura —de los barrios bajos de Baroja o del mundo gitano de Lorca— que de la sociedad cartagenera en la que yo me había movido toda mi vida. El periodista y escritor Mariano José de Larra dijo una vez que «en el Molinete, cuando la marea sube, la conciencia baja».

Pero, tal vez porque sabía que, a escasos metros de las mejores calles de la ciudad, de las Puertas de Murcia, de la glorieta de San Francisco o de la calle de la Caridad, la delincuencia y el pecado campaban a sus anchas, sentía una mezcla de espanto y de secreta atracción por aquel arrabal.

En efecto, ese barrio, antes conocido como cerro de Asdrúbal, estaba compuesto de casas irregulares y estrechos callejones sin adoquinar a los que el alcantarillado aún no había llegado, lo que le daba un aspecto todavía más lúgubre. Estaba situado en una colina en la que convivían clases humildes y trabajadoras con taberneros y meretrices como la famosa Caridad la Negra, u otras como la Cañí, la Lola, la Espuma, Paca la Monja, o la Globo, que salían cada noche a la caza de soldados o marineros a los que ofrecer calor y compañía a cambio de unas monedas. Otros excéntricos personajes como el Cachuli, el Espadero o el Gorro completaban el panorama.

Lo más curioso, tal vez, es que, en aquel puritanismo imperante en los tiempos de Primo de Rivera, aunque todos conocíamos que ese mundo existía, nadie hablaba de lo que allí ocurría. De hecho, las mujeres como yo, de buena familia, estábamos convencidas de que jamás traspasaríamos la frontera entre nuestro mundo y el que reinaba en aquellas exóticas callejuelas y en sus tabernas o cafés cantantes. Estos últimos eran amplios establecimientos con reminiscencias francesas y cierto deje cabaretero, en los que se cantaba, se bebía y se ofrecían espectáculos de lo más diverso.

Descubrir que mi esposo andaba vagando por ese sucio lugar cada noche, con el riesgo de ser detenido y de convertirnos en la comidilla de toda la ciudad, hizo que una especie de pánico se apoderase de mí y decidí, como no podía ser de otra manera, tomar cartas en el asunto.

19

«Cuanto más secreta o injusta es una organización,

más miedo y paranoia inducen las filtraciones en su liderazgo».

Julian Assange

La mañana del día en que le puse los puntos sobre las íes a Rai, estaba sentada en la cama subiéndome las medias y pensando furiosa en lo que Arturo Barbosa me había desvelado. ¿Por qué no me lo había contado? Había confiado en Antonio y me había mantenido al margen, tal vez para protegerme o tal vez porque sabía que era algo que yo no aprobaría. Por amor de Dios, ¿cómo iba yo a aprobar que estuvieran noche tras noche zascandileando por aquel barrio de mala muerte? Nadie en su sano juicio hubiera estado de acuerdo con algo como aquello. Mientras me arreglaba con esmero las costuras de los pantys para que estuvieran perfectamente colocadas en su sitio, le daba vueltas al asunto y me iba poniendo cada vez más enfadada.

Candela me interrumpió al entrar en la alcoba.

—Señora, voy a ir vistiendo al pequeño Rai. ¿Tiene pensado algo especial para la ocasión?

—Sí, ponle por favor la capotita blanca y el traje de marinerito, el que le regaló mi madre. Le agradará ver que lo lleva.

—Descuide —dijo ella, y se marchó diligente a cumplir mis instrucciones.

Yo seguí vistiéndome. Cogí del ropero un elegante vestido azulón con una flor prendida en uno de los lados. Era de color blanco, como los puños y el cuello. Aún me estaba un poco estrecho en la cadera. No había recuperado mi peso después del embarazo, pero era algo que no pensaba demasiado, quizás solo cuando me tenía que arreglar, como aquel día. Desde el nacimiento de Rai hijo, no íbamos a demasiados acontecimientos; nuestra vida social había quedado bastante reducida a la nada, así que no me atormentaban mucho los kilos de más.

Después de coger el bolso y unos guantes de cabritilla a conjunto con el resto del atuendo, salí a la sala y, desde el salón, sentada en el sofá, me dediqué a mirar el péndulo del reloj de pared sin dejar de mostrar mi impaciencia.

—No sé dónde se ha metido, en serio te lo digo, Candela —le dije a mi pobre sirvienta, que no respondió—. Llegaremos tarde. Dice que va a hacer un recado y desaparece, no hay derecho, esto ya pasa de castaño a oscuro.

Me levanté con brusquedad. Busqué algo útil para hacer y solo se me ocurrió arreglar las vestiduras del carro de paseo del bebé. Pero cuando apenas había empezado, puse una mueca de enfado y decidí que ya estaba bien.

—¿Sabes qué? —le dije a Candela—. Nos vamos. Si quiere, que nos busque en el restaurante. No voy a llegar tarde el día del homenaje de mi padre.

Candela me obedeció sin chistar y las dos salimos tomando la calle Comedias y avanzando por la calle Mayor hasta la Palma, donde era el acto en honor a mi padre.

El restaurante, la Palma Valenciana, era un lujoso establecimiento con dos impresionantes comedores en la primera planta en los que, a menudo, se celebraban eventos. Además, los banquetes siempre se amenizaban con música en directo. Una leyenda cartagenera afirmaba que el maestro Álvarez, compositor de *Suspiros de España*, había tocado en sus salones, pero, aunque ni Baltasar ni su hijo, al frente de la Palma, habían desmentido eso jamás, mi padre me contó una vez que era imposible. «Esto, cuando Álvarez vivía, era una cervecería», me explicó; pero, a pesar de todo, siempre me gustó imaginar al maestro en aquellas estancias refinadas y magníficas tocando la bella pieza.

—Hola, mamá —dije sonriendo al llegar, mientras me quitaba los guantes y trataba de dejar el carrito de Rai en una zona donde molestara lo menos posible.

—Cariño, por fin, pensé que no llegaríais nunca —dijo mi madre sonriendo.

—Estás muy guapa —respondí yo tratando de cambiar de tema. Rai seguía sin aparecer y mis padres no tardarían en preguntar por él.

—Gracias, me ha regalado Baltasar este buqué de flores, ¿no es divino? —exclamó ella.

—Maravilloso —dije yo sin prestar mucha atención.

Enseguida vi a mi padre al fondo del salón. Estaba con un grupo de soldados del Regimiento fumando un puro y con una copa en la mano. Había mucha gente y toda la sala estaba dispuesta con mesas para dar de comer a un montón de comensales que habían querido acudir al evento.

—Tu padre está en su salsa, hija —dijo mi madre mirándole con cariño.

Era verdad, papá se mostraba encantado. Ese día, sus compañeros del Cuerpo le homenajeaban por sus actuaciones en la guerra de Marruecos por las que había sido condecorado, pero sobre todo por su reciente ascenso. Nadie había querido perdérselo y mi padre estaba encantado al ver que tantos lo arropaban en ese momento tan especial.

De pronto, como surgido de la nada, apareció Rai, subiendo a grandes zancadas las escaleras hasta el primer piso. Sentí tanta rabia al verlo llegar tarde, apresurado y con el pelo y el atuendo algo desastrados, que apreté los puños y le dediqué una mirada que solo él pudo captar.

—Me he retrasado en el Arsenal con algunas gestiones, disculpad la tardanza —dijo sin atreverse a sostenerme la mirada.

—Claro —contesté yo furiosa.

No seguimos hablando porque, en ese momento, mi padre se acercó y nos saludó con efusividad, repartiendo abrazos a diestro y siniestro.

—Cuánto me alegra que hayáis venido, hija —dijo visiblemente emocionado.

—Pues claro, papá, qué tontería. No nos lo hubiéramos perdido jamás —respondí yo tratando de que mi voz sonara suave y no se notara el enfado que me dominaba por completo.

Rai felicitó también a mi padre por su ascenso, pero enseguida le reclamaron algunos compañeros del Cuerpo y vimos cómo se iba a hablar con unos y otros. Mi madre se puso a hacer monerías al bebé y nosotros dos nos quedamos allí pasmados en un silencio un poco violento.

Por suerte, casi de inmediato empezó a servirse el almuerzo. Los camareros aparecieron con bandejas repletas de entremeses y todo el mundo fue ocupando su sitio en las mesas. Luego se sirvió el menú: delicias de pollo con ensalada de langosta en salsa mayonesa y el postre estrella de la casa, un surtido de helados de todos los sabores: turrón, caracas, fresa, chocolate y, por supuesto, mi favorito, el de *biscuit*.

Sin embargo, a pesar de que todo estaba delicioso, yo apenas pude probar bocado. Cuando se sirvieron las macedonias de frutas y la bizcochada de la casa, me excusé y me fui al aseo, donde estuve un rato sentada pensando en que era lo que debía hacer en relación con las excursiones furtivas de mi esposo y sus engaños. No podía quitarme de la cabeza la idea de Rai y su hermano, los dos vagando por el Molinete, de noche, entre truhanes y prostitutas, en aquellas sórdidas tabernas llenas de borrachos.

«Tal vez te precipitas», me dijo una vocecita interior.

«O tal vez no», respondí yo en voz alta sin poder evitarlo.

Cuando salí, me di cuenta de que había estado un buen rato ausente, encerrada en el excusado y de que, por poco, no me había perdido el discurso del comandante Nevado. Por fortuna, llegué a tiempo para el brindis y para los vivas y elogios que todas las tropas le dedicaron a mi padre.

Ajeno a mis preocupaciones, este se mostraba completamente feliz.

* * *

Cuando salimos de La Palma unas horas más tarde, comenzamos a caminar los dos solos por la calle Mayor, ambos en silencio y yo con cara de funeral. Había mandado a Candela con el bebé a casa más temprano, casi a los postres, porque el crío comenzaba a tener sueño y me pareció sensato que hiciera la siesta en un lugar más tranquilo y no con todo aquel jaleo de la fiesta. Al poco rato de echar andar, viendo que él no articulaba palabra alguna, no tardé en explotar.

—¿Me vas a decir en algún momento en qué andas metido? —le recriminé.

—Alba, estás empezando a comportarte como una paranoica —respondió.

—Mira, Rai, no me lo cuentes si no quieres, pero haz el favor de no tratarme como si fuera una idiota —bufé y empecé a caminar más rápido dejándole atrás.

Le escuché correr detrás de mí, rogándome que lo esperara. Al final me alcanzó y asió mi muñeca. Yo quise zafarme, pero me tenía cogida con fuerza y tampoco era cuestión de montar un escándalo en plena calle.

—Vamos, Alba, para ya. Está bien, te lo contaré todo —dijo mirándome con ojos suplicantes.

Sin embargo, no pudimos continuar la conversación porque Adela Mota se acercó por detrás y nos sorprendió a los dos. Venía pletórica.

—Qué bien encontraros. Quiero que seáis los primeros en saberlo. Víctor me ha pedido que me case con él.

Yo hice lo único que podía hacer. A pesar de mis contradicciones internas y de que seguía furiosa con Rai, abracé a mi amiga y la felicité de todo corazón.

—Oh, Adela, vas a ser muy feliz… —exclamé.

—Enhorabuena —dijo Rai sin dejar de mirarme.

Con la llegada de Adela y su buena nueva, nuestra conversación se interrumpió y estuvimos celebrando con ella ese momento tan especial, dejando aparcados temporalmente nuestros conflictos. Me temo que tuvimos que esperar hasta la noche para volver a estar los dos solos, ahora sí, ya en nuestro dormitorio, y con la intimidad suficiente como para poder hablar sin que nadie nos escuchara.

—Quino está vivo, Alba —dijo Rai de sopetón.

Al oír aquello, creo que suspiré con hastío y resignación, luego me coloqué un tirante del camisón algo díscolo y, finalmente, me senté en la cama, completamente dispuesta a escuchar, pues estaba convencida de que, tras aquella afirmación inesperada, tenía que haber, sin ninguna duda, una buena historia. De modo que esperé a

que él continuara hablando. Así que ese era el misterio que, con tanto celo, había escondido Sonsoles, pensé. Lo había escrito en la carta para que su secreto no se fuera a la tumba con ella y también porque esa era la única forma de cuidar a aquel hijo suyo que tantos disgustos le había dado. Muerta ella, solo Rai podía ocuparse de que Quino estuviera bien.

Pobre Sonsoles. No podía evitar que me diera lástima. Siempre aparentando ser dura y estricta, la verdad es que se pasó media vida sin saber entenderse con sus hijos y, sin embargo, los quería a los dos. Ante la muerte, ella solo pensaba que no podía irse sin asegurar el bienestar de ambos. El de Clara, dejando un sucesor que administrara su patrimonio y respecto al de Quino, velando porque se mantuviera con vida a pesar de todo. En los dos supuestos, necesitaba a alguien de confianza que protegiera a sus vástagos de sí mismos. Ese alguien era Rai.

Por otro lado, que Quino viviera, al menos para mí, no debía haber sido tanta sorpresa. En realidad, yo podía haber atado cabos, pues había visto a aquel hombre inquietante y perturbador en el cementerio y no se me ocurría personaje más siniestro que aquel hijo dado por muerto. Poco probable sí, pero plausible.

—La última voluntad de Sonsoles era que yo continuara cuidando de Quino. Lo dejó todo previsto. Me dijo dónde encontrarle y me encomendó que, mes tras mes, le pagara una asignación y velara por su bienestar.

—¿Y se puede saber por qué no me lo dijiste? —pregunté yo haciéndome la ofendida.

—Porque pensé que no lo entenderías.

Di un golpe a las sábanas con el puño, furiosa.

—Y cómo yo no aprobaría que te fueras cada noche al peor suburbio de la provincia, ¿mejor me lo ocultas? ¿Es esa la clase de relación que quieres que tengamos, Rai?

Me tumbé mirando en dirección contraria, dándole la espalda.

—No te pongas así, mujer —suplicó este y entonces yo volví a sentarme en la cama de nuevo, dispuesta a dejar las cosas claras.

—Claro que me pongo así. No me gusta que me trates como una menor de edad a la que hay que sobreproteger.

—No es tan simple, cariño. En realidad, yo no quería nada de esto, Alba. Me conoces. Por mí, hubiera roto la carta y hubiera seguido con mi vida. Al fin y al cabo, para todos nosotros, Quino murió hace muchos años. ¡Qué sencillo y tentador hubiera resultado quemar aquel papel y seguir como si nada! Pero, al final, no pude olvidarme del hecho de que Sonsoles me ayudó cuando la necesité aquella Navidad, y algo en mi conciencia insistió en que no podía dejarla en la estacada. Así que le pedí a Antonio que me ayudara. Como ves, no tuvo nada que ver contigo.

Puse todavía un gesto mohíno, pero quería saber más, de modo que le pedí que siguiera explicándome lo sucedido.

—Yo estaba bastante conmovido al descubrir que mi tío aún vivía. Cuando lo apuñalaron y lo quemaron vivo, todos dimos por cierta la noticia de su muerte, pero, al parecer, Sonsoles consiguió que trasladasen el cuerpo a un centro, donde su médico, Salmerón, lo atendió día y noche durante semanas. Con muchos cuidados y tras varias intervenciones, lograron salvarle la vida. Le quedaron muchas cicatrices en el rostro, pero al menos su corazón latía y podría llevar una vida más o menos normal. La abuela no se separó de su hijo hasta que tuvo la certeza de que estaba fuera de peligro. Cuando Quino recuperó la conciencia, hablaron largo y tendido y ella se comprometió a pasarle una renta mensual a cambio de que él le diera noticias de vez en cuando de que estaba bien. Ahora que yo también soy padre, entiendo que, a pesar de todo, de la vida que ha llevado mi tío Quino, es en el fondo su hijo pequeño y creo que también su predilecto. No soportaba la idea de perderlo de nuevo.

—Sí, supongo que tienes razón —dije yo.

—Después del accidente —continuó Rai—, Quino regresó al Molinete. Debió dar muchos tumbos, al menos durante un tiempo, pero luego poco a poco se tranquilizó y se puso a trabajar como pianista en un lugar llamado Trianón. Ahí fue donde fuimos a buscarlo Antonio y yo por indicación de la carta de Sonsoles.

—¿Y lo encontrasteis? —pregunté yo verdaderamente intrigada.

—No, que va. El dueño nos dijo que había trabajado allí y que era el mejor pianista que había conocido, pero que, al final, había empezado a meterse en líos y lo había tenido que echar. Otra vez asuntos de faldas, al parecer. Al tipo se le agotó la paciencia. «Vuestro amigo, el Perlas, que es como se le conoce aquí en el Molinete, es un buen músico, pero me temo que es de esas personas que tontea con la

muerte para ver si un día esta se decide a quitárselo de en medio. Hay gente así, gente que vive volcada en buscar su propia destrucción. Y, entre medias, convierten en mierda todo lo que les rodea. Yo no quiero a alguien así en mi local», nos explicó.

—Así que le llamaban el Perlas… —dije yo fascinada. Siempre han despertado mi curiosidad todos esos apodos de los personajes marginales del Molinete. En el fondo, que Quino tuviera su propio mote era como la culminación de su empeño por huir del universo que le correspondía por razones de cuna, al inframundo a cuya puerta había ido llamando con tanta insistencia.

—Sí, el hombre nos dijo que todo el mundo conocía a Quino porque, desde que llegó por primera vez al Molinete, llamó inusualmente la atención. Lo hacía aquella sed con la que bebía, sus ganas de vivir la noche, su apasionamiento en el juego, su ardor con las mujeres y, como no, una enorme bolsa de joyas que debió robarle a la abuela y en la que guardaba un enorme collar de perlas salvajes que le valieron el apodo y con las que invitó a todo el Molinete a beber gratis.

—Vaya historia… Pero, al final, el del Trianón, ¿os dijo dónde encontrarlo?

—Después de aflojar bastante dinero, el tipo nos indicó que tal vez podríamos encontrarlo en el café cantante conocido como La Puñalá.

—¿Y fuisteis? —pregunté con impaciencia.

Rai asintió.

—En efecto. Allí lo encontramos. Al fondo, en la barra, estaba el pobre desgraciado. Y nada más presentarnos se puso muy tenso, casi violento. Estaba bebido y completamente desharrapado. De muy malos modos nos amenazó, dijo que no quería saber nada de nadie de la familia, y nos ordenó que lo dejáramos en paz. Pero entonces yo mismo le dije lo de la muerte de Sonsoles, y te juro, Alba, que vi una mirada terrible de desolación en sus ojos.

—No me extraña. Su madre era su tabla de salvación en medio de su deriva. Yo creo que vio en la muerte de ella la suya propia.

—Supongo. Yo intenté decirle que nosotros lo ayudaríamos, pero nos echó de allí sin miramientos y se puso tan alterado que al final nos fuimos. Tampoco era cuestión de montar un escándalo.

—¿Os marchasteis? —dije yo sorprendida.

—Claro, no podíamos hacer otra cosa.

—Y entonces, ¿por qué sigues yendo casi a diario por allí?

Rai me miró fijamente. Sus ojos, surcados por unas profundas ojeras, denotaban su cansancio.

—Porque Quino se arrepintió y salió a buscarnos.

* * *

Cuando se marchaban, Rai y Antonio escucharon la voz de su tío en la espalda y, al girarse, vieron cómo este caminaba hacia ellos haciendo eses y con la mirada totalmente perdida. Tenía un aspecto terrible. Necesitaba un baño, un afeitado, un corte de pelo, varias raciones de lentejas y dormir unos cuantos días. Rai pensó que estaba acabado.

—Tengo algo que deciros. Algo que, sin duda, habrá de interesar a dos miembros importantes y reputados de nuestra Armada —les dijo al llegar a su altura y luego se rio emitiendo un sonido parecido a un rebuzno.

Le costaba expresarse, pero eso no impedía que se mofara de ellos. Antonio se dio cuenta enseguida y lo miró con desprecio, pero Rai, que siempre fue más cándido, sonrió complacido y lo animó a hablar:

—Claro, tío. Tú dirás.

Para él era una buena señal que ahora se dignara a conversar con ellos. ¡Qué más daba que lo hiciera con ironía y hasta con burla! Minutos antes se había cerrado en banda. Habían logrado un avance y debían aprovechar su buena predisposición antes de que se arrepintiera.

—Entonces nos habló de una conspiración muy grave, algo a gran escala, a nivel nacional —me explicó Rai.

—¿De una conspiración? —dije con extrañeza.

De todas las cosas que Quino podía haberles contado a esos dos, la última que yo hubiera esperado era esa.

Rai se encogió de hombros.

—Dice que en La Puñalá ha empezado a tener contacto con hombres muy importantes, gente poderosa. Alba, afirma que anda metido en una de las logias masónicas más influyentes del momento. Y jura y perjura que se está cociendo algo muy gordo.

—¿Y tú le crees?

Rai asintió convencido y luego continuó su explicación.

—Quino asegura que en el Trianón conoció a un tal Luciano, Luciano Noguera. Según él, es un tipo que a veces bebe tanto que llega a perder el conocimiento. Otro pobre diablo, supongo. Este le daba unas monedas a mi tío para que, en esos momentos bajos, se ocupara de él y lo llevara a su casa a dormir la mona. Al parecer, poco a poco se hicieron amigos y un día Noguera lo invitó al prostíbulo de moda, la casa de Rosa la Pilatos. La llaman así porque se lava las manos ante todo lo que ocurre a su alrededor. Dicen que ella es discreta y que sus muchachas son limpias y complacientes, razones suficientes para que siempre tenga el sitio lleno. Con Noguera, comenzó a frecuentar aquel antro cada noche y, así, conoció a los amigos de este. Un día le habló de la logia y le presentó al Gran Maestre de la Orden y a algunos de los hermanos y, un tiempo después, terminaron por proponerle unirse a ellos.

—Pero ¿qué pinta un pobre desgraciado como tu tío en una logia?

—Pues supongo que, igual que se dice que el Chipé ayuda a Unión Patriótica, estos también necesitarán manos que hagan el trabajo sucio. Es la única explicación que se me ocurre.

Asentí. En efecto, en Cartagena, todo el mundo conocía al Chipé. Las leyendas rodeaban a aquel gitano que, igual que otros muchos delincuentes de poca monta, también solía pasearse por el Molinete. Eran dos las cosas que lo habían hecho famoso: el rumor de que había matado a su cuñado a cuchilladas por pegar a su hermana y el de que era el protegido del mismísimo Alfonso Torres. Supongo que hasta las personas más respetadas y conocidas tienen muertos en el armario.

—Cuando le propusieron aquello, le prometieron la protección de toda la organización. Le garantizaron que, como hermano que sería de todos ellos una vez fuera admitido en la logia, no volvería a estar solo y no le faltaría nunca de nada, ni siquiera un buen trago.

»Él no lo pensó demasiado. Aceptó y le citaron al día siguiente en la calle Sambazar, en el número siete. Es una callejuela secundaria, de poco tránsito, cercana a la glorieta de San Francisco. Quino dice que

en el segundo piso está el templo y que, cuando llamas, tienes que decir una contraseña para poder entrar. Nos contó a Antonio y a mí que esa noche de su ingreso estuvo a punto de sufrir un infarto de la impresión que le produjeron todos aquellos extraños rituales a los que fue sometido.

»Tenía que dar tres toques en la puerta al llegar. Era la señal convenida. Lo hizo y, al poco tiempo, le abrió un tipo encapuchado, al que los demás llamaron luego el Hermano Terrible. Dice que su aspecto asustaba y que sintió ganas de huir, pero ya no podía echarse atrás sin ofender a los que lo habían invitado. De modo que se dejó conducir al interior del inmueble, aunque antes le vendaron los ojos y tuvo que avanzar a tientas. Después de andar unos pasos, le dejaron en una estancia que llamaron «la cámara de las reflexiones». Allí debía contar hasta diez antes de retirarse la venda. Empezó entonces una ceremonia muy compleja que Quino no podía recordar del todo, pero en la que, al parecer, tuvo que escribir un testamento filosófico de su vida. ¡Pobre diablo! ¿Te lo imaginas, Alba? Mi tío escribiendo un testamento filosófico. Él, que ha sido un tarambana siempre. ¿Qué testamento podía hacer?

»Quino, cosa rara, asegura que estaba sobrio aquella noche. Dice que respetaba y temía a esos hombres porque eran poderosos y no quería meterse en problemas con ellos yendo borracho a su primera tenida de masón. Pero nos explicó que, cuando se vio en aquella sala pintada de negro, sin ventanas y con una advertencia escrita en la pared que rezaba «si estás aquí solo por curiosidad, vete; si eres cobarde, huye antes de que sea tarde; si eres hipócrita, tiembla. Porque aquí serás descubierto…», pensó que necesitaba una copa. Le sudaban las manos y el corazón le latía demasiado rápido. Sentía que estaba en peligro, que una amenaza sobre él flotaba en el aire.

»Como pudo, rellenó el testamento y contestó por escrito a las preguntas de un cuestionario que le dieron. Luego los hermanos encapuchados le pasaron a una sala y le leyeron las preguntas en voz alta. Con la boca seca y las manos temblando por el *delirium tremens*, mi tío trató de contestar. «¿Qué se debe el hombre a sí mismo? ¿Qué debe a sus semejantes? ¿Qué le debe a Dios?», le preguntaron. «No soy hombre de fe», fue todo lo que acertó a decir. Y con la escasa lucidez que le quedaba, añadió: «Sin embargo, puedo ver algo espiritual aquí, entre vosotros».

»Fue suficiente para que lo aceptaran. Así que, después de aquello, lo sometieron a varios ritos de iniciación; primero, lo despojaron de metales y de otros objetos personales para simbolizar el

desapego a lo material. Luego, le hicieron caminar con los ojos vendados por una estancia para que solo el poder de su pensamiento le guiara en medio de las penurias del mundo. Después, le lavaron las manos con agua para purificarle y, más tarde, le acercaron los dedos a la llama de una vela para que abrazara el calor y el fervor que encontraría con sus hermanos masones. Por último, pronunció el juramento masónico, y fue entonces cuando sus nuevos hermanos le pusieron la ropa de la logia, el mandil y esas cosas que usan.

»Quino nos confesó que, a pesar de lo perturbador que fue todo, sintió cierta alegría de pertenecer a algo, de no estar tan solo y de tener un propósito colectivo con otros iguales. Acababa de dejar de ser un proscrito.

—Vaya —dije impresionada por todo lo que Rai me había relatado acerca de los ritos iniciáticos de los masones que yo desconocía por completo—. Lo que no entiendo es por qué tu tío os ha contado todo esto. Se supone que lo que ocurre en esas sectas es secreto, bajo pena de muerte incluso.

—Bueno, él dice que empezó a ir a las tenidas y que, al principio, solo tuvo que hacer algunos encargos para ellos. Sobornos, espiar a algunos políticos, vigilar para ellos y cosas así. Nada demasiado grave o ilegal. Pero, poco a poco, se ganó la confianza de los jefes y empezaron a hablar de algunas cosas de más calado delante de él. Así es como se fue enterando de sus secretos.

—¿De la conspiración? —pregunté atando cabos.

—Así es, de la conspiración.

* * *

En este punto de su historia, Quino empezó a contarles algunos planes de la hermandad. Comentó que esta organización estaba liderada por el Gran Maestre, al que todos temían y respetaban.

—Su nombre en clave es Javert. Él dirige la logia. Quino nos advirtió que no habláramos de esto con nadie, porque dice que hay muchos del Ejército y de la Marina metidos en la hermandad, gente desencantada con la Dictadura de Primo de Rivera por lo de las reformas de las recompensas a los militares y por todos los bandazos que ha dado en relación con la guerra en el norte de África. Dice que los mismos que lo encumbraron son los que hoy quieren cargárselo. Y que, en la logia, se han propuesto hacerlo definitivamente.

—¡Pero eso es muy fuerte! —exclamé yo.

—Eso mismo le dijo Antonio —respondió Rai—. Y Quino asintió y nos contó que la mayoría de los hermanos no conocen los secretos más importantes. Los miembros de los grados inferiores solo son adoctrinados con todas esas ideas típicas de la Ilustración. Ya sabes, lemas como el de «Libertad, Igualdad y Fraternidad». Leen muchos libros y los jefes les imparten disertaciones sobre la lucha contra las desigualdades y los privilegios. Solo los grados más altos conocen los verdaderos planes que tienen, muchos relacionados con política. Hay miembros importantes que tienen aspiraciones en ese ámbito y se justifican diciendo que alguien debe liderar el cambio social.

»Por supuesto, mi tío no era un grado alto ni debía acceder a los secretos importantes, pero su exceso con la bebida y sus siestas habituales en las reuniones hicieron que pronto Javert y los demás pensaran que no se enteraba de nada y dejaran de verlo como alguien de quien proteger la información.

» «Pero yo, por muy borracho que vaya, me entero de todo, y así descubrí no solo sus intenciones, sino las rencillas y luchas internas entre quienes quieren mandar y ocupar los grados más altos y aquellos a quienes deben destronar para poder hacerlo. Javert se ha quitado de en medio a su antecesor, el venerable Da Vinci, pero vive con la congoja de que otro le haga lo mismo a él, y por eso me utiliza para que le prevenga contra algún posible traidor. Todas las semanas, algún hermano despechado por las traiciones de otros presenta la plancha de quite, y busca otras logias paralelas en las que comenzar de nuevo», nos explicó Quino con gravedad. También nos dijo que, al estar cerca de Javert, supo que la logia mantenía contactos importantes a nivel nacional, especialmente en el norte de España. Toda esa red de influencias es posible porque muchos de sus miembros son marinos que van de barco en barco y de puerto en puerto, por lo que pueden reunirse en distintos lugares e ir sumando nuevos afectos a la causa por todo el territorio.

»Fue el propio Noguera quien ayudó a Quino a terminar de encajar todas las piezas. Sabía que se tramaba algo contra el Gobierno y que era un plan a gran escala, pero no sabía cuál, de modo que interrogó a su amigo cuando los dos estaban borrachos, y este acabó contándole todo…

—Por Dios, dime de una vez cuál es ese propósito vil que tiene la maldita logia… —imploré.

La mirada de Rai me alertó. Estaba preocupado de verdad.

—La logia en la que están metidos se llama Moby Dick. Quino dice que al supuesto plan que se traen entre manos los propios masones lo llaman «la caza de la ballena». ¿Sabes lo que quiere decir eso?

—La caza de la ballena… —repetí en voz alta—. No, no tengo ni la menor idea —añadí.

Había leído a Melville y conocía la obra *Moby Dick*, pero desconocía qué podía tener que ver su libro con las logias y ese extraño mundo marginal en el que nos habíamos sumergido de repente, sin quererlo ni beberlo.

—Muy fácil. La ballena es don Alfonso.

—¿Torres?

—No, el rey.

* * *

Si Quino tenía razón, la red conspiradora estaba ya por buena parte del territorio nacional y, dado el desgaste del Directorio, no era descabellado pensar que hubiera un golpe de Estado o una revolución como la Gloriosa de 1868, la francesa, o la más reciente, la rusa. En el peor escenario podía tratarse de algo incontrolable y violento, un estallido social como otros que han ocurrido a lo largo de la historia en repetidas ocasiones. Algo que llevara al cambio de régimen. Eso era, más o menos, lo que había venido a insinuar.

Rai me habló de una reunión secreta en San Sebastián. Dijo que los masones habían sabido unir las posiciones de grupos en principio muy alejados, dando cabida a comunistas y sindicatos a fin de hacerse más fuertes. En aquel encuentro, se habían ido fijando los pasos que se darían para lograr esa extraña caza de la ballena que perseguían.

Sin embargo, algo dentro de mí no me dejaba seguirle con claridad. Algo no me encajaba del todo.

—Rai, todo lo que cuentas es terrible, pero perdona que insista otra vez. ¿Por qué Quino os ha contado eso? Entiendo que quiere que vosotros lo impidáis de alguna forma, pero ¿acaso no dijo que la traición en la logia se paga con la muerte? No sé qué puede llevarle a ponerse en una situación tan delicada confiando en vosotros. Apenas

os conoce y no creo que a tu tío la Monarquía le preocupe demasiado.

—Pues la respuesta es muy sencilla y terrenal. Se trata de lo mismo que lleva toda la vida guiando sus decisiones.

—¿El qué?

—El amor.

—¿Cómo? —dije yo completamente perdida.

—Sí. A ver, Alba, cuando Quino nos relató su historia, nosotros nos preguntamos lo mismo que tú. Que por qué demonios lo hacía. Mi tío nos despreciaba, no había ninguna razón lógica para que nos contara uno de los secretos de Estado más importantes de nuestro tiempo, asumiendo el riesgo de que descubrieran que se había ido de la lengua. Antonio y yo no somos tan idiotas como para no escamarnos y sospechar que había gato encerrado.

»Mi hermano, ya le conoces, lo agarró con fuerza y le amenazó con denunciarlo a los somatenes si no nos explicaba qué pretendía al confesarnos todo eso. Entonces, mi tío, que apenas reaccionó ante la violencia de Antonio, se limitó a pedir un trago. «Tengo sed», repetía. «No puedo seguir hablando si no me dais de beber».

»Se había cerrado en banda y sudaba como un gorrino, de modo que, al final, pensando que si le daba lo que pedía desbloquearía la situación, fui yo mismo a pedir un güisqui a la barra de La Puñalá, Alba. Nada más entrar, noté que todos me miraban. Cualquier cara desconocida es observada con recelo en un lugar así. A pesar de la escasa iluminación, pude ver algunas caras conocidas y eso me asustó. Si yo podía verlos, ellos también a mí. Temí que corriera el chisme y que tú te enteraras de mi excursión al Molinete, así te lo digo. De modo que salí tan deprisa como pude. Afuera, mi tío se bebió todo el contenido del vaso de un trago.

»Tardó unos segundos en continuar hablando. Estaba agotado y yo creo que buscaba la forma de seguir su relato. Pareció pensar unos segundos cómo ordenar sus ideas y, cuando por fin retomó la narración, se remontó de nuevo a sus primeras visitas al tugurio de la Pilatos. Nos habló de una gitana, la Carmela, que no llevaba demasiado tiempo en la casa de lenocinio pero que había aprendido rápidamente las habilidades más increíbles del oficio. Quino, con la mirada perdida, nos describió a la muchacha como un poeta lo haría con su musa. Se recreó en el negro azabache de sus ojos, en sus labios carnosos, la melena rizada y salvaje que le caía sobre los hombros y en

las transparencias que insinuaban unos generosos pechos que eran como fruta madura y unos muslos interminables con los que…

—Rai, por Dios —dije yo tapando con las sábanas mi cuerpo, presa de un repentino pudor.

—Te lo cuento como lo contó él —dijo él poniendo una mueca de disgusto—. Primero dices que no te cuento nada y cuando te doy los detalles también te parece mal. Chica, aclárate.

—Bueno, venga, sigue —respondí impaciente, ya que solo quería que retomara el hilo de la historia.

—Pues al parecer, la tal Carmela no solo tiene un cuerpo que invita a pecar de obra, de pensamiento y de omisión, sino que va contándole a todo el que le quiera oír que su marido está en la cárcel por matar a un payo y que ella necesita el dinero para pagar a un abogado. Quino dice que, desde el primer día, mientras ella le relataba su triste historia, supo que se había enamorado.

—¿Y ella?

—Ella sabe dejarse querer y sabe también que los hombres apasionados aflojan mejor la cartera, así que despliega sus encantos con unos y con otros. El problema no vino por los sentimientos de Quino. La cuestión se complicó cuando la gitana se convirtió en el objeto de deseo, nada más y nada menos que de Javert, el Gran Maestre de la Moby Dick.

—¿De Javert? Madre del amor hermoso, Rai —exclamé yo.

—Sí, en cuanto esto ocurrió la Carmela pasó a ser como de su propiedad. Una regla no escrita dejó claro que nadie más que él podía poseerla. Eso es lo que Quino no pudo soportar y lo que le ha llevado a contarnos su secreto. «Confío en que vosotros sabréis cómo deshaceros de Javert», dijo con la mirada perdida. «Al fin y al cabo, estamos hablando de la seguridad nacional». Mi hermano y yo nos miramos y le dijimos que cómo pretendía que lo hiciésemos si no conocíamos la identidad del tal Javert. Quino sonrió y, con aires de suficiencia, exclamó: «Se trata de Barbosa. El capitán de corbeta don Arturo Barbosa».

Cuando Rai pronunció su nombre, recordé el encuentro en la librería de don Horacio y lo comprendí todo.

«Si usted quiere saber lo que una mujer dice realmente,

mírela, no la escuche».

Oscar Wilde

Siempre que pienso en aquel momento que lo decidió todo, trato de evaluar con honestidad cuáles fueron nuestras motivaciones con todo aquello. A pesar de los años transcurridos y de que poco importa ya que las cosas ocurrieran de una determinada manera o de otra, lo cierto es que siempre termino llegando a las mismas conclusiones. Nosotros, me refiero a Rai y a mí, no éramos inmovilistas, ni formábamos parte del grupo ultraconservador que no quería avances o que se oponía a que las cosas cambiaran. Procedíamos de una clase burguesa, de un mundo militar que amaba algunas tradiciones y jerarquías y, por supuesto, sería absurdo negarlo, también albergábamos creencias religiosas, pero eso no quiere decir que no fuésemos críticos con la Dictadura, que no viésemos cómo socavaba nuestras libertades, o que no nos diéramos cuenta de que nos habían prometido un régimen temporal y ya iba para siete años lo que venía durando el Directorio de Primo de Rivera.

Además, como ya he dicho, yo soñaba con un mundo que otorgase voz y oportunidades a las mujeres. Leía la prensa, escribía, escuchaba las opiniones de mi marido y de mi padre sobre el panorama y trataba de formarme opiniones sólidas sobre lo que ocurría alrededor. Me importaba el futuro, el nuestro y el de nuestros hijos.

Quizás por esto último, siempre fui contraria a la idea de una conspiración como la que Rai decía que Barbosa se proponía cometer. Me oponía porque conocía la historia, sabía que habían sido muchos los que en el pasado se habían llenado la boca con la palabra «revolución» y habían hipotecado con sus pretensiones la vida de mucha gente. La Revolución rusa no quedaba tan lejos, tan solo a unos años de distancia. La francesa quedaba un poco más atrás en el tiempo, pero su huella en la sociedad fue tan profunda que ignorar sus consecuencias hubiera sido un desatino.

Por otro lado, nunca he creído que la violencia o el estallido social sean el camino para el progreso. Se cobran demasiadas víctimas y la estela de dolor que dejan a su paso es demasiado fuerte. Por eso, no fui capaz de mantener distancia con lo que Rai me confesó aquella

noche.

—Tenemos que hacer algo —exclamé con preocupación.

—¿Algo como qué? —me respondió Rai—. ¿Tú sabes el lío en que podemos meternos?

—Claro que lo sé. Pero no hacer nada también es muy peligroso, Rai. Creo que las cosas, tal y como están los ánimos, se nos pueden ir de las manos.

—Sí, pero no sabemos quiénes forman parte de esa logia que llaman la Moby Dick. Si como dice Quino son todos marinos y militares, lo mismo hay gente poderosa de la Armada dentro. Tenemos que ser cautos. Un paso en falso y podemos tener muchos problemas, Alba. ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto?

Rai tenía razón. Lo había hablado antes con Antonio y los dos estaban de acuerdo. Mi cuñado siempre se mostró más osado y menos prudente que su hermano. «Esos masones al final solo buscan su beneficio personal. Lo hicieron cuando la Primera República y también con la caída del Imperio Español. Al final lo disfrazan todo de ideales humanistas, pero la mayoría solo quieren prosperar y hacer carrera política, Rai», le dijo cuando sopesaron lo que Quino les había contado. Para él, como para mí, no hacer nada equivalía a dar luz verde a los revolucionarios y eso era muy difícil de aceptar para alguien con un poco de sangre en las venas y con las cosas claras como nosotros. Pero Rai conseguía moderar nuestra vehemencia y poner un poco de sensatez en nuestro discurso más exaltado.

—Pero, vosotros dos, ¿qué os pensáis que se puede hacer? ¿Voy al Arsenal, cojo a cualquiera con galones en el pecho y le cuento lo que me ha dicho un tipo borracho y sin escrúpulos como mi tío? Es que, de verdad, sois un par de insensatos.

Me quedé pensando y luego le sonreí.

—Pues eso es exactamente lo que creo que debes hacer. No me refiero a hablar con cualquiera, sino a hablar con alguien tan cabal y apropiado como don Mateo García de los Reyes.

—¿Don Mateo?

—Claro. Es monárquico y afecto al régimen, de hecho, su nombre suena siempre como favorito para ocupar la cartera de Marina en el Gobierno. Pero, además, es amigo de tu tío Álvaro y, piense como

piense, estoy segura de que te protegerá. Eso es lo más importante, Rai.

Este lo meditó durante un rato.

—Puede que tengas razón. También es necesario escoger a alguien que sea discreto. No me gustaría que el asunto trascienda entre la oficialidad y que mi nombre resuene como el que dio el chivatazo. Sería absolutamente bochornoso —dijo.

—No creo que con don Mateo tengas que preocuparte por eso. Supongo además que alguien como él, con su experiencia y sus contactos, sabrá lo que se debe hacer. No será la primera vez que lidia con algún tema delicado, estoy segura.

Creo que mis palabras terminaron de convencerle porque asintió y me prometió que haría algo al respecto. Con todo, esa noche no pude pegar ojo y mi nerviosismo duró también durante el día siguiente, al menos mientras Rai estuvo fuera, porque, aunque yo le hubiera dicho con toda mi convicción que era nuestro deber actuar, algo dentro de mí dudaba de que tomar una posición activa en aquello tan crucial para nuestro país fuera lo más aconsejable para nosotros a un nivel más egoísta. Lo admito. Exponer a Rai me generaba vértigo y zozobra.

Sin embargo, tuvimos bastante suerte con todo el planteamiento, porque justo en aquellos días, a Rai le cambiaron el mando y pasó a ocupar la primera comandancia de uno de los seis submarinos clase B, el *B-2*. Entonces empezó un programa de prácticas de táctica naval, inmersiones dinámicas, pruebas de motores, y disparos de torpedo sobre blanco móvil que lideraba el propio don Mateo. Difícilmente iba a encontrar Rai mejor acceso a la figura de su superior. Era casi seguro que tendría ocasiones para poder confesarle aquel escabroso asunto sin temor a ser escuchado por otros.

—¡Ese canalla…! —me dijo Rai que exclamó don Mateo sin poder contenerse—. No hay nadie que hable bien de ese tipo, Guitián.

Luego don Mateo le explicó que entre los altos mandos eran muchos los que tenían ojeriza al capitán de corbeta Barbosa y que era de sobra conocido su afán de provocar una revolución que derrocara la Monarquía. Respecto a lo de su participación en el Pacto de San Sebastián, Rai no supo decirme si era algo que se rumorease en el seno del Ejército o si era información confidencial que los superiores desconociesen.

En todo caso, don Mateo le pidió que dejara el asunto en sus manos, y prometió que él se ocuparía personalmente. Mi marido asintió, y así transcurrieron un par de semanas hasta que nos llegó la noticia de que a Arturo lo apartaban de su puesto y lo destinaban a Canarias.

—Ha sido Magaz quien al final ha tomado cartas en el asunto —me explicó Rai cuando salió la noticia en el *Diario Oficial*.

El marqués de Magaz era vocal del Directorio militar de Primo de Rivera y llegó a ostentar la presidencia de este un par de años antes. Era una figura clave en aquellos años y me temo que tampoco tenía buena opinión de Arturo. Cuando don Mateo le puso al tanto de lo que Rai le había contado, encargó una investigación secreta sobre este y el informe que emitió la Comandancia de Marina no dejó lugar a dudas. Se describía a Barbosa como un tipo sin escrúpulos, corrupto, indulgente con las faltas de sus subordinados e indisciplinado con sus superiores. De su vida licenciosa y de sus juergas en el Molinete se podían encontrar algunos párrafos. Y de otras irregularidades ligadas a la corrupción y por las que se le había investigado con anterioridad durante su etapa en Comandancia, pero que fueron calificadas como alto secreto, también.

Con todo ello, Magaz fue implacable y se las ingenió para quitárselo de en medio. Barbosa nunca se lo perdonó, ni a él ni tampoco a nosotros. Porque claro que Arturo supo que éramos nosotros los que lo habíamos denunciado. Lo supo porque el día en que Quino relató su historia, Balboa vio a Rai y luego vio a su tío Quino con ellos. No había que ser Einstein para atar cabos y deducir que Balboa le había ido con el cuento a Barbosa.

Aun así, a pesar de la distancia, desde las islas Canarias este continuó con sus conspiraciones. No era la clase de hombre que se rinde a la primera dificultad. Y con la red de contactos que habían ido tejiendo desde la Moby Dick por toda España, siguió con sus planes de derrocar al rey. El runrún que hubo en los siguientes meses sobre la inminente caída de la Dictadura fue creciente. Ya nadie dudaba del desgaste de esta y las voces contrarias al jerezano perdieron el miedo de hacerse oír.

Pero nosotros, quizás de un modo ingenuo, nos quedamos más tranquilos sabiendo que Barbosa se encontraba lejos de Cartagena, y así recuperamos, poco a poco, cierta normalidad. Respecto al desgraciado del tío Quino y su chivatazo, este se quedó tan a gusto. Antonio y Rai siguieron cuidándolo y él se las apañó para recibir los

cariños de la Carmela a cambio de una buena parte de las rentas mensuales que Sonsoles había destinado para él. Si la abuela Jordá hubiera levantado la cabeza y hubiera tenido la más mínima noción de a qué dedicaba su hijo los dineros que le daba, le hubiera dado no un infarto sino tres. Pero aquel infeliz parecía encantado en aquellos días en los que, por fin, podía dar rienda suelta a sus pasiones amatorias sin obstáculos de ninguna clase.

Por su parte, Rai continuó con sus clases en la Escuela de Submarinos y yo continué con mis escritos para la revista, mis clases de cocina en casa de Adela Mota, y mis paseos con el pequeño Rai por el parque acompañada casi siempre de mis padres. Así, las semanas fueron pasando y no transcurrió mucho tiempo antes de descubrir que estaba embarazada de nuevo.

Cuando se lo dije a Rai se emocionó tanto que me levantó en volandas, sin que de nada sirvieran mis enérgicas protestas:

—Para, Rai, ha dicho el doctor Aguirre que no debo hacer esfuerzos.

Me arrepentí durante los nueve meses siguientes de haber dicho aquello. Mi marido, como siempre, lo exageró todo y me mandó ir a la cama inmediatamente. Tanto él como Candela me tuvieron todo el embarazo vigilada y no me permitieron mover un solo dedo. Solo mis escritos en la revista *Cartagena Literaria* me salvaron de morir de aburrimiento, pero, aunque protesté, mis dos guardianes no aflojaron hasta el mismo día en que nació Pepe, el segundo de nuestros hijos.

Le puse ese nombre en honor a mi abuelo, aunque, si el pequeño Rai era un Aldave, Pepe, en cambio, nació Guitián. Se parecía al padre de Rai, moreno y fibroso, como si celosos los de esa rama de la familia hubieran reclamado al cielo su parte alícuota en el reparto de la genética.

Por mi parte, tras dar a luz, busqué con ansia la manera de recuperar cierta vida social. Y pronto me vi, para mi propia sorpresa, participando en algunas reuniones de una asociación conocida como el Comité de Señoras, muy famosa en la ciudad en aquellos tiempos. Lo más curioso es que yo misma había denostado a sus integrantes en repetidas ocasiones frente a mi madre, frente a doña Elisa y frente a Luisita Portela, cuando estas habían querido que tomara parte en sus encuentros. Me recuerdo tachando de carcamales a sus miembros. «Nada tengo que ver yo con ellas», había exclamado sin reparo alguno millones de veces antes, zanjando de aquel modo abrupto la cuestión.

Me equivoqué, como tantas otras ocasiones a lo largo de mi vida.

* * *

Aquellas mujeres eran distinguidas, cultas y refinadas. Esa fue la impresión que tuve cuando me vi por primera vez con ellas en una tertulia de las que organizaban. En Cartagena lo que se decía era que formaban un grupo de señoritingas puritanas, sin más ideas propias que las relativas al vestuario, que llevaban a gala su exacerbado catolicismo y que solo se mezclaban entre las de su círculo. Uno podía pensar, con esa descripción, que aquellas sectarias damas del Comité de Señoras habían nacido vestidas de oscuro, con un misal entre las manos, un moño tirante coronado por una mantilla y un fin existencial circunscrito exclusivamente a la afanosa tarea de procrear sin pausa. Me lo creí. Pensaba que no tenía yo nada en común con aquellas señoras, y jamás mostré interés alguno en acudir a sus reuniones, a pesar de la insistencia de mi madre que decía que convenía que una mujer casada de mi posición empezara a frecuentar esos ambientes.

¿Cómo terminé yo formando parte de aquello? Fue Luisita la que lo orquestó todo, nada más y nada menos que en el acto de inauguración del nuevo mausoleo de Isaac Peral, un acontecimiento que fue muy celebrado en la ciudad.

La mañana del evento, el cementerio estaba abarrotado de gente: políticos, militares, empresarios y otras muchas celebridades. Pero, sobre todo, toda la Marina acudió sin excepción al homenaje, porque, al fin y al cabo, el ilustre Isaac Peral había sido uno de los suyos. De hecho, algunos comandantes, ataviados con el uniforme de gala, eran los encargados de llevar personalmente a hombros el féretro con los restos del marino hasta el impresionante panteón donde, por fin, descansaría para siempre. Uno de ellos era Rai.

Era el Día de Todos los Santos y, a pesar de que noviembre siempre trae bruma y frío, la mañana era muy hermosa. La voz de don Alfonso Torres, grave y profunda, rompió el silencio en la ciudad de los muertos. También se oyó el quejido de un ave y el chasquido de algunas ramas secas.

El alcalde hizo un discurso emotivo en el que repasó la trayectoria del marino. Cuando hablaba don Alfonso se te ponía la piel de gallina. La gente siempre se refiere a él como una persona de gran carisma y yo creo que en buena parte se debía a su dominio indiscutible de la oratoria. Sabía cómo entonar cada frase para lograr mantener tu atención, hacer las pausas en cada momento y centrarse en lo

importante. La gente se iba emocionando a medida que Torres iba contando las desgracias y avatares de la azarosa vida del inventor cartagenero, que primero fue encumbrado y luego fue rechazado por todos e incluso relegado al olvido. Mientras le escuchaba repasar la historia de Peral, me dio por pensar en cuántas personas que han cambiado de alguna forma la Historia de la humanidad son tratadas de esa forma deleznable por sus contemporáneos. Al final, la mayoría de las veces el tiempo lo pone todo en su sitio, pero debe ser muy triste morir en desgracia cuando solo has contribuido al progreso y al avance y nadie te lo agradece.

Al término del discurso de Torres, pudo apreciarse una gran emoción contenida, justo unos instantes antes de que todos empezaran a aplaudir con auténtico fervor.

Fue en ese momento cuando yo me fijé en su mujer, Caridad, que estaba sentada escuchando a su marido sin mostrar ninguna emoción, a diferencia del resto de la audiencia que, como digo, estaba entregada por completo al emotivo relato del alcalde. Supongo que ella ya estaba acostumbrada a que Torres acaparara todas las miradas. En esos años, normalmente nosotras permanecíamos en un segundo plano y el protagonismo era de ellos, de los hombres. Rai desfilaba y yo lo miraba entre el público, al igual que don Alfonso hablaba y Caridad lo observaba desde una posición más apartada.

Sin embargo, a mí me parecía que ella tenía algo imponente en sus ademanes, una identidad que reclamaba su espacio al margen del nombre de su marido. Alta y de complexión robusta, no en vano había dado a luz a doce hijos de los que solo habían vivido diez, sobresalía en talla y porte sobre el resto de las señoras. Era imposible no fijarse en ella.

Cuando terminó el evento, salió acompañada de otras damas dejando a su esposo detrás, saludando a unos y otros. La perdí la pista y comencé a caminar junto a Luisa Portela y Adela Mota hacia la salida del cementerio.

De pronto, Portela se puso nerviosa y nos pidió con impaciencia que nos diéramos prisa, pero Mota y yo estábamos charlando de lo más animadas sobre lo bien que había transcurrido todo y no le hicimos mucho caso. Entonces, Luisa me cogió de un brazo y tiró de mí y me arrastró unos cuantos metros. Protesté por la brusquedad, pero enseguida me callé porque me di cuenta de que, por alguna razón extraña, nos había llevado hasta Caridad y su grupo de amigas.

Mientras notaba sus impresionantes ojos verdes clavados en mí, recuerdo haber pensado que aquellas que tenía frente a mí eran las mujeres más importantes de Cartagena y eso me dio un poco de vergüenza, así que permanecí en silencio mientras aquellos ojos suyos me escudriñaban. Eran unos ojos grandes y duros como los de un halcón. Me sentí examinada y aparté la mirada.

—Alba Aldave, marquesa de Guelaya, claro que te conozco —dijo cuando Luisita hizo las presentaciones.

—Es un honor, señora de Torres —respondí notando mucho calor en el rostro.

—Ya le he dicho a Luisa que me gustaría que tú y tu madre vinierais al té que ofrezco en mi casa mañana.

Cuando miré a Portela, esta se limitó a sonreírme y se encogió de hombros.

Quizás porque llevaba todo un embarazo sin socializar o porque me vi acorralada e incapaz de rechazar una propuesta así, no lo pensé demasiado antes de responder.

—Por supuesto, será un placer acompañarlas.

A veces uno sencillamente se ve arrastrado a algunas cosas. Es como si el destino te dejara miguitas de pan. Tú solo las recoges y de pronto descubres que todo forma parte de algo y que eres un elemento más dentro de ese todo. Y simplemente lo aceptas.

* * *

La casa Valarino, donde vivía el alcalde Alfonso Torres con su esposa doña Caridad y su tropel de hijos, estaba en frente del Palacio de Capitanía General, en la plaza de San Sebastián haciendo esquina con la calle Puertas de Murcia. Por fuera era una construcción más bien sobria, clasicista, con dos alturas más buhardilla y con el único ornamento que le daban todos sus ventanales, lejos de las estridencias de otras casas modernistas más recientes. Por dentro, sin embargo, era muy suntuosa y elegante, con una bonita escalinata en la entrada, varios patios y salones, y una decoración basada en materiales nobles, muebles caros y lujosos terciopelos, así como tapices y otras telas de alto valor.

Nada de aquello impresionaba tanto como el espectacular salón árabe que constituía el corazón de aquella mansión. Aquella pieza

rectangular era única por su singularidad. Tenía un frente de tres arcos de medio punto al entrar y en los laterales unos enormes arcos de herradura que conducían a otras habitaciones. Toda la estancia estaba alicatada de azulejos en relieve policromados y dorados que le conferían esa apariencia exótica de palacio musulmán de cuento de las mil y una noches. Había en la entrada algunos sofás de color rojo, del mismo tono que unas cortinas que se vislumbraban en el otro extremo de la pieza. Flores, alfombras y sillas de madera oscura llenaban el espacio en justa proporción sin que el mobiliario resultara agobiante para poder transitar cómodamente por allí. Recuerdo además unas enormes ánforas con adornos florales e islámicos que eran casi tan altas como yo y, al fondo, un sillón de color dorado que conjuntaba con otras cortinas en el mismo tono. También llamó mi atención un gigantesco espejo ovalado que daba más profundidad a la habitación y que parecía observarlo todo desde su quietud inerme.

—Esto es impresionante. Parece que estemos en Granada —le susurré a mi madre, que, tal y como había pedido doña Caridad, asistió conmigo aquella tarde a la invitación del Comité.

—Sí, el palacio lo mandó construir en la década de los sesenta del pasado siglo, Tomás Valarino y Gattorno, conde de Santa Lucía y abuelo del conocido arquitecto Tomás Rico. Más tarde, ya viviendo sus propietarios aquí, se puso de moda lo exótico y toda la gente adinerada de nuestro país empezó a construirse salones de estilo neonazarí. El señor Valarino no quiso ser menos y encargó el suyo. Cuando años después una de sus hijas, María, se casó con el señor Togores, un tipo reputadísimo, don Tomás, muy contento con ese enlace, quiso obsequiar a la niña con este salón, y lo reformó entero como regalo de bodas. Mandó elaborar todos los azulejos que revisten las paredes y que provienen de la famosa fábrica de loza de la familia. Caprichos de ricos, hija.

—Pues vaya regalo, mamá —respondí impresionada, contemplando todo aquello con curiosidad y fascinación. No miento si digo que jamás había visto nada igual.

—Sin duda. Resulta que doña Caridad es descendiente de los Valarino y por eso viven aquí los Torres. Es una casa verdaderamente preciosa.

Lo era. Cuando entramos en el saloncito, vimos cómo el personal de servicio se movía por la estancia como si fueran hormiguitas trabajando. Servían café y té a todas las invitadas, e iban y venían de la cocina depositando en distintos lugares bandejas repletas de pastas

de mantequilla, dulces de almendras, dátiles y otras delicias árabes hechas con frutos secos, almíbar, miel y sésamo. También había cuencos con terrones de azúcar, jarritas con leche tibia y platos rebosantes de pasteles de crema en cada una de las mesitas plegables que se habían dispuesto por doquier. Toda la porcelana, decorada con motivos vegetales y geométricos al estilo inglés, debía ser de la antigua fábrica de La Amistad de los Valarino, una verdadera preciosidad que no me pasó desapercibida. Cuando un plato se quedaba vacío, de inmediato alguien venía a reponerlo.

Las señoras charlaban de lo más animadas cuando entramos, mientras daban sorbitos a sus tazas humeantes. De un primer vistazo reconocí a muchas de ellas. Estaban Inés Cantos, Luisa Portela, Visitación Zapata, la esposa de don José Maestre, la señora de Mustielles, Amelia de Siljestrom, y también la señora de Pascual de Riquelme. Luego había un par de señoras mayores que no me sonaban de nada y, desde una esquina, doña Elisa me dedicó una amplia sonrisa y se acercó con entusiasmo a recibirnos.

—Qué bien que hayáis venido, Alba. Te echamos mucho de menos en la academia —dijo, dándonos un par de efusivos besos.

—Oh, yo también la echo mucho de menos, doña Elisa.

—Lo importante es que el pequeño Raimundito y ahora el recién nacido Pepe vayan creciendo ambos llenos de salud y que estéis todos bien en la familia —respondió ella.

—Claro que lo estamos, muchas gracias por preguntar —dije yo.

A continuación, después de saludar a doña Elisa, fui besando también al resto de damas que andaban dispersas por todo el saloncito árabe, en general en grupos de dos o tres, charlando de alguna cosa cotidiana. Cuando terminamos con todas las invitadas, me uní, con mi madre y con doña Elisa, a un grupo en el que estaba doña Caridad con la de Mustielles y la señora de Mediavilla, el hombre de confianza de Torres, a la que no conocía antes de aquella reunión y a quien Caridad me presentó enseguida.

No recuerdo bien de qué estuvimos charlando. El plan no fue muy diferente de otras tardes de té en el Gran Hotel o en el Casino, con la diferencia de que solo había mujeres reunidas en aquella casa y de que, en un momento concreto, tomó la palabra doña Caridad, nuestra anfitriona, que agradeció nuestra asistencia y dijo que era el momento para que la presidenta, doña Inés, nos dirigiera unas palabras.

Esta se levantó. Era una mujer enérgica a pesar de su aparente fragilidad. Su padre había sido un importante cirujano y su marido era uno de los empresarios más influyentes, no solo por llevar la dirección del diario *La Voz,* sino porque tenía una acusada conciencia social y lideraba muchos proyectos que trataban de buscar el progreso de las clases obreras, con préstamos blandos, educación gratuita y conferencias y talleres para ayudarles a lograr su propio ascenso social. Eran personas acostumbradas a dirigirse a la gente y se desenvolvían bien al hablar en público. Sin embargo, muchos de sus proyectos para mejorar las condiciones de vida de los menos favorecidos se extinguieron por falta de quórum. La gente prefería los sindicatos, la huelga y protestar en lugar de buscar la manera de mejorar ellos mismos con un poco de ayuda y mucho esfuerzo personal.

Su esposo, Jesús, también promovía el Círculo Católico, al que Inés solía acompañarle. Se les veía casi siempre con los Torres, con quienes les unía una sincera amistad. Inés ayudaba a Jesús en el diario, donde escribía algunas columnas.

—Gracias a todas por vuestra asistencia y vuestro compromiso con el Comité, con nuestra ciudad y con nuestra patria.

Se llevó la mano al pelo tratando de colocar un mechón díscolo que se le había soltado de la horquilla. Luego siguió hablando.

—Me temo que se avecinan tiempos difíciles. Como bien sabéis, el desgaste del actual Gobierno es más que evidente, las finanzas están comprometidas con esa depreciación de la peseta que parece no tener freno, los militares decepcionados por el tema de ascensos y recompensas. Ya sabéis el mal sabor de boca que ha dejado el asunto de los artilleros. También está el tema de las huelgas y los sindicatos y, por último, algunos de los intelectuales más prestigiosos como Unamuno que andan con sus plumas metiendo más presión a la coctelera.

—Dicen que don Miguel Primo de Rivera está muy delicado de salud —apostilló mi madre.

Inés la miró con expresión grave y asintió.

—Eso también. La diabetes se le ha complicado y el diagnóstico no pinta bien. Cabe pensar que no le quede demasiado fuelle al actual Directorio. Se avecina un relevo.

Hubo un poco de revuelo entre las asistentes. Doña Inés, con

mucha educación, nos pidió silencio y entonces continuó su disertación hablándonos de los peligros que acechan cuando las aguas están revueltas. «Todos debemos estar alerta por lo que pueda pasar», dijo. Y luego añadió que las noticias que llegaban al periódico sobre la amenaza de que la Unión Soviética y el comunismo estuvieran tratando de infiltrarse en distintos organismos e instituciones para llegar al poder no debía ser tomada a broma bajo ningún concepto. «Son muchos los que van a intentar tomar posiciones en estos tiempos convulsos, queridas», dijo. Y entonces nos arengó a no ser meros espectadores pasivos de lo pudiera ocurrir.

Lo que más me fascinó de las palabras de doña Inés fue la claridad y la rotundidad con la que expresó sus argumentos. De pronto comprendí que nosotras, las mujeres, también podíamos tomar una posición activa en los asuntos de actualidad y no limitarnos a permanecer al margen. Eso fue importante para mí. Hasta entonces, yo solo había leído los diarios con interés y preocupación y había sacado mis propias conclusiones, pero siempre sola y sintiéndome diferente de otras chicas de mi entorno y de mi edad. En aquel lugar descubrí que no tenía por qué ser así. Ellas eran como yo y allí había un espacio para el intercambio de ideas y para poder analizar, como los hombres, el panorama actual. Eran conservadoras y tradicionales en su concepción de la familia y del rol de la mujer dentro de esta, pero estaban bien informadas y debatían con criterio sobre los problemas de España. En ningún otro sitio había visto yo que las mujeres hablaran de ese modo y eso me complació, a pesar del preocupante cuadro que Inés pintó aquella tarde para nosotras.

«A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto,

y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante».

Oscar Wilde

Aunque todos los cambios políticos que Inés había pintado para nosotras parecían inminentes, como densos y amenazantes nubarrones justo antes de que dé comienzo una tormenta, la verdad es que fueron otros avatares más de ámbito doméstico los que alteraron nuestra rutina.

—Es oficial. Saldrá en la Real Orden del día 14 —dijo Rai cuando llegó a casa y me comentó todas las novedades.

—¿Y eso es bueno, cariño? —pregunté yo sin hacerme una idea de lo que significaba.

—Eso es muy bueno. Piensa que a Bruquetas le han mandado a Mahón. Nadie quería ir a Mahón, Alba, y al pobre Mota le mandan de crucero varios meses. Yo por lo menos me quedo en Cartagena. Además, ser ayudante personal de Pepe Rivera me dará visibilidad y, de cara a futuras promociones, me sitúa en el punto de mira.

Pepe Rivera y Álvarez de Canero era el excelentísimo capitán general del Departamento Marítimo, uno de los tipos más importantes en el escalafón y un peso pesado. Me atrevería a decir que Rai no podía haber apuntado más alto. Este me dijo luego que pensaba que lo de Barbosa le había venido bien porque había dado pruebas a los mandos de su lealtad y compromiso. En un tiempo convulso donde el Régimen estaba amenazado y nadie sabía de qué pie cojeaba cada uno, o donde, incluso peor, todos sospechaban del de al lado por si era masón o advenedizo, que Rai hubiera dado un paso para salvaguardar la estabilidad del sistema les había servido como indicio de que era de fiar. Ojo, no quiero decir con esto que significarse fuera algo positivo. Cuando impera la división, lo mejor es pasar desapercibido. De alguna forma, Rai se posicionó y eso, pensé yo en ese momento, tendría consecuencias. No me equivocaba.

—¿Y cómo es ese Rivera? —le pregunté.

—Pepe es un buen tipo. Le conocí en plena guerra de Marruecos. Creo que fue a finales del verano de 1923 en una noche larga y

terrible. La verdad es que cuando oscureció, nada hacía presagiar lo que iba a ocurrir. Nuestro barco estaba fondeado en cala Tramontana y yo estaba muy tranquilo en mi camarote escribiéndote. De pronto me llamaron de cubierta. Andaba por el segundo pliego, ya sabes que cuando me pongo a escribir pierdo la noción del tiempo, y me molestó mucho que me interrumpieran. Pero algo gordo había ocurrido y cuando me vestí y subí al puente, enseguida observé que era una noche oscura de niebla y bruma. Me temí lo peor. La niebla siempre es indicio de problemas para los marinos, cariño. Muy pronto se confirmaron mis temores. Teníamos que acudir al rescate del acorazado *España* en cabo Tres Forcas.

»Cuando llegamos, me informaron de que el comandante del *España* era Rivera, al que encontré allí mismo, extenuado, dando órdenes a diestro y siniestro. Volvía de Málaga, donde había tenido que acudir unos días para ayudar a sofocar una insubordinación de las tropas que no querían ser embarcadas con destino a Marruecos. A su regreso, debido a la niebla, encalló sin remedio. Rivera, obcecado con salvar al *España*, se negaba a irse a descansar, a pesar de que le insistimos unos y otros en que se tomara un respiro. Lo cierto es que permaneció al pie del cañón durante todas las labores de rescate. Pero el pronóstico era el peor. Todos dábamos por perdido el barco. Algunos decían que saltaría el Levante y que el acorazado acabaría hecho añicos contra las rocas. Pero Rivera no se rendía. Luchó por conseguir que taparan uno de los boquetes del casco. Por un momento, hubo esperanza. Se templaron los ánimos y se habló de reflotarlo en tres o cuatro días. Sin embargo, no contaron con que el boquete de estribor era inmenso y que el acorazado estaba encallado muy profundamente. Al final, el *Kanguro*, el buque de salvamento, logró salvar los cañones y lo que había de valor, pero el resto del barco quedó allí flotando como un nenúfar. Fue muy triste. Si no recuerdo mal, unas semanas después, hubo una tormenta en la que arreció un fuerte temporal y el pobre *España* se partió por la mitad y ambos pedazos acabaron en el fondo.

—Pobre Rivera, ¿no? —dije yo impresionada. Siempre sentí que los marinos que estaban al mando de esas embarcaciones mastodónticas llevaban una responsabilidad inmensa sobre sus hombros, porque cualquier risco que no estuviera en las cartas, cosa que no era tan rara entonces, podía llevarse por delante no solo el barco, sino las vidas y la reputación de toda la oficialidad y especialmente de su comandante.

—Rivera es un gaditano amable, de buenas formas y educado. No quería mostrarse demasiado abatido, pero se le notaba que llevaba un

disgusto mayúsculo. Imagínate. El acorazado *España* no era cualquier barquito de nuestra flota, Alba, era una pieza única y fundamental. El hombre tenía motivos para lamentarse. Yo estuve un buen rato hablando con él. Le recordé lo del primer *Reina Regente* y le dije que, por suerte, en el *España* no había que lamentar bajas humanas. En fin, le dije todas esas cosas que uno trata de decir para dar ánimos. Es verdad que a cualquiera nos puede pasar. Cuando te ves en altamar cegado por la niebla, estás vendido. No es una cuestión de negligencia. Es que no tienes más opción que encomendarte a la Virgen para que no te toque la desgracia de encallar.

—Ya me lo imagino —respondí—. Poco hay que uno pueda decir en esas circunstancias, aunque supongo que Rivera te agradeció la conversación y el apoyo, ¿no?

—Bueno, digamos que en ese momento necesitaba hablar y acabó confesándome que no era la primera vez que veía cómo un barco como aquel acababa destrozado.

—¿No? ¿Le había pasado más veces?

Rai asintió y se sentó en la mesa de la cocina. Yo serví la cena y me senté a su lado. Candela a esas horas estaba acostada con Raimundito y nosotros aprovechábamos para estar un rato solos contándonos nuestras cosas. Mientras él llenaba de agua los vasos sin dejar de hablar, yo me levanté a por unas servilletas. Luego comenzamos a cenar. Él, entre bocado y bocado, continuó con su relato y me explicó entonces que Rivera con los ojos vidriosos, en parte por el cansancio y en parte por los recuerdos, había empezado a hablarle de lo que había vivido en Cavite, cuando lo de Cuba, muchos años atrás, cuando solo era un joven oficial sin tanta experiencia.

«El *Castilla* era nuestro crucero, un barco tan elegante como rápido con sus fabulosos quince nudos. Tenía seis cañones, dos lanzatorpedos y varias ametralladoras. Parecía una joya de la Armada, Guitián, pero tenía una pega muy gorda, un casco de madera que fue su perdición». Así empezó a explicarle Rivera a Rai aquella trágica historia que el hundimiento del acorazado le había traído a la memoria.

Rai le sirvió un poco de coñac con hielo y le dejó hablar. «Yo estaba a las órdenes de Morgado ocupando la posición de ayudante de la derrota y al mando de la batería. Al principio de la misión todo iba bien. Bombardeamos pueblos y trincheras por la costa de Cavite y nada hacía presagiar la masacre que estábamos a punto de vivir.

Recuerdo la euforia del momento, nuestro anhelo por llevar a España noticias del avance y de la gloria de nuestro ejército en la lucha contra las tropas americanas. Sin embargo, una avería en la maquinaria dejó el crucero inservible. Los estadounidenses quisieron aprovechar el momento de debilidad del *Castilla* y pusieron en marcha un violento ataque en el que incendiaron nuestro barco. Pronto el fuego empezó a extenderse por el frágil esqueleto de madera de la nave. Si cierro los ojos, aún puedo ver las llamaradas de la embarcación, el olor de la madera quemada y de la carne calcinada de algunos de la tripulación. Vi con mis propios ojos arder al cocinero, al repostero e incluso a un maquinista entre terribles alaridos. Traté de socorrerlos, pero era tarde. Entonces vi a Morgado, que minutos antes había dado orden de evacuar la nave, desangrándose en el suelo. Tenía dos heridas muy feas, pero con ayuda de dos hombres que acudieron a mi llamada de socorro, logramos sacarle de aquel infierno en llamas. Sorteamos, aún no sé cómo, el ataque de los hombres de Dewey, el comodoro estadounidense, y, cargando con el cuerpo del comandante, lo arrastramos hasta ponerlo a salvo. Uno de los hombres que me ayudó pereció protegiendo con su cuerpo al comandante. Yo ni siquiera conocía su nombre. Ya en tierra, vimos hundirse nuestro barco allí mismo, en el propio puerto de Cavite. Dentro quedaron sepultados, bajo la mar, muchos de la dotación que no tuvieron nuestra suerte. Aprendí entonces que cada vida tiene un valor incalculable, Guitián. Uno aprende esas cosas cuando vive una desgracia de la magnitud de la de Cavite».

—Cuando Rivera terminó su historia, yo me quedé mudo, sin saber qué debía responder. El almirante me vio la cara de agotamiento y me mandó a dormir. Al día siguiente, fuimos juntos a misa y cuando nos despedimos, me estrechó la mano y me dijo que nos volveríamos a ver. Dicen algunos compañeros en el Arsenal que, cuando hace poco le nombraron capitán general del Departamento, fue él mismo quien insistió en que me destinaran como su ayudante personal. Sonaron varios nombres para el puesto, Alba, pero él quiso que fuera yo. Es un gran honor, pero también es una gran responsabilidad. Espero estar a la altura.

—Claro que lo estarás, no digas tonterías. Que te eligiera demuestra que te tiene en buena estima, cariño —dije yo, sorprendida por todo lo que Rai acababa de contarme. Como escritora, jamás me deja de sorprender una buena historia. Y hay que reconocer que las buenas historias están donde menos lo espera uno.

Me pregunté qué cambios nos traería esa nueva posición de Rai. Era un puesto completamente distinto a los demás que había tenido.

Había demostrado ser un buen profesor, había pilotado barcos y submarinos con gran pericia, había participado en varias campañas de guerra saliendo siempre condecorado y airoso, pero lo que nunca había hecho era labores de despacho y de índole política.

Para todo siempre hay una primera vez.

* * *

En efecto, el nuevo puesto de Rai era diferente a todos los anteriores y tuvo que asistir a muchos eventos en los que la presencia del capitán general del Departamento Marítimo era requerida. Eran actos con mucha pompa y boato porque, en el mundo militar, ese tipo de cuestiones eran algo cuidado hasta el extremo. La botadura de un nuevo barco o de un nuevo submarino, una recepción importante, una condecoración, un despacho con alguna autoridad que viniera de fuera o un almuerzo con el gobernador militar de la plaza fueron algunas de las actividades de la agenda de Rai en aquellos días. Pero, además, en muchas de esas celebraciones no era extraño que tanto Merche, la esposa de Rivera, como yo, fuéramos también invitadas como acompañantes de nuestros esposos.

Uno de aquellos eventos a los que tuve que asistir fue el homenaje a los marinos alemanes del crucero ligero *Emden*. Nunca olvidaré aquella noche.

La fiesta fue una de las más impresionantes de aquellos días, tal vez porque Torres, que fue quien la organizó, consciente de que todo el Régimen se desmoronaba, quiso hacer como cuando lo del monumento de los héroes de Cavite y buscó la forma de centrar la atención en algo que a la gente le gustase y apartase un poco los ojos del panorama político. La excusa perfecta para llevar a cabo sus planes la encontró en lo del *Emden*, un barco museo alemán que esos días estaba fondeado en nuestro puerto.

En aquellos años, la relación de Cartagena con los alemanes era de respeto y admiración mutua. En unos momentos en los que, tras el Tratado de Versalles, toda Europa los había humillado de forma notable y se sentían como el hazmerreír del viejo continente, buscaron en nosotros la amistad de una ciudad simpatizante. Así, Cartagena había mirado para otro lado cuando los marinos alemanes se saltaron deliberadamente la neutralidad de nuestro país durante la Primera Guerra Mundial, y se dedicaron a pasearse con sus submarinos por nuestras aguas, lo que a punto estuvo de causar un serio conflicto diplomático con los ingleses. Pero eso era lo que había pasado y el

homenaje que Torres se proponía celebrar era, precisamente, en honor de su primer comandante, el marino Lothar von Arnauld de la Perière, uno de los más destacados marinos alemanes del momento.

—El programa es impresionante —me explicó Rai—. Hoy ha habido el acto conmemorativo donde el monumento de Peral. Esta noche la fiesta de Torres en el Teatro Principal, mañana proyectan una película sobre las hazañas bélicas de los alemanes en el Sport, y después habrá un almuerzo en el Palacio de Capitanía. El último día se ofrecerá un *lunch* en el Casino y luego una serie de visitas privadas por el barco que terminarán con un té de cortesía a cargo de los alemanes.

—Madre mía, ni cuando viene el rey se organizan tantos festejos —dije yo con admiración—. Dime, ¿por qué tanta deferencia con el von Arnauld ese?

—Bueno, Alba, no es cualquier comandante. Es uno de los mayores héroes de guerra de los últimos tiempos.

—Perdona, Rai, de héroes está llena esta ciudad —repliqué yo. A veces me indignaba la facilidad con la que los españoles encumbrábamos a los de fuera sin prestar atención a las hazañas de los nuestros.

Rai se rio.

—De la Perière es otro nivel, cariño. Tiene la máxima condecoración alemana, la Cruz Azul, la Orden «por el mérito» creo que se llama. También tiene la Cruz de Hierro y una larga lista de reconocimientos adicionales. Es un tipo muy interesante. Ostenta el récord de barcos hundidos en la Gran Guerra y no hay quien se compare con él en el lanzamiento de torpedos. Muchos de esos barcos los hundió en aguas del Mediterráneo, incluso dicen que en la zona de La Manga y del cabo de Palos. No creo que haya muchos marinos con su palmarés.

—¡Ya lo recuerdo! —exclamé yo elevando un poco la voz—. Salió en la prensa… El embajador inglés montó en cólera al ver como en Cartagena dejamos a los alemanes campar a sus anchas.

—Pues eso. Es natural que Torres quiera rendirle tributo a él y a su dotación. Además, por lo que me ha contado Rivera, el cónsul alemán ha participado de modo muy activo en organizarlo todo con Torres y sus hombres.

En efecto, el homenaje era para de la Perière, pero también para su segundo a bordo, el capitán de corbeta von Faber, los tenientes Lamprecht y Scheuerien, así como para la marinería y el resto de la dotación, incluso para unos rubios, barbilampiños y corpulentos guardiamarinas que no debían haber cumplido los dieciocho años. El hecho de que, como decía Rai, Enrique Müller, el excéntrico cónsul alemán, estuviera en el meollo de todo, lo hacía más interesante para una mujer inquieta como yo, que disfrutaba entendiendo cómo y dónde se gestaban las cosas importantes de nuestra tierra. De un tiempo a esta parte, la gente hablaba mucho del cónsul alemán, así que me moría de ganas de conocerle.

* * *

La fiesta en el Teatro Principal resultó memorable y, como Torres había planeado, nos hizo olvidar por un día la situación del Gobierno de Primo de Rivera. El edificio, en la calle de Comedias, al lado de mi casa, era señorial y elegante, lujoso y acogedor al mismo tiempo. Mi abuela Belén, con aquellas cosas que le gustaban a ella de brujería y hechizos, solía contarme que aquel teatro había nacido maldito, pues se construyó sobre los restos del llamado «Corralón», un edificio del siglo XVII que constituyó los antecedentes del teatro en la ciudad y que tuvo un funesto final tras un incendio en el que pereció mucha gente. No sé qué habría de cierto en aquello, pero, en cualquier caso, ahora, con su prestancia y glamur, nadie podía tener la sensación de entrar en un lugar salpicado por la desgracia.

Al contrario, cuando uno se adentraba allí, solo podía mirar absorto la fabulosa decoración. Terciopelos de color granate, pinturas de Wssel de Guimbarda, tapices, flores y, por supuesto, la zona del teatro, pensada para albergar a casi mil quinientas personas y con más de doscientas sesenta butacas en sus cuarenta palcos y plateas, era en sí misma un espectáculo digno de verse. Aquella noche, además, todo estaba iluminado con mucho gusto y, en los salones, se escuchaba de fondo todo el tiempo música clásica de los grandes compositores alemanes en un claro guiño a nuestros homenajeados: Wagner, Bach o Schubert, entre otros.

Si la memoria no me falla, yo llevaba un precioso vestido de color champán con pedrería, muy a la moda de aquellos días. Una vez más, mi querida Dolores Narváez había dado en el clavo con mi atuendo. Mi madre me prestó su preciosa estola de piel de zorro y me puse un poco de maquillaje, sin incurrir en excesos. Me alegró bastante ver que no desentonaba con el resto de las asistentes. Rai y yo salíamos poco desde que habían nacido nuestros hijos, así que me había

resultado difícil saber cómo acertar con la vestimenta y no dudaba en que las mujeres más bellas y elegantes de la ciudad derrocharían pompa y elegancia, por lo que me sentía algo presionada por ese lado.

Nada más llegar, constaté que, una vez más, lo más granado de la sociedad cartagenera se había dado cita en la imponente fiesta. Vi, por supuesto, a las señoras del Comité. Caridad Mínguez fue, si no recuerdo mal, una de las primeras damas a las que saludé. Iba vestida de negro con un bello tocado que intensificaba el verde de sus ojos. No era realmente guapa, pero volví a quedar impresionada por su porte majestuoso y formidable. También saludé a su inseparable amiga, Inés Cantos, y a su esposo, don Jesús Solís, el director de *La Voz*. Luego vi a doña Elisa y a Luisita Portela, que iba con ella como si hubiera asumido su condición de solterona y eso significara que debiera unirse a las otras de su misma condición. Mi querida Adela Mota, por su parte, no vino aquella noche porque tenía que hacer reposo como consecuencia de su reciente embarazo, aunque me dijeron que su esposo Víctor sí asistió, pero lo cierto es que yo no recuerdo haberlo visto. Mis padres aparecieron, como no, con el matrimonio Fuentelaguna a quienes saludé respetuosamente a pesar de todo lo que nos había ocurrido tiempo atrás en su finca, y también pude saludar a los señores de Maestre, a los de Zapata, a las hermanas Doménech, a los Alesson, a la familia Stengre y a un montón de invitados más de apellidos ilustres. Me acerqué entonces adonde estaba doña Merche de Rivera, que charlaba animadamente con su amiga Mary Hidalgo. Esta última lo miraba todo desde sus impertinentes, como si fuera a empezar de inmediato una función teatral, lo que me pareció muy gracioso. Fue con ellas dos con quienes me detuve a conversar un poco más de tiempo.

—Es una fiesta majestuosa, ¿no creen? —dije.

—Sí, lo es. Este Torres es único para organizar este tipo de eventos. Mi querida Alba, está usted radiante. La juventud es maravillosa, ¿verdad, Mary?

Esta asintió sonriendo y, por un momento, aquellas dos mujeres tan entrañables me miraron complacidas. Me sentí un poco cohibida por sus elogios y atenciones.

—Gracias, son ustedes demasiado amables —respondí.

Entonces Merche le explicó a la señora Hidalgo que mi esposo era ayudante de su marido y que estaba muy contenta de coincidir a menudo conmigo porque yo le parecía encantadora. A la señora

Hidalgo todo lo que Merche le contaba le resultaba de lo más simpático porque seguía mirándome con ojos condescendientes.

Debo decir que la señora de Rivera, desde el principio, fue muy cariñosa conmigo. Era como si el aprecio que su esposo Pepe sentía hacia Rai, ella lo sintiese también hacia mí. Cuidaba de que no me sintiera como una intrusa en todos esos actos sociales tan propios de Capitanía, y lo lograba. Eso fue generando entre nosotras una cierta confianza y complicidad que más tarde me sería muy útil.

Cuando me separé de Merche y de Mary, seguí saludando a bastante gente con la que me crucé por el amplio salón. Había perdido de vista a Rai nada más llegar, porque él fue directo a reunirse con otros oficiales. Lo busqué con la mirada, mientras esquivaba a un montón de camareros que pasaban de continuo, a mi izquierda y a mi derecha, con copas de vino y champán francés, así como con todo tipo de canapés y de viandas exquisitas.

Luisita Portela apareció de pronto a mi lado como si emergiera de la nada y, sin venir a cuento, me susurró al oído algo que me sorprendió:

—¿Lo has visto, Alba? Es rematadamente guapo —dijo llevándose de inmediato la mano enguatada a la boca como si hubiera dicho una blasfemia.

Me entró la risa. Mis ojos estaban escaneando toda la sala, buscando a mi esposo y tratando al mismo tiempo de hacerse una composición de lugar bien rápida de todos los que estaban y dónde. Desde que me había convertido en Ellis Gala, el escritor clandestino, mi capacidad para tratar de captar datos relevantes que luego enriquecieran los relatos se había multiplicado de forma exponencial y podía decirse que era como uno de los radares de los submarinos que mandaba mi esposo.

—¿Quién? —dije. No tenía ni idea de a quién se refería. ¿Hablaba de Mota una vez más? A pesar de que Juanito iba de novia en novia sin reparar jamás en la buena de Portela, ella seguía enamoradísima de él. Sin embargo, su comentario parecía dirigido a otra persona.

—¿Cómo que quién, Alba? ¿Quién va a ser? Pues el alemán ese, el comandante al que homenajean hoy. No puede ser más apuesto, de verdad te lo digo. ¡Qué ojos, qué nariz, qué labios! Es condenadamente guapo y varonil, Alba. Por Dios, estás casada, pero no ciega.

Me reí sin poder evitarlo. En efecto, cuando segundos más tarde mis ojos se posaron en el punto que Luisa me indicó con el dedo con toda la discreción de la que fue capaz, constaté que Lothard von Arnauld de la Perière no solo era el héroe de guerra que todos comentaban, sino que era un tipo de un enorme atractivo, con sus ojos grises penetrantes y sagaces, y un indudable porte aristocrático. Podía haber sido un galán de cine.

Asentí con admiración y ella pareció quedarse satisfecha. Iba a decirme algo más cuando, de pronto, comenzó un gran trasiego por el salón. Mientras los camareros seguían desfilando con bandejas, la pista fue despejada y Torres anunció que pronto daría comienzo el baile. La gente se alborotó. En aquellos eventos, ese era el momento que todos esperaban. Ir a la pista a danzar al son de una orquesta que tocaba en vivo era el clímax de una velada perfecta.

Desde mi sitio, junto a Luisita, observé como un tipo más bien grueso, de tez sonrosada y con un bigotito recto se acercaba hasta el comandante alemán y le decía algo al oído. Portela me chivó que aquel era el cónsul alemán, don Enrique Müller. Lo miré con curiosidad porque, como dije antes, de un tiempo a esta parte, no había evento, ni exposición, ni función teatral, ni actuación en la que no hubiera mediado Enrique como mecenas o promotor. El cónsul conocía a todas las autoridades y a los principales políticos e intelectuales cartageneros y se codeaba con toda la gente importante, razón por la que se decía que andaba en todas las salsas.

Acto seguido, tras escuchar lo que el cónsul le dijo al oído, el comandante alemán fue hasta la pista y se quedó esperando. De pronto, como surgida de la nada, apareció junto a él una mujer morena, de ojos verdes, muy bella y lujosamente vestida, ataviada con muchas joyas y con un ademán altivo en su porte y en su gesto. Me quedé observándola con admiración, mientras el comandante alemán la cogía por la cintura con familiaridad. Al tiempo que la banda comenzó a interpretar una melodía, ellos se pusieron a bailar. Hacían una pareja espectacular y se desataron todo tipo de exclamaciones de admiración y algunos rumores maledicentes.

—¿Quién es ella? —pregunté con curiosidad.

Luisa puso los ojos en blanco, como si no pudiese creer que yo no conociera a aquella hermosa dama.

—Alba, es la consulesa. No puedo creer que no la conozcas. Los Müller son la pareja de moda.

—Bueno, claro que conozco a ambos de oídas, pero no los había visto nunca en persona —me defendí yo.

Luisita, a pesar de todo, sintió la necesidad de contarme lo que sabía de aquel singular matrimonio.

—A ver, Alba, todo el mundo sabe la historia de que el cónsul apareció en las costas españolas en medio de la Gran Guerra, como si fuera un náufrago inglés. No tenía apenas acento y les costó identificar su verdadera procedencia. Dice mi madre que lo trajo el mismo von Arnauld en su submarino y que, junto con Wilhem Canaris, los dos eran espías germanos.

Asentí. Lo cierto es que algo de lo que me contaba Luisa le había escuchado alguna vez comentar a Rai. Decía que, como consecuencia de aquello, las autoridades no sabían qué hacer con el tipo y le dejaron quedarse en el Arsenal. ¡Menudo sitio para un espía de guerra! Allí, Müller comenzó con sus chanchullos, no solo enviando información a los alemanes, sino también comerciando con objetos que eran muy apreciados en plena guerra. Hizo mucho dinero y, cuando ya tenía fortuna y le dejaron quedarse por la ciudad, se convirtió además en un filántropo y en un reputado mecenas de obras de arte y antigüedades. Por aquel entonces, sus compatriotas premiaron también su labor encomiable durante la contienda y le nombraron cónsul. Fue en esa segunda etapa de su vida cuando conoció a su esposa, María Oyola, que era de una muy buena familia de Lorca. La casa en la que estaba asentado el consulado en esos días era de la familia de ella.

Para ese momento, Luisita comenzó a hablarme de la biografía no oficial, poniéndome al día de los chismes y rumores que circulaban en torno a la pareja.

—Se dice que los dos son trasnochadores y libertinos, que no se pierden una sola fiesta en el Ateneo, que les gustan las copas, la farándula y los bailes, y que jamás vuelven a casa antes de que amanezca. Su pobre hijo, Karl, debe estar siempre solo al cuidado del personal de servicio. A mí me parece de lo menos apropiado para un chiquillo, pero claro con una madre así…

Miré a Portela sin poder evitar una mueca de desdén. Nunca me gustó la ligereza con la que unas mujeres juzgaban a otras por ser diferentes o por no encajar exactamente con las rígidas convenciones sociales que se nos imponían entonces. En una ciudad pequeña como la nuestra, eso estaba a la orden del día. Además, la mayoría de las

veces, los rumores cobraban vida propia sin que nadie se molestara en constatar lo que de verdad había en ellos.

Lo que estaba claro, a pesar de todo, era que doña María, la esposa del cónsul, no solo era bella, culta y sofisticada, sino que además destacaba por su maestría con el baile. Agarrada al agraciado marino alemán, los dos daban vueltas y más vueltas por la pista con soltura y gracilidad, como si más que bailar, flotasen.

Pero yo, cansada de verlos hacer cabriolas, me disculpé con Luisita y decidí subir la enorme escalinata del teatro en dirección al tocador de señoras. Necesitaba refrescarme un poco.

* * *

No sé cuánto tiempo me demoré empolvándome la nariz. Recuerdo que mientras estaba allí, había algunas jovencitas hablando de lo apuestos que eran los oficiales alemanes y otras señoras más mayores criticando a la señora consulesa. Agucé el oído para ver qué decían, tratando de disimular el interés que sentía por su conversación:

—Dicen que ella está liada con Gerardo Ros, el médico, y no me extrañaría nada, no solo porque se les ve a menudo juntos sin más compañía, sino porque ella es ese tipo de mujer que siempre va provocando a los hombres —dijo una de ellas.

Lo único que recuerdo de la chismosa que dijo aquello es que llevaba un broche parecido al de la perla Peregrina de la reina Ena, ese que lleva una perla con forma de pera enorme y del que se cuentan muchas leyendas. Siempre me fascinó esa joya porque dicen que trajo la desgracia a todas las reinas que lo lucieron alguna vez. A juzgar por la vida que llevó la Battenberg, supongo que algo de cierto había en aquello, pero yo no tuve un broche así y la mayoría de las mujeres de mi época tampoco, y me temo que la desdicha nos salpicó igualmente a todas de una u otra forma.

—¿La habéis visto seducir descaradamente al comandante alemán? —dijo otra algo más joven que la primera.

—No sé cómo el cónsul no la llama a capítulo. A mí mi esposo me hubiera cantado las cuarenta por dejarle en evidencia —insistió la de la perla.

—Uy, el cónsul le consiente todo. Dice Cuca que su marido es muy amigo de Müller y que este está loco por ella y no ve ninguno de

sus desplantes.

No seguí escuchando. No podía justificar mi presencia en el tocador por más tiempo y temí que aquellas mujeres se percataran de que estaba pendiente de todo lo que decían. Además, lo mismo Rai me buscaba, o Luisa y las demás. Llevaba un rato ausente, pues al separarme del grupo para ir a buscar el tocador, me había detenido mirando los murales de Guimbarda y otras obras de arte que decoraban el teatro.

Salí de allí y, cuando iba a bajar la enorme escalinata, algo me detuvo en seco. Fue una voz, una voz grave a mi espalda que, me temo, reconocí enseguida.

—Mira, mira, a quién tenemos aquí. Uno se marcha de Cartagena y la vida sigue, pero, sin embargo, la belleza de sus ciudadanas no cambia nunca. Me alegro de verla, señora Aldave.

Me giré y descubrí con desagrado que Arturo Barbosa me dedicaba una sonrisa amplia. No sé si solo trataba de ser amable, pero a mí, como siempre, las suyas me parecieron las fauces de un depredador. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Disculpe, don Arturo, pero soy la señora de Guitián, si no le importa.

Barbosa se rio, pero no rectificó.

—Ya me he enterado de que su esposo está como ayudante de Rivera. Veo que prosperan ustedes, doña Alba. No hay nada como saber moverse bien. Me gusta la gente que tiene claro dónde quiere llegar.

—¿Y usted? ¿Ha vuelto ya a la ciudad o solo está de visita? —respondí sin devolverle la sonrisa.

—Estoy solo de visita, aunque espero instalarme de nuevo muy pronto. Las islas siempre son un buen destino: la vida va más despacio, luce el sol de continuo y uno puede dedicarse a lo importante sin que le importunen los vecinos. Cartagena debería aprender mucho de los canarios —dijo.

—Supongo —contesté distraída. Me había quedado dando vueltas a la idea de que había dicho que volvería pronto.

—¿Sabe qué, señora mía? Voy a aprovechar que la encuentro aquí

y voy a darle un consejo, porque, desde que la vi en la librería de Horacio Escarabajal, supe que usted no es como las otras mujeres. Yo la admiro y, cuando la observo, pienso en cómo me hubiera gustado tener una esposa con la que hablar de libros y de política, con la que compartir una misma visión de la vida o disentir de las cosas con el debido criterio. Usted hubiera sido para mí ese tipo de esposa, una compañera, una amiga si prefiere llamarlo así. Mi Aurora es buena chica y mejor madre, pero no ha leído dos líneas en toda su vida y no tiene el brillo y la astucia que veo en sus ojos, si me permite decírselo —confesó de pronto Barbosa.

—Me temo que usted y yo somos tan diferentes que esa relación de la que habla hubiera sido del todo imposible —respondí—. Pero, dígame, ¿de qué consejo me hablaba?

Me pareció que Arturo dudaba por unos instantes, pero luego se aclaró la garganta y dijo:

—Doña Alba, su esposo Rai goza ahora mismo del favor de sus superiores por ser, ¿cómo decirlo?, por ser un chivato. No, no me mire así. No tengo ninguna duda de que él me denunció. Se llama oportunismo y no lo juzgo, solo se lo indico para que no piense usted que me chupo el dedo. No obstante, déjeme decirle que hay una cosa que no falla nunca y que es la ley de la gravedad, o lo que es lo mismo: lo que sube, baja. Dígale que los tiempos van a cambiar y que debería posicionarse mejor, elegir los amigos apropiados para esta nueva etapa.

Me sonó a amenaza.

—No le entiendo, señor Barbosa. No sé de lo que está hablando.

Noté cómo este se impacientaba.

—Que le diga a su marido, querida Alba, que puede jugar bien sus cartas y seguir con su brillante carrera o terminar mal, por ejemplo, como su padre, que se metió en asuntos inapropiados que no eran de su incumbencia.

En efecto, ahora lo había entendido perfectamente. No sabía a qué se refería con la muerte del padre de Rai, pero lo que si tuve claro fue que Barbosa no tendría escrúpulos en cumplir sus amenazas si no nos poníamos de su lado.

—Disculpe, don Arturo. Veo que están muy entretenidos, pero verá, llevo un rato queriendo hablar con mi amiga, la marquesa de

Guelaya, y parece usted empeñado en monopolizarla —dijo súbitamente una voz de mujer a nuestro lado.

Me sorprendió descubrir allí plantada a María Oyola, nada más y nada menos que la espectacular consulesa. Tenía los brazos en jarras y los labios pintados de un rojo intenso. Su presencia me resultó imponente. Nunca olvidaré la expresión de su cara ni la sensación de gratitud que sentí en ese momento. Toda ella, autoritaria y desafiante, parecía en guardia, como si fuera un guepardo frente a una presa. Ella tenía ese algo salvaje y felino y sabía, sin duda, el poder y el efecto que causaba su belleza sobre los hombres.

—Solo charlábamos, doña María. Somos viejos amigos, ¿sabe? Ambos compartimos la afición por los libros y por la literatura, ¿verdad, señora Aldave? —respondió Arturo, visiblemente contrariado.

—Señora de Guitián —le corregí por segunda vez—. Si nos disculpa, señor Barbosa. La consulesa y yo tenemos mucho de qué hablar.

Arturo Barbosa asintió con un sutil gesto que hizo con la cabeza. En sus ojos leía yo lo furioso que estaba. Me quedé unos segundos como clavada contra el suelo sin poder moverme, hasta que María tomó mi mano y, tirando de mí, me sacó de ese estado de bloqueo.

—Vamos —ordenó.

Ninguna de las dos miramos hacia atrás mientras huíamos de Arturo. Supe, en ese preciso instante, que aquella mujer valiente y decidida se convertiría en una de mis mejores amigas.

* * *

María no soltó mi mano hasta que consideró que estábamos a salvo. Entonces me arrastró a uno de los balcones del teatro y, una vez allí, se encendió un cigarrillo con nerviosismo. Hacía un frío intenso en aquella madrugada y las estolas y los abrigos habían quedado en el guardarropa, así que nos rodeábamos el cuerpo con los brazos desnudos y observábamos cómo, al exhalar ella el humo, salía vaho. Después de dar un par de bocanadas en silencio, como si se le hubiera ocurrido de repente, me ofreció un cigarro a mí también. Yo, que jamás había fumado, estaba tan nerviosa que lo acepté y ella me tendió el suyo y se encendió otro.

—¿Sabe? Debería mantenerse lejos de gente como él —me dijo

dando una larga calada y echando el humo por la nariz.

—Créame que no he sido yo quien ha buscado su compañía —respondí, justo antes de ponerme a toser al notar los pulmones llenos de humo. Empezaba a sentirme mareada por el tabaco y María lo encontró divertido y sonrió condescendiente.

—No lo dudo. Barbosa no es capaz de resistirse a los encantos de una mujer bonita. Eso lo sabe todo el mundo. Pero tiene que saber que no es un hombre de fiar. Lo conozco bien. Es un asiduo del Ateneo. No tiene buena fama y siempre anda metido en líos.

Me callé porque no se me ocurrió nada que decirle. No podía hablar de Quino, ni del Molinete, ni de que había sido Rai quien había dado la voz de alerta a Magaz y a don Mateo sobre las conspiraciones de Barbosa y de los masones de su logia flotante, la Moby Dick y por eso ahora este la tenía tomada con nosotros. No podía hablar de nada de eso, así que me limité a disimular como pude lo que sentía y a agradecerle inocentemente su ayuda.

—Gracias, señora Müller.

—Señora de Guitián, está claro que el señor Barbosa se siente agraviado por su marido y, desde luego, no sé qué tiene contra los dos, pero yo, de usted, me andaría con mucho ojo porque, como le digo, Arturo es un hombre ambicioso y tiene poder. No suele tener ningún escrúpulo a la hora de quitarse de en medio a quienes considera sus adversarios y cuenta con amigos que le hacen el trabajo sucio —dijo.

—¿Usted también lo es? Su adversaria, digo. ¿Por eso me ha ayudado a pesar de no conocerme de nada? —pregunté con curiosidad.

Ella me miró con sus profundos ojos verdes.

—Alba, claro que la conozco. Conozco a su familia. Y usted me conoce a mí. Y aunque no fuera así, somos dos mujeres que no permitirían nunca que una de las suyas fuera acorralada de esa forma por un hombre como ese, ¿verdad? No tengo duda de que usted habría hecho lo mismo por mí.

—Pero ¿cómo sabe tanto de él?

—Mi esposo y yo tenemos amigos de todo tipo y condición política. Alguien de mi más absoluta confianza hace tiempo me previno contra él. Digamos que Arturo revoloteaba a mi alrededor como un moscardón por aquella época y esa persona me advirtió de que era un tipo peligroso.

Comprendí. Supuse de inmediato que el tipo que había prevenido a María era el famoso Gerardo Ros, ese del que hablaban las señoras en el baño diciendo que era su amante. Se trataba de un tipo influyente que, al igual que Barbosa, tenía aspiraciones en el terreno político.

—Gracias, doña María. En efecto, mi esposo denunció algunas cosas que descubrimos sobre Arturo y me temo que está furioso con nosotros desde entonces.

A partir de ese momento, María comenzó a llamarme de tú y a tratarme de igual a igual, como si mi honestidad repentina me hubiera hecho merecedora de ello.

—Pues debes saber que tiene amigos importantes en Madrid. Y que pronto podrá regresar a Cartagena, y lo hará con el poder que tanto ansía. Debéis tener mucho cuidado.

—Eso me ha dicho. Dice que me conviene saber quién tendrá muy pronto la sartén por el mango.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Fanfarrón, los tipos como él me producen un hastío insoportable.

María apagó su cigarrillo y esperó a que yo hiciera lo mismo. Luego dijo:

—Es hora de entrar, querida. Seguramente alguien nos estará buscando.

* * *

Así fue. Nada más entrar al interior del teatro, el señor Müller apareció como de la nada. Tenía expresión de fastidio en su cara y me dio la sensación de que debía llevar un buen rato buscando a su esposa.

—Querida, no te encontraba por ninguna parte —dijo con su marcado acento alemán.

—Heinrich, disculpa, estaba conversando animadamente con mi nueva amiga Alba Aldave, la señora de Guitián —dijo ella ajena al malestar de su esposo.

—Es un honor, señor —exclamé yo haciendo una reverencia que debió resultar un poco exagerada y ridícula.

Todo el mundo se dirigía a Müller como Enrique, españolizando su nombre. Solo María lo llamaba Heinrich.

—El honor es mío, señora —respondió el alemán besando mi mano.

Después de saludarme, volvió a centrar su atención en su esposa.

—Os están buscando a ti y al comandante —dijo el cónsul —. Tenemos que ir con los alemanes para hacer entrega de la placa que el ayuntamiento quiere entregar a de la Perière.

Ella se disculpó por tener que marcharse y me dijo:

—Alba, ha sido un placer. Tendrás noticias mías.

Luego la vi salir detrás de su esposo y ambos se perdieron por el corredor, mientras yo me apresuraba a bajar la escalinata buscando a Rai y algo nerviosa por si volvía a cruzarme con don Arturo, lo que, para mi tranquilidad, no sucedió.

Al llegar al grupo en el que estaban Rivera, su esposa y la mayoría de los oficiales, hice algo completamente impropio de mí. Me acerqué a Merche y me las apañé para entablar una conversación en

privado con ella.

—Doña Merche, tengo que pedirle un favor muy importante —le dije.

—Lo que quieras, querida. Ya sabes que me resulta muy satisfactorio poder ayudarte. Eres como una hija.

—Necesito información sobre mi suegro, el capitán Raimundo Matías Guitián Delgado.

Estaba convencida de que si lo que había dicho Barbosa sobre la muerte del padre de Rai era cierto, solo ella podía descubrirlo, gracias a su esposo Rivera y a sus contactos tan influyentes.

Le expliqué mis dudas sobre su misterioso fallecimiento. Barbosa había insinuado que había habido algo irregular en todo aquello y no era descabellado temerme lo peor. Ella prometió averiguar lo que pudiera y entonces me atreví a abusar un poco más de su amabilidad.

—Confío en su discreción, doña Merche. Nadie debe saber nada sobre este asunto, ni siquiera Rai.

—Seré una tumba, Alba —respondió ella sin pedirme más explicaciones.

«La amistad es un alma que habita en dos cuerpos,

un corazón que habita en dos almas».

Aristóteles

Después del baile del *Emden* las cosas se me complicaron un poco en distintos frentes. Lo primero que me sucedió fue que caí enferma. Ya sé que me lo busqué cuando decidí salir a aquel balcón con María con aquel fino vestido y sin abrigo, pero el caso es que a la mañana siguiente me levanté con fiebre, dolor de garganta y una afonía que me dejó prácticamente sin voz.

—No es nada —le dije a Rai como pude, dispuesta a levantarme como cualquier otro día.

—¿Cómo que no es nada? Pero si estás ardiendo… —me rebatió él y se mostró inflexible conmigo. Debía quedarme en la cama sí o sí. Por nada del mundo quería que lo acompañase a los eventos que, continuando con el plan de festejos en honor a los marinos alemanes, iban a celebrarse tanto en Capitanía como en el Casino, en el cine Sport o en el propio barco museo.

—Ni hablar. No podemos arriesgarnos a que empeores, cariño. Debes quedarte y descansar —argumentó y no me atreví a llevarle la contraria.

No le había contado yo nada de lo de mi encuentro con Barbosa la noche anterior ni de la forma tan valiente con la que María Oyola me había salvado. No quería preocuparle. Sin embargo, lamenté mucho perder la oportunidad de ir con Rai a todos esos actos oficiales por si en cualquiera de ellos tenía la oportunidad de volver a toparme con la consulesa.

Lo peor es que, cuando por fin me recuperé, las cosas no mejoraron. Rai me anunció con cierto temor que le mandaban lejos y que estaría fuera varios meses.

—Pero dijiste que con Rivera no tendrías que viajar —respondí enfurruñada cuando me dio la noticia. Ya casi me había acostumbrado a aquella agenda de galas, recepciones y eventos oficiales. Me había supuesto abandonar por un tiempo la escritura, pero bien merecía la pena si con ello conseguía tenerle a mi lado. Escarabajal lo entendió y

me dijo que no pasaría nada por tomarme un descanso. Muchos otros escritores lo hacían y luego regresaban con más ideas que nunca.

—Dije que seguramente viajaría menos, pero, Alba, compréndelo, soy marino, es mi profesión —contestó él justificándose.

Les mandaban a la Exposición Universal de Barcelona porque el rey iba a inaugurarla y toda la Escuadra debía estar presente. Rivera era una de las figuras principales que debía acompañar a Su Majestad luego estaba fuera de toda duda o discusión que Rai fuera con él.

Cuando este se fue, yo seguía un poco contrariada porque tuviera que marcharse, pero, al final, no me quedó otra y lo acepté. Entremedias, siguiendo con la estela de buena suerte de los últimos tiempos, el pequeño Rai se puso con payuelas y nos hizo pasarlas canutas.

No era un crío enfermizo y frágil. Por el contrario, era robusto y regordete, como buen Aldave. No se ponía malo con frecuencia, pero, quizás por eso, cuando lo hacía nos metía unos sustos de muerte, con unas fiebres que le subían en mitad de la noche de forma dramática en muy poco tiempo y que nos ponían a Candela y a mí el corazón en un puño.

—Candela, dale otra friega —le ordenaba yo con desesperación al ver que la fiebre no remitía.

Y Candela obedecía y las dos rezábamos y luego cambiábamos las sábanas porque cuando le subía de ese modo la temperatura, el pobre Raimundito se orinaba encima.

Lo peor de aquellos momentos o lo que peor recuerdo, eran las cartas de Rai. Si yo le contaba que uno de los niños estaba malo, me atosigaba para que le escribiera una larga carta dándole todo tipo de detalles. Y después de una noche entera luchando contra el termómetro, una no estaba para escribir con la generosidad que Rai demandaba. Pero si no le contaba nada de que los niños estaban malos, era casi peor, porque entonces el que se explayaba era él y me narraba sus diletantes tardes de té y de entretenidas tertulias en el *Provence*, un acorazado francés abarloado junto al *Barcáiztegui*, el barco de Rai. Y a mí me ponía furiosa ver cómo él pasaba las jornadas socializando, mientras yo apenas podía con mi alma después de pasar horas apostada junto a la cama de los niños luchando con la fiebre, las flemas, los vómitos o las infecciones.

Entre unas cosas y otras, estuve de muy mal humor esos días, lo

admito. Sin embargo, ahora me ruborizo solo de pensarlo. Me quejaba por las noches en vela y la ausencia de Rai sin ser consciente entonces de que, en ese preciso momento de mi vida, lo tenía todo, absolutamente todo.

* * *

Yo no lo sabía, pero, muy probablemente, aquel estado alicaído mío se debía al cansancio provocado por un nuevo embarazo. Alba, la única niña que tuve, crecía ya en mi interior con toda la fuerza con la que siempre se abre paso la vida. Mi pequeña nació en 1930, un año que yo no podría olvidar, aunque quisiera, porque fue el año en que todo cambió para siempre.

Así, al tiempo que mi vientre iba tomando volumen, un Primo de Rivera derrotado por la diabetes y por el agotamiento de su régimen, presentaba su dimisión al rey en el mes de enero. Alfonso XIII nombró a Berenguer como sucesor, mientras que Miguel, abandonado por todos, se iba a París a terminar sus días. Incluso el rey, que lo había apoyado en 1923, le dio ahora la espalda. Muchos dicen que la diabetes lo condenó pero que fue la tristeza la que lo mató. Me impresiona que los más ilustres personajes de la historia parecen no recordar jamás que, con la facilidad con la que el mundo los encumbra, los entierra en el fango después. Es algo para lo que nadie parece preparado.

El mismo Alfonso XIII no se daba cuenta de lo que representaba toda esa situación para él. Da la sensación de que solo se percató de su error después, cuando con amargura se lamentaba de haber perdido el amor de su pueblo. Pero en el comienzo de 1930, todavía tenía esperanzas de salir con bien de todo aquello. Obviamente esa no iba a ser una empresa tan fácil ni Berenguer era el político de altas miras que podía liderar la transición con la rotundidad que el momento requería, así que todo se fue complicando por momentos.

Mientras la sociedad, cada vez más exasperada, era testigo del devenir de los acontecimientos, intelectuales como Ortega y Gasset publicaron artículos incendiarios con titulares como *Delenda est Monarchia,* en los que afirmaban que la Monarquía estaba acabada.

Recuerdo que, en aquellos meses, yo seguía con estupor y fascinación todo este complicado rompecabezas político y acudía muchas tardes a las tertulias del Comité de Señoras para estar al tanto de todo.

—Pero ¿cómo pretendes que sea un embarazo tranquilo si apenas paras en casa? —protestaba mi madre al ver mis entradas y salidas.

Como Rai no estaba para obligarme a hacer reposo y estar tranquila, le encomendó a mi madre esa misión. Mamá venía a todas horas a controlarme. Se quejaba de mi exceso de actividad, pero también encontraba cualquier excusa para protestar. La pobre Candela me miraba asustada porque veía como ella llegaba como un elefante en una cacharrería y se ponía a dar órdenes a todo el mundo o a criticar todo lo que hacíamos.

«Este niño va hecho un desastre», decía del pobre Raimundito, bien porque jugando se había roto los pantalones en la zona de las rodillas y no habíamos tenido tiempo de remendarlos, bien porque iba con las uñas sucias tras haber estado jugando en el parque. «A Pepe no me lo dais de comer como Dios manda», añadía luego sobre este, que nunca fue de comer bien, para mi desgracia, pero que en aquella época en la que la guerra aún no nos había hecho conocer lo que era el hambre, tenía las mejillas sonrosadas y un buen pellizco, como habría dicho su padre.

Sus quejas y recriminaciones acerca de los niños, de la casa o de mi ritmo de vida no me frenaron. Ineludiblemente, me reunía con las damas del Comité de Señoras para debatir sobre lo que podía traer consigo toda esa complicada situación.

—Doña Caridad, ¿qué dice el señor Torres de todo esto? —le preguntaba con la mayor de las curiosidades. Me parecía que nadie como él podía saber qué estaba por venir.

—¿Qué va a decir? Asiste tan estupefacto a los acontecimientos como nosotras. Sostiene que no hay que actuar con precipitación, pero ya sabéis el carácter que gasta. Pasa las noches trabajando en su despacho, recibe llamadas a todas horas, apenas come, y fuma demasiado.

Torres había presentado su dimisión al tiempo que su valedor, Primo de Rivera. Las cosas en Cartagena eran un reflejo en miniatura de la complicada situación a nivel nacional. Doña Caridad no nos transmitía lo mal que lo estaban pasando, no tanto por la pérdida de la alcaldía, sino por la incertidumbre de lo que vendría a continuación. Los rumores no eran halagüeños. Torres, decían los que mejor le conocían, no era un tipo apegado al poder, no lo necesitaba. Pero le dolía su tierra, Cartagena, le dolía España e intuía que lo que estaba por venir no sería bueno para ninguna de las dos.

* * *

No consigo recordar con nitidez cuánto tardé en volver a encontrarme con la señora de Müller después de la fiesta del *Emden*. La busqué, de eso estoy segura. Quería hacerme la encontradiza en alguno de los lugares que solíamos frecuentar, sin que se notara cuánto deseaba volver a verla. No podía por tanto ir directamente al consulado por las buenas, debía parecer algo casual. De modo que la busqué en el Gran Hotel y en el Casino a la hora del té; también en misa, en los paseos por la calle Mayor, en las confiterías e incluso en el teatro y en el cine Sport. Cuando todos los lugares habituales de nuestro círculo se me agotaron y ya no sabía muy bien dónde buscar, pregunté incluso a las señoras del Comité en una de nuestras reuniones en la casa Valarino.

«Ellas tienen que conocerla y pueden decirme dónde coincidir con ella», me dije. «Son las mujeres más importantes de Cartagena y María Oyola también lo es. En el fondo son parte de lo mismo». Pero algo dentro de mí me decía que eran como agua y aceite. Aquellas señoras, de mundos tan diferentes, no se mezclaban. No fue una sorpresa, por tanto, cuando al preguntar por la señora de Müller, la mayoría de las del Comité torcieron el gesto como si hubiera mentado al demonio. Enseguida me advirtieron de que una mujer como esa no era confiable y que no era bueno para mi reputación que me vieran con ella.

—No es la clase de amiga que te conviene, querida —dijo Caridad sin más, seca y tajante, como era ella cuando algo no le hacía gracia.

—Sí, menuda fama gasta doña María —exclamó Luisita Portela.

Sin poder evitarlo, la fulminé con la mirada.

—Son habladurías, Luisa. Nada más que habladurías.

Luisita me miró y supo que yo estaba muy enfadada, así que no se atrevió a responder.

—Bueno, querida, ya sabes lo que dicen. Cuando el río suena, agua lleva —dijo esta vez Elisa.

«¿Qué les pasa a todas estas mujeres?», me preguntaba yo con incredulidad. Atacaban a otras por el hecho de ser diferentes. Es algo que he visto muchas veces a lo largo de mi vida. Aún hoy me resulta incomprensible.

—De habladurías nada, que la han visto mil veces acompañada

por hombres a solas. Y ninguno era su marido, precisamente —añadió Luisa de nuevo envalentonada.

Me quedé mirándolas sin saber qué hacer a continuación. Al final exploté. Era irremediable que lo hiciera. Levanté la voz y las ataqué sin pensar en lo que hacía.

—Os escucho y no me lo creo. La juzgáis sin conocerla. Es consulesa y lleva una vida social propia de su posición. ¿Qué tiene eso de malo? Vamos, admitidlo, lo que ocurre es que no soportáis que todos se vuelvan a mirarla cuando pasa y que nos eclipse al resto.

Caridad me miró muy seria. Las demás escuchaban escandalizadas.

—Yo soy alcaldesa, o lo he sido. He tenido una cierta posición social como esa y no me ves todas las noches en fiestas, ¿o sí? —dijo encarándose conmigo.

—La mayoría de las cosas que dicen de ella no son más que chismes que podrían decir de nosotras. Ninguna está libre de las habladurías de la gente, que sabe bien cómo ser cruel. Ni siquiera usted, Caridad. No vienen tiempos fáciles para su familia, así que ya puede tener misericordia con otros, porque algo me dice que ustedes también la van a necesitar.

Estaba tan alterada que no me quedé a esperar su réplica. Ni siquiera la miré. Cogí mi bolso, dispuesta a marcharme, y me dirigí hacia la salida. Fue Inés, la señora Cantos, la que corrió hasta mí y me sujetó de un brazo, pidiéndome que esperara.

—No te vayas, Alba, por favor. Perdónanos. Hay cosas que nos cuesta entender y podemos ser un poco duras y ligeras en nuestros juicios. Pero entiendo que tú aprecies a María y que te duela que hablemos así de ella, así que te pido perdón en nombre de todas. De Caridad también.

Yo chasqueé la lengua mostrándole mi disgusto.

—María dio la cara por mí cuando lo necesité, Inés. Le estoy agradecida. Creo que es una mujer valiente y buena. Es una de las nuestras, aunque os parezca diferente. El mundo ahí fuera está lleno de enemigos, no los busquemos entre nuestras propias filas.

Inés asintió, me cogió de la mano y me llevó hasta el saloncito árabe sin decir nada más. Al principio, la tensión se dejaba notar

todavía en el ambiente, pero poco a poco se fue recuperando la normalidad. Alguna de las señoras al finalizar el encuentro se disculpó en privado por lo sucedido, como Elisa. Solo Caridad permaneció lejos de mí el resto de la velada y no se despidió cuando me marché.

* * *

A pesar de mis esfuerzos por encontrarla, al final fue María la que me encontró a mí. Debí haber supuesto que cuando ella quisiera dar conmigo lo conseguiría fácilmente. Así fue. Fue algo tan simple como que me hizo llegar a casa un sobre con el emblema del consulado y cuando lo abrí, descubrí en su interior una elegante invitación con las iniciales de Heinrich Müller para acudir a celebrar con ellos, con los cónsules, y con otros muy ilustres invitados una fiesta en honor a los que habían posibilitado el salvamento del *Delia*.

El *Delia* era un vapor mercante alemán que venía de Amberes con las bodegas repletas de mercancías valiosísimas y que se incendió al llegar al puerto. La guardia del Arsenal acudió enseguida al rescate, pero pronto las llamas se extendieron y necesitaron refuerzos. El ayuntamiento, todavía a las órdenes de Torres, mandó a los bomberos y también acudieron las dotaciones del *José Luis* y del *Cadalso*. Después de ímprobos esfuerzos se logró controlar la situación. La tripulación del *Delia*, a pesar de que la mercancía se había echado a perder, quiso agradecerle a Torres su ayuda y le pidieron al cónsul que organizara una velada en su honor, cosa que él por supuesto cumplió con placer.

Yo, al recibir la invitación de los Müller para asistir al evento, tuve algunas dudas sobre si debía confirmar mi asistencia. Rai estaba fuera y no estaba bien visto que una mujer casada y en estado acudiera sola a un evento social. Pensé, sin embargo, en las habladurías y los chismes que circulaban sobre María y en la pelea que había sostenido días antes con las damas del Comité por el tema de su reputación y entonces lo tuve claro. Si María había sido valiente para dar la cara por mí, por supuesto que yo correspondería a esa valentía yendo a su encuentro en aquella fiesta.

De hecho, estuve más que puntual en el número 33 de la calle Murallas del Mar el día de la celebración. El consulado era tan elegante y glamuroso como me había imaginado. La iluminación de la casa aquella noche hacía que esta se reflejara en el mar como si fuera un barco. Tenía una planta baja destinada para atender visitas y celebrar reuniones y recepciones, mientras que la parte de arriba era la vivienda particular de los Müller.

Aún hoy, los miradores que dan al puerto y la altura imponente del edificio le otorgan ese algo especial y único, a pesar de lo decadente que es su aspecto actual. Cuando ahora paso por delante y lo veo todo apagado y con los postigos clausurados, me doy cuenta de que esa relevancia, junto a todo lo demás, también pasó y estaba llamada a ser efímera.

Al llegar, un mayordomo uniformado y muy solícito se ocupó de mi ropa de abrigo en la misma puerta, y al entrar al recibidor, un camarero con una bandeja repleta de copas se acercó hasta mí y me ofreció un cóctel. Cogí una copa de vino blanco y, como de primeras no me encontré con nadie conocido, me fui paseando por todas las estancias a mis anchas y sin ser molestada por nadie.

La casa sorprendía por las innumerables obras de arte que vestían paredes y mesitas: cuadros, esculturas, azulejos, tapices y otros caros adornos. Todo aquello debía tener un valor incalculable. El mobiliario también era exclusivo y refinado. Enrique —o Heinrich, como le decía María— era mecenas de muchos artistas y proyectos culturales, de modo que era natural que atesorase una gran cantidad de objetos valiosos, aunque esa justificación no hacía que resultara menos apabullante.

Pasé luego al saloncito principal, donde había mucha gente y fui moviéndome entre unos y otros sin dificultad, gracias a mi estado de buena esperanza que hacía que me cediesen el paso. Quedé fascinada con el precioso piano blanco que presidía una esquina. Luego mis ojos descubrieron un gramófono, una radio y un moderno teléfono.

Aquellos artilugios eran los más sofisticados que uno podía encontrar por entonces en el mercado. El señor Müller era comerciante también, y compraba y vendía ese tipo de aparatos en sus negocios de importación y exportación. No recuerdo cuándo, pero en unas de mis visitas a casa de María, posteriormente, me regaló una moderna radio que fue mi compañera durante muchas noches en vela, en los preludios de la guerra.

Seguí explorando y llegué al despacho de Enrique. Allí había una estantería llena de libros encuadernados en piel. Junto a una ventana, un precioso y macizo escritorio de madera oscura llamó mi atención. Estaba lleno de cosas, pero me fijé sobre todo en una llamativa escribanía de plata, en el cenicero rebosante de colillas de puros habanos y en un montón de papeles con el emblema del consulado. Al lado, en un mueble auxiliar, descansaba una maravillosa máquina de escribir Underwood. Enfrente de la mesa de trabajo, había unos sofás

en torno a una mesita de centro donde supuse que el cónsul atendería a las visitas. De lejos, oía la música de fondo y voces de los invitados riendo y divirtiéndose.

Me acerqué hasta donde estaba la máquina de escribir para tocar las teclas, pero cuando estaba quitándome el guante para teclear algo al azar, una voz femenina en mi espalda me frenó.

—Te dije que tendrías noticias mías —dijo.

María estaba preciosa y me sonreía. Se notaba que se alegraba de veras de verme. Yo me acerqué hasta ella y le di un abrazo. Mi barriga se interponía entre las dos y ella lo encontró muy divertido.

—Te sienta muy bien el embarazo —exclamó, y a mí me sonó a chiste.

Había tardado horas en encontrar un vestido en el que aún pudiera entrar con mis nuevas dimensiones, así que me sentía como una ballena gigante al lado de aquella mujer tan bella y elegante.

—Calla, no digas tonterías —respondí.

Ella me tomó de la mano y me condujo al salón.

—Ven, te iré presentando a los invitados y te pondré al corriente de los trapos sucios de todos ellos. Al fin y al cabo, eso es lo único que merece la pena de estas fiestas —exclamó riendo.

Así lo hizo. Estuvimos toda la noche juntas. Era verdad que María sabía todo de todo el mundo. Entre cuchicheos y confidencias, fue diciéndome uno a uno el nombre de todos los presentes y me explicó cuanto sabía de cada uno de ellos: quién se estaba construyendo una casa nueva, quién se quería meter en política, quién era amante de quién, o incluso, quiénes no se hablaban o estaban enemistados. Pasamos un buen rato y lo más destacable fue que, a partir de aquella velada, nos convertimos en amigas inseparables. Comenzamos a quedar a menudo. Normalmente quedábamos a tomar el té o a divertirnos, pero fue inevitable que acabáramos hablando del panorama político. Ella estaba muy bien informada por algunas de sus amistades republicanas y me mantenía al tanto de las últimas noticias. Le preocupaba que las pretensiones de los más revolucionarios acabaran con su manera de vivir. Era una persona liberal, amante del progreso y la modernidad, de la cultura y del arte, pero siempre formó parte de esa clase privilegiada, de esa élite social que algunos querían hacer desaparecer para siempre. Por eso, María criticaba a los que

pensaban así, aunque muchos fuesen sus amigos, como el propio Gerardo Ros, su supuesto amante. Me temo que ella, como yo, tampoco se sentía a salvo de lo que podía llegar a ocurrir en España.

A los nueve meses de gestación nació Alba, la Nena, como solíamos decirle. Fue un bebé risueño que desde el principio se portó de maravilla, como si evitara llorar para no molestar demasiado. El embarazo se pasó volando y el parto fue corto, así que, tras unos días de descanso, pronto me sentí bien de nuevo y comenzaron las visitas típicas de los familiares y amigos que querían conocer a la recién nacida.

Una de esas visitas fue la de Merche Rivera. La última vez que nos habíamos visto había sido en la fiesta homenaje al *Emden.* Esa noche le hice un encargo y, cuando vino, supe por la expresión de su cara que había averiguado algo.

Tardó un rato en encontrar el momento de contarme lo que sabía. Primero estuvimos tomando un té, luego me dio un regalito para el bebé: unos patucos tejidos por ella misma. Yo se lo agradecí y continuamos charlando. Fue casi al final, cuando estuvo segura de que estábamos solas y de que ni Candela ni los niños podían oírnos, cuando llegó el momento de su confesión:

—Alba, sobre lo que me pediste —dijo bajando notablemente el tono de su voz—. Lo de tu suegro, tenías razón, fue un caso extraño. He sabido que hay algunos documentos alto secreto en su expediente. Es documentación confidencial y reservada, según me ha dicho mi esposo. Al parecer, el padre de tu marido denunció algunas irregularidades en la Comandancia a su superior, el capitán de navío don Pedro de Altolaguirre. Esas denuncias salpicaban a su compañero, Arturo Barbosa, que trabajaba entonces con él. Don Pedro le escuchó y dijo que él se haría cargo de todo. Y lo hizo. Amonestaron al señor Barbosa, pero no pudieron abrirle un Consejo de Guerra por falta de pruebas. Lo trasladaron a Ferrol, eso sí, para quitárselo de en medio. Al poco tiempo, encontraron a Guitián Delgado en el Arsenal, herido. Le habían disparado, pero quien intentó matarlo no contaba con que sobreviviera. Altolaguirre, sospechando que detrás de aquello estaba alguno de los secuaces de Barbosa, lo mandó al Hospital Militar, donde le puso vigilancia día y noche para protegerlo. Oficialmente dijeron que se había contagiado de gripe española. A pesar de todas las precauciones y de que estuvo aislado, terminó muriendo. Su muerte estuvo rodeada de misterio. Nadie supo si había sido la epidemia la que al final lo había matado o si fue otra cosa, algo intencionado.

—¿Y su familia no supo la verdad? —pregunté yo con incredulidad.

—No, querida. No les dejaron verle. Lo de la gripe facilitó mucho las cosas por los protocolos de aislamiento y cuarentena. En todo caso, si hubieran conocido la verdad, se hubieran puesto en peligro ellos mismos. Casi fue mejor así.

Resultaba irónico que primero el padre de Rai y luego este hubieran puesto en aprietos a don Arturo de forma similar y en distintos momentos del tiempo. Lo malo era que toda esa historia demostraba lo peligroso que era tener a Barbosa de enemigo. Sentí un escalofrío. Luego pensé que Merche tenía razón. Rai, mi esposo, no debía enterarse de aquello nunca. Yo solo quería protegerle, aunque es evidente que subestimé el poder de Arturo.

«A la república solo ha de salvarla pensar en grande,

sacudirse de lo pequeño y proyectar hacia lo porvenir».

José Ortega y Gasset

A partir de aquel momento todo se precipitó. Lo único de bueno que tuvieron aquellos meses convulsos fue el regreso de Rai, quien, tras la Expo de Barcelona, fue enviado en misión especial de rescate a buscar el *Dornier*, un hidroavión que el pequeño de los Franco extravió en las Azores cuando trataba de batir el récord del mundo de distancia desde Los Alcázares a Nueva York, en una gesta al más puro estilo de Amelia Earhart, pues al igual que las aventuras de aquella mujer piloto, esta también tuvo en vilo a la prensa y no acabó en disgusto de milagro. Después de ese destino, estuvo un tiempo de crucero, hasta que, de buenas a primeras, llegó la noticia de que mandaban a Rivera a Madrid para encargarse de la cartera de Marina en el Gobierno y, como consecuencia, Rai quedaba cesado en su posición, de modo que tuvo que regresar a Cartagena hasta nueva orden.

—Menuda faena, Alba —se quejó Rai contrariado por lo del cese. Le gustaba estar con Rivera.

—Bueno, por lo menos estás en casa. Y, además, dice Merche que Madrid es un avispero con todo el tema político y que las aguas están muy revueltas. Piensa que Pepe va a ser nombrado ministro en un Gobierno que agoniza.

—De eso no hay duda. No creo que aguanten mucho allí —asintió él.

En efecto, en aquellos días todo el entorno de inestabilidad política hacía que ninguna decisión pareciera definitiva y que todo estuviera como pendiendo de un hilo. En todos los ámbitos y especialmente en el militar, todo el mundo parecía muy nervioso. Muchos veían en la «dictablanda» la tormenta perfecta para propiciar un cambio radical de régimen y, en los días que siguieron, las algaradas y los jaleos confirmaron las peores sospechas. Me vienen a la cabeza algunos acontecimientos inquietantes, como aquella bullanga en la Universidad de Madrid en la que los estudiantes fueron hasta el paraninfo y decapitaron el busto de Alfonso XIII y lo echaron a rodar escaleras abajo como si fuera un balón de fútbol. Mientras chutaban gol con la cabeza del monarca, gritaban mueras al rey. Eran

ese tipo de situaciones descontroladas las que disparaban nuestros temores. Las turbas enloquecen de apasionamiento repentino. Uno puede pensar que no tiene tanta importancia que unos jóvenes jueguen al fútbol con una estatua, pero cuando tienes una edad, sabes lo fácil que se pasa de cortar de forma simbólica la cabeza de una obra de arte a sentenciar a la guillotina a personas de carne y hueso, bien porque representan aquello contra lo que se lucha o, sencillamente, porque no coaligan con el nuevo pensamiento imperante.

A pesar del chasco inicial de Rai por dejar de estar al mando de Rivera, cuando le comunicaron quién iba a sustituir a este como capitán general del Departamento, se mostró bastante animado.

—El nuevo capitán general del Departamento es el almirante Antonio Magaz y Pers, el marqués —me dijo con cara de «¿A qué no puedes creerlo?».

—¿Magaz? No es ese el de… —fui a responder, pero me interrumpió.

—Sí, el que nos ayudó cuando lo de Barbosa.

—Menudo peso pesado —exclamé.

Si Rivera había sido para Rai un trampolín para que todos lo conocieran, Magaz era aún más relevante en el escalafón. Había sido vicepresidente en el segundo Directorio Militar de Primo de Rivera entre 1923 y 1925, entre otros importantes cargos.

—Hoy, cuando he ido a presentarme, me ha tratado con mucha consideración y respeto —añadió Rai con optimismo.

—Eso es estupendo. Supongo que ahora volveremos a esas agendas repletas de galas y recepciones, ¿no?

—Eso parece. Uno ya no sabe nunca qué pensar, pero pronto lo descubriremos.

Así fue. Al menos al principio. Rai acompañó a Magaz a un montón de actos oficiales. Estuvo en Los Alcázares recibiendo al infante don Alfonso, con quien visitó el aeródromo. También recibieron a todos los cargos y oficiales que querían cumplimentar a Magaz y sacaron tiempo para visitar cárceles, acudir al Consistorio e incluso oficiar la botadura del *Almirante Miranda*, un nuevo destructor.

Sin embargo, mientras nosotros estábamos entretenidos con todo

ese ajetreo, en el resto del país se fueron sucediendo acontecimientos como la rebelión de Jaca y otras muestras de desafección a la Corona que mantuvieron a todo el mundo en vilo.

Nosotros no nos dimos cuenta de las cosas ni de como todo se iba deteriorando progresivamente como preludio del cambio de régimen. Vivimos ajenos a todo, pendientes de nuestras cosas hasta que, en febrero, mi cuñado Antonio vino con la más espantosa de las noticias y aquel jarro de agua fría nos devolvió de nuevo a la realidad.

La noche anterior a que ocurriera yo estuve indispuesta, con tiritona y fiebre y dolor de huesos, pero lo achaqué, como no, a cualquiera de las miasmas que son habituales en una casa con tres criaturas pequeñas. Sin embargo, en cuanto el sol despuntó me sentí mejor y me dispuse a levantarme a preparar el biberón de la Nena. Rai me dijo que descansara un poco más y se ofreció a dárselo él y yo le dejé y me quedé dormitando en la cama. Cuando llamaron a la puerta, él estaba en plena faena, vestido ya con el uniforme, con un trapo al hombro por si la niña echaba bocanadas y con el bebé en los brazos expulsando los aires.

Rai mismo abrió la puerta. Yo escuché todo aquel jaleo desde la cama, medio adormilada.

—¿Qué haces aquí, hermano? —le dijo al verle. Antonio no solía venir entre semana porque estaba en San Javier, en la Base. Pero lo más insólito era la hora, pues era muy temprano. Rai pensó que le había ocurrido algo a su madre, Clara.

—¡Lo han matado, Rai! El tío está muerto —dijo este consternado, sacándolo rápidamente de dudas.

—Pero ¿de qué hablas, Antonio? ¿Qué ha pasado? —preguntó entonces Rai sin comprender nada.

Yo, al oír aquello, me puse la bata y me fui hasta el salón. No podía seguir durmiendo como si no pasara nada. Lo que decía Antonio era de una gravedad que aún no podíamos calibrar.

—Quino ha aparecido apuñalado en un callejón del Molinete. Me ha avisado de madrugada la casera, pero he esperado a que saliera el sol para venir —dijo.

La casera de la casa de Quino recibía una propina por avisarles si se metía en problemas. Generalmente avisaba de todas las cuestiones a Antonio porque él no estaba casado ni tenía hijos y le era más fácil

salir corriendo ante cualquier imprevisto. Pero lo cierto era que en los últimos tiempos parecía que el tío estaba más tranquilo, sobre todo desde que Barbosa había quedado fuera de escena. Aunque seguía bebiendo, viendo a la Carmela y llevando una vida de desorden, nosotros vivíamos convencidos de que estaba a salvo, de que todos lo estábamos.

—Me han dicho que debemos ir a dar instrucciones sobre qué hacer con el cuerpo —señaló mi cuñado.

Rai tenía la cara desencajada. Dejó a la Nena en la cuna y tuvo que sentarse y comenzó a frotarse la cara con las manos. Intuí que pensaba en Sonsoles, en la petición que esta le había hecho para que cuidara de su hijo. Sentía la muerte de su tío como un fracaso personal y me dio mucha lástima pensar en cómo debía sentirse.

—No es culpa vuestra, Rai. Quino jugaba con fuego todos los días. Cualquiera que viva en el Molinete, lo hace. No puedes pensar que puedes salvar a quien no quiere ser salvado —le dije mirándole a los ojos.

Rai esquivó mi mirada e ignoró mi comentario. Mirando a su hermano con preocupación, se limitó a decir:

—Estará por allí la policía, Antonio. Harán preguntas…

—Ya lo sé —respondió él.

—Venga, vámonos —añadió entonces con expresión grave.

Luego dejó el trapo, cogió su chaqueta y su gorra y los vi marcharse juntos.

* * *

La mayoría de los interrogados, trabajadores de las tabernas, gitanos o prostitutas, se mostraron esquivos y declararon que no habían visto nada cuando los interrogaron. En la calle donde apareció el cadáver de Quino, un callejón sin salida lleno de basura y de mugre, ningún vecino escuchó nada raro durante la noche anterior, y en los bares de los alrededores nadie se percató de ninguna trifulca, ni se vio nada sospechoso que pudiera ayudar a esclarecer alguna cosa sobre el extraño suceso.

Solo cuando la policía se marchó, apareció en escena el único que estuvo dispuesto a hablar con Rai y Antonio sobre lo que sabía: el

Chipé.

—Vi a varios de los tipos que siguen siempre al Barbosa ese como perrillos falderos. La logia está detrás de esto, no tengo dudas. He venido porque sé que su esposa es amiga de la de Torres y yo siempre seré leal a don Alfonso. Solo quería advertiros de que tuvierais cuidado.

—Pero ¿cómo estás tan seguro, Chipé? —dijo Rai, sin dar crédito. Le tendió unas monedas de propina y esperó a que continuara hablando. Pero Chipé ya había dicho todo lo que tenía que decir y gastaba muy malas pulgas.

—¿Pones en duda lo que digo? —dijo, y luego escupió en el suelo y, sin esperar respuesta, se fue.

Aquel hombrecillo de piel cuarteada por el sol y ojos de rata inquieta que hacía los trabajos sucios de las derechas debía estar muy preocupado en aquellos días con la deriva de los acontecimientos. No en vano, se había paseado durante mucho tiempo por toda la ciudad muy crecido y presumiendo de amistades influyentes y, ahora con Torres en la cuerda floja, podía intuir que no soplaban vientos favorables para él.

En todo caso, los dos hermanos, Rai y Antonio, quedaron impresionados con las palabras del gitano. Ambos habían pensado inmediatamente en Arturo cuando se habían enterado de la noticia, pero una cosa era tener una sospecha y otra que alguien como ese Chipé constatara que habían sido los amigos de Barbosa los que lo habían ajusticiado. Se preguntaban inquietos si los próximos en caer serían ellos dos.

Sin embargo, me temo que fui yo la que tuvo la fatalidad de cruzarse primero con don Arturo cuando este volvió a Cartagena. Creo que regresaba del zapatero, de mandar reparar unas suelas, cuando tuve la desgracia de toparme con él, pero la ciudad nuestra es pequeña y era solo cuestión de tiempo que aquello pasara.

—Doña Alba, no quepo en mí de gozo al tener el placer de saludarla en este maravilloso día —me dijo con sarcasmo.

Junto a Arturo iban tres tipos. Uno era Balboa, con el que le había visto ya anteriormente. El otro era Ros, el amigo de María, al que yo apenas conocía de vista. Del tercero, solo puedo decir que me impresionó tanto verlo que me quedé clavada en el sitio, sin fuerzas.

Se trataba de Gregorio Sousa, Greg, y confieso que me costó unos segundos reconocerle. Ahora llevaba una barba abundante y oscura y parecía más envejecido que la última vez que nos vimos. Este, al verme, sonrió, ajeno a mi miedo y a todo lo que Barbosa representaba para mí.

—Oh, Alba, ha sido todo tan repentino que no me ha dado tiempo a avisaros —dijo emocionado.

Por supuesto que conocía la amistad entre Barbosa y él. Incluso sabía que Arturo había apadrinado a Greg para su ingreso en la Armada. Sin embargo, al verlos juntos ahora, comprendí que había algo más. Sousa se había convertido en uno de esos «perrillos falderos que lo siguen a todos lados», como había dicho textualmente el Chipé. Cuando, en Alhucemas, Greg le hablaba a Rai de los compromisos políticos en los que andaba metido, no me imaginaba yo que se refería a su pertenencia a la Moby Dick. De pronto me vino a la cabeza el recuerdo de las acaloradas discusiones que teníamos en Marruecos, algunas de política y otras de religión, y todas las piezas encajaron de golpe.

Ajeno a todos estos pensamientos que bullían en mi cabeza, Greg seguía mostrándose entusiasmado por el reencuentro y, dejándose llevar por el momento, me cogió en brazos y me zarandeó por los aires como si yo fuera una muñeca.

—Me alegro muchísimo de verte, Alba. Seguro que Rai se va a llevar una gran sorpresa —dijo depositándome en el suelo.

—No tengas duda —respondí fulminando a Barbosa con la mirada. Este solo sonrió con malicia.

—¿Qué tal está? —preguntó Greg.

—Preocupado, como toda la gente de bien. Andan las cosas revueltas, como sabes.

—Dile que no tiene de qué preocuparse. Llegan buenos tiempos para España, los tiempos de progreso y futuro que desde hace tanto tiempo necesitamos —respondió él.

—Bueno, es que hace unos días recibió la noticia de la muerte su tío y está un poco afectado —dije yo ignorando su comentario.

—Vaya, lo siento de veras —contestó con pesar.

—Algo escuché al respecto. Apareció muerto en el Molinete, ¿verdad? Debió ser un ajuste de cuentas —intervino súbitamente Barbosa—. En ese barrio las cosas funcionan así. Me atrevo a decir que deberíais leer lo que le ha pasado a vuestro tío como una advertencia. En el Edén, uno no puede morder manzanas si no quiere ser expulsado, lo dice la Biblia. El Molinete no es un paraíso, desde luego, incluso puede parecer una jungla, pero tiene sus propias reglas y su sentido de la justicia.

—Dios solo hay uno, señor mío —le respondí—. Y es el único que puede impartir la justicia de la que habla.

Barbosa me miró fijamente. Sousa parecía no enterarse de nada. Un poco envalentonada, añadí:

—Greg, le diré a Rai que estás en la ciudad.

Y sin esperar respuesta de ninguno de los dos, seguí mi camino.

* * *

Si me quedé atónita al descubrir que Sousa andaba a partir un piñón con Barbosa, casi peor fue descubrir en los días posteriores que ambos habían venido a la ciudad porque sabían de antemano lo que iba a suceder y querían tomar posiciones. Pronto, la prensa dio cuenta de los cambios que se avecinaban tras unas elecciones municipales que adquirieron una trascendencia inusitada. Al parecer, habían ganado los republicanos. Era el fin de la Monarquía y el principio de lo que se conoció luego como la Segunda República.

Tras conocerse el resultado de las urnas, Rai fue llamado inmediatamente para evaluar la situación con el marqués de Magaz y estos, con varios altos mandos, se reunieron en Capitanía con carácter de urgencia. Dada la situación, yo no podía esperar que volviera a casa pronto, así que se me ocurrió que mi padre, que por su rango tenía mucha cercanía con el gobernador militar de la plaza de Murcia, sabría darme su visión de la situación con conocimiento de causa, y decidí ir hasta su casa para hablar con él de todos estos asuntos. Me llevé a Raimundito, dejando a los pequeños con Candela.

Al salir a la calle, noté que había mucha gente fuera y un gran alboroto. Todos querían saber qué pasaba y muchos festejaban con petardos y vivas la llegada inminente de la República. Me pregunté si era bueno ver a la España silente y aletargada con una nueva ilusión, como decía el periódico, y si tal vez no debíamos dar una oportunidad a todo aquello. El ambiente era alegre y uno se contagiaba fácilmente

del entusiasmo que se vivía en las calles.

Al llegar a casa de mis padres, mi madre abrazó al niño:

—Pero ¡qué guapo está este crío! Pareces un ángel, tesoro mío. ¿Quieres un poco de chocolate?

Raimundito asintió y preguntó enseguida por su abuelo.

—El abuelo está en el despacho. Ha recibido una llamada importante y se ha encerrado para hablar más tranquilo.

—No, ya terminé —dijo mi padre, apareciendo de repente por las escaleras. Lo encontré cansado y ojeroso. También me pareció que había perdido peso.

El pequeño Rai corrió hacia él y se le echó encima, y, sin poder evitarlo, papá sonrió orgulloso.

—Estos críos le dan la vida a uno —dijo riendo. Luego miró a Raimundito y exclamó—: Qué grande estás, muchacho.

Mi hijo le devolvió la sonrisa. Después, mi padre me besó a mí también y pasamos al salón del té.

—Me alegro de verte, hija.

—¿Cómo ves las cosas, papá? —pregunté, deseosa de conocer su opinión.

—Pues hija, no sé bien qué decirte. Creo que es bueno que haya un cambio en el país. Tanto desgaste no lo podía soportar ya nadie. Pero, a veces, cuando algo sube muy deprisa, la torta al caer suele ser de aúpa. Yo ya soy viejo y he visto muchas cosas, así que no las tengo todas conmigo.

—Pero papá, no entiendo por qué dicen que ha ganado la República si los concejales monárquicos son más que los republicanos. Hay más de veinte mil de los primeros y no llegan a seis mil los segundos —pregunté.

—Porque las grandes capitales son las que han arrojado resultados favorables para la República. Se trata del voto más cualificado. La parte rural no se toma tan en cuenta.

España era así. La gente pedía libertad y democracia, pero luego no se computaban los votos con arreglo al resultado democrático de la

mayoría real.

Mamá me ofreció un poco de café que trajo la Quica, pero yo no quise. Dejó la cafetera en la mesita de centro y luego fue hacia la ventana, descorriendo las cortinas para que entrara algo más de luz.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Habrá una limpia de cargos, seguro.

—¿Y el rey?

—A don Alfonso no le auguro buenos tiempos. Bueno, ni yo ni nadie, hija.

Me acordé de cuando Quino nos habló de la operación Moby Dick. Al final lo habían conseguido. La Monarquía agonizaba. Como dijo el presidente del Consejo de ministros, el almirante Aznar, España se acostó un día siendo monárquica y al día siguiente era republicana. Ya no había marcha atrás. Y lo más peligroso es que, en la balanza, el poder se inclinaba del lado de los que eran nuestros enemigos: Barbosa y los suyos.

24

«Siempre hay un tiempo para marchar,

aunque no haya sitio a donde ir».

Tennessee Williams

El día 14 de abril se declaró Fiesta Nacional con motivo de la proclamación de la República. El país entero se paró, como si el mundo hubiera dejado de girar sobre sí mismo, y se dedicó durante un día entero a celebrar el nuevo orden social. Los comercios y fábricas permanecieron cerrados y la gente se echó a la calle, donde reinó un auténtico clamor popular.

Mientras tanto, Rai y Magaz, en el Palacio de Capitanía, seguían reunidos con distintas autoridades intentando calibrar la magnitud de aquella situación en el seno del propio Ejército. Era previsible que tuviera muchas consecuencias para los mandos más importantes, en especial para aquellos de los que se sabía que eran afectos a la Monarquía o que en algún momento lo habían sido. La posición del propio Magaz estaba comprometida.

Yo, como el resto de la gente, salí a la calle para ver cómo seguía la fiesta. Al ver todas esas manifestaciones de júbilo, me pregunté qué esperaban de la República cada una de esas personas a nivel particular. La alegría era colectiva, eso estaba claro, todos se sumaban al cambio, pero ¿cuáles serían las expectativas del mesero del bar de la esquina? ¿Qué esperanzas albergaría con el nuevo régimen que se vislumbraba en el horizonte? Se hablaba del futuro con euforia y, sin embargo, los problemas que como país teníamos la noche anterior no habían desaparecido. A pesar de todo ello, había una sensación generalizada de que era el momento del pueblo.

Caminaba observando los festejos mientras iba metida de lleno en mis reflexiones. Era una mañana preciosa sin una sola nube. El sol calentaba las calles y en las dependencias oficiales las colgaduras anunciaban ya la venida del régimen salvador: banderas tricolor, vivas a la República e incluso bandas musicales interpretando la marsellesa de forma espontánea fueron algunos de los símbolos de aquellos momentos históricos.

Llegué en un santiamén al Palacio de Capitanía, donde imaginé a Rai con Magaz, los dos sin dar abasto, departiendo con el resto de los mandos, atendiendo llamadas y gestionando con el mayor tino posible aquella situación. Allí mismo, frente a las ventanas del palacio, unos manifestantes llegaron con el retrato de *La Libertad* y se plantaron delante de la fachada principal. Esos mismos espontáneos gritaron que iban al ayuntamiento a colocarlo en la sala de Plenos. La gente les aplaudió y muchos los siguieron hasta el Consistorio, mientras otros continuaron las canciones y la fiesta frente al palacio.

En ese momento, reconocí entre el gentío a mis amigas Adela y Luisita.

—Hola, chicas. Qué alegría veros. Menuda la que se ha liado —dije abrazándolas—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué está todo el mundo aquí en Capitanía?

—Porque están los nuevos concejales en palacio con el marqués de Magaz —dijo Adela—. Los he visto llegar. Venían Benancio, Zafra y Gerardo Ros. Parecían actores, chica. Menudos aires…

Si no hubiera estado tan desconcertada, me habría dado la risa.

—Por aquí dicen algunos que en Madrid han cesado a Rivera y han nombrado a Casares en su lugar —añadió.

Pensé con tristeza en Merche. ¡Cuánta razón tenía! Poco le había

durado el cargo a su esposo, así que no tardaríamos mucho en verlos de nuevo por Cartagena.

—Es de locos. Aparte de todos los ceses, he oído que han decretado amnistía para presos comunes… ¿Entendéis algo? Vaya manera de empezar… Será la panacea y el progreso que España necesita, pero a mí no me gusta nada lo que veo —dijo Adela en un tono de voz que cualquiera podía escuchar, así que enseguida la mandamos callar.

—¿Estás loca? ¿Quieres que te linchen? —le dije—. No puedes decir esas cosas justo hoy, por amor de Dios, Adela.

Ella se puso mohína, como una niña pequeña. Yo traté de decir algo positivo para aliviar su recelo.

—Escucha. No te precipites. Igual este es el revulsivo que necesitamos. Y mira, muchos profetizaban que, si se proclamaba la República, se generaría el caos. Incluso decían que se degollaría a los monárquicos y todas esas barbaridades. Y, ¿lo ves? No ha pasado nada, así que vamos a calmarnos…

—O eres tonta o eres una ingenua, Alba Aldave —me respondió Adela con brusquedad.

—Oye, tonta lo serás tú —respondí ofendida.

Fue la buena de Luisita la que puso orden.

—Vamos, parecéis tontas las dos.

Me callé y miré los ventanales del palacio de Capitanía. Me hubiera gustado ver a Rai asomado infundiéndome tranquilidad y diciendo que todo saldría bien. Yo quería creer que lo que estaba ocurriendo era bueno, pero de momento, las destituciones de nuestros amigos ya me producían inquietud y desasosiego.

La noche anterior, Rai me había dicho nervioso que no sabía si Magaz defendería el nuevo orden. Nadie era claro en sus opiniones por miedo a lo que pensara el de enfrente. El clima antimonárquico era máximo, incluso en los sectores más conservadores como el del Ejército, pero existía cierto miedo a expresarse con libertad en los ambientes que tradicionalmente habían sido más afectos al rey.

Aun así, pese a esos miedos y recelos, en los días que siguieron a la proclamación de la República hubo una sensación generalizada de

aire fresco. Como cuando uno abre la ventana para ventilar.

* * *

Al día siguiente de la Fiesta Nacional, cuando todos estaban de resaca, se publicó la carta de despedida del rey en el *ABC* y después de eso, Magaz y Rivera quedaron encargados del traslado a Marsella de Su Majestad, porque su presencia en España resultaba incómoda, o incluso inaceptable y no quedó otra opción más que el exilio. Más tarde, Rai me lo relataría todo con pelos y señales.

—Ayer, cuando estábamos reunidos, se recibió la llamada de Palacio —me explicó—. Era Rivera, ya cesado. Pepe ordenó al marqués que preparara un acorazado para llevar a Su Majestad a Francia. Mientras hablaban, Magaz, junto a mí, trataba de no mostrar expresión alguna, pero su preocupación era evidente. Nada más colgar se puso a dar órdenes a diestro y siniestro y, desde mediodía, estuvimos trabajando para preparar la llegada del rey y de su escolta.

»A las tres de la madrugada no habían llegado aún y el marqués ya no podía disimular los nervios. España está ahora mismo llena de turbas enfervorecidas, así que temíamos por la integridad de don Alfonso. Dieron las tres y media y los coches sin aparecer. Ya no sabíamos qué hacer. Noté el desconcierto y la desesperación en mis superiores. «Viene conduciendo él mismo en persona, en el Dusemberg», dijo Zubillaga, el gobernador, que había llegado sobre las dos y veinte de la madrugada y que parecía tan nervioso como todos nosotros. Era inevitable ponernos en lo peor. Yo, por si acaso, no me movía del lado de ambos por si necesitaban cualquier cosa, pero ya ni me tenía en pie del cansancio. Zubillaga, incapaz de permanecer callado, siguió elucubrando: que si podían haber tenido una avería, que si algún neumático tal vez había reventado, que si había sido la niebla. Me juego un dedo a que Magaz tenía la cabeza echando humo.

»Fue por fin, dando el reloj las cuatro, cuando vimos entrar los automóviles por el embarcadero. Las luces de los faros se reflejaban contra la negrura de la noche y contemplamos en silencio como los recién llegados bajaban de los coches. El rey lo hizo primero y nos devolvió el saludo sin dejarnos ver ni su pesadumbre ni su cansancio.

»Rivera, que le acompañó todo el tiempo, nos saludó también a todos. Estaba Alfonso de Orleans, el duque de Miranda, y algunos ayudantes personales de Su Majestad, que lo habían escoltado todo el camino.

»El marqués dio un paso al frente y estrechó la mano del rey. Yo escuché con claridad a don Alfonso decir: «En el siglo en que vivimos y después de la votación del domingo, un rey solo puede hacer lo que yo he hecho. De ninguna manera puedo permitir que se derrame sangre por defender mi trono». Tenía una mirada triste, pero se esforzaba en mantenerse regio e impasible. Luego cambió por completo de tema y le preguntó a Magaz: «Por aquí, ¿qué pasa?». «Tranquilidad absoluta, señor. Según mis noticias en todas partes se han encargado de los gobiernos civiles los presidentes de las Audiencias», respondió aquel.

»El rey asintió y le tocó el turno a Zubillaga. A él le preguntó cómo se había proclamado la república en Cartagena y si se había declarado el estado de guerra. Zubillaga le respondió que no había habido violencia y que se había tomado posesión de los nuevos cargos en los ayuntamientos de forma pacífica. Entonces, nos instó a todos a acatar el régimen. «Lo importante aquí es España», dijo y justo en ese momento se emocionó un poco. Me dio mucha pena verlo abandonar el país como un vulgar delincuente.

»Su Majestad fue dándonos la mano uno por uno, agradeciendo que estuviéramos allí. Cuando terminó de despedirse de todos, le vimos subir a la falúa que le debía llevar al *Príncipe Alfonso*, el acorazado que lo conduciría a Marsella y, mientras, algunos de nosotros nos atrevimos a gritar: «¡Viva el rey!». Entonces, don Alfonso desde el puente respondió con gravedad: «¡No, viva España!». Y, como había dicho el monarca en su carta de despedida para los españoles, a partir de ese momento, España quedó así, dueña de su destino.

«Los políticos siempre hacen lo mismo:

prometen construir un puente aunque no haya río».

Nikita Jruschov

A partir de la salida del rey, los hechos se sucedieron a gran velocidad. Como diría Lolines con sus frases siempre tan apropiadas para la ocasión, hay profecías que nacen para cumplirse y otras que nacen ya cumplidas. Queríamos de veras dar una oportunidad a la República, pero pronto nuestros peores temores se vieron confirmados.

Al principio, las promesas de libertad, de igualdad, de un auge cultural en todas las artes, de una educación universal para un país plagado de analfabetos, de prosperidad para todos y de modernización en general sedujeron a conservadores y progresistas. La prensa se hacía eco de todas esas ansias de mejora a diario y la sociedad anhelaba impaciente ver cómo se materializaba todo aquello.

En los círculos culturales de nuestra ciudad, en el Ateneo o en el Teatro Principal, los intelectuales y artistas estaban henchidos de alegría. Para eruditos cartageneros como Carmen Conde y el poeta Antonio Oliver, que estaba a punto de convertirse entonces en su esposo, la República y el nuevo régimen traían consigo una ocasión única para luchar por el modelo de educación en el que creían. No tardarían en fundar su universidad popular en Murcia.

A mí, en particular, lo de que nuestro país se soltara la melena con algunas de sus costumbres y rigideces morales me gustaba. Que, en cierta manera, la sociedad fuera más libre me parecía necesario. Y que se hablara de que la mujer pudiera tener más visibilidad y presencia en la vida pública me atraía poderosamente. Pero, claro, muchos de esos cambios no terminaban de llegar y parecían quedarse en llamativos titulares. Pronto comenzaron a alzarse las primeras voces de protesta.

Fue Inés la que me explicó las dificultades que encontraba el nuevo régimen para organizarse.

—No nos engañemos, Alba, la mayoría de las promesas del nuevo Gobierno son cosas de profundo calado. Por ejemplo, el desarrollo cultural de un pueblo no se consigue en un día. Solo puede lograrse si

va acompañado de un plan a largo plazo. Los resultados tardarán en verse años. La gente no va a aprender a leer y a escribir por ciencia infusa —dijo ella cuando hablamos de todo aquello en la tertulia del Comité de Señoras.

Y es que doña Caridad seguía invitándonos a su saloncito árabe como si fuera la única cosa en el mundo que no había de cambiar. La única diferencia es que ahora ya no éramos el Comité de Señoras, sino un grupo de señoras sin Comité. Ese tipo de agrupaciones de sesgo conservador y de clase pudiente no tenían cabida en la República.

—Ya lo sé, no me engaño —respondí a doña Inés—. Pero digo yo que en algún momento tendrán que anunciar esos nuevos planes, que estarán trabajando…

—Lo dudo, querida. Están peleándose entre ellos —dijo con sorna doña Caridad.

La señora de Torres no me guardó rencor por las rencillas que tuvimos con el tema de María Oyola. Al contrario, casi arrepentida de sus prejuicios, me trataba con un cariño especial. Ahora era una primera dama destronada, eso estaba claro, y probaba en sus propias carnes los sinsabores del ninguneo, pero tenía buen fondo y yo le caía bien.

A colación del tema de la educación, doña Caridad nos expuso con amargura que su esposo había sido uno de los principales valedores de la alfabetización de las clases más desfavorecidas, aunque ahora nadie se lo reconociese. Torres inauguró muchos centros educativos, y justo por eso, era quien mejor podía saber lo difícil y costoso que era implementar un plan así, no solo la construcción o acondicionamiento de esos centros, sino conseguir maestros suficientes y además dotar todo aquel planteamiento de fondos.

—Incluso sorteados todos esos obstáculos —comentó—, lo que nos encontramos después fue que, a menudo, eran los propios padres de los chiquillos los que los ponían a trabajar para ayudar al sustento familiar, privándolos de asistir a la escuela. Si los nuevos gobernantes le hubieran preguntado, mi marido Alfonso les habría contado todas estas vicisitudes para que no repitieran los mismos errores. Pero, claro, ellos quieren que parezca que esto nadie lo ha intentado nunca. Son expertos en propaganda, eso es lo único que parecen saber hacer bien.

Para mi amiga María, quien conocía de cerca los problemas de los

gobernantes por sus amigos concejales, sin embargo, el problema de la República era otro distinto:

—El meollo de la cuestión, querida, es que los republicanos no son uno solo sino muchos, y no están cohesionados. Hicieron frente común para acabar con el rey, pero ahora la realidad de cada uno es bien distinta. Algunos se dan por satisfechos y quieren dejar las cosas como están, pero otros creen que hay que seguir con la revolución y aspirar a un modelo soviético. Dime tú, entre las huelgas de los anarcosindicalistas, las pretensiones de los catalanes y el ruido de los comunistas con el tema de la lucha obrera, ¿cómo va a sacar tiempo este Gobierno para gobernar?

No respondí. ¿Qué podía decir?

* * *

Mis amigas tenían razón, las dos la tenían, pero, a todos los problemas anteriores, hubo que sumar, en el mes de mayo, otro nuevo: las quemas de los conventos. Estos comenzaron a sucederse en distintos lugares de España y todos los días sabíamos de nuevos ataques, bien a los templos, bien a los religiosos. Leí que habían ocurrido altercados en Madrid, en Zaragoza, en Cádiz, en Sevilla, en Alicante y en Málaga. En esta última, se perdieron obras de arte como el Cristo de Mena. Pero en Murcia también tuvimos lo nuestro. El convento del Plano de San Francisco ardió en llamas y tampoco se pudo salvar la Purísima, la obra de Salzillo, mientras la turba responsable del suceso saludaba a Cardona, el diputado, que vivía enfrente y que sonreía complaciente al escucharse vitoreado sin que nadie tratara de frenar aquella barbarie.

La situación llegó a dar un miedo atroz. Uno no podía ir a la iglesia sin ponerse en riesgo y cualquiera que vistiese los hábitos podía ser atacado sin justificación alguna. Mi padre, a pesar de haber jurado lealtad a la República como todos, fue a ver a Zubillaga y le pidió, por caridad, que declarara el estado de guerra para que cesaran los ataques a sacerdotes y religiosas.

—Se rumorea que ha llegado a la ciudad un tipo que llaman el Sello y que ha jurado que va a convertir en una pira todas las iglesias de Cartagena —dijo tratando de convencer al gobernador.

—Tranquilo, Chema. Buscaremos la manera de poner orden, pero tenemos que ser cautelosos —respondió este.

Era una situación complicada para él porque, si bien los

altercados se sucedían de forma constante, lo cierto es que el nuevo Gobierno permanecía impertérrito ante semejantes barbaridades, lo que frenaba a Zubillaga para actuar de manera más contundente. Tampoco podía ir por libre.

Pero, en efecto, por insólito que pareciera, de Madrid no llegaron las palabras de condena a lo que estaba ocurriendo. Incluso, para estupor de todos, Azaña únicamente pronunció su famosa frase: «Ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano».

Sin embargo, la cuestión antirreligiosa no se quedó únicamente en la quema de conventos. Llegó a su máximo exponente cuando el Gobierno comenzó a trabajar en la nueva Constitución republicana y algunos pensaron que el tema debía tener su reflejo en la Carta Magna como un signo de verdadera modernidad. Hasta Maura y Alcalá Zamora se llevaron las manos a la cabeza con la redacción que le dieron al artículo 24 que el diario *Tierra* publicó en su integridad. No era para menos. El texto establecía la disolución de órdenes religiosas como la de los jesuitas, la prohibición de que el clero participara en la enseñanza y la posibilidad de incautarse de todos los bienes de la Iglesia, entre otras medidas.

Para muchas familias conservadoras, aquello se vio como un ataque en toda regla. Disminuir la presencia del clero en la vida civil era una cosa y otra muy distinta era perseguir a la Iglesia, quemar templos y prohibir a la gente profesar su fe.

Al poco tiempo de aquello, viendo que algunas voces críticas empezaban a cuestionar el régimen, Azaña decidió protegerse con una ley para defensa de la República. Si Primo de Rivera había creado los somatenes durante la Dictadura, este creó las Guardias de Asalto con el mismo fin; impuso también la censura y, por si acaso, añadió en el texto de la nueva ley, a modo de advertencia, que el Gobierno podía «suspender periódicos, castigar huelgas, cerrar locales, multar, encarcelar o desterrar sin condena judicial».

En esos momentos, lo que uno podía empezar a intuir es que estaba floreciendo una división social que sería la mecha del incendio que vendría después. Creo que yo lo intuí y que exclamé algo parecido a lo que también dijo por estas fechas uno de los padres intelectuales de la República, Ortega y Gasset. Este pasó de afirmar que la Monarquía estaba acabada a escribir horrorizado «¡no es esto, no es esto!».

Y yo no podía estar más de acuerdo. No era eso, no podía ser eso.

* * *

Como ya intuíamos, con el cese de cargos, Magaz fue apartado, pero, quizás porque ya lo esperaba y había tenido tiempo para prepararse para el momento, no parecía demasiado resentido por ello.

—A estas alturas, Rai, ya uno sabe que no hay nada personal —dijo al despedirse. Estaban en el edificio de Capitanía y charlaban mientras él iba recogiendo sus cosas—. Mi intención ahora es pasar a la reserva hasta que cambie la dirección del viento de nuevo —dijo sin demasiada emoción.

—Pues a veces la gente parece comportarse como si todo fuera algo personal —respondió mi marido.

—Cuando tenga mi edad, Guitián, se dará cuenta de que rara vez lo es. Solo da la casualidad de que uno está en el lugar y en el momento equivocados.

Rai me confesó luego su admiración por tipos como él o como Rivera, que sabían mostrar templanza y dignidad en situaciones complejas. Ahora me da risa que me dijera aquello, sabiendo lo que la vida le reservó a él. Tuvo buenos maestros, de eso no hay duda.

—Recuerde, Rai, al triunfo y a la derrota conviene tratarlos de igual forma, ya lo decía el inglés Rudyard Kipling —respondió el marqués.

—Trataré de recordarlo, señor.

Luego Magaz se permitió darle otro consejo:

—Quítese de en medio, Guitián, hágame caso. ¿No quería usted hacer carrera en el Estado Mayor? Pues váyase a estudiar a la Escuela de Guerra, allí en Madrid. Se pasa en la capital un par de años, hasta que todo se despeje un poco, y luego se viene a la Base, al trabajo de oficina, que es el que quiere usted. Será lo mejor para su familia, créame.

Rai sopesó esa idea por unos instantes. La Escuela de Guerra Naval la había fundado Alfonso XIII en 1925, justo cuando Magaz estaba de presidente interno del Directorio de Primo de Rivera, o sea que el marqués la conocía bien y sabía de lo que hablaba. Allí se enseñaba a los oficiales el arte de la guerra (así lo llamaban ellos) en sus aspectos estratégicos, tácticos, operacionales y de organización. Era una formación pensada para que pudieran enfrentarse a

situaciones de gran transcendencia en el ámbito naval. Además, era esencial para formar parte del Estado Mayor de la Armada, que era justo lo que Rai buscaba para no tener que viajar tan a menudo.

La noche del mismo día en que Magaz le planteó este asunto a Rai, él me lo planteó a mí. Recientemente le habían ascendido a capitán de corbeta y era el mejor momento para prepararse para ocupar un mando intermedio en el Departamento dentro del Estado Mayor. Creo que el pobre no imaginaba el escaso entusiasmo que yo iba demostrar al escucharle.

—Tiene razón, Alba —me dijo—. Os venís conmigo y nos apartamos de todo esto un tiempo. Aquí todo está revuelto. Lo mejor es marcharse. ¿Qué opinas?

Esperaba mi reacción, pero yo no podía responder. Me quedé como paralizada al escucharle.

—Vamos, mujer, di algo —insistió impaciente.

Permanecí muda a pesar de su insistencia. Creo que Rai se sintió decepcionado porque pensaba que me gustaría la idea de irme a la capital. Sin embargo, yo no podía irme a Madrid ahora, justo cuando María y yo habíamos tramado nuestro plan.

Las dos teníamos clara una cosa: queríamos dejar de ser espectadoras pasivas de los acontecimientos y tomar alguna iniciativa. Debíamos actuar.

Lo dicho: teníamos un plan.

* * *

¿Por qué María y yo habíamos decidido aquello de actuar? ¿Qué demonios se nos pasaba por la cabeza? Ahora si lo pienso con frialdad no sé si fue un arrebato, una insensatez propia de nuestra juventud o simplemente una rebeldía que llegó porque veíamos cómo, en el nuevo orden de las cosas, apenas iba quedando espacio para gente como nosotras. Eduard Burke, un filósofo inglés que cuestionó los tortuosos mecanismos de la Revolución Francesa dijo que «para que el mal triunfe solo se necesita que los hombres buenos miren para otro lado». Creo que era lo que tratábamos de evitar. No queríamos ser esos que pasan a la Historia por mirar para otro lado.

El detonante de aquella fuerza que surgió en nosotras tuvo lugar una tarde en la que me fui a buscar a María al consulado. Estábamos

muy contentas porque Victoria Kent había venido a la ciudad y podíamos ir a conocerla. Era una de las tres parlamentarias que en 1931 representaban a las mujeres en las Cortes y, aunque yo no compartía muchas de las ideas de Kent, no dejaba de ser la primera licenciada en Derecho en España y la primera mujer en intervenir en un consejo de guerra, aunque este fuera relativo a la sublevación de Jaca. Nos gustaran o no algunas cosas de la República, cualquier mujer que sacase la cabeza en un mundo de hombres siempre fue algo que nos llenó de orgullo y de admiración sincera.

Admito, sin embargo, que nunca les conté a las damas del Comité de Señoras que iba a ver a Victoria, no me atreví. Sabía que lo desaprobarían. Pero a pesar de todo, yo no tuve ninguna duda cuando María, con aquella sonrisa traviesa de chiquilla transgresora, me propuso que fuéramos a verla. Al parecer, Gerardo Ros, su amigo especial, podía facilitar el encuentro, ya que él estaba personalmente involucrado en la organización del acto que la traía hasta Cartagena, no en vano era uno de los hombres más influyentes en aquel momento en la ciudad.

La razón de la visita de Kent era que recientemente había sido nombrada directora general de prisiones y, continuando la labor de su tan admirada Concepción Arenal, quiso dignificar y mejorar las condiciones de los presos. De modo que, con Gerardo, la idea fue visitar la prisión de la calle Real y la de San Antón. Y allí fuimos nosotras a ver si lográbamos conocerla e incluso, con algo de suerte, charlar unos minutos con ella.

Sin embargo, nunca pudimos hacerlo. No llegamos hasta donde estaba ella rodeada de personalidades como Niño Balmaseda, el señor Ros, los funcionarios de prisiones o los periodistas que la inmortalizaron en varias fotografías. No pudimos ir al encuentro, debido a que, cuando íbamos de camino, ocurrió la fatalidad de que nos topamos con Barbosa, Gregorio y una señorita a la que yo no había visto nunca y que los acompañaba cogida con mucho garbo del brazo de este último.

—Muy buenas, señoras mías —dijo Arturo, quitándose en un gesto de cortesía el sombrero panamá que le protegía del intenso sol de aquella tarde.

En realidad, los tres parecían estar de paseo, pero al vernos, se debió despertar en ellos la gana de provocarnos. Yo solo quería que nos dejaran en paz. Después de lo de Quino, sabía lo importante que era mantener lejos a ese tipo de nuestra vida y nuestra familia. Nada

bueno acompañaba las intenciones de Barbosa.

—Buenas tardes —dije yo intentando seguir nuestro camino sin detener el paso.

—Vaya, qué prisa te ha entrado, mujer —dijo Greg impidiendo que pasara—. Cualquiera diría que no te alegras de vernos. A ver si mi amiga Dolores va a pensar que eres una maleducada, Alba.

Me temo que, para entonces, Greg ya no se engañaba en torno a su amistad con Rai. En cuanto este supo que su querido amigo ahora formaba parte de los camarillas de Barbosa, no quiso cruzar ni una palabra más con él y así se lo dijo. Sousa, apenado, contestó que él tenía que ser leal a sus convicciones y compromisos. Rai le respondió que esos a los que llamaba compromisos no eran más que un hatajo de delincuentes. Greg no respondió. Supongo que no podía abandonar la logia y que, cuando hablaba de que no podía, es porque verdaderamente era así. La traición se pagaba con la muerte, eso bien nos lo había explicado el tío de Rai al contarnos todo lo de la organización secreta. Sea como fuere, fue una lástima que una amistad como aquella quedara truncada por alguien tan despreciable como Barbosa. Aún lo lamento.

Miré a la tal Dolores. Era una mujer racial, con una profusa melena morena y rizada que no llevaba recogida sino cayendo como un manantial sobre los hombros, y al oír aquello, sonrió. Tenía un llamativo lunar sobre el labio superior, en la parte izquierda de la cara. Parecía disfrutar viendo cómo aquellos dos hombres trataban de intimidarnos.

—Disculpad, pero tenemos algo de prisa —respondió María.

—Vaya, señora Aldave, siempre la encuentro con la señora consulesa. ¿Qué dice su marido de la intensa amistad que las une?

—Señor Barbosa, soy la señora de Guitián y ella es la señora de Müller, le pido un poco de respeto.

—Mi querida Alba, eso sería antes. Debe saber que en la República nadie es señor de nadie. No deberían dejarse llamar señoras de sus esposos como si fueran de su propiedad. Son ustedes libres —dijo la mar de divertido.

—Vaya, don Arturo, ¿no será usted de esos que se quedan siempre con las formas y poco con el fondo? La libertad de una persona no la marcan esas nimiedades —respondí yo.

—Oye, guapa, estás un poco subidita de humos —dijo Dolores hablando por primera vez.

—Tiene gracia que una actriz de poca monta como tú hable de humos subidos —comentó entonces María para mi desconcierto.

Yo no tenía ni idea, pero María sí sabía que esa mujer, que parecía ser la supuesta novia o amante de Greg, era Dolores Carrasco. Actuaba en el Ateneo y se rumoreaba que era una gran promesa y que se acabaría convirtiendo en la Imperio Argentina de nuestra ciudad, pero se lo tenía un poco creído y por lo que contaban las amistades de los Müller, cada día venía con nuevos caprichos que traían de cabeza a los dirigentes del centro cultural.

—No te pases, Müller —dijo Greg amenazante.

—Sois vosotros los que no nos dejáis pasar —respondió María.

—No me ha respondido, Alba. ¿Le gusta a Rai que ande todo el día con una mujer con una reputación como la de Oyola? Igual no se entera porque está siempre fuera de casa, tratando de ganarse el favor de los altos mandos —intervino Arturo volviendo a la carga.

—Deje en paz a mi amiga María y a mi marido, señor Barbosa —respondí con la cara enrojecida por la indignación.

—Ya me gustaría, pero ¿sabe qué? Que resulta que no me fio de él ni de usted. Ya le dije que debían escoger mejor sus amistades, pero no parecen comprender nada. Se ponen en peligro, ¿sabe? Deberían darse cuenta de que, en el nuevo orden, los que parten el bacalao son otros.

—El único que no entiende nada es usted, Arturo —le interrumpí —. Usted se junta con criminales, delincuentes y asesinos, aunque ahora resulta que quiere que lo voten como diputado y aspira a parecer respetable, pero muchos en esta ciudad sabemos cómo se las gasta. No tenga la desfachatez de hablar de la reputación de nadie ni de amenazarme, se lo advierto.

Barbosa, que hasta el momento trataba de mostrarse comedido, se enfureció por mi actitud desafiante y, entonces, perdió la paciencia y me cogió con fuerza del brazo hasta que me hizo daño.

—Ten cuidado. Creo que no sabes con quién te metes, Aldave. Yo que tú no me andaría con tonterías. Tu marido me jodió una vez. No tengas duda de que no habrá una segunda. Haré lo que tenga que

hacer al respecto, ¿me oyes?

Comenzó a zarandearme, pero, por alguna extraña razón, su comportamiento hostil despertó aún más mi rebeldía. Pensé en Quino y en todos los abusos de aquellos que ahora se paseaban como si la ciudad fuera suya. Le miré a los ojos fijamente y sin titubear.

—Señor Barbosa, le aconsejo que me suelte ahora mismo si no quiere que monte un escándalo. Usted sabrá lo que es mejor para sus aspiraciones políticas.

Entonces él me soltó. No le convenía nada que yo montara jaleo en medio de la calle y a plena luz del día. Todos sabían que, cuando se había proclamado la República, había corrido a Madrid a entrevistarse con Lerroux y este le había guardado un puesto en el partido Radical. No podía hacer ninguna tontería justo ahora que estaba tan cerca de lograr lo que llevaba toda la vida queriendo.

Aprovechando su desconcierto, María y yo aprovechamos para soltarnos y comenzamos a caminar con intención de escapar. En esos segundos yo observé cómo Greg intentaba calmar a Arturo, que estaba fuera de sí. Aun así, antes de que nos diera tiempo a desaparecer, se volvió hacia nosotras y me gritó:

—Dile a tu esposo que voy a por él, Alba Aldave, voy a por los dos. Andaros con ojo que ya no está Magaz para salvaros el culo.

Seguimos andando como si no escuchásemos lo que decía. Estábamos tan asustadas que volvimos a casa de María sin decir una palabra. Por eso no pudimos conocer a Victoria Kent. Jamás acudimos al encuentro.

Cuando llegamos al consulado, las dos teníamos clara una cosa. Algo teníamos que hacer para pararles los pies a esos desalmados.

26

«Las palabras, como los rayos X,

atraviesan cualquier cosa, si uno las emplea bien».

Aldous Leonard Huxley

Le dimos muchas vueltas al asunto. Si queríamos frenar a Barbosa, teníamos que conseguir movilizar a los nuestros, a otras familias conservadoras que no estaban de acuerdo con lo que estaba pasando pero que parecían mirar hacia otro lado. Teníamos que lograr que comprendieran que algunos, unos pocos, se habían hecho fuertes con el nuevo régimen y que campaban por la ciudad como vulgares matones imponiendo su ley, sembrando división y discordia. Debíamos denunciar, por supuesto, la actividad clandestina de la Moby Dick y, sobre todo, teníamos que parar esa locura de las quemas de conventos, las huelgas, la violencia y la destrucción.

—Ya lo tengo, Alba. Nadie mejor que Ellis Gala para esta misión —dijo de pronto María entusiasmada.

—¿Gala? ¿Cómo que Gala? —repliqué yo sin comprender a qué se refería.

—¡Claro! ¿No te das cuenta? Estamos hablando de ideas, de palabras, de mensajes, de elevar la voz… Ellis Gala representa todo eso y es su voz la que necesitamos en este momento.

Mientras María decía aquello, yo recordé que le había hablado de Gala en alguna ocasión. Le había contado lo de mis publicaciones secretas en la revista, lo de mi cómplice Horacio, el librero, el porqué de los pseudónimos con los que firmaba mis relatos y también lo de que cuando Rai pasó a trabajar para Rivera y Magaz me vi obligada a dejarlo para acompañarle en los eventos oficiales. Nunca pensé que a ella se le iba a ocurrir relacionar a Ellis Gala con todo aquel asunto. ¡Me pareció descabellado!

—Claro que sí, mujer —insistió ella convencida—. Tú solo tienes que escribir, yo te daré el material. En el Ateneo me entero de todo. Sé quién es masón, quién conspira con quién, qué es lo que planean los unos y los otros. Podemos hacerlo juntas. Créeme, sé lo que digo. Y, lo mejor de todo es que no correremos ningún peligro porque será Ellis

Gala quien alce la voz y nadie sabe quién es.

—Yo, eh, no sé…

—Claro que lo sabes. Es una idea magnífica, Alba. No sé cómo no lo pensé antes.

Tuvimos un pequeño tira y afloja, pero al final me dejé convencer y pronto me vi frente a la máquina tratando de redactar nuestro primer artículo. Al principio me pareció que no podría hacerlo. Me sentía oxidada y no sabía cómo expresar nada de lo que quería decir. Tenía miedo de escribir algunas cosas, de pasarme de frenada, pero, por el contrario, sabía que si era cobarde todo aquello no serviría de nada.

—Si es que yo no soy periodista —le dije muy agobiada a María.

—No pienses tanto, déjate llevar —respondió ella tratando de aliviar mi presión.

—Pero es que son temas demasiado complicados. No sé cómo hilarlos y que se entiendan y tengan sentido.

—Pues pon una palabra y luego otra. Así se empieza. Ya lo revisaremos todo luego, no te preocupes tanto ahora de que esté perfecto. Tú solo escribe.

Lo intenté y, gracias a su consejo fui notando como, poco a poco, los dedos se soltaban y conseguía relajarme, ayudada por el familiar tacto de las teclas y el sonido de los caracteres al chocar con el papel. Sentí entonces una euforia incomparable y comprobé que los pensamientos comenzaban a ordenarse en mi cabeza y, al minuto, estaban impresos en la hoja, preparados para que el mundo pudiera leerlos. Me había desentumecido y ahora ya nadie podía pararme. Escribí muchas cuartillas. Hice varios borradores, taché cosas, repetí párrafos, eliminé frases enteras y, más tarde, contrasté todo lo que había puesto con Oyola, para asegurarnos de que se correspondía con la información que ella me había dado.

Trabajé muy duro y a veces sin tener muy claro que fuera la línea adecuada, pero creo que fue a la tercera noche de trabajo, cuando consideré que tenía algo digno de ser publicado.

—¡Listo! —exclamé triunfante sacando la versión definitiva del rodillo de la máquina de escribir.

Entonces se lo di a María. Ella lo leyó en silencio y luego me abrazó.

—Es perfecto, Alba —dijo y nos quedamos mirándonos sin decir nada.

En realidad, aún quedaba lo más difícil y arriesgado.

* * *

Al día siguiente, bien temprano en la mañana, me vestí con un discreto vestido de color *nude* y me recogí el pelo en un moño a la altura de la nuca que fijé con dedos nerviosos y miles de horquillas. Me maquillé poco, lo justo para disimular las ojeras de las noches pasadas en vela. Quería causar una buena impresión a los Solís para que así decidieran publicarnos el artículo.

En efecto, cuando María pensó en Ellis Gala para denunciar lo que estaba pasando, de inmediato las dos pusimos los ojos en *La Voz*. Al fin y al cabo, queríamos remover las conciencias de los conservadores y esos leían precisamente el diario de los Solís. Era exactamente donde debíamos publicar nuestros artículos.

Cuando llegué, nada más entrar dentro del edificio, me topé con Inés, que se sorprendió al verme por allí, aunque enseguida me recibió con su amabilidad característica.

—Pero bueno, Alba, confieso que no esperaba verte aquí, en la redacción. ¿Qué le trae a la señora marquesa de Guelaya hasta nuestro humilde diario? —dijo divertida, invitándome a adentrarme en las oficinas, donde se vivía un gran ajetreo y se adivinaba el trasiego de muchos reporteros que, en ese momento, andaban ultimando crónicas y reportajes.

Tardé un poco en reaccionar. Me costó reconocerme en ese apelativo, como si lo de marquesa de Guelaya fuese un nombre que perteneciera a una vida que quedaba muy lejos, antes de la guerra de Marruecos, cuando el mundo era diferente o cuando tal vez yo podía mirarlo desde los ojos de la inocencia. Pero ahora las cosas no eran así. Y por eso yo debía tratar de mantenerme fiel a mi nuevo personaje, Gala. La marquesa de Guelaya era el ayer y Ellis Gala era el hoy.

Sin embargo, ahí estaba Inés, ajena a mis pensamientos, esperando si acaso a que yo le explicara para qué había ido al periódico. No sabía muy bien cómo hacerlo.

—Perdona que haya venido sin avisar —me disculpé, sintiéndome un poco idiota.

—Qué tontería, querida —respondió ella con naturalidad—. Puedes venir cuando quieras. Esta será siempre tu casa. Mira, ven, acompáñame. Nos pondremos cómodas y de paso te enseño todo esto —dijo y la seguí con docilidad, mientras ella me guiaba por unos largos pasillos diáfanos donde había escritorios a ambos lados y profesionales tecleando, fumando, moviéndose con frenesí o gritándose órdenes entre ellos, transmitiendo con la sola expresión de su rostro una sensación de prisa y una urgencia terrible. Las noticias eran una presa escurridiza y, a pesar de la lentitud de las cosas en aquellos tiempos, atrapar un buen titular era algo igual de codiciado que en los actuales.

Como si fuera una turista, contemplé todo aquello maravillada. Hubiera querido sentarme con aquellos tipos para enterarme de todo lo que se traían entre manos, averiguarlo todo sumergiéndome en aquel hábitat fascinante, pero me contuve y seguí a Inés hasta llegar a su despacho, al fondo del todo. Junto al de ella estaba el de Jesús y al otro lado, el de Navarro, el redactor jefe, el hombre de total confianza de los Solís, con fama de tener una pluma implacable y de ser un trabajador que no conocía el descanso.

Todo en la sede de *La Voz* resultaba desordenado e impersonal. Y el despacho de Inés no se libraba de esa apariencia. Atestado de papeles y de libros dispersos por todos lados de forma caótica, su lugar de trabajo había mimetizado con el resto de la oficina como un camaleón, de modo que en nada se parecía a ella. Inés siempre lucía una imagen que cuidaba hasta el más mínimo detalle: su moño, sus uñas, su ropa sobria y elegante, y sus dientes blancos y alineados. Sin embargo, por el contrario, su escritorio estaba abarrotado de folios mecanografiados, de cuartillas con notas manuscritas de caligrafía descuidada dispersas de cualquier manera por la mesa y sin ningún orden aparente. También había pequeños montones de tarjetas de visitas y avisos de cosas que debía hacer o recordar distribuidas por todos sitios, y algunas ilustraciones o fotografías en blanco y negro sueltas, salpicando puntualmente de imágenes monocromáticas aquel universo de palabras. Miré su máquina de escribir, pero de inmediato los ojos se me fueron a las estilográficas. Inés tenía unas cinco o seis amontonadas junto a la máquina, algunas de oro y todas de las mejores marcas del mercado. La envidié por ello.

Al entrar, había podido echar un ojo a los despachos de Jesús y de Navarro y me había sorprendido el hecho de que no eran muy

diferentes del de ella. Sonreí pensando que posiblemente lo único que los distinguía era el delicado aroma a agua de rosas que se aspiraba en el de Inés. Con total seguridad, el de los hombres olería a tabaco rancio, como casi toda la oficina.

Inés debió notar que yo estaba mirándolo todo con curiosidad porque se quedó quieta, esperando con paciencia a que yo le dijera qué había ido a hacer a *La Voz*.

—Verás, Inés, en realidad venía a ver a Jesús —dije, algo apocada.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿Y qué es eso tan importante que tienes que decirle como para que no pueda ayudarte yo?

Mientras notaba cómo ella clavaba sus ojos inquisitivos en mi rostro tratando de dilucidar qué podía ser lo que me traía entre manos, sopesé la idea de contarle lo del artículo. La idea de involucrarla me producía sentimientos encontrados. ¿Qué pensaría ella de todo esto? Por un lado, no me cabía ninguna duda de que estaba igual de horrorizada que nosotras con el devenir de los acontecimientos. Seguro que compartiría también la idea de que había que parar la infiltración de las logias en los poderes públicos. Pero, por el otro, no podía olvidar que Inés era presidenta del Comité de Señoras. No sé si aprobaría que yo, en mi condición de mujer y madre, fuera la que azuzara el panal con mi pluma. No sabía si su afán de defender unas ideas pesaría más que su visión algo conservadora en otros aspectos.

Además, temía que ella pensara que les iba a meter en un lío. En mi artículo, yo no me había contenido y había lanzado dardos envenenados a diestro y siniestro porque, si queríamos que sirviese de algo, teníamos que disparar a matar. Así lo veíamos María y yo. De modo que, una vez metida en harina, había redactado una feroz crítica contra todos los políticos y gobernantes en general, pero centrándome, en particular, en los masones que parecían estar pudriendo todas las instituciones. Para cualquier lector un poco avezado, algunas de las referencias hacían alusión a Barbosa y a la Moby Dick, pero con la suficiente sutileza y ambigüedad como para que no pudieran ir contra el periódico por ello. Había trabajado mucho en no cruzar ninguna línea infranqueable, pero sin perder la ocasión de provocar la reacción que queríamos provocar.

—No te preocupes —dijo Inés adivinando mis pensamientos—. Si

tienes que discutir algo con él, lo comprendo. Lo único que Jesús no se encuentra porque ha salido a atender unos temas con los de la Sociedad de Socorros Mutuos. Pero si quieres, ven mañana a la misma hora y te atenderá sin problema.

Ella se levantó, haciendo el amago de acompañarme a la salida.

—Espera —dije—. Te voy a contar en qué ando metida, pero por favor, Inés, te ruego toda la discreción del mundo.

Mi petición sonó como una súplica y ella me miró casi sorprendida.

—Querida, estamos en un periódico. Aquí nos dedicamos a contrastar datos y a contar la verdad. No llegaríamos muy lejos si no supiéramos proteger nuestras fuentes y la información a la que accedemos —dijo.

—Quiero ayudar —confesé, mientras le tendía las hojas con los escritos.

Las tomó en sus manos, de largos y enjoyados dedos y uñas cuidadas. Se sentó y se puso las gafas que solía llevar colgando en el pecho con una cadenita de oro. Estuvo leyendo un buen rato, concentrada y ajena a lo que ocurría alrededor, y a mí ese tiempo de silencio y de espera se me hizo eterno.

—Vaya, la mayoría de las mujeres cuando quieren ayudar se refieren a hacer obras en el Círculo Católico, no a esto —dijo con sarcasmo.

—Inés, alguien tiene que elevar una protesta. Todo lo que digo es verdad.

—¿Y cómo sabes todo esto de la logia? Das muchos detalles sobre el funcionamiento de esta y sobre su papel en las instituciones. Como si lo conocieras desde dentro.

—No te lo puedo decir, pero son datos contrastados.

—Ya, pero yo no puedo arriesgarme a publicar algo sin conocer su procedencia. La reputación de un diario depende del rigor de sus informantes. Y los que mandan están esperando que metamos la pata para cerrarnos la redacción. Tienes que entenderlo, querida.

—A ver, Inés, tú conoces a Barbosa, conoces lo que hacen él y los suyos. Y no es difícil meterse en su círculo y averiguar cosas.

—Ya, pero…

—Está bien, está bien. Te lo explicaré.

No tenía más opción que confiar en ella. Si me publicaban el artículo, ellos estarían en cierto modo compartiendo mi suerte e incluso exponían más que nosotras, que con nuestro pseudónimo podríamos ampararnos en el anonimato una vez más. Lo mejor era ser clara y honesta, de modo que le conté todo, lo de Quino, lo de su muerte y también el papel de María desde el Ateneo y su influencia con amigos cercanos a Barbosa como Ros.

Cuando terminé, ella pareció sopesar el tema por unos segundos, pero no tardó demasiado en tomar una decisión.

—Está bien. Lo haré. Vamos a publicarlo. Yo hablaré con Jesús. Ahora bien, quiero estar dentro de esto con vosotras dos. Es peligroso. No sabéis cómo se las gasta esta gente y no sois más que unas aficionadas.

En eso tenía razón. Lo éramos.

«La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad

aunque se piense al revés».

Antonio Machado

Mientras Ellis Gala en Cartagena comenzó a forjarse una carrera como periodista y pronto su nombre empezó a resonar en todos los foros, tertulias y encuentros de las familias conservadoras, Rai, ajeno a lo que Oyola y yo nos traíamos entre manos, seguía erre que erre con el tema de que debíamos irnos a Madrid, donde estaríamos un poco al margen de Barbosa y de todo el clima asfixiante que imperaba en la ciudad. Le habían admitido en la Escuela de Guerra y tenía que darse prisa en prepararlo todo para los dos años que iba a durar aquello.

—Alba, no te entiendo, de verdad. Te he dicho que estarán Adela y muchas amigas tuyas. No vas a estar sola y lejos de todo como dices. Nos llevaremos a Candela para que te ayude con la casa y con los críos. Vamos, no seas terca, por favor.

—Pero la Nena es demasiado pequeña, Rai. Tú vas a estar todo el día fuera, ocupado. No quiero verme sin ayuda en un piso, lejos de mis padres, de mi entorno y sin verte el pelo. Ya sabes cómo son esos cursos. Te exigen plena dedicación. Me voy a agobiar allí, con tres niños pequeños y en una ciudad que no es la mía. No creo que sea buena idea, lo digo en serio.

El no comprendía nada, pero, prudente como siempre, meditaba mis palabras, tratando de encontrarles un sentido.

—Una familia debe estar unida, tú siempre dices eso. Una cosa es que no podáis venir conmigo cuando el destino es uno de los barcos o de los submarinos, pero otra muy distinta que no te apetezca la idea de que alquilemos un piso en alguna bonita calle de Madrid y pasar algún tiempo todos juntos. Madrid es la capital, no te estoy mandando a un pueblo de La Mancha, mujer. Allí lo pasaremos bien. No estarás sola. Habrá mil planes que podrás hacer: tiendas, teatros, cafés, librerías. Chica, cualquier otra en tu situación estaría bien ilusionada.

Yo me mordía las uñas con nerviosismo, calibrando qué responder. Rai llevaba razón. En otras circunstancias, la idea de mudarnos a Madrid no me habría disgustado sino todo lo contrario. El Madrid de la Segunda República, para una mujer con ambiciones

literarias y culturales como era yo en aquellos días, era un desafío y una tierra de oportunidades. Allí, otras mujeres comenzaban a despuntar en diversos ámbitos como la política o la literatura. Se oía hablar de María Zambrano, de Concha Méndez, o de Ernestina de Champourcín, por poner algunos ejemplos. Ya no solo destacaban las que se metían en política, sino que en aquel Madrid había sitio para mujeres que querían su hueco en la cultura y el arte. Todo eso estaría ahora a mi alcance. Y, sin embargo, yo tenía claro que mi lugar estaba en Cartagena, con lo que Inés, María y yo, estábamos haciendo por nuestra ciudad. No podía dejar todo eso ahora, por mucho que me doliese decepcionar a Rai.

—Déjame que lo piense. Puedes ir tú primero de avanzadilla y vas buscando piso y todo eso. Y ya cuando esté todo más organizado nos vamos el resto —respondí yo para ganar tiempo.

La discusión, que se repitió de forma más o menos parecida varias veces, siempre terminaba ahí. Rai no tenía un pelo de tonto y sabía que yo no tenía ninguna intención de irme con él. Lo que no terminaba de comprender del todo era por qué.

Irnos a Madrid era un buen consejo, el mejor. Él lo sabía. Las aguas en el Ejército y la Marina estaban muy revueltas y, después de que nosotros nos hubiéramos posicionado a favor de la Monarquía cuando lo de Barbosa, le convenía quitarse de en medio. A pesar de mi resistencia, Magaz asesoró bien a Rai. Y, visto lo visto, yo debía haberme marchado con él. Posiblemente nos hubiéramos ahorrado muchos disgustos y a lo mejor nuestro destino hubiera sido diferente.

—Qué tontería —me dice Lolines siempre que, con mucha pena y desasosiego, le traslado mi eterna inquietud sobre mi responsabilidad en lo que pasó—. La vida jugó esa ronda con las cartas marcadas, doña Alba, no se engañe.

—Puede ser, Lolines, pero me pesa. Todo el tiempo que pasamos separados aquellos meses fue felicidad tirada al viento con manos llenas. A veces no somos conscientes de que lo tenemos todo. Y malgastamos aquello que la vida nos da con la inconsciencia de un niño.

—No me diga eso, señora, que ya sabe lo que pienso al respecto. No solo no somos responsables, sino que somos títeres en manos del que maneja los hilos. Cuando tenga delante a Dios, le voy a hacer unas pocas preguntas acerca de la mala leche que gasta.

Me empecé a reír y me quedé pensando. Lolines, la buena y gruñona de Lolines, tenía razón en una cosa. De nada me servía lamentarme ahora de las decisiones de un pasado inamovible.

De modo que no. No me fui con Rai. Me quedé en Cartagena escribiendo artículos contra los masones y las bandas radicales que habían tomado la ciudad y se habían hecho poderosas. Y, contra todo pronóstico, el plan de María de Oyola triunfó por encima de las expectativas de todos. Pronto nadie hablaba de otra cosa. El panal fue azuzado y las abejas, irritadas, reaccionaron.

* * *

Poco después de que el éxito cosechado por el misterioso Ellis Gala fuera una realidad contrastable de la que todos, seguidores del periodista y, por supuesto, también detractores, hablaban en la ciudad, Jesús, consciente de la fuerza que tenía aquella prosa nuestra para movilizar a la gente, quiso citarnos en las oficinas de *La Voz*.

Tras hablarlo María y yo, algo nerviosas por aquel encuentro, decidimos finalmente que lo mejor era que ella viniera conmigo. A mí no me gustaba demasiado exponerla, porque al final ella era la que tenía los contactos en el bando republicano y, si transcendía su vinculación con Ellis Gala, se vería en un serio aprieto, pero lo cierto es que ella se empeñó y no me dejó más opción.

—Estamos juntas en esto, Alba. No voy a dejarte sola. Además, ¿crees que tú no corres riesgos? ¿Que a Rai no le afectaría de ninguna manera lo que estás haciendo? —dijo, y automáticamente entendí que tenía razón—. Ser valiente tiene un precio, siempre. No lo olvides. Pero no serlo también lo tiene.

—Está bien —le dije—. Eres una auténtica cabezota.

Ella sonrió.

—¿Qué crees que quiere Jesús? —me preguntó más tarde mientras caminábamos hacia la sede de *La Voz*.

Nuestros zapatos de tacón resonaban en los adoquines al caminar. No había mucha gente por la calle aquella mañana, pero transitábamos por callejuelas secundarias por lo que no era algo que nos llamase demasiado la atención.

—Supongo que quiere que hagamos más ruido —dije encogiéndome de hombros.

—Pero si hemos hecho mucho más que cualquiera de sus redactores…

—Sí, pero si una fórmula tiene resultados es natural tratar de explotarla al máximo —repliqué.

Iba dándole vueltas a esa idea cuando de pronto, al tomar la esquina de la Calle del Aire con el callejón de Bretau, sentí el instinto de darme la vuelta. Una energía, un impulso fuerte me llevó a girarme y, cuando lo hice, la vi. Era ella, estoy segura, fue solo un destello, un movimiento rápido, pero era su belleza inconfundible y su melena rizada, larga y morena la que atisbé escondiéndose al final de la calle. Le di un codazo a María para que se diera la vuelta también, pero ella ya no vio nada. Dolores Carrasco se escabulló como un gato, aunque yo estoy completamente segura de que era ella. No le dije nada a María acerca de mi sospecha, solo me excusé diciendo que me había parecido ver algo pero que seguramente se trataba de un error. No sé si lo creyó. Luego nos metimos en la sede de *La Voz* y no volvimos a hablar de ello.

Nada más entrar, la propia Inés vino a nuestro encuentro con su amplia sonrisa y sus ademanes siempre gráciles y elegantes. Enseguida recordé que estábamos allí por deseo de Jesús, que nos había hecho llamar para, según palabras de la propia Inés, proponernos algo importante.

Inés seguía sonriendo y algo me resultó maternal en su actitud hacia nosotras.

—Queridas —dijo tomándome las manos primero a mí y luego a María—, me alegro mucho de veros a las dos. Jesús está en su despacho y os espera —añadió y luego nos fue guiando entre las mesas.

Al final de todo, la puerta del despacho de Jesús permanecía cerrada y la placa que rezaba «director» nos dio la bienvenida. Ella golpeó con los nudillos un par de veces y, sin esperar respuesta, entró.

Jesús estaba con un tipo grueso de gafas y con el pelo algo alborotado, que tenía, además, los dedos y la camisa manchados de tinta.

—Señoras, este es Felipe Navarro, mi redactor jefe. Le he invitado a nuestra reunión porque en realidad, él es parte de la familia Solís. Lleva años con nosotros y nada pasa en el periódico sin que él esté al tanto.

Intercambiamos saludos y luego nos sentamos en la mesa de reuniones. Jesús, que hasta ese momento había permanecido al otro lado de su escritorio de pie, se acercó y se sentó con nosotras.

—Es un placer saludarlas. Gracias por haber venido hasta aquí —dijo.

—El placer es nuestro, señor Solís —respondió María, y yo asentí.

Mientras Navarro se encendía un puro, Jesús empezó a explicarnos porque nos había hecho llamar.

—Hemos estado analizando el impacto que han tenido las crónicas de Gala y creemos que hemos conseguido una importante movilización. Tengo que decir que no es algo baladí porque las personas de derechas de este país somos gente trabajadora y seria, pero a veces pecamos de una cierta indolencia cuando se trata de poner freno a situaciones desfavorables.

—Lo sabemos, señor Solís. Eso es justo lo que nos mueve —dije.

Solís no dijo nada, pero me dio la sensación de que no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran y que era algo que le desagradaba, de modo que traté de no volver a abrir la boca hasta que él hubiera dicho lo que fuera que tuviera que decirnos.

—Bueno, el caso es que después de ver la respuesta que han tenido los artículos, creo que es el momento de dar algún paso más. Señoras, estamos organizando la resistencia. Una de las medidas que he tomado ha sido dejarle uno de nuestros pisos vacíos a los falangistas. No son muchos, pero necesitan un cuartel y tienen osadía, juventud y arrojo, lo que parece faltar a otros muchos conservadores. Pepe Martínez, igual sabéis quien es, se hace llamar Martinetti y es el líder. Me pidió ayuda y se la di —nos explicó Jesús.

—Pero eso es muy peligroso… —exclamé.

—Y escribir tus artículos también, Alba. Por lo demás, tengo la convicción de que solo con las derechas unidas lograremos un cambio.

—Además —añadió Felipe—, a nosotros ya nos amenazan en el periódico desde hace tiempo. En el momento que uno se posiciona es inevitable que sus adversarios lo ataquen.

No me extrañó. Muchas sedes de periódicos en otros sitios de España habían sido pasto de las llamas por pisar algún callo o tener

una línea editorial crítica con el Gobierno. Sin ir demasiado lejos, en Alicante había sucedido eso mismo y era cuestión de tiempo que ocurriera en Cartagena.

Jesús tenía razón.

—También estamos organizando reuniones privadas con los Torres, los Maestre, los Zapata, los Fuentelaguna, así como con la mayoría de las familias de toda la vida —comentó Inés—. Nos reunimos en secreto en Torre Catá, nuestra finca de los Gabatos, y analizamos la situación. No digo con esto que vayamos a hacer nada, solo que tenemos que estar preparados por si el panorama se complica y la cuerda se sigue tensando.

—Pero, señor Solís, ¿qué más piensa que puede hacer esta gente? —le pregunté yo sin terminar de comprender.

—La reforma agraria no ha hecho más que empezar y pronto vendrán cambios en el Ejército. Podemos prepararnos. No van a dejar nada en su sitio. Yo preveo que todo se irá deteriorando más y más. Al final, habrá elecciones. No puede ser de otra manera. El problema es que Barbosa y los masones de su logia lo saben también y están intentando conspirar contra todos los de la oposición para quitárselos de en medio. Van a tratar de eliminar a todos sus adversarios para garantizarse la perpetuidad en el poder.

—Y nosotras, ¿en qué podemos ayudar? —preguntó María con curiosidad.

—Para eso os he llamado. Quiero una línea aún más agresiva contra todos esos tipos, incluido Ros —dijo mirando a María. Esta no dijo nada. Jesús continuó—. Mis fuentes aseguran que pronto van a intentar acusar a Torres de conspiración contra la República. Ya sabes que Azaña con eso es implacable. No van a parar hasta que Alfonso esté entre rejas y completamente fuera de juego. Es solo cuestión de tiempo. Por eso quiero que los pongáis en un aprieto. Quiero distraerles con algo que les cause ruido y frenar sus planes. Quiero que se sientan amenazados para que se centren en defenderse y paren los ataques.

María y yo nos miramos sin decir una palabra.

* * *

Creo que aquella fue la decisión más difícil que tuvimos que tomar. María y yo éramos posiblemente dos idealistas con muchos

pájaros en la cabeza, entre ellos, pensar que dos mujeres solas con una pluma y alguna información relevante podíamos cambiar las cosas, pero no nos engañábamos tampoco. Las dos comprendíamos que, si personalizábamos nuestro ataque contra Barbosa y la logia Moby Dick, estaríamos pisando de golpe muchos callos y no tardarían en intentar descubrir quién estaba detrás de todo aquello. Eso significaba correr muchos riesgos para los que no estábamos preparadas en absoluto, ahora lo comprendo. De momento, lo que nos había amparado en nuestra protesta era el anonimato.

—Si no hacemos lo que dice Jesús, no habrá servido de nada. Eliminarán a los Solís, a Torres y a todos los conservadores influyentes y se las apañarán para tomar todas las instituciones y ya no solo será una cuestión de libertades, sino que no tendrá marcha atrás —dije yo a pesar de todo.

—Lo sé. La idea de que Arturo y compañía se sitúen por encima de la ley no me seduce en absoluto, pero tengo que decirte algo, Alba. Jamás iré contra Gerardo. Él no es como los demás. Puede que tenga ideas que yo no comparto, pero tiene valores. Y sea como sea, le quiero. Ya sé que no debería decirlo, pero es la realidad. Espero que no me juzgues por ello.

Yo le di la mano y no pregunté más. Supongo que no necesitaba la confirmación de algo que sabía de sobra. No me correspondía a mí entender las cosas del corazón ni lo que Oyola y su esposo, el cónsul, tenían que afrontar en el seno de su matrimonio.

Con todo, después de darle muchas vueltas, hicimos lo que Jesús nos pedía. Conseguimos la manera de poner a Barbosa entre la espada y la pared. La historia de don Arturo estaba llena de pequeños hilos turbios de los que tirar. Y nosotras tiramos. Hablamos de los ajustes de cuentas de las logias, de sus ritos iniciáticos, del secretismo de sus tenidas, de la sede de la calle Sambazar y de todas las cosas que yo conocí de primera mano por Quino, el tío de Rai. Luego, quizá de una forma imprudente, cometí el peor de los errores, algo que Barbosa descubrió y que no me perdonó jamás. Aún me pesa terriblemente recordarlo.

Sucumbí a la tentación de hacerlo. Quiero decir que escribí sobre el asesinato del padre de Rai. No sé si fui demasiado ingenua, o tal vez una temeraria, pero el caso es que lo hice. Desvelé el asunto de corrupción en la Comandancia, la existencia del informe del que me habló Merche en su momento y puse el dedo índice acusador apuntando directamente a Arturo. Luego expliqué que el padre de Rai

lo había descubierto y había muerto por ello.

Aquello fue un escándalo. De repente, todo el mundo quería saber más sobre la trama, como llamaron a la historia denunciada por Ellis Gala. Un montón de periodistas de otros medios se apostaron delante de la casa del pobre médico de Sonsoles, de la Comandancia, de los superiores de Rai y de casa de mi suegra y mis cuñadas. Nunca pensé que la cosa se me iría de las manos de ese modo.

De hecho, nunca pensé que, desde Madrid, Rai se enteraría de lo que estaba pasando, pero su madre estaba sitiada en su casa y tal era la magnitud de la repercusión que aquello tuvo, que el pobre no solo se enteró, sino que me escribió completamente destrozado.

—Alba, ha sido terrible. Todo esto es absolutamente devastador. Si es verdad lo que dice ese periodista, te juro que mataré a Barbosa con mis propias manos.

—Tranquilo, Rai, no te precipites.

—Tú no lo entiendes —me dijo—. Yo adoraba a mi padre. Era un gran hombre. Ese cerdo lo mató.

Consciente de lo que había hecho, decidí que era el momento de irme a Madrid a estar junto a él en esos momentos tan delicados. No podía retrasarlo más.

«Los hipócritas pretenden ser palomas, políticos, literarios, águilas...

Pero no se deje engañar por su apariencia, no son águilas, son ratas».

Antón Chéjov

La noche en que decidí viajar a Madrid a ver a Rai fue también cuando comenzaron las pesadillas. En efecto, en aquella época, comencé a soñar con Barbosa, con su mirada amenazante y sus ademanes de persona poderosa y sin escrúpulos. Soñaba que yo intentaba encontrarme con Rai por todos los medios, pero no era posible. Estaba frente a él, a unos metros de distancia. Solo tenía que dar unos pasos para tocarlo, pero cada vez que estaba un poco más cerca de lograrlo, una fuerza nos separaba de pronto y la distancia entre ambos volvía al punto de partida. Al cabo de un rato de lucha, se oía la risa de Arturo, que aparecía en escena de la nada, y me decía que todo era por mi culpa y que no volvería a abrazar a mi esposo. «Te lo has buscado tú solita, Alba Aldave», decía. Yo le insultaba, furiosa, y luego gritaba el nombre de Rai, pero aquello era inútil. Barbosa era más fuerte y perverso, y comprendí que, al menos en aquel sueño cruel, no lograría poner la suerte a mi favor.

De modo que me despertaba llorando, con el corazón acelerado y el cuerpo bañado en sudor. Solo la idea de irme a Madrid en los siguientes días lograba sacarme de aquel estado de nervios y agitación. Necesitaba encontrarme con Rai, ver que estaba bien y convencerme de que mi vanidad periodística no lo había puesto en peligro.

Sin embargo, el día en que nos marchábamos sucedió algo que no ayudó demasiado a que me relajara, sino que acrecentó mi estado de ánimo intranquilo. Cuando ocurrió, recuerdo que estaba con Candela, dándole instrucciones sobre el equipaje:

—Candela, prepara la ropa de los niños. En Madrid el tiempo es impredecible en estos meses, así que pon ropa de invierno, pero también de entretiempo. Ah, y no olvides meter los abrigos.

—Descuide, señora —respondió ella.

Mientras se ocupaba de las cosas de los niños, yo, encima de

nuestra cama matrimonial había puesto la maleta que usaba siempre que íbamos de viaje, aunque fuéramos a un sitio tan cercano como los Gabatos. Estaba vieja y un poco machacada por las esquinas, pero hacía bien su cometido. Metí unos cuantos vestidos, el neceser y unos zapatos de vestir, por si los necesitaba para algún plan especial.

En esas estaba, cuando llamaron a la puerta del piso. Por alguna razón absurda pensé que era la Quica con recado de mis padres. No tardé en salir de mi error, pues enseguida me di cuenta de que era una voz masculina la que se escuchaba en la entrada. Aquella voz le preguntaba a Candela por la señora de la casa. Pronto reconocí su procedencia.

—¿Puedo saber qué quieres a estas horas? —dije un poco seca, mientras salía a recibir al incómodo visitante.

Como había supuesto, en el rellano me encontré a Gregorio Sousa con semblante serio y cariacontecido. Me asomé a las escaleras para asegurarme de que venía solo.

—¿Puedo pasar? —dijo—. Serán solo unos segundos…

Lo sopesé unos instantes y luego accedí.

—Pasa, que si no vamos a tener a todos los vecinos escandalizados y mirando por la mirilla.

La realidad es que, si los de las viviendas de al lado hubieran visto entrar un hombre en la casa de una señora como yo, con el marido ausente y a esas horas de la noche, se hubiera liado la de San Quintín. Incluso Rai hubiese montado en cólera, con la manía y la antipatía que le había cogido a Greg desde que sabía que se entendía con Barbosa.

Por eso, tal vez, cuando Candela le dejó entrar nos miró con cierto recelo a los dos y luego nos dejó solos y se marchó a su cuarto. La situación no le hacía ninguna gracia. A mí tampoco.

—Dime lo que tengas que decir y lárgate. No son horas y esto no es el Molinete ni ninguno de los ambientes donde te mueves ahora. Esta es una casa decente.

—Como se te ha avinagrado el carácter, Alba.

—No tiene gracia, ¿qué es lo que quieres? Tú y yo no tenemos mucho de lo que hablar.

—Eso es porque Rai y tú queréis que sea así.

—Por eso mismo.

Greg tardó unos segundos en reaccionar.

—Alba, en política a veces hay que hacer algunas cosas para conseguir avanzar. Es así, tienes que entenderlo. Se trata del bien colectivo.

—Niego la mayor, no todo vale, ni en política ni en lo demás, Greg.

Este se sentó en el sofá de terciopelo sin pedirme permiso. Parecía cansado.

—Mira, yo solo he venido a avisarte.

—¿Avisarme de qué?

Me di cuenta de que estaba preocupado.

—De que te estás metiendo en un lío gordo, Alba. Tienes que parar lo del periódico. Barbosa sabe que tú eres Ellis Gala. Le he dicho que eso no es posible, que una mujer no puede ser la que está detrás del articulista, pero él dice que está completamente seguro de ello. Dijo algo de la librería Escarabajal, de unos libros y de la revista *Cartagena Literaria*. Lo saben, Alba. Saben que eres tú, de modo que, si no paras de publicar esos artículos, estarás en un serio peligro y tu familia también, te lo digo de verdad.

Un terror helado me atravesó el espinazo. No temblaba por mí sino por los míos. Aparenté una dureza y un aplomo que estaba muy lejos de sentir.

—Ha sido tu novia, ¿verdad? —dije con una mueca de desprecio. Recordé cuando María y yo íbamos a la reunión con Jesús y me pareció verla en el callejón. Todo encajó a la perfección—. Ella le ha ido con el cuento, ¿a que sí?

—Eso da igual, Alba. Por Dios, te digo que van a por ti.

—No tengo miedo.

—Tal vez no. Pero tienes un marido y tres hijos. Ellos pueden salir mal parados si tú no atiendes a razones.

—¿Me estás amenazando? —dije con voz temblorosa.

—No, yo no. Yo soy tu amigo. No tendría por qué estar aquí, pero lo estoy. Siempre lo estuve. ¿Ya no te acuerdas de lo de Melilla?

En ese momento, Greg se acercó hasta mí. Me cogió las manos entre las suyas y creo que se disponía a abrazarme, cuando de repente mi hijo Pepe apareció en la puerta del salón, desorientado y con cara adormilada. Aquellos días andaba con terrores nocturnos y se despertaba con frecuencia.

—¿Quién es este señor, mamá? —preguntó restregándose los ojos al ver a Sousa.

—Es un amigo de papá—dije yo tratando de aparentar normalidad—. Pero ya se va, cariño.

No di más opción. Acompañé a Greg hasta la puerta y, antes de cerrar, él insistió nervioso:

—Alba, por favor, ten cuidado.

—Y tú no vuelvas por aquí. No eres bienvenido —respondí con dureza.

Cerré la puerta y me metí con Pepe en su camita. Me temblaba todo el cuerpo. Iban a por mí, ahora ya era un hecho y me entró mucho miedo por mis hijos y por Rai.

Sin embargo, por alguna estúpida razón, no me quedé en Madrid. Eso es algo que todavía no me explico. Ni me perdono.

* * *

Cuando llegamos a la capital, me di cuenta de todo el tiempo que había transcurrido desde la última vez que había estado allí. No había vuelto desde el entierro del abuelo Pepe, mucho tiempo atrás, y todo me pareció muy cambiado. Pero, a pesar de los turbulentos momentos políticos que atravesaba España, había cosas que seguían igual. Madrid siempre tuvo —y aún tiene— el alma de sus gentes abiertas y acogedoras, así como una luz del sol que, en cualquier estación del año, baña sus muros y que se parece a la que se cuela por la mañana por la ventana anunciando un nuevo día. Madrid era —y sigue siendo — un mosaico de infinitas piezas.

Rai nos recibió pletórico en la estación de Delicias. A los niños se

los comió a besos y los colmó de regalos y chuches. Trajo peonzas, «palolús» y un arco con flechas para los chicos. Para la princesa, una preciosa muñeca con la carita de porcelana y el cuerpo de trapo, Cecilia, de la que nunca desde ese día se separó y que aún está por algún lugar de esta gran casa. Las viviendas de la gente anciana siempre almacenan gran cantidad de tesoros. Alba miró aquella muñeca y aquello fue amor a primera vista. Cecilia estuvo toda la guerra abrazada al pecho de mi pequeña y yo solía observarlas y pensaba que aquella cría de juguete también tenía la mirada triste. Supongo que, de las miserias de la guerra, ni siquiera los muñecos salen ilesos.

Salimos de la estación y, como íbamos hasta arriba de equipaje, cogimos un taxi hasta la pensión Paz, que estaba cerca de Sol, por la calle Montera. Mientras el coche iba recorriendo las calles de la Villa, yo miraba por la ventana y me deleitaba viendo el trasiego, los edificios y también la gente, en especial a las jóvenes madrileñas que iban arregladísimas, con mucho maquillaje, vestidos de colores vivos y estampados alegres, medias transparentes a diferencia de las nuestras que eran tupidas y oscuras, y con el largo de la falda considerablemente más corto. Estaba deseando contarle a María lo modernas que eran las mujeres allí y pensé que si me daba tiempo compraría varios juegos de medias de esas, al menos uno para cada una.

—Vamos a dejar el equipaje y luego os llevo a tomar un helado —nos dijo Rai, que no dejaba de sonreír.

Así lo hicimos. Cuando dejamos las maletas, tomamos el tranvía hasta Las Ventas para ver la recién inaugurada plaza de toros, luego fuimos a la heladería y más tarde dejamos a los críos en casa de Adela y Víctor, pues ella se ofreció un millón de veces a quedárselos para que Rai y yo pudiéramos pasar una noche a solas.

Salimos al teatro y luego Rai me llevó a tomar algo a un establecimiento por Huertas llamado Casa Alberto. Según me explicó, el lugar era conocido porque, supuestamente, había albergado en otro tiempo la morada de Cervantes y la gente decía que allí había sido escrita, por ejemplo, la obra *Viaje del Parnaso*. En aquella taberna, entre vinos y un buen plato de bacalao a la madrileña estuvimos charlando tranquilamente, y nos pusimos al día de nuestras cosas, que llevábamos mucho tiempo separados. En algún momento, la conversación se puso más seria y entonces él se sinceró sobre lo que había sentido al saber lo de su padre y Barbosa. Me confesó que quería ajustar cuentas con aquel indeseable que también había matado a

Quino.

—No puedo creer que ese cerdo ande pavoneándose por Cartagena como si nada. Encima, suelta discursos y arengas políticas como si fuera el mismísimo salvador del pueblo, ¿te parece normal? No sé a dónde llegaremos, con toda esa chusma ocupando puestos relevantes y de poder.

Yo, algo achispada por la bebida, le escuchaba y asentía sin interrumpir, dejando que se desahogara. Por un instante sentí la tentación de confesarle que yo era el tal Ellis Gala del que todos hablaban y que también era quien había desenmascarado toda aquella historia de su padre. Quería contarle lo de Sousa y lo de las amenazas de Barbosa; hablarle, claro, de la resistencia que estaba organizando Jesús; y, por último, decirle que estaba muerta de miedo, que no había estado tan asustada ni en la guerra de Marruecos, que tenía un terror paralizante que me perseguía hasta en sueños y que todo era por si les hacían daño. Sin embargo, temía arruinar la velada y supe que, si le hablaba de todo aquello, la magia se rompería al tiempo que una brecha terrible se abriría entre los dos.

Esos días vislumbraba el horizonte lleno de nubarrones negros, así que el hecho de poder pasar aquel tiempo con Rai lejos de todo y sin hablar de ninguno de los asuntos que me atormentaban, casi me pareció un alivio. Sin embargo, no puedo negar que una podía apreciar que la crispación y la división también existían allí. Así, por ejemplo, a la mañana siguiente de nuestra romántica cena, en el salón donde Pepa Ordóñez, la dueña de la pensión Paz donde Rai se hospedó desde que llegó a la capital, nos servía los desayunos, alguien comentó algo sobre el hambre que se vivía en Madrid. Luego el tema pasó a ser la inseguridad y el miedo y, en algún punto, terminamos hablando de los temas anticlericales. Doña Pepa, que hasta el momento había permanecido callada, asintió y, como si le dieran cuerda, comenzó a despotricar:

—Me han dicho que aquí al lado, en Montera, a un matrimonio mayor que andaba asomado en el balcón les dispararon hace un par de días. Al parecer fue porque ella se santiguó. Esto es el colmo. No sé adónde vamos a llegar.

—Válgame el cielo —se le escapó a otra señora que debía tener la misma edad que doña Pepa.

—Me lo ha contado el párroco, el padre Blas —continuó esta.

Rai me explicó luego que la buena mujer, que era viuda, había sido la más republicana de todos cuando el régimen se proclamó en 1931, pero que ahora había virado ciento ochenta grados a colación de todo el tema de los conventos, ya que ella era muy de rezar y había cosas, según se justificaba ante el que la quisiera oír, contra las que nadie, por muy moderno que fuera, podía atentar. Y esas cosas eran, precisamente, las de Dios.

Doña Pepa proseguía su relato sobre el matrimonio asesinado, dando todos los detalles que conocía, y yo me iba poniendo cada vez más nerviosa porque me daba cuenta de que en esos tiempos la vida no valía nada y yo había echado todas las papeletas en la rifa para que pudiera pasarme algo malo.

—Dice que la pareja era muy de rezar el rosario por las tardes en la balconada —continuó doña Pepa—. Alguien los vio hacerlo y amenazó con denunciarlos si insistían en sus provocaciones. Pero esos dos lo tenían muy claro y, sin amilanarse, respondieron que si Dios disponía que su hora había llegado aceptarían sin renuencia su destino. Así ha sido, me temo.

Rai notó mi conmoción y tomó mi mano con la suya. Pensando que tal vez después de aquello yo tendría miedo de pasear por la calle, me susurró al oído:

—No te preocupes, mi vida. Hay algunos exaltados, como en todos lados, pero no es lo habitual. Estaremos bien.

Pero no era verdad. Nada era aislado o puntual en ese tiempo.

—Si es que parece que les da como angustia ver el crucifijo. Como si fueran endemoniados, qué cosas… —añadió doña Pepa con horror —. Ya le he dicho yo al padre Blas que pareciera que Satán anduviera suelto.

Aquella ocurrencia nos hizo reír a todos.

—Me gustaría ir a la librería San Martín porque me ha dicho don Horacio Escarabajal que tienen una exposición de encuadernaciones antiguas y quisiera verla. Así compro algún libro también —dije yo cuando Rai preguntó, cambiando de tema, qué quería hacer ese día.

Esa librería, que tenía millones de ejemplares, se había hecho tristemente famosa porque, frente a sus escaparates, había sido asesinado Canalejas por el anarquista Pardiñas. Y si bien se decía que en Madrid a comienzos de siglo había más de doscientas noventa

librerías, creo que esta se convirtió en una de las más célebres debido al triste suceso que le dio casi más fama que el voluminoso inventario de libros que atesoraba dentro.

A Rai le pareció bien mi propuesta, así que después de desayunar, recogimos a los chiquillos de casa de los Gironella y tomamos el metro hasta la Puerta del Sol, lo que era toda una aventura para nuestros hijos que nunca habían visto un tren subterráneo con anterioridad. El metro era un invento de lo más moderno, que apenas llevaba diez años en funcionamiento.

—Papá, esto es mejor que un barco —dijo Raimundito.

—No tienes idea de lo que dices —contestó Rai, muerto de risa.

—Va a toda mecha —dijo Pepe.

La pequeña no decía nada, pero lo miraba todo con curiosidad.

—Tenías que haber sido conductor de metro y no marino —exclamó de nuevo el mayor y todos nos reímos.

Entre risas y bromas y con la expectación de viajar por primera vez en ese nuevo medio de transporte, se nos pasó todo el trayecto en un suspiro. Pasamos un rato estupendo por el centro de la ciudad y, por un momento, logramos olvidar todo el ruido y la locura que nos rodeaba y la crispación que parecía reinar en todos lados.

* * *

Mientras sigo escribiendo, Lolines me ha traído una infusión y he notado en su mirada que está preocupada. Ha entrado a mi habitación con esa mezcla entre pudor y reparo del que intuye que igual molesta. Ella también siente las cosas de un modo especial, como yo, y sospecha que estoy llegando a esa parte de la historia que duele, la que llevamos toda una vida tratando de sepultar en los confines de la conciencia, donde se anestesian los sentimientos para poder seguir adelante. Noto en sus ojos que no quiere que siga escribiendo, pero siempre es prudente y no me dice nada. Está parada junto a mí, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Lolines, ¿pasa algo? —pregunto sin rodeos.

—Ay, sí, doña Alba, qué necesidad… —me dice sin más, señalando con los ojos llenos de dudas la pila de folios manuscritos que contienen la parte de la historia que ya he narrado. Menea la

cabeza a ambos lados con desaprobación. No necesita decirme nada más. Las dos sabemos que, desde el principio, no ha entendido que quiera escribir el más difícil de mis relatos.

—Ay, Lolines, ya lo sabes…

—Sí, sí, ya lo sé, ya sé que dice usted que tiene que hacerlo por lo del olvido y todo eso. Pero ¿qué va a hacer? ¿Va a contar después la historia de todos nosotros? Porque son muchos los recuerdos que se perderán cuando nos hayamos marchado, no solo los suyos, ¿sabe?

—Tienes razón, pero yo soy responsable de los míos y de mi verdad. Por algún punto hay que empezar.

—No se me vaya a ofender, señora, pero creo que a los de ahora nuestras verdades, nuestros muertos y la maldita guerra que nos jodió la vida les dan bastante igual.

—Puede ser, Lolines. Pero yo me voy a morir y cuando me vaya quiero tener la certeza de que mis hijos, mis nietos y los que vengan después tienen la oportunidad de conocer quiénes fueron sus antepasados. Sin rencores, lo digo en serio, Lolines, que hace ya lo menos cincuenta años de todo aquello, pero, escúchame, sin vergüenza tampoco.

Lolines no se atreve a chistarme. Me conoce bien. Sin decir nada, sale despacio de mi cuarto y me deja aporreando la máquina de escribir. Antes, cierra la puerta, supongo que para que no se me escapen los recuerdos.

Yo sigo escribiendo por donde lo dejé. Justo cuando llegamos de nuevo a Cartagena de aquella especie de paréntesis en Madrid. Me marché de allí con el corazón dividido. Lloré al dejar a Rai, porque no sabía cuándo volvería a verlo y me sentí muy sola en mi asiento del tren con los chiquillos, que también se mostraban tristes y callados por dejar a su padre. Lloré cuando el tren echó a andar y él ya no podía ver la pena que me causaba decir adiós. Lloré porque en nuestra historia siempre hubo demasiadas despedidas y porque sabía bien que él se quedaba hecho polvo al dejarnos ir. Lloré porque quizás algo dentro de mí presentía que el tiempo sería irrecuperable.

Pero al mismo tiempo, quería avanzar más rápido en el trayecto y llegar a Cartagena para comunicarme con María o con Inés y averiguar cómo evolucionaban nuestros asuntos. Me preguntaba si Barbosa habría reaccionado a nuestro último ataque, y cuál habría sido su movimiento para contrarrestar el golpe.

El trayecto se me hizo muy pesado. Estaba distraída y cansada. Con el traqueteo del tren, los niños se durmieron muy rápido y, con la cabeza de la Nena en mi regazo, procuré permanecer quieta para no perturbar su descanso. Mi cerebro se movía a la velocidad del rayo. Tan pronto pensaba en Rai, en sus caricias y en sus juegos con los críos en la austera habitación de la pensión, como de pronto toda la escena cambiaba y era Greg quien me venía a la mente, con su semblante amenazador y sus manos nerviosas. «Ten cuidado», me había dicho, y no tenía ninguna duda de que iban a ser capaces de cualquier cosa para acallar nuestra voz.

Cuando llegamos a la estación de Cartagena, no me fue difícil divisar a mi padre en el andén. Con los años se iba pareciendo cada vez más a mi abuelo. Los dos tenían una gran corpulencia, el pelo muy blanco y los ojos muy claros. Sonreí al verle. Seguro que Rai le había puesto una conferencia avisando de la hora a la que llegaba nuestro tren. Nunca gastaba de más, pero con nosotros jamás escatimaba una peseta. Y mi padre, lo cierto es que mi padre siempre agradeció que alguien más aparte de él quisiera protegerme tanto.

—Oh, papá, ¡has venido! No tenías que haberte molestado, aunque no te niego que me alegro infinito de verte. Me duele todo… —le dije besándole en la mejilla. Iba tan pendiente de las maletas y de los niños que no me di cuenta de que estaba muy serio y circunspecto. Me sentía exhausta, como si estuviera incubando alguna enfermedad. Me dolían los músculos y la cabeza. Solo deseaba llegar a casa y meterme en la cama.

—Yo también me alegro de verte, hija —dijo mi padre cogiendo el equipaje—. ¿Qué tal por Madrid?

—Bien, bueno, por allí todo anda revuelto, como en todos lados. Pero con Rai hemos disfrutado mucho —dije, y echamos todos a andar hacia la salida.

Fue al sentarnos en el coche de mi padre cuando me di cuenta de la cara de agotamiento que tenía. Como si llevase días sin dormir…

—Papá, pasa algo, ¿verdad? —pregunté como si se me acabara de caer una venda de los ojos.

No respondió de inmediato, sino que se quedó con las manos en el volante y mirando hacia delante, con sus ojos del color de las aguamarinas enrojecidos por el cansancio y la preocupación.

Le apremié:

—¿Es mamá? —exclamé con inquietud.

—No. Ha sido en los Gabatos… —contestó él.

—¿Qué ha pasado?

—Han entrado en la finca por la noche —añadió.

—¿A robar?

—Ha sido más bien un saqueo. No falta nada de valor, pero me temo que hay muchos destrozos.

—Madre mía —dije consternada.

—Iban encapuchados y armados. Encerraron al personal de servicio en la caseta del guarda, donde los aperos.

—Por amor de Dios, pero quién…

—Alba, hay algo más y prefiero que lo sepas por mí. Los perros… han matado a los perros. Andaban sueltos por la finca y los asaltantes, al entrar, les pegaron unos cuantos tiros. Lo siento mucho, hija, sé cuánto querías a Darcy y a Simbad.

Con el horror pintado en la cara, mi pobre padre me relató el desastre que habían encontrado: muebles volcados, paredes pintadas, sofás rajados, cortinas arrancadas y cristales rotos. Dijo que los daños eran innumerables y que mi madre tenía un disgusto mayúsculo. Solo al final, después de un buen rato hablando, me confesó que habían dejado un cartel. Un cartel con un extraño mensaje pero que yo comprendí al instante. Un cartel con el nombre de Ellis Gala, atravesado por un puñal y clavado en una puerta.

—Es todo bastante extraño —confesó papá frotándose los ojos con impotencia—. No comprendemos nada porque, por ejemplo, cuando llegamos, los adornos de plata de tu madre seguían en su sitio, no los habían robado y, de momento, no hay nada que echemos en falta. La policía está investigando, pero, al menos por ahora, no tienen ninguna pista relevante.

Yo cerré los ojos. Tenía todo muy claro. Me dolió en lo más profundo que mis padres hubieran tenido que pasar por eso y, sobre todo, que mis pobres perros hubieran pagado los platos rotos. Recordé el día en que Rai me entregó a Simbad, tan pequeño y juguetón. Sin poderlo evitar, me tapé la cara con las manos y me eché a llorar,

desconsolada. Mi padre me abrazó y me acarició el pelo como había hecho muchas veces cuando yo solo era una niña. Cuando por fin estuve más tranquila, él, sin decir nada más, arrancó el coche y nos llevó hasta casa.

* * *

Ya allí, después de despedirme de mi padre, me encontré a Candela muy alterada también. Ella tenía sus propias razones para tener el miedo metido en el cuerpo. No parecía la misma chiquilla alegre de siempre. Un velo de terror le ensombrecía la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté yo.

Comenzó a expresarse con apenas un hilo de voz casi inaudible y yo la reprendí un poco para que hablara más alto. En ese momento, ya estaba con los nervios a flor de piel. Posiblemente tenía fiebre y me pesaba la cabeza. Pero algo me decía que era importante lo que Candela tenía que explicarme.

—Señora, hace un par de noches unos hombres aporrearon la puerta. Yo estaba sola y me entró miedo y no abrí. Me encerré en mi habitación con pestillo y me metí debajo de la cama por si decidían tirar la puerta abajo. Estaban armando un buen escándalo y yo recé porque algún vecino llamara a la policía, pero eso no sucedió. Al cabo de un rato se marcharon. Tardé bastante en atreverme a salir, pero escuché sus voces ya en la calle y me asomé a la ventana y vi la silueta de tres hombres, aunque estaba muy oscuro. En ese momento, uno de ellos lanzó algo contra la ventana del salón y rompió el cristal. He tapado como he podido el hueco de la ventana con periódicos, ahora lo puede ver usted. Cuando me acerqué, vi que lo que habían arrojado era una piedra. Estaba envuelta con un papel con una calavera pintada y dos tibias, como las banderas de los piratas. También había un nombre: «Ellis Gala».

No dije nada, pero el suelo se abrió bajo mis pies. Me estaban acorralando. Querían que supiera que conocían todos los sitios por los que me movía. ¿Qué debía hacer?

—Señora, está usted temblando. ¿Se encuentra bien? —dijo Candela.

—Sí, estoy bien. Por favor, acuesta a los niños. Necesito descansar unos minutos.

—Claro, ¿le preparo un vaso de leche? —dijo y sin pensarlo dos

veces, me puso la mano en la frente—. Está ardiendo, señora. Tiene fiebre. Métase en la cama ahora mismo y deje que yo me ocupe de los chiquillos.

Asentí, pero, antes de acostarme, miré por última vez aquella ventana forrada de viejos periódicos. Era el símbolo más evidente de que podían profanar mi casa y de que no iban a respetar ningún límite. Asumí que era la hora de izar la bandera blanca. Aunque algo en mi interior se rebelaba, sabía que debía rendirme. Con esa idea en mente, me quedé dormida.

Tras una noche de un sueño agitado por el miedo y la fiebre, me desperté sabiendo lo que tenía que hacer. Aún me dolían la cabeza y los músculos de todo el cuerpo, pero no iba a ser capaz de permanecer en la cama, de modo que me vestí y me dispuse a ir hasta el periódico a hablar con Inés.

—Candela, salgo a unos recados.

—Descuide, ¿se encuentra un poco mejor?

—Un poco —mentí, sin ser capaz de mirarla a los ojos.

Salí a la calle. Tenía fiebre y tiritaba, pero me cerré bien el abrigo y empecé a caminar con determinación. Primero, antes de nada, paré a encargar un cristal nuevo para el ventanal del salón. Luego fui a misa y recé para que la Virgen de la Caridad protegiera a mi familia y para que me diera fuerzas para terminar con todo aquello. La iglesia estaba vacía. En los últimos tiempos, siempre lo estaba. Yo trataba de concentrarme, pero la cabeza me dolía mucho y el frío se me había metido hasta los huesos y era insoportable.

Al salir, me dirigí a la calle del Aire en dirección a las oficinas del diario. En todo momento tuve la sensación de que me vigilaban, pero no vi a nadie. Apreté el paso como pude, las piernas apenas me sostenían. Estaba segura de que la fiebre seguía subiendo y de que si no me daba prisa tal vez no lograría llegar a *La Voz* de tan débil como me sentía.

En efecto, eso fue lo que ocurrió. Nada más llegar allí, me desmayé.

«Desechad tristezas y melancolías.

La vida es amable, tiene pocos días

y tan solo ahora la hemos de gozar».

Federico García Lorca

Rai me ayudó a hacer las maletas. Había llegado una semana antes, cuando le avisaron de que yo no me encontraba bien. Mier, el director de su curso, le concedió un permiso por enfermedad de familiar en cuanto se supo lo mío, y él, sin preparar siquiera nada de equipaje, se fue hasta la estación directamente, cogió el primer tren que salía para Cartagena y llegó a casa esa misma noche. Desde entonces, no se había separado de mí ni un minuto y me había cuidado de la mañana al ocaso.

No me hizo ningún reproche. Nunca me preguntó por el cristal del salón hecho añicos que repararon durante mi convalecencia, ni por el trágico fin de Darcy o de Simbad, ni siquiera por las terribles pesadillas en las que me sumergía cuando la fiebre escalaba a lo más alto y yo gritaba como si me despellejaran viva. En aquellos delirios, intuyo que repetía una y otra vez los nombres de todos: el de Sousa, el de Barbosa, el de Dolores Carrasco o el de cualquiera de sus secuaces. Pero Rai jamás lo mencionó.

Mi esposo permaneció mudo mientras se esmeraba al aplicarme decenas de pañuelos húmedos en la frente o al darme friegas por todo el cuerpo, consciente por primera vez de todo el peso que yo había perdido en los últimos tiempos y tratando desesperadamente de ganarle la partida al termómetro. También me alimentó con paciencia infinita, cucharada a cucharada, sorbito a sorbito, logrando que diera buena cuenta de las cremas y sopas que me cocinaba Candela. Cuando lo necesité, me acompañó hasta el baño y me ayudó a lavarme, me enjabonó el pelo y me desenredó la melena luego, me vistió después, me puso perfume y me metió en la cama de nuevo, sin separarse jamás de mí. Siempre fiel, me cuidó con ternura y sin un mal gesto.

Repitió durante varias noches todo aquello, para después, exhausto, caer dormido, la mayoría de las veces con la cabeza apoyada entre mis piernas y el resto del cuerpo doblado en una postura imposible desde aquel butacón de piel en el que me velaba como un aplicado centinela.

A partir del quinto día, por fortuna, yo ya me encontraba mucho mejor. Rai, cansado y ojeroso, me sonrió con cariño.

—Me has tenido muy preocupado, marquesita.

Yo no respondí de inmediato. Necesitaba comprender qué había sucedido. Me sentía un poco desorientada, como si acabara de despertar de un largo sueño y no tuviera muy claro el tiempo transcurrido, o como uno de esos pacientes que salen en las películas recobrando la conciencia tras un coma profundo.

Rai trató de explicármelo todo y, al final, simplemente dijo:

—He hablado con Jesús Solís.

Eso bastó para constatar la sospecha que tuve nada más despertar de que él estaba al tanto de todo lo que había ocurrido; lo había visto en sus ojos, una mezcla de preocupación y la decepción propia de saberse engañado. Le había ocultado las cosas y, ahora, él tendría mil preguntas.

—Tus padres también lo saben —añadió para que no me quedara ninguna duda al respecto.

Supuse que, en efecto, los Solís les habían contado todo lo de Ellis Gala a Rai y a mis padres porque verme tan enferma les había impresionado todos y creían que era lo mejor para mí. Querían protegerme.

—Rai… —dije sin saber bien cómo iba a continuar.

Pero él no me dejó seguir. Me mandó callar y luego expuso lo que iba a ocurrir a continuación. Habían tenido tiempo para planear los próximos movimientos y nada de lo que yo dijese les iba a hacer cambiar de opinión. La situación en la que nos había puesto a todos era delicada y era el momento de actuar.

—Los Solís y tu padre han movido sus contactos. Tu padre va a ser destinado a Granada como comandante militar de la plaza. Saldrá próximamente en el *Diario Oficial*. Pero los niños y tú os iréis con ellos ya, inmediatamente. Estaréis más seguros allí. Yo tengo que volver a Madrid a presentar las memorias de fin de curso, pero me reuniré con vosotros lo antes que pueda.

—Pero…

—Ni se te ocurra poner peros, Alba. Esto no es ninguna broma y ya has ido demasiado lejos. Ahora tienes que quitarte de en medio. Si no, puede que la cosa no termine bien.

Al leer en sus ojos la preocupación y el miedo, me resigné. Comprendí que tenía que pensar en la familia. Ponerlos a ellos por delante.

A pesar de todo, mientras empaquetamos toda la ropa y protegimos los muebles del polvo y la humedad cubriéndolos con sábanas viejas, yo no dejé de llorar ni un segundo. Odiaba tener que marcharme. «Lo han conseguido», me repetía una y otra vez, y la rabia tensaba todos mis músculos. Sentía que me habían quitado de en medio como una colilla. Sentía que ellos ganaban y que yo había aceptado con docilidad aquella derrota solo por cobardía.

* * *

Granada representa una especie de oasis en medio de este erial en que poco a poco se va convirtiendo mi historia. Sí, en Granada fui feliz a pesar de todo, como si mientras España se partía la crisma en una monumental caída, nosotros durmiéramos una apacible siesta estival. Así lo viví yo.

Rai nos dejó allí, en aquella tierra de color aceituna. Una vez instalados, él tuvo que regresar a Madrid para completar las prácticas de su curso del Estado Mayor en la Escuela de Guerra, de modo que allí sola con mis padres, me dediqué a recuperarme del todo. Mientras mi padre, que ya era general de Brigada, comenzó a recibir cumplimentaciones y visitas tras tomar posesión de su nuevo puesto, mi madre adecentaba la casa, que era un trabajo a tiempo completo en el que se le iban todas las energías. Por su parte, Candela y la Quica sacaban a los niños a los jardines a corretear y a perseguir lagartijas, mariposas y toda clase de bichos.

Entonces, yo aprovechaba para perderme por las callejuelas del Albarracín o visitaba la Alhambra. Recuerdo que, en esos días, no me preocupaba mucho por mi aspecto. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo, una camisa, unos pantalones anchos, que mi madre censuraba por ser demasiado modernos, y unas cómodas alpargatas. Y así, de esa extraña guisa, echaba a andar con el *Romancero* bajo el brazo mientras pensaba en cómo habría escrito Lorca todo aquello tan mágico y con tanta fuerza. Yo no fui nunca tan aficionada a la poesía como a las novelas, pero Lorca era distinto. Lorca jugaba con las imágenes y en cada estrofa te metía la mano en las entrañas y las

retorcía. Leer sus poemas en aquellos días me ayudó a poner el foco en otra cosa, a desconectar de la política y del ambiente tenso de Cartagena. Fue tiempo de conexión con lo literario y me sentí de nuevo como la muchacha adolescente que tan solo soñaba con aporrear la máquina de escribir y publicar historias. Fue una pena que convirtieran la muerte del poeta, acaecida un par de noches después que lo de Rai, en un símbolo político. La belleza y el arte no deberían ser moneda de cambio.

En Granada fue fácil olvidar todo lo malo, verlo como un sueño difuso en una tierra lejana. Allí uno podía convencerse de que el mal quedaba muy lejos y de que, entre gitanos, romances y lunas de pergamino, solo había espacio para la poesía y para que el aire frío de la sierra borrara de golpe los malos recuerdos y el miedo.

Además, como si supiera cuál era la mejor medicina que podía darme, mi padre trajo a Marcel Proust un buen día. No sé de dónde lo sacó, pero enseguida lo adoramos. Marcel Proust era un labrador blanco y con manchas de color canela muy alegre, juguetón y algo travieso, con el que papá trató de reemplazar a mis queridos y malogrados Darcy y Simbad. Nunca olvidé a aquellos perrillos fieles y juguetones que habían sido tan especiales para mí, pero con Proust la casa se llenó de alegría y de jaleo.

Así, cada tarde, salíamos todos en una extraña procesión, a pasear a Marcel y a jugar con él tirando palos y pelotas que nos devolvía encantado, aguardando luego a que el juego comenzara de nuevo. Marcel Proust movía tanto el rabo que su cola parecía un péndulo enloquecido y frenético.

Cansados y hambrientos, más tarde, volvíamos al anochecer a la casa a cenar. Aquella era una construcción típicamente andaluza. Tenía los suelos de azulejo, las paredes blancas de muros gruesos y un enorme horno de leña en el porche principal. Aquellos jardines estaban llenos de macizos con flores de temporada y de árboles enormes centenarios a cuya sombra nos gustaba sentarnos para hacer la siesta. Todo era como en un cuadro costumbrista, bucólico y campestre, ideal para olvidar. Creo que debo conservar alguna foto en la lata de bombones, aunque no la necesito para recordar, porque esos recuerdos dichosos permanecen intactos y vienen a mí mientras escribo.

De aquella forma apacible, los días transcurrieron en calma y sin grandes preocupaciones. Los niños también parecían contentos. Tenían un profesor particular que venía hasta casa y les daba las

lecciones y no echaban en falta ir a la escuela. La niña era muy pequeña y los mayores jugaban mucho juntos y tenían espacio de sobra para hacer todas sus travesuras al aire libre.

Mi angustia, por tanto, solo volvía a aparecer cuando recibía cartas de mis amigas. Por lo general, no traían buenas noticias. María, como yo, se había marchado por un tiempo. Ella se fue a la finca que tenía su familia en Lorca. Dejó a Heinrich en Cartagena, al frente de sus negocios y puso también tierra de por medio, aunque insinuaba que su marido se encontraba en una delicada posición, con la desconfianza de los nazis por un lado y la de los gobernantes de izquierdas, por otro. Pero yo sabía que Müller siempre había salido con bien de todos los atolladeros en los que se había ido metiendo a lo largo de su azarosa vida, y no tuve ninguna duda de que sabría ganarse el respeto de los unos y los otros.

Mi querida amiga no era demasiado explícita en sus misivas, pero algo me hizo intuir que había decidido marcharse porque al descubrirse nuestra identidad se sentía cuestionada hasta por Ros, y eso era demasiado comprometedor. Mientras, Inés y Jesús, por su lado, se vieron obligados a cerrar el periódico. Las algaradas habían hecho casi imposible mantener la redacción abierta. Habían intentado prender fuego varias veces a la sede del diario y los Solís, alarmados por la seguridad de su gente, en especial la del redactor jefe, Felipe Navarro, a quienes los comunistas y los anarquistas habían amenazado de muerte, habían decidido clausurar, al menos de forma temporal, las oficinas.

«Sin embargo», me confesó Inés, «estamos completamente volcados en las próximas elecciones, querida. Nuestra casa está atestada estos días de carteles, papeletas y propaganda de Acción Nacional. Y los encuentros en Torre Catá continúan».

Supe luego por la propia Inés que habían tenido que contratar a sueldo al Chipé y a otros matones para que protegieran los inmuebles, tanto el edificio cerrado del periódico como su propia casa e, incluso, el piso que hacía las veces de sede de la Falange. Desde allí, Martinetti y los suyos seguían patrullando la ciudad con el fin de contener a las turbas prosoviéticas. Era habitual que se metieran en líos y peleas entre bandos opuestos y acabaran a pistoletazo limpio. Los altercados estaban a la orden del día.

Las cartas de Inés eran largas y afectuosas. Leyéndolas me entraba un poco de nostalgia y desazón. Tenía la sensación de que, mientras todo se decidía en Cartagena, yo vivía apartada y sumida en esa

misma dulce indolencia de las familias conservadoras que tanto había criticado a través de Ellis Gala.

Pero, entonces, llegó el verano y Rai vino a Granada a pasar el mes de agosto con nosotros. Junto a él, transcurrieron días muy felices sin que habláramos de política o de masones conspiradores. Nos sentábamos a la sombra de un gran alcornoque en el jardín y leíamos poesía y los dos actuábamos como dos jovenzuelos que vivían de nuevo su noviazgo. Algo así solo podía tener un resultado y este no se hizo esperar. No tardé en notarme un retraso y pronto constaté que iba a ser madre de nuevo.

La noticia del embarazo llegó antes de que a Rai lo nombraran primer comandante del submarino *C-6* relevando a Núñez al mando. Justo cuando estaba previsto que él volviera a Cartagena por fin, le asignaron una misión que lo alejó de casa unos meses. Se trataba de un crucero internacional por el Mediterráneo oriental. De Bizerta a Alejandría, Haifa, Rodas, Salónica, El Pireo, Magdalena y Tolón. Las siete mil millas que realizó y en las que él era el comandante más antiguo le valieron una condecoración, pero, para cuando la recibimos, la guerra llamaba a la puerta y ese reconocimiento quedó reducido a una página más, la última, en su breve hoja de servicios.

Sin embargo, a pesar de saber que debía marcharse muy lejos, Rai reaccionó con entusiasmo ante la noticia de nuestra nueva paternidad. ¡Qué le importaba a él la distancia cuando la buena nueva era que la familia crecía de nuevo!

—¡Alba, pero eso es maravilloso! —dijo abrazándome entre risas de emoción.

¿Maravilloso? No podía verlo yo de la misma manera. Yo pensaba en la idea de un nuevo bebé con angustia. Los tiempos eran demasiado convulsos para traer a otra criatura al mundo, aunque poco se podía hacer ya al respecto. Mi último hijo, Alonso, se abría ya paso a la vida con una fuerza descomunal.

Rai se marchó de crucero y estuvo fuera unos cuantos meses. Cuando regresó, lo hizo junto con la buena nueva que yo había esperado con tanta ansia. Las derechas habían ganado las elecciones y podíamos volver a Cartagena. Pensé que volvían los tiempos de paz. Como es obvio, no podía estar más equivocada.

* * *

En efecto, pensar que el caos que había comenzado con la

proclamación de la República pudiera acabar de golpe con el triunfo de las derechas en el año 1934 fue una absoluta estupidez. Pero yo me lo creí. Volví a casa queriendo creer que era posible y que, como decían los candidatos, ellos representarían la vuelta al orden.

Muy pronto, nuestra esperanza de concordia se vio truncada. Algunos no iban a permitir que los ganadores de las elecciones ejecutaran sus programas. Les aterraba que pudiera existir un retroceso en los avances sociales que habían ido conquistando en los últimos años y la legitimación en las urnas no parecía suficiente para ellos. Las clases trabajadoras y el colectivo obrero, espoleados de continuo por los sindicatos, se rebelaron y, en sucesivas huelgas y conflictos, dejaron bien claro que no iban a permitir que la derecha gobernase en paz. En los mítines, el mensaje se repetía: «¿Vais a dejar que todos los logros que hemos conseguido desde 1931 sean aplastados por la derecha recalcitrante? ¿Vais a permitirlo?».

Y no, no lo permitieron. Hubo protestas en las fábricas, en el Arsenal, en las minas y hasta en las compañías que procuraban servicios esenciales como la luz o el transporte. Con la ciudad a oscuras, enseguida fuimos conscientes de que no sería posible la paz.

España entera se convirtió en un avispero. Proliferaron asociaciones como «Amigos de Rusia» o «Nuestra lucha» que solo querían hacer su revolución. Y, como todo el mundo sabe, ocurrió lo inevitable. La Revolución de Asturias fue el acontecimiento más sonado, por toda la dinamita que usaron los mineros, los destrozos que causó en Oviedo, la represión brutal de las tropas de Franco y las muchas bajas y detenciones con las que se saldó. Pero no hacía falta irse tan lejos para encontrar altercados, sino que más cerca, en algunos pueblos de Murcia, también se vivieron episodios de gran violencia. Hubo conflictos en Murcia capital, en Cartagena, en Lorca, en Cieza, en Alcantarilla o en Abanilla y Alguazas.

Cuando lo comenté con Rai, su respuesta no me tranquilizó.

—En el Arsenal ha habido una pelea también —dijo, mientras devoraba con mucho apetito un poco de pan con queso. Esos días estaba en casa, pues desde el crucero no le habían vuelto a mandar lejos—. Ha sido por culpa de Marchante. Está furioso porque hayan ganado las elecciones las derechas y se dedica a meter bulla entre los subalternos…

—Menudo elemento es ese Marchante —respondí acariciándome el vientre que ya ocupaba lo suyo.

—Siempre ha sido igual. Ahora, que tiene quien le dé réplica… que entre los oficiales no hay uno solo que no le tenga ganas. Al final, ha acabado a puñetazo limpio con Felipe, después de amenazar a muerte a Ángel Inglés, un teniente de navío. Al parecer, este lo había arrestado unos días antes o algo así.

—¿A puñetazos? ¿Con Felipe Pinto? ¿En serio? —exclamé sorprendida.

—Así es, Pemartín y Alvargonzález los han separado como han podido.

—Menuda vergüenza. Un oficial y un auxiliar peleándose de esa manera tan vulgar, eso es lo que nos ha traído todo esto, que nadie guarde las formas.

—Sí, el clima cada vez es más tenso.

Ese ambiente del Arsenal que describía Rai tampoco era muy distinto del que se vivía en la calle. Las hostilidades se extendían por doquier. Yo, a través de los Solís iba comprendiendo poco a poco la complicada maraña de enredos que afectaban a la política española en aquel momento.

—Dicen que ha sido el voto de las mujeres, pero no es eso —me explicó Jesús—. La derecha ha ganado porque los monárquicos y los republicanos más conservadores han sabido dejar a un lado sus diferencias y presentarse unidos. Y eso ha sido posible porque la mayoría estamos hartos de que pasen por encima de nosotros.

—Yo me atrevería a decir que no han ganado las derechas, querido —le rebatió Inés—. Es más realista afirmar que ha perdido la izquierda. Mientras la CNT y los sindicatos alentaban a los suyos a no acudir a las urnas en señal de protesta, los del PSOE se andaban haciendo la cama los unos a los otros sin una línea clara, y todo así…, era de esperar el resultado.

En efecto, los Solís sabían tanto de todos los temas actuales que yo no dudaba en preguntarles todas las cosas que no entendía. Además, con María todavía fuera de Cartagena y con una vida social muy menguada por el panorama, solía quedar con ellos con frecuencia, en especial cuando Rai andaba fuera.

Más o menos por aquel tiempo, de forma un poco inesperada, mis padres tuvieron que marcharse de nuevo de la ciudad cuando, después de lo de Granada, a mi padre le designaron comandante militar de la

plaza de Alicante. Yo ya no fui con ellos porque Rai estaba conmigo la mayor parte del tiempo, porque había oído que Barbosa andaba en Madrid repensando sus próximos movimientos a nivel político, y porque, a pesar de todas las señales en contra, quería seguir creyendo que, con las derechas en el poder, estaba suficientemente protegida.

30

«Había un culto al revólver, un fetichismo de la "cuarenta y cinco".

Los pistolones salían a relucir constantemente…».

Confieso que he vivido.

Pablo Neruda

Mi cuarto y último hijo, Alonso, vino al mundo en medio de una polarización cada vez más brutal entre la izquierda y la derecha. De hecho, estoy casi segura de que fue el miedo ante esa hostilidad creciente lo que provocó que me pusiera de parto antes de tiempo, aunque años antes ya me había sucedido con Raimundito.

Todo ocurrió después de una copiosa cena en la finca de los Solís en Torré Catá. Pasaba cada vez más tiempo con Inés. Ella me trataba como una hija, nos hacíamos compañía la una a la otra y eran muchos los temas que nos unían y pocas las personas con las que nos atrevíamos a hablar con franqueza sobre determinados asuntos. Tal vez para que la amistad que nosotras nos profesábamos se ampliara a nuestros esposos, quiso ella que la visitáramos en su bella finca, sabiendo que estábamos en los Gabatos disfrutando de unos días de descanso. Rai había sido nombrado jefe de la sección de organización de la Base Naval y pasaba de nuevo mucho tiempo de oficina y despacho. Todos sabían, además, que iba a ser padre de nuevo, así que tanto Gámez Fossi, su nuevo superior directo, como Márquez, jefe de la Base, le habían insistido en que se tomara un permiso para estar conmigo en estas fechas próximas al nacimiento de Alonso. Yo estaba de ocho meses y, aunque, como he dicho, ya Raimundito había venido al mundo antes de tiempo, no se me pasaba por la cabeza que este bebé pudiera adelantarse otra vez, así que no me pareció mala idea irnos unos días al campo.

No habíamos pisado la finca en mucho tiempo y tenía la inquietud de que en algún lugar de la casa pudiera encontrarme a mis pobres perros cosidos a tiros. Pero mi padre se había ocupado de que no quedara ni el más mínimo rastro de la barbarie. Incluso tuve la

sensación maravillosa de que Marcel Proust estaba tan aclimatado ya a la finca que era como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar, en el que vivió hasta el final de sus días.

Proust era quien entonces nos alegraba con sus ladridos y juegos. Aquel perro amable y bonachón soportaba con estoicismo que la Nena le tirara del pelo cuando lo peinaba salvajemente, o que Rai intentara montar a Pepe en su lomo. Era el que nos mantenía activos y nos obligaba a levantarnos del sofá cuando nos vencía la pereza.

Fue justo un día que estábamos paseándolo, precisamente, cuando nos encontramos con los Solís. Enseguida, Inés propuso que fuéramos a cenar a su casa en Torre Catá, y Rai y yo aceptamos con gusto la invitación.

Cuando llegamos a Torre Catá me pareció una finca preciosa. Inés me contó que la casa, una enorme construcción modernista, la había proyectado el fabuloso arquitecto Beltrí en 1903. Ella me fue enseñando todo, mientras Jesús se ocupaba de Rai.

Los Solís eran unos anfitriones perfectos. No pasaban por alto ningún detalle. Así, la mesa estaba dispuesta con la mejor mantelería de hilo bordado a mano con motivos florales. La vajilla era preciosa, en tonos azul cobalto y decorada con una escena de caza, muy al estilo de la loza cartagenera de mejor calidad, y las copas eran del vidrio más caro de la fábrica de Santa Lucía. Antes de sentarnos a comer, estuvimos tomando un vino en el porche de la casa hablando de cosas banales. Luego nos pasaron dentro y nos sentamos a la mesa y entonces el servicio empezó a servir una crema de marisco deliciosa y la conversación fue fluyendo de un modo natural. A Jesús le interesaban las cosas de la Base Naval. Rai le explicaba que imperaba últimamente un ambiente enrarecido, pues se sabía que muchos de los auxiliares y de la marinería secundaban las revueltas obreras y que, por otro lado, los oficiales eran más bien conservadores. Los conflictos entre ambos se sucedían a diario.

No sé en qué momento Jesús decidió sincerarse y confesarnos, con la preocupación pintada en el rostro, que llevaba un tiempo recibiendo amenazas de muerte y que temía que, en algún momento, hubiera un atentado contra él. Jesús era el típico pez gordo que podía ser visto como un trofeo por aquellos que querían el colapso del actual sistema. Además, aquellos que veían en todos lados a los quintacolumnistas conspirando contra la República, inmediatamente ponían los ojos en él, al igual que en otros conservadores de más renombre de la ciudad. Eso era inevitable.

—Le he dicho que cierre todos los negocios y que nos marchemos por un tiempo —dijo Inés preocupada—. No necesitamos nada de esto. Pero no hay manera. Mi marido erre que erre con que si todo el mundo mira para otro lado o sucumbe al miedo estamos acabados.

—Si les pido a los demás que se movilicen, no puedo desaparecer a la primera dificultad. No sería ético, Inés, bien lo sabes.

—Me da igual lo que sea ético, Jesús. En algún momento habrá que pensar en nosotros.

—Eso hago, pienso en nosotros. Y, sobre todo, pienso en el mundo que quiero dejarle a nuestro hijo.

Sentí pena por ella. Sabía que se enfrentaba a la impotencia que se apodera de una cuando amenazan lo que más quieres. Pero, por otro lado, Jesús me admiraba de un modo que te admiran las personas que son capaces de tener una altura de miras que les trasciende, que ponen a sus contemporáneos por encima de su propio interés, que tienen esa grandeza y dignidad, sin que ni las amenazas ni el temor puedan hacerlas zozobrar.

Jesús miró a Inés con cariño y, mientras le acariciaba la mano, dijo:

—Estaré bien, te lo prometo.

La que no lo estaba era yo. De pronto, noté un líquido templado y abundante derramándose por mis piernas.

—Oh, cielos, Rai —exclamé horrorizada.

Y ahí mismo, en Torré Catá, me puse de parto.

* * *

Alonso nació fuerte, sano y con un hambre voraz. No parecía un bebé ochomesino, sino que, contra todo pronóstico, vino al mundo lleno de vida y dando fuertes alaridos, como si quisiera que no quedara nadie alrededor que no supiera de su llegada. Dar a luz a aquella criatura me dejó exhausta, y tardé en recuperarme bastante. Me empeñé en que, tras el parto, me llevaran a nuestra casa de los Gabatos porque, aunque estaba muy débil, necesitaba tener sensación de encontrarme en mi hogar, con un poco de intimidad y sosiego. Estuve muchos días convaleciente, sin más rutina que amamantar al pequeño y con la sensación de ser presa de un cansancio que no se iría

jamás. No recibía visitas y apenas me levantaba, porque la fatiga era tan atroz que solo podía estar tumbada. Recuerdo que hasta me costaba pensar con claridad.

Todos los días, Candela me subía los periódicos y leerlos de principio a fin era lo único ajeno al bebé que hacía en la jornada. En mi cuerpo agotado, mi mente también exhausta parecía necesitar estar informada todo el tiempo de lo que sucedía. España iba abocada al desastre, con una tensión creciente entre unos y otros, yo eso lo sentía como el que siente que le duelen las muelas. Solo buscaba en la prensa la constatación que anunciara que el castillo de naipes ya se había desmoronado.

La situación, sin embargo, llevaba su propio ritmo agónico. Las derechas no lograban estabilidad en el Gobierno. Cada vez que intentaban cumplir algo de su programa, como revisar la Constitución para dar marcha atrás en la cuestión religiosa, abordar la contrarreforma agraria, o poner freno al separatismo catalán, por poner ejemplos relevantes, las izquierdas amenazaban con la revolución. Azaña, Largo Caballero, Besteiro y los demás ignoraban que la mayoría parlamentaria estaba esta vez en manos de Lerroux, que había moderado su discurso, y de la CEDA, el partido más votado. Ya no había siquiera la mínima voluntad de entenderse, de negociar. Solo un bloqueo inmovilista que no podía terminar bien para nadie.

Aquella situación solo podía desembocar en nuevas elecciones. Y eso fue, precisamente, lo que sucedió. En febrero de 1936 fuimos llamados a las urnas de nuevo. Eran las terceras elecciones desde 1931 y no teníamos mucha fe en que aquello fuera a servir de algo. Cartagena, aquella mañana de comicios, amaneció con un temporal de viento y lluvia, como si presintiera algo, como si pudiera sentir en los huesos el frío estremecedor del colapso, como si se adelantara al choque de trenes. Todo el día estuvo revuelta la ciudad, con la respiración contenida, esperando los resultados de las votaciones.

Pronto supimos que había ganado el Frente Popular por pocos votos y entre rumores de fraude y pucherazo. Los periódicos llamaban a la paz, a la aceptación de los resultados y a la convivencia pacífica, pero lo hacían sabiendo lo imposible del mandato. Porque la mayoría de la gente quería la calma, pero los partidos políticos, lejos de seguir esas directrices, nuevamente se militarizaron, se armaron y radicalizaron sus discursos. Entre amenazas y violencia, el ambiente, que ya estaba caldeado, comenzó a teñirse de hostilidades.

Algunos dicen que las elecciones del treinta y seis fueron lo que

los comunistas estaban esperando para ir un paso más allá y hacer por fin la revolución. Incluso nos llegaron rumores de que, en marzo de ese mismo año, un numeroso contingente de especialistas en la revolución de Rusia había llegado a Barcelona. Se trataba de Primakov, Riedel y Lezeoski, entre otros. Venían con el propósito de liderar la implementación del modelo soviético en España. Barcelona, por su tejido industrial, siempre fue un caldo de cultivo perfecto para la lucha de clases y el movimiento obrero.

También en sentido inverso, un mes más tarde, en abril, corrió el rumor de que regresaban de Rusia algunos españoles que, tras la revolución del año 1934, habían ido a Moscú para, supuestamente, entrenarse para lo que había de venir. Se decía que entre los que habían participado en esa expedición estaba Margarita Nelken, pero vaya usted a saber si fue así. Lo cierto es que, aunque pareciera insólito, ya en 1920, Lenin había dejado claro en un discurso que España sería el primer lugar donde exportarían la dictadura del proletariado y Trotsky añadió luego, en 1931, que el momento estaba llegando. Con la victoria del Frente Popular en 1936, sabían que no podían arriesgarse más a que volvieran a ganar las derechas de nuevo.

Todo se fue radicalizando y el clima empezó a ser insoportable. En los siguientes días, los periódicos se fueron haciendo eco de las barbaridades que se sucedían en toda España. Asesinatos de comunistas y falangistas, represalias inmediatas en las filas contrarias, ajustes de cuentas en la calle, conflictos armados, algaradas y anarquía encabezaron los titulares casi a diario. José Antonio Primo de Rivera, líder de la Falange, fue detenido.

En el Ejército las cosas también se pusieron feas. Merche Rivera me contó en secreto que se sabía entre los altos mandos que los comunistas tenían una lista de oficiales y jefes de la Marina a los que debía aniquilarse para que la revolución prosperara. Y aquello, que podía parecer una locura, no lo era. Había pasado en la flota rusa amotinada contra sus jefes en 1917. Fue crucial para el Octubre Rojo. Sin ella, el *Aurora* no hubiera bombardeado San Petersburgo y la historia tal vez se hubiera escrito de forma distinta. Pero nadie mira nunca para los marinos. No se les da jamás la importancia que merecen. Ni siquiera Mola lo hizo más tarde al estallar el alzamiento.

Al final, tras las elecciones, Martínez Barrio ocupó la presidencia de la República y poco después anunciaron que el nuevo ministro que iba a ocupar la cartera de Marina era José Giral. Todos sabíamos que esos dos eran masones. Y, nada más y nada menos, que del círculo más cercano de Arturo Barbosa.

El cerco se iba estrechando.

«La guerra es una masacre de gentes que no se conocen,

para provecho de gentes que sí se conocen pero no se masacran».

Anónimo

Hubo un momento de caos y, hasta en lo cotidiano, se impuso la sinrazón. Cosas que, en principio, nada tenían que ver con la política se convirtieron en armas arrojadizas entre los bandos. Me refiero, por ejemplo, a algo tan nuestro como la Semana Santa que, por desgracia, se politizó también. En cuanto asomó por el horizonte el mes de abril, muchas voces se alzaron para reivindicar que no salieran las procesiones a la calle. Las izquierdas no querían que un acto religioso se financiase con el dinero de todos; y las derechas, por su parte, no querían dar carnaza a los adversarios políticos. El pueblo llano, o al menos una parte importante del mismo no entendió, sin embargo, la posición de ninguno de los dos extremos, pues nuestras tradiciones, laicas o no, eran nuestras y aquellos oradores de pacotilla que se reunían en el Consistorio a arreglar el mundo no tenían derecho a robárnoslas.

Yo estaba de muy mal humor con aquel asunto. Lo veía como un avance más de aquellos que nos querían imponer ese pensamiento único. El abuelo Aldave, de niña, me inició en la costumbre y tradición de visitar sagrarios por las iglesias de toda la ciudad el Jueves y el Viernes Santo, para luego ir a sentarnos a las terrazas de la calle Mayor, desde donde veíamos a Marrajos y Californios desfilar. En definitiva, vivíamos con mucha devoción esos encuentros y me apenaba de verdad no poder hacerlo, como si de alguna manera fallara a mi pasado y a nuestros valores.

Rai, que sabía cómo me sentía, vino un día del Arsenal y me dijo con alegría:

—Alba, tengo una buena noticia. De algún modo tendremos nuestras procesiones. Los oficiales han tenido una gran idea. Vamos a ir todos con los niños al Arsenal y vamos a jugar a hacer el paso con tambores y todo. No tendrán la fiesta en la calle, pero haremos la nuestra, a nuestra manera.

—¿Estás seguro? —dije yo no muy convencida—. Mira que no está el horno para bollos.

La verdad es que tenía miedo. Todos sabíamos ya que los auxiliares y subalternos simpatizaban con las ideas comunistas y revolucionarias. La intransigencia de unos estaba a flor de piel y podían verlo como una provocación.

—Pero ¿tú no querías Semana Santa? Aclárate, chica, que me vas a volver loco… —me dijo él, un poco decepcionado por mi reacción.

Los niños, como siempre, secundaron a su padre.

—Eso mamá, no siempre tienes que ser una aguafiestas —dijo Raimundito.

—Es verdad —añadió Pepe, tratando de ponerse a la altura de su hermano.

Y la pequeña Alba no dijo nada, pero se puso a ordenar sus muñecos en fila para luego hacerlos desfilar en procesión, dejándome claro lo que pensaba.

Tal vez porque no teníamos muchos motivos de fiesta en los últimos tiempos y porque los críos parecían muy excitados con la idea, opté por guardarme los temores para mí. De ese modo, los niños fueron con su padre al Arsenal, donde se reunieron con los hijos de los demás, porque a la cita, todo hay que decirlo, no faltó nadie.

Raimundito, nuestro hijo, era de los mayores, así que, según me contó Rai, en seguida se puso a organizar el cotarro junto a Galán y Pemartín, que siempre eran los líderes de todo y que fueron los que tuvieron la idea de hacerlo. Mi hijo disfrutaba mandando. «Cómo se las gasta el Guitiancico», le dijeron los demás oficiales a Rai. «Pero si tiene las dotes de mando de un capitán general». Rai bromeaba con ellos, orgulloso, y replicaba que el crío había heredado las cualidades de su bisabuelo Aldave. En ese momento, reinaba un ambiente festivo en las instalaciones de la Armada, donde la plaza de Armas, cerca de la entrada.

—Vamos, Pepe —le dijo Raimundo a su hermano— Tú y Felipe lleváis el trono con esos —añadió señalando a los hijos pequeños de Galán.

Todos lo miraban con los ojos muy abiertos y le obedecían sin chistar.

—Y yo qué, y yo qué —reclamaba la Nena con impaciencia. Tal vez era demasiado pequeña todavía, pero ella quería su papel y dejó

bien claro desde el principio que no pararía hasta que se lo asignaran.

Raimundito le encontró rápidamente uno.

—Tú tienes que hacer de esas señoras que miran la procesión desde el balcón con la mantilla puesta y llorando de la emoción.

—Vale, vale —contestó ella encantada con la idea.

Y entonces los niños de Galán y Felipe Pinto, junto a mi hijo Pepe, que esperaba muy formal en su puesto las órdenes de su hermano, a la señal de este, cogieron la caja de cartón que hacía las veces de trono, con mucha solemnidad y la levantaron sobre sus hombros. Llevaban la cara cubierta con sábanas viejas que les había dado un repostero, a las que les habían hecho los cortes de los ojos.

Rai contempló divertido la escena con los otros oficiales, y comentaron el acierto con el que algún chiquillo había puesto un crucifijo y una figura de la Virgen, robados casi con toda seguridad de la mesita de noche de algún padre, sobre aquel trono de cartón que tan ceremoniosamente paseaban de un lado para otro.

Pepe siempre se tomaba las cosas muy en serio, así que andaba muy concentrado en su posición de cofrade. Por eso tal vez, y posiblemente porque andaba con aquella sábana encima tratando a toda costa de que los cortes de los ojos se mantuvieran en su sitio, no vio venir a los otros muchachos con piedras y tirachinas que se aproximaban desde la parte izquierda hacia la plaza de Armas. Los que se acercaban eran los hijos de los auxiliares marxistas, que habían venido a unirse al juego entre cantos comunistas y vivas a Rusia.

La cosa enseguida se les fue de las manos, porque los recién llegados, bien aleccionados por sus padres, comenzaron a llamar fascistas a nuestros hijos, que no sabían muy bien lo que significaba aquello, pero entendían que estaba dicho como el peor de los insultos y saltaron a defenderse. En pocos minutos se liaron a puñetazos y los oficiales tuvieron que poner orden. Los críos fueron el reflejo de la tensión que se vivía fuera, de la intolerancia que existía y de la clara imposibilidad de entenderse los unos con los otros.

Pero el peor parado fue mi Pepe. El pobre estaba tan metido en su papel que no vio venir al muchacho que, con un tirachinas en la mano, le dijo al oído a su amigo:

—Observa. En todo el ojo.

Y le asestó un chinazo que, por suerte, no le dio donde quería, pero casi. Pepe andaba quitándose la sábana para poder ver de una vez lo que estaba pasando, porque sus compañeros habían dejado caer el trono con la Virgen y eso le parecía muy gordo y quería decirles que, con toda seguridad, aquello era pecado.

No llegó a hacerlo porque cuando la sábana cayó a sus pies, casi seguido se arrodilló mi pequeño, poniendo una mueca de dolor y sangrando abundantemente por una herida que se le había abierto en la mejilla; cerca del ojo, sí, pero no tanto como habría querido su enemigo, que no se quedó para verlo y se marchó corriendo como un cobarde de la escena del crimen.

Nada de lo que pasó debía extrañarnos. En realidad, los niños solo reproducen, como si fuera un teatrillo, las mismas cosas que ven en el mundo de los adultos.

* * *

Raimundito, muy asustado, avisó a su padre y este corrió hasta Pepe y, con el chiquillo en brazos chorreando sangre por la mejilla, salió corriendo hacia la enfermería. No pudieron, por tanto, reunirse conmigo y ver las turbas que, por la calle Mayor, llegaban desfilando, empuñando la hoz y el martillo hasta las Puertas de Murcia. A su paso, los tipos aquellos, que solo buscaban la provocación y el conflicto, dejaron estupefactos a las señoras enjoyadas de cabellos recogidos en la nuca y a los caballeros apuestos y elegantes de bigotes atusados. Todos ellos, segundos antes departían como si nada y de forma muy civilizada, mientras daban sorbitos al té, sobre lo desagradable que se habían puesto las cosas en los últimos tiempos y sobre lo penoso que resultaba, por cierto, que ni las tradicionales cofradías de Marrajos y Californios pudieran desfilar ya en los días santos porque eso parecía ofender a algunos, sin importar que lo contrario ofendiera a otros.

Y entonces, por una vez, esas clases pudientes, elegantes y refinadas, despertaron poco a poco de un profundo sueño, de un letargo absurdo, de una incomprensible pasividad y reaccionaron, al fin, para sorpresa de todos. Esas clases acomodadas decidieron que ya estaba bien de aguantar todo aquello y fueron a buscar a los marxistas provocadores armados con vasos, palos, botellas y con todo lo que encontraron. Fue así como dio comienzo una contienda de sillas, puñetazos, insultos y golpes, que terminó con la bandera rusa rasgada y arrancada de su asta y con numerosas lunas de comercios y escaparates reventadas por los de uno y otro bando.

La pelea fue extendiéndose desde la confitería España, pasando por el Casino, de camino hacia el puerto. Yo estaba con Inés en el café y con otras damas, la mayoría del Comité de Señoras, cuando nos vimos envueltas en ese jaleo. Por suerte había dejado a Alonso en casa con Candela.

Lo que vino a continuación lo recuerdo de forma confusa. Sé que al principio tratamos de refugiarnos en el interior de la confitería, pero la avalancha de todas las señoras que, como nosotras, buscaban protegerse, hizo que, en uno de los empujones que recibimos, a Inés se le cayera un pendiente. Era un regalo de aniversario de Jesús y ella no parecía dispuesta a renunciar a encontrarlo.

—Entra tú, Alba, que enseguida voy —me dijo arrastrándose.

—Pero no puedes quedarte aquí —dije agachándome con ella y palpando el suelo para ver si yo tenía más suerte.

—Voy enseguida —dijo nerviosa—. Por favor, tú métete dentro.

Miré alrededor y me di cuenta de que era muy peligroso que siguiéramos agachadas en medio de aquella batalla campal. Era bastante probable que una botella acabara dándonos en la cabeza o que nos aplastara alguien cayéndonos encima. Lo tuve claro. La agarré con fuerza y tiré de su brazo.

—Déjalo, Inés, es más importante ponernos a salvo.

—Oh, pero me los regaló Jesús, Alba. No quiero perderlos —se lamentó.

En ese momento vi a Nando, el hijo del marqués de Fuentelaguna, en el suelo, sangrando profusamente por una herida abierta en la cabeza que le habían provocado al asestarle un botellazo. No le había vuelto a ver desde lo que ocurrió en su castillo cuando Rai y yo acabábamos de casarnos.

Aun así, por instinto, dejé a Inés y fui corriendo a socorrerle y luego supe que, unos segundos más tarde, Inés hacía lo mismo con Moreno Guerra, herido también con un cristal y tirado en el suelo, algo desorientado por el golpe.

Taponamos las heridas con servilletas de tela que encontramos en las mesas e improvisamos otras curas. Pero entonces Jesús llegó y nos obligó a refugiarnos dentro del local.

Años más tarde, Inés me confesó en una carta que, al mirar aquel pendiente con una perla huérfano en su joyero, los recuerdos le hacían cerrar los ojos con tristeza por todas las vidas que se perdieron a partir de aquel día. Fue como una señal. Aquel pendiente solitario se convirtió en el símbolo del dolor y del sufrimiento. Porque, desde ese día de Semana Santa, ya no hubo marcha atrás.

Cuando llegué a casa y vi la brecha de Pepe, miré a Rai y le dije:

—Nos vamos a Alicante. O a los Gabatos. Nos tenemos que ir lejos de esta ciudad. Aquí no nos espera nada bueno.

—Ninguna ciudad está a salvo hoy día, cariño. España entera está enferma —dijo Rai—, pero te prometo que todo cambiará muy pronto. Debes tener fe y confiar en lo que te digo. Sé de lo que hablo.

Y fue ahí, justo en ese momento, al escuchar sus palabras, cuando lo supe. Me di cuenta de que no solo yo le había ocultado a Rai secretos como lo de que yo era Ellis Gala y lo de mi participación como periodista en *La Voz*, sino que él también andaba metido en algo que yo desconocía. Me invadió el peor presentimiento de mi vida. Aquel terrible diez de abril de 1936 yo supe que habría una guerra. Y un pálpito en mi interior me hizo ver que, en esa contienda fratricida, no habría vencedores, que solo habría vencidos y, por supuesto, mucho dolor y pérdida.

Sin contestar a Rai, me puse a preparar el baño para el pequeño Alonso, que, en su cunita, permanecía ajeno a toda la locura que acontecía alrededor.

* * *

En los días siguientes, no logré olvidar las misteriosas palabras de Rai. Algo se cocía, estaban tramando una revuelta, tal vez el golpe de Estado que pedía Calvo Sotelo para la vuelta al modelo de sociedad tradicional. ¿Sería un enfrentamiento organizado? ¿Había sido lo que había ocurrido en Semana Santa el preludio de algo de mucha más envergadura? Me lo preguntaba día y noche y no me atrevía a preguntarle a él para que no traicionara a sus compañeros, a los que con total seguridad habría jurado guardar silencio.

La realidad era que amigos, vecinos y conciudadanos habían llegado a odiarse a muerte y la convivencia parecía un imposible. A nadie se le pasaba por alto que la vida cada vez valía menos y que algunos no dudarían en usar la fuerza. Por eso, la burguesía cartagenera se había encerrado en casa tras la batalla callejera del

Jueves Santo.

En medio de aquella violencia contenida, yo trataba de mantenerme al margen. Presentía algo terrible y una voz muy fuerte en mi interior me alertaba de que lo mejor era huir y refugiarnos en algún lugar seguro, lejos de todo. De pronto, todo aquel sentimiento mío de que debía luchar por nuestro futuro y tomar partido me pareció inútil y hasta obsceno. Las cosas estaban a punto de salirse de madre y yo debía ponernos a salvo a todos antes de que ocurriera.

Pero ni siquiera en eso somos dueños únicos de nuestra voluntad ni de nuestro destino. Ahora que estaba segura de que lo mejor era escapar de la locura, todo se me puso en contra. Primero, la determinación del propio Rai, que pensaba que pronto iban a cambiar las cosas y confiaba en que ese cambio nos favorecería. En segundo lugar, también tuvieron algo que ver los Solís.

En esta ocasión, Inés me mandó una nota a casa citándome en el Gran Hotel esa tarde a las cinco. Yo, al recibir su mensaje, me quedé mirando la nota un buen rato, sabiendo que aquello solo podía significar una cosa: que necesitaban mi ayuda. Lo supe porque, en esos días, con el clima hostil que imperaba, nadie salía de casa a tomar café. La mayoría de las familias eran bastante prudentes en ese sentido. Por supuesto, tuve claro desde el principio que acudiría a la cita.

Cuando salí, no me crucé con nadie en todo el camino, lo que en otro tiempo hubiera sido imposible y, al ver la ciudad desierta, sentí una gran inquietud, como si aquello representara una amenaza, el símbolo de algo fatal.

Al llegar, el vestíbulo de la entrada estaba también vacío. Pregunté en la recepción si había llegado ya la señora Solís y me dijeron que llevaba un rato esperándome en el salón de lectura.

El recepcionista me acompañó personalmente hasta allí y cuando entré, observé que Inés estaba leyendo, con las lentes puestas y actitud muy concentrada, un libro de encuadernación oscura, que dejó en la mesita para levantarse y saludarme.

—Hola, Alba —dijo quitándose las gafas y dándome un afectuoso abrazo—. ¿Quieres tomar algo?

Asentí y pedí un té y ella, que debía haber tomado uno antes, pidió un poco de agua.

Luego nos quedamos solas y como no había nadie, pudimos, por fin, charlar con algo más de calma.

—¿Qué es lo que ocurre, Inés? —dije yendo directamente al grano porque sentía una enorme curiosidad.

—Necesitamos tu ayuda —respondió ella, sin irse tampoco por las ramas.

—¿Mi ayuda?

—Así es, Alba. Todo está a punto de precipitarse.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —exclamé sin comprender nada.

—Jesús y yo le hemos estado dando vueltas. No queríamos involucrarte de nuevo, pues ya sabemos que la última vez no salió demasiado bien, pero hemos pensado que eres la esposa de un marino y además eres una de las mujeres con más agallas que ambos conocemos.

Yo enrojecí.

—¿Qué tendría que hacer? —inquirí, preguntándome adonde quería llegar Inés con toda esa historia.

—Te necesitamos de enlace para poder coordinarnos de cara a la sublevación que va a producirse.

Me quedé callada. Lo que Inés acababa de decir era justo la constatación que necesitaba para comprender lo que Rai y el resto de los oficiales estaban tramando. Todo me encajó de pronto.

En ese momento, un camarero de uniforme se acercó con una bandeja y dejó las bebidas en la mesita junto al libro de Inés. Yo comencé a poner azúcar en mi taza y Inés dio un sorbo a su vaso de agua, mientras hacíamos tiempo para que el empleado abandonara la sala de lectura y volviéramos a quedarnos solas. Luego, ella continuó hablando.

—Como te decía, eres la mujer de un oficial. A nadie le extrañará si te ven entrar por las instalaciones del Arsenal. Una vez dentro, conseguirás información de los militares que nosotros, los civiles de la

resistencia, necesitamos: cuándo, quién, cómo. Las órdenes que tenemos ahora son que, cuando todo comience, algunos de los nuestros vendrán a tomar el Gran Hotel y montarán las ametralladoras en la cúpula. El resto habrá de ir hasta allí a tomar las armas que les darán los militares. Lo que nos falta son los detalles concretos de cuándo ocurrirá.

No tardé mucho en responder. Recordé la cena en Torré Catá y como había admirado a Jesús por su coraje y valentía frente a todas las adversidades y dije:

—Dile a tu marido que estoy con vosotros. ¿Dónde está él?

—Jesús está preparándolo todo. La idea es que cuando estalle el golpe nos vayamos a la finca hasta tener la seguridad de que todo ha salido como esperamos. Debes avisar a Rai de esto también, de que vendrás con nosotros y de que nos ocuparemos de poner a salvo a vuestros hijos. Serán tiempos muy difíciles y le tranquilizará saber que, si algo se complica, tendréis quién os proteja.

Asentí, pero Inés ni se percató. Ella continuaba exponiéndome el plan con seriedad.

—Ahora tienes que prestar mucha atención porque te voy a explicar todos los detalles. Es muy importante que no te salgas del guion ni una coma y, sobre todo, que no hables con nadie de este tema. En estos momentos, no sabemos de qué pie cojea cada persona ni quién guarda lealtad a quién.

Cuando ella terminó de hablar, admito que yo me quedé pensando que todo podía salir bien. Ella me preguntó si tenía dudas. Al negar con la cabeza, pareció satisfecha.

—Ahora me iré y tú saldrás más tarde, termina si quieres tu infusión. Tengo un coche fuera. Si tienes cualquier problema con lo que hemos hablado, no dudes en mandarme recado y volveremos a encontrarnos de nuevo aquí mismo, en esta salita. Confío en que no sea necesario, pero por si acaso.

—Cuídate mucho, amiga mía —exclamó y me dio un sentido abrazo.

Luego, ella se marchó y yo me quedé sola, pensando en todo lo que había pasado y en las cosas que ella me había contado. Quería ser valiente y colaborar, pero algo en mi interior me prevenía sin cesar y una voz me decía: «Huye, ahora que aún puedes».

No lo hice. Al contrario, con ese desasosiego muy dentro de mí, volví caminando hasta casa. Al llegar, me puse mi batín de faenar y comencé a hacer, como un autómata, todas las tareas domésticas habituales como si nada.

* * *

A partir del día siguiente, seguí el guion marcado por los Solís a pies juntillas. Las instrucciones eran claras. No debía alterar mis costumbres: iría a misa a primera hora, luego a la compra y después a hacer los recados habituales. A media mañana, bajaría al Arsenal con una tartera con la comida para Rai. No era algo raro o infrecuente. Lo había hecho otras veces y era costumbre que las mujeres de los marinos hiciéramos la comida y la acercáramos hasta allí a media mañana para que ellos comieran caliente.

—Candela, bajo un momento a la calle. Le voy a acercar a Rai estos boquerones y un poco de fruta. Subo enseguida.

—Claro, señora. ¿No quiere que se lo baje yo? —me preguntó solícita.

—No, porque luego me marcho directamente a casa de los Mota, que vamos a retomar las clases de cocina. Al parecer hay varias mujeres que le han insistido a Adela para que las organice de nuevo. Con algo hay que distraerse en estos tiempos convulsos en los que uno no puede socializar en las terrazas ni en las confiterías.

Cogí, mientras hablaba, el recetario de la cocina y me dirigí a la puerta de casa.

—Dé recuerdos a la señora Mota y al resto de sus amigas —dijo ella desde mi habitación, donde cambiaba a Alonso que se había hecho caca—. Señora, ¿llevo luego a los niños a dar un paseo?

—No, estos días es mejor que no salgáis. Como mucho les bajas un ratito a la plaza y que corran un poco por allí. Si ves jaleo, os subís y ya está. No hay que asumir riesgos.

—Descuide, así lo haré.

Me marché con la bolsa de la comida en el mismo brazo donde llevaba mi bolso colgado y en la otra mano, el libro de cocina. Iba pensando en Adela Mota. Hacía tiempo que no nos veíamos. Me pregunté qué habría preparado para ese día: «Bollos a la María Eulalia, medias noches al estilo Portela, bizcocho Adela Mota, natillas

sevillanas, pestiños o magdalenas corrientes».

Sonreí al pensar en aquello. Eran muchos los recuerdos en la cocina de sus padres y muchas las veces en las que ella había hecho de confesora o de terapeuta mientras andábamos trajinando entre fogones.

Cuando llegué al Arsenal, los guardias me dejaron pasar sin problemas y me dijeron que Rai estaba en el barracón de la Escuela. Les agradecí mucho las indicaciones y caminé entre los distintos edificios y pañoles hasta llegar a la Base de Submarinos. Allí me recibió Marcelo Galán y me indicó que Rai estaba reunido en ese momento, pero que él le haría entrega de la comida. Entonces me ofreció pasar a un despacho y encargó a un repostero que sirviera unos cafés. Yo le tendí la tartera y lo acompañé. Al llegar, nos sentamos. Él en la silla de su escritorio y yo enfrente, poniendo el bolso y el libro de cocina sobre la mesa.

—¿Qué tal estáis en casa, Alba? ¿Cómo va la mejilla de Pepe?

—Uy, tiene una pequeña señal, pero ya está curada la herida.

—Ese tiene la cara muy dura —dijo riendo.

En ese momento llegó el repostero y dejó la bandeja con el café y se ofreció a servirnos.

—No se preocupe que ya lo hago yo, muchas gracias —dije con decisión.

Marcelo asintió y el repostero se retiró. Entonces vi cómo cogía el libro de recetas y se ponía a hojearlo despacio.

—Dice tu esposo que eres una magnífica cocinera, Alba. Ahora lo entiendo —dijo bromeando.

Yo reí, y le expliqué que las recetas eran, en su mayoría de mi amiga Adela, la hermana de Juanito. Mientras le hablaba, le vi deslizar un papel entre las páginas del libro, que luego me tendió como si hubiera terminado de examinarlo. No dijimos una sola palabra al respecto. Nos limitamos a tomar el café mientras charlamos sobre algunas banalidades y luego me fui.

Cuando dejé atrás la puerta del reloj, con el libro abrazado con ambas manos sobre el pecho, noté que iba caminando tan rápido que, de seguir así, acabaría por dolerme el costado izquierdo. Entonces me

detuve y me obligué a respirar varias veces hasta lo más hondo, tratando de calmarme.

Un rato después, llegué a casa de los padres de Adela sin contratiempos. Varias mujeres habían llegado antes que yo y estaban ya en la fabulosa cocina, charlando de pie y degustando una copita de vino y un poco de pastel de atún que Mota había preparado como aperitivo.

—Alba, cómo me alegra verte —dijo ella y vino a darme un beso. Llevaba puesto el delantal y me fijé en que, aunque siempre había sido muy delgada y angulosa, había cogido unos cuantos kilos desde que había sido madre por segunda vez.

—Yo también, querida —respondí.

Sin embargo, apenas prestaba atención a lo que decía porque no podía apartar la mirada de una persona que nunca había venido con anterioridad a estos encuentros. No tuve la menor duda de que ella era el enlace al que se refería Inés.

—¡Doña Elisa! —exclamé tratando de que no se notara toda la emoción que me embargaba—. No puede imaginarse cuánto me alegra volver a verla.

—Yo también, hija, yo también me alegro mucho. No sabes cuánto.

Y entonces las dos nos fundimos en un sentido abrazo.

Elisa y yo siempre nos habíamos entendido sin palabras, así que estar trabajando con ella en este asunto no fue complicado. Todos los miércoles nos reuníamos en casa de los Mota y yo le entregaba a Elisa las recetas del libro con todos los detalles sobre la sublevación, que previamente Galán o alguno de los demás oficiales me pasaba a mí. Elisa copiaba en casa de Adela las recetas que ella nos enseñaba como si fuera la más aplicada de las aprendizas de cocina, y yo me las apañaba para darle las hojas extra que Galán metía en mi recetario. Luego, a través de un mensajero, Elisa le mandaba a Inés toda la información.

Los datos de las recetas falsas estaban encriptados en un lenguaje que ni yo misma lograba descifrar. Las cantidades de cada cosa daban instrucciones precisas acerca de horas, fechas y lugares concretos, y los ingredientes y algunas palabras subrayadas completaban toda esa información, con otros detalles que los civiles debían interpretar.

Yo me sentía útil haciendo aquel trabajo para favorecer la coordinación entre los unos y los otros. Consideraba que estaba todo muy bien organizado por los Solís, de forma que no tenía la sensación de estar corriendo un gran riesgo con mi labor como enlace. En esa posición podía haber durado todo el tiempo que se hubiera precisado, pero Rai no tardó en protestar. No le hacía ninguna gracia que yo anduviera corriendo riesgos de nuevo.

—Pero, Alba, yo puedo traer a casa la información para que no tengas que bajar al Arsenal. Es peligroso. Muchos de los subalternos forman parte del círculo de Arturo y te conocen. Terminarás llamando la atención —dijo.

Al principio me rebelé, pero luego terminé por aceptar que él tenía razón y lo hicimos a su manera. Rai me traía las recetas salidas del horno de Galán y yo las llevaba donde Adela.

Durante todo ese tiempo, seguí con aquellas pesadillas llenas de violencia, y me despertaba en mitad de la noche con la sensación imperiosa de que debíamos huir.

No dije nada porque no quería dejar a los Solís en la estacada y también porque sabía que Rai nunca aceptaría desertar. A pesar de todo, no ha habido un solo día desde aquello en que no me haya lamentado por no habernos ido cuando pudimos hacerlo.

Ni uno solo.

«A las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y solo muerte.

A las cinco de la tarde».

Federico García Lorca

Todo lo que recuerdo de aquellos días es borroso y confuso y eso me atormenta. La memoria debería cumplir con rigor su papel, aportando detalles concretos que ayudaran a reconstruir nuestra historia, pero, sin embargo, solo conservo imágenes sueltas que se suceden rápida y desordenadamente, diapositivas caóticas y deslavazadas, como retales incompletos que han sobrado de un todo que se me escapa. Todo el mundo sabe que los retales solo sirven para guardarlos en un cajón por si se da la circunstancia de que un día puedan ser útiles para un improvisado remiendo. No sirven para nada más.

A pesar de las muchas lagunas que aparecen por la confusión que reinó esos días, sí recuerdo con claridad que el mes de julio transcurría, como los meses anteriores desde las elecciones de febrero, tenso y agónico. La ciudad era un hervidero: calor y humedad, nervios y susurros en voz baja, tabúes y un terrible runrún de secretos proclamados a voces presagiando lo que iba a ocurrir. La cuestión principal era cuándo.

En Madrid nadie ignoraba a estas alturas el levantamiento que se andaba fraguando en algunos sectores del Ejército. Tras la muerte de Calvo Sotelo, todo parecía abocado a precipitarse. Dicen los estudiosos que Franco, dubitativo sobre la conveniencia de dar un golpe de Estado, se decidió a hacerlo cuando el cuerpo sin vida del político apareció en el cementerio aquella madrugada. Pero mientras la sublevación terminaba de fraguarse, desde el Gobierno, los políticos trataban de hacerse con toda la información que podían para saber cómo ponerle freno.

Entretanto, las huelgas en Cartagena continuaron y la ciudad se revolvió contra sí misma, incapaz de soportarse. Altercados, cristales rotos a pedradas, peleas callejeras y amigos enfrentados. A eso quedó reducida la convivencia.

En esos días, yo seguía cumpliendo fiel y rigurosamente las

órdenes que había recibido de los Solís y mi papel de enlace entre la Armada y los rebeldes civiles. Todas las semanas, pasaba a doña Elisa los datos encriptados que me traía Rai del Arsenal. Esta, a su vez, se las apañaba para que Inés los recibiera.

Hasta donde llegué a averiguar en mi papel de espía, los cabecillas en la Base Naval eran Marcelo Galán y Jorge Pemartín. Tras unas reuniones que mantuvo la Armada con el general Franco durante unas jornadas en Tenerife en las que se ofreció una glamurosa recepción para los oficiales, quedó claro que los marinos también debían organizarse. Más tarde, en Cartagena, se reunieron los mandos de nuevo en secreto, a espaldas de los subalternos, con el fin de firmar un documento en el que la mayoría se adhería al movimiento y se comprometía a secundarlo cuando llegara el momento. Además, decidieron que Galán y Pemartín eran los indicados para liderar la operación en la Escuadra. De ese modo, supongo yo que la mayoría de los mensajes que intercambiábamos con los Solís provenían de ellos dos, aunque Rai me dijo que alguna vez las instrucciones venían de más arriba, de las altas esferas, e incluso insinuó que del mismo general Mola. Al parecer, este último, a quien llamaban el director, reservaba para la Armada el papel de conseguir que las tropas de Marruecos pudieran alcanzar la península en las primeras horas del golpe. Debían velar también por el orden en las Bases Navales y apoyar al Ejército desde la mar. Cartagena, en particular, debía vigilar todo el Levante, empezando por Barcelona y acabando en el golfo de Rosas. Supongo que de eso hablaban todos los papeles que pasábamos a los Solís.

Las cosas llegaron al clímax de violencia el 14 de julio, cuando estalló una huelga general motivada por los obreros de los Canales de Taibilla, quienes reivindicaban el pago de unos atrasos salariales y que muchos otros trabajadores secundaron. Comercios, servicios públicos y obreros de fábricas se solidarizaron con la causa y todos fueron a la huelga. La ciudad pronto se vio sin pan, sin luz, sin agua y sin ningún servicio mínimo. Reinó el caos. Era justo lo que faltaba.

La única luz que podía divisarse era el haz fantasmal de los buques surtos. Esos reflectores eran la única iluminación de una ciudad que, de pronto, parecía un espectro. Aquella imagen de Cartagena que veía desde mi ventana se me grabó en la memoria durante mucho tiempo. Fue solo el principio.

Entonces, tras ordenar las autoridades militares el acuartelamiento de las tropas y redoblarse las guardias en distintos puntos de la ciudad, Rai se puso mucho más exigente conmigo en sus

peticiones:

—Por Dios te lo ruego, Alba. No quiero que salgáis estos días. Nada de tonterías que no está el horno para bollos. Dicen que hay piquetes y que puede ser muy peligroso.

Después de eso se fue al Arsenal, no sin que antes yo le prometiera que me quedaría en casa. Parece que lo estoy viendo vestido de uniforme con medio cuerpo fuera en el rellano, pidiéndome desde la puerta que le diera un beso. Estaba pálido y emocionado. Con un nudo en la garganta y sin importarle que estuviera Candela delante, llamó a los críos y se abrazó a ellos tan fuerte que estos protestaron porque les hacía daño. Luego se marchó.

Habíamos hecho el amor las últimas noches, todas sin excepción, con una inusitada pasión por parte de Rai que tengo que reconocer que me asustó. Lo que más podía aterrarme era un nuevo embarazo. «No más zagales, por Dios», le decía yo suplicante. Pero él sonreía y me abrazaba con el anhelo de quien sabe que juega contra el reloj, y contra el reloj uno indefectiblemente lleva las de perder.

—Un hijo es siempre una bendición, cariño —decía justo antes de quedarse dormido con su cabeza apoyada sobre mi pecho caliente.

Yo, desvelada, acariciaba su pelo fuerte y enmarañado en la oscuridad de la noche y me preguntaba qué nos depararía el futuro.

Pero no había futuro, ni para nosotros ni para nadie.

* * *

Tampoco se puede volver al pasado. Eso bien lo sé yo. Una solo puede tirar de recuerdos forzando la memoria para que haga el intento de traer al hoy el ayer.

En aquel ayer, Rai sencillamente se marchó. Imagino que, al llegar a la Base, todos allí aguardaban el momento en que se recibiera por fin la noticia de que el golpe de Estado había comenzado en Marruecos. En los días previos, se produjeron nombramientos y destituciones que se sucedieron sin tregua. Giral se preparaba bien para lo que ya se decía en todos lados que iba a ocurrir, y mandó a Cartagena a uno de sus hombres de confianza, el teniente de navío Pedro Prado, que tenía el carné del Partido Comunista y pocos escrúpulos para hacer lo que hubiera que hacer. En efecto, a este no le tembló el pulso a la hora de destituir con mano firme a algunos mandos principales sobre los que recaía la sospecha de apoyar la

revolución. Entre ellos estaban, por supuesto, Marcelo Galán, que en ese momento era el capitán de fragata del destructor *Almirante Ferrándiz;* Jorge Pemartín, jefe del Estado Mayor de la primera flotilla; Juanito Mota, que fue relevado del mando del *C-2*; y Moreno Guerra, a quien intentaron apartar de la Ayudantía Mayor del Arsenal. Sabían que esos eran los principales cabecillas.

Uno podía ver que trataban con desesperación de neutralizar a los sospechosos de secundar el alzamiento y de nombrar sucesores afectos al Gobierno, pues se empezaban a conocer detalles sobre el plan del Ejército. Sin embargo, no contaban con que no iba a resultar tan sencillo quitárselos a todos de en medio. Casi todos los jefes y oficiales habían firmado el manifiesto de Galán, comprometiéndose a apoyar el levantamiento de Franco. ¿Cómo iban a destituir a toda la oficialidad? ¿Quién mandaría entonces los barcos si todos los que sabían hacerlo estaban bajo arresto? ¿Y dónde encontrarían tantos nuevos jefes y altos mandos leales al Gobierno? No fue sencillo. Muchas promociones y ascensos se hicieron en aquellos días para cubrir esos huecos y mucho mediocre logró cargos que no merecía y para los que no estaba preparado.

Pero, aunque los auxiliares y subalternos, maquinistas, fogoneros, mozos y buzos eran, en su mayoría, afectos al Gobierno de la República o incluso marxistas, muchos apreciaban a los mandos. Así, para sorpresa de todos, cuando destituyeron a Galán, la dotación se opuso y defendió a su comandante. Galán era querido, era una persona carismática y los trataba bien. Muchos no entendieron qué había provocado que lo apartaran. Aquellos ambientes de los barcos eran microfamilias y los había muy bien avenidos. Por supuesto que también había otros con sus problemas y rencillas, pero, en general, la gente se tenía afecto. Aquellos hombres se pasaban meses en altamar los unos con los otros, conocían sus vidas, sus achaques, sus vicios, sus manías, sus sueños. ¿Cómo no iba a surgir el cariño? Así era. Aunque les pese a algunos y otros lo nieguen a toro pasado, no siempre existió división o enfrentamiento.

Tras lo de Galán, buscaron a Gironella, que tenía que sustituirle, pero este estaba en casa de baja por enfermedad y no se incorporó, así que le pidieron a Miguel Fontela que ocupara su posición. Este obedeció a pesar de que muchos compañeros le tildaran de traidor.

El ambiente con las destituciones no fue, claro, el más favorable y todos dudaban de todos. Se aguardaba ya en una tensa espera a que se conociera que había estallado la sublevación y, mientras tanto, todo el mundo trataba de averiguar quién era leal a quién. Rai y los que

habían firmado el documento de Galán eran amigos y respondían los unos por los otros. Pero, al mismo tiempo, dudaban de los demás, de muchos compañeros cuya tendencia no estaba clara y podían por tanto pertenecer a la Moby Dick o a otras logias, que la Armada entonces estaba podrida de masones gracias a la influencia indiscutible de Barbosa. Se dudaba, entre otros, de Martínez Cabrera, el nuevo gobernador militar, porque se sabía que simpatizaba con muchos del Frente Popular. Sin embargo, nadie quería saltarse la cadena de mando y confiaban en que este al final les respaldaría. Craso error.

La noche del 17 de julio los rumores eran insoportables. Nadie dudaba ya del levantamiento en Marruecos. Los mandos eran optimistas y todos pensaban que sería algo rápido y sin demasiada sangre. Sin embargo, los nervios afloraron cuando las noticias empezaron a llegar confusas y fragmentadas.

Supongo que si las comunicaciones hubieran sido las actuales todo habría sido más sencillo, pero en aquellos momentos la confusión era máxima, y en esa locura de cables y radios durante las primeras horas del alzamiento, tuvo un papel crucial el oficial tercero del Cuerpo de Auxiliares Radiotelegrafistas de la Armada, Benjamín Balboa. Este tipo, el amigo personal de Barbosa, no solo era masón y leal a la República, sino que estaba dispuesto a todo con tal de evitar que prosperase la sublevación.

Atento como estaba al estallido del golpe de Estado, rápidamente consiguió quitarse de en medio a su superior a punta de pistola, y lo encerró bajo llave en un despacho. Luego se hizo con la estación de Ciudad Lineal, donde comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro.

Este último punto fue clave, pues Balboa dio la voz de alerta a todos los auxiliares y subalternos y pidió lealtad al Gobierno legítimo. «¡Bombardead Melilla!», gritó enajenado. Aquel tipo, más bien flaco aunque ancho de espaldas, chiquito y desgarbado al que había visto tantas veces paseando con Barbosa o con Sousa por Cartagena, instó por radio a los auxiliares a rebelarse contra los mandos.

Mientras Balboa trabajaba sin descanso, en el Arsenal el ambiente también era febril. Los oficiales confiaban en que todo iba a salir bien, pero ya era de día y, con el inicio de la vida en la ciudad, todo el mundo empezó a tener noticias de lo que estaba ocurriendo y la información en los círculos civiles llegaba adulterada con calumnias procedentes de las logias.

Se dijeron muchos disparates en casi todas las ciudades de España, pero en Cartagena se llegó a decir que los fascistas andaban degollando a las madres de los obreros y que las gentes de bien debían armarse y salir a la calle para luchar contra los golpistas. La huelga todavía estaba reciente y el ambiente caldeado, de modo que la mecha de la violencia podía prender en cualquier instante.

A las doce y media de la mañana llegó el famoso radio de Franco que decía: «Gloria al Ejército de África. Recibid el saludo más entusiasta de estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros peninsulares en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo ¡Viva España con honor!».

A partir de aquí, los jefes que apoyaron la sublevación en el Arsenal se reunieron en la Ayudantía con Galán y Pemartín, tratando de pensar cuál debía ser el siguiente paso. ¿Por qué no llegaban de una vez las órdenes de declarar el estado de guerra? Nadie lo sabía. Algunos decidieron ir a presionar a Martínez Cabrera para que este lo hiciese, pero él siguió manteniendo una actitud dubitativa. En paralelo decidieron el acuartelamiento de las tropas y redoblar la vigilancia en la Plaza de Armas del Arsenal día y noche.

Mientras eso ocurría, llegó de San Javier el capitán de Aviación Martín Selgas Perea, acompañado de Antonio Guitián, mi cuñado. Cuando supieron que Martínez Cabrera no quería declarar el estado de guerra hasta que no llegaran órdenes de Valencia, Antonio, de natural impaciente, propuso a Selgas que ambos cogieran el hidroavión y fueran en persona hasta allí a pedir esas instrucciones.

«Si Cabrera quiere la orden desde Valencia, se la traeremos. No habrá más excusas», dijo Antonio. Y su superior aceptó, de modo que ambos salieron de allí poco después, encendidos como héroes que van a la batalla. Nadie volvería a verlos ya con vida. Al aterrizar los detuvieron y, más tarde, fueron ejecutados.

Los oficiales seguían sin querer saltarse a Cabrera y ese tiempo que se perdió tratando de respetar la cadena de mando les costó la vida a casi todos ellos. Si Galán y los demás no hubieran sido tan indecisos y se hubieran rebelado contra su superior, tal vez muchos de ellos hoy vivirían, pero eran disciplinados y habían sido adiestrados para respetar las jerarquías. En realidad, como supimos luego, este era leal al Gobierno desde el principio y, con sus dilaciones, solo trataba de ganar tiempo. Pero nuestros hombres confiaban en él y esperaron.

Lo hicieron hasta que fue demasiado tarde.

* * *

Mientras tanto, mis padres, durante aquellos días, también vivieron momentos terribles. Para mi madre fue muy traumático todo aquello, pues papá la había mantenido al margen de todo lo que se cocía en los círculos militares y no se esperaba nada de lo que habría de venir. Envejeció muchos años de golpe en aquellos días intensos y desgarradores. Supongo que todos los que vivimos para contarlo salimos de aquello viejos y cansados, pero mi madre, que había sido terca como una mula, sencillamente se consumió, como una llama que se apaga.

«Tu padre siempre me protegía demasiado», protestó al relatarme cómo habían vivido ellos el alzamiento en Alicante. Pero yo conocía a mi padre. Había guardado silencio porque era su deber y porque jamás hubiera cargado a mi madre con un secreto tan grande y pesado.

Estaba muy cansado. Después de volver de Granada, se dejó la piel tratando de lograr una plaza en Cartagena. Anhelaba volver a casa, a Murcia, donde podría pasar el tiempo libre que le dejaran sus obligaciones en la finca de los Gabatos con nosotros y los niños. Quería verlos crecer. Notaba que se hacía mayor y que el tiempo era algo escaso y valioso. Pero ni siquiera el viaje que hizo a Madrid a entrevistarse con Azaña le sirvió para su propósito, pues don Manuel se encogió de hombros y le dijo que esa plaza ya estaba dada y que, como mucho, le podía ofrecer la de Alicante, que estaba al lado.

—Vamos, Chema, que Alicante está muy bien —dijo mi madre.

Fue un bonito gesto por parte de mamá, pues ella era la que más lamentaba volver a marcharse de nuestra ciudad, pero quería apoyar a su marido, que últimamente se mostraba alicaído.

A pesar de las protestas de mi padre, se fueron a Alicante y, cuando las cosas se pusieron feas, este se esforzó porque mi madre no notara su preocupación. Sin embargo, aquella noche de verano algo le ocurrió y no pudo seguir callando durante más tiempo. Aquellos pensamientos brotaron de su boca sin apenas darse cuenta, de forma casi inconsciente. Era una noche preciosa, llena de estrellas. La calle estaba atestada de gente que proclamaba a gritos que se celebraban las fiestas de San Juan y la famosa Noche de las Hogueras.

—Ay que ver cómo les gustan a los valencianos los petardos y la pólvora —dijo mi madre cuando papá le mostró la invitación para ser

el *foguerer de honor* de la Hoguera del Distrito del Teatro.

Él no tenía ganas de fiesta, pero cumplidor como era siempre, aceptó y esa noche veraniega cenaron en el Café Ivory con un montón de personas que los trataron con mucha pompa y boato.

Cosa rara, mi padre no exhibió su talante afable y bonachón y eso extrañó bastante a los que le conocían. Estaba nervioso y descompuesto. Fue unas cuantas veces al baño y mi madre le susurraba con discreción que qué demonios era lo que le ocurría. El pobre negaba con la cabeza, mientras se secaba el sudor de la frente. Papá trataba de no transmitir cómo se sentía, pero su cuerpo iba por libre.

Con todo, mi padre logró dar un discurso correcto, acorde con lo que podía esperarse de él. Hablaba bien en público y lo llevaba preparado, así que todos le aplaudieron. Luego vino el brindis, y algunos en su mesa bromearon sobre las reformas que tal vez debían hacerse en la organización de la Noche de Hogueras. Así, una cosa llevó a la otra y continuó la charla hasta que uno de los comensales le preguntó directamente a mi padre:

—Ha aprendido mucho sobre la Noche de Hogueras esta noche, general. ¿No habrá pensado usted en llevar esta tradición a su tierra, a Cartagena? Lo mismo el año que viene podría usted repetir como *foguerer* allá, en Murcia.

—Ay, amigo mío —le contestó con pena mi padre, clavando sus límpidos ojos azules en él—, el año que viene quién sabe dónde estaré yo y qué rumbo habrán tomado las cosas en España.

—Chema, cariño, qué cosas tienes —dijo mi madre nerviosa, preguntándose, ya algo alarmada, por qué se mostraba tan descentrado.

Pero sus palabras calaron hondo en la mesa y se hizo un incómodo silencio que solo se rompió cuando un camarero, el mismo que les había servido durante toda la cena, se acercó hasta donde estaba sentado mi padre y le dio recado de que tenía llamada.

Papá se levantó con pasos pesados y acudió al teléfono porque no le quedaba otro remedio. Con urgencia, la voz enlatada al otro lado de la línea le pidió que acuartelase las tropas porque había estallado en Marruecos la sublevación. El gobernador civil, don Francisco Valdés Casas, que le hablaba al otro lado, no tardó en preguntarle también cuál sería su posición.

—Cumpliré con mi deber —contestó mi padre a aquella pregunta, la más difícil que le hicieron en toda su carrera.

Cuando volvió a la mesa, los comensales habían recuperado la normal conversación y hablaban ya de otras cosas. Nadie parecía recordar las palabras misteriosas de Aldave, que susurró al oído a su mujer que debían irse porque algo gordo había ocurrido. Así, se marcharon de la cena y aquella fue una noche eterna en la que las horas no pasaban y las noticias fueron llegando con cuentagotas.

Había que actuar, pero mi padre no se decidía. Puso los ojos en Valencia, cabecera de la División, y aguardó noticias. Pronto llegarían, pues el mismísimo Diego Martínez Barrio viajó hasta allí y pidió entrevistarse con él, consciente de que la plaza era crucial o tal vez de que la postura de mi padre era demasiado tibia.

—General, ¿cuento con la guarnición de Alicante? —le preguntó sin rodeos en el encuentro que mantuvieron.

—Desde luego. Sabe usted que yo soy republicano —contestó mi padre sin titubear.

—No me refiero a usted, sino a jefes y oficiales.

—Les encuentro muy inquietos.

Martínez Barrio se impacientó. Mi padre le exasperaba porque no le daba la respuesta que quería oír. Papá, que notaba el nerviosismo en su interlocutor, decidió que había llegado el momento de ser claro. Se jugaba la vida, pero como dijo Julio César, la suerte estaba echada.

—Yo no haré nada contra el Gobierno, pero si los jefes y oficiales se manifiestan contra él, correré su suerte. Le anuncio con toda lealtad que jamás me pondré al frente de mis hermanos de armas.

Mi padre fue sustituido de inmediato por Rodolfo Espá, que hizo, sin perder un segundo, una lista de oficiales facciosos para empezar la depuración que su predecesor se había negado a efectuar. A mi padre le recluyeron en el hotel Samper a la espera de ver qué hacer con él.

Él sabía que muchos criticarían su postura y que, en ambos bandos, habría quienes le juzgarían de traidor, pero se repetía que prefería morir con la conciencia tranquila que vivir toda la vida lamentándose de haber sucumbido al odio fratricida.

Su único desvelo era dejarnos y no ver crecer a sus nietos. Porque

encerrado en aquel hotel convertido en cárcel improvisada y vigilado día y noche como un delincuente común, mi padre dejó de ser general, comandante de la plaza de Alicante o marqués de Guelaya. En esos momentos terribles, Aldave ya solo era padre y abuelo.

Un padre y abuelo sentenciado a muerte.

* * *

En casa, las cosas eran muy distintas. Veíamos desde la ventana la entrada del Arsenal custodiada por guardias armados. Dentro, en la Plaza de Armas, estaban las compañías de marinería con el cañón preparado bajo las órdenes directas de Moreno Guerra. Fuera, la muchedumbre fue llegando hasta la plaza del Rey, que entonces era la de la República, y empezó a dar gritos, exigiendo explicaciones sobre lo que ocurría dentro.

Candela y yo estábamos tan nerviosas que no sabíamos ya qué hacer. Los críos lo notaban y cuando los niños notan el miedo en los adultos se les disparan las alarmas, así que no paraban de pelearse.

—Mamá, me ha llamado «borrico». Rai dice que soy un «asno».

—Es que lo es, mamá. Mira, si tiene hasta orejas de burro. Ihhh ohhh.

—Dile que pare, mamá. No soy un borrico. Ya verás cuando venga papá.

—Mírale, es Pepito Borriquito, asno y acusica. Qué bonito, Pepito —insistió el pequeño Rai en fastidiarle.

—No es un borrico —dije yo distraída.

—Sí lo es, mamá. Y la Nena es una oveja… Pondremos una granja —siguió bromeando mi hijo Rai, que debía considerar la escena la mar de divertida.

Pepe y la Nena rompieron a llorar. Consideraban que esos insultos eran muy graves y yo, lamento confesar, tenía la mente en Rai y la paciencia al límite de mis posibilidades así que, lejos de rebajar tensión, les solté tres gritos y los mandé a la habitación.

Para colmo de males, Alonso había amanecido con unas décimas de fiebre y en las últimas horas le había subido. Creo que, si tuviera que decir cuál de mis hijos heredó mis sensibilidades y

presentimientos, ese fue él. Enfermó, como si presintiera que el destino nos daba la espalda a medida que las horas transcurrían. Nos volvimos locas para darle friegas y baños tibios, intentando que remitiera la temperatura de su frente y de su espalda, que al tacto parecía estar ardiendo.

A esas alturas yo calculo que, en buena parte de los barcos, las dotaciones comenzaron a rebelarse contra los mandos tras haber sido avisados por Balboa. Aunque los comandantes de los destructores *Almirante Valdés* y *Sánchez Barcáiztegui* siguieron con el plan y entraron en Melilla para ponerse de parte de los sublevados, pronto sus dotaciones se rebelaron y arrestaron a los oficiales, haciéndose luego a la mar para volver a Cartagena. La dotación del *Churruca* también se amotinó y lo mismo la de los guardacostas y la del cañonero *Laya*. Poco a poco fue ocurriendo lo mismo en destructores, submarinos y en el resto de los barcos de la Armada.

En cuanto a la aviación, el aeródromo de Los Alcázares ya había decidido su lealtad a la República, y Cabrera, por su parte, mandó hasta San Javier una columna con trescientos hombres para imponer el orden. Pero no fue necesario, porque los oficiales de San Javier se rindieron sin oponer resistencia. También en las guarniciones de tierra las cosas se decantaron a favor del Gobierno. Los mandos principales de las mismas, en estrecha colaboración con Cabrera, fueron sofocando los principales focos de insurrección.

Solo el Arsenal continuaba resistiendo y yo rezaba sin pausa.

Rezaba para que la suerte se pusiera del lado de Rai.

* * *

Los hechos que se sucedieron entre los días 19 y 20 de julio son más confusos en mi cabeza, si cabe, que los anteriores. Muchas de las cosas que ahora relato son reconstrucciones que se hicieron luego de los acontecimientos, cuando los que sobrevivieron contaron, ya con el reposo que dio el tiempo transcurrido pero todavía con la intensidad de los recuerdos recientes, cómo habían sido aquellos momentos de caos y locura.

No sé cómo de fieles son a la verdad algunas de las declaraciones que hago ahora mías para poder abordar esta parte tan compleja de la historia, pues la mayoría de los de nuestro bando murieron en aquellas terribles jornadas y no pudieron hacernos llegar sus impresiones. Cabe pensar que los que declararon en los juicios, tras la

guerra, dieron una versión edulcorada de lo que ocurrió para poder salvar el pellejo. ¿Lo hicieron? ¿Pudo ser aún más atroz que lo que relataron? No puedo responder. Moriré sin saberlo porque ya no queda a quién preguntar. La mayoría de los que contaron la historia en esos juicios fueron fusilados por Franco en el año 1939, y los que se salvaron no contaron nada porque huyeron al exilio y se llevaron con ellos sus miserias y sus secretos, junto con la pena enorme, eso también, de no volver a pisar jamás suelo español.

Pero empecemos por lo que sí sabemos, antes de que la memoria se rebele. El día 19 de julio, el pueblo cartagenero se había echado a la calle y todo era ya caos y tumultos por toda la ciudad. En cuanto a la sublevación, había ya cierto pesimismo en torno a la idea de que hubiera podido prosperar. Nosotras seguíamos en casa encerradas, tal y como le había prometido yo a Rai y tal como dictaba el sentido común. No cumplí el último encargo de los Solís, y en mi libro de cocina quedó una última consigna, una información clave que ni pude entregar ni he podido descifrar jamás. No sé cómo de importante fue lo que quedó ahí, sin que nadie lo leyera.

Dentro de casa era como si el tiempo se hubiera detenido. Había una sensación extraña de cotidianidad mezclada con una tensión que se podía masticar. La buena de Candela acunaba con paciencia a Alonso, que no paraba de llorar. El bebé no nos daba tregua y con aquellos llantos suyos yo sentía que me iba a estallar la cabeza. Hice verdaderos esfuerzos por no chillar, pero ella, sin embargo, no perdía la calma y lo mecía diciéndole palabras tiernas llenas de afecto.

Mientras, los dos mayores permanecían más tranquilos jugando en su habitación y Alba, la Nena, jugaba con su muñeca en el suelo del salón, junto al reloj de péndulo, ajena a mi nerviosismo y a los llantos de su hermano. Yo me movía de un lado al otro como un animal enjaulado. Vestida por si era necesario salir en cualquier momento, me retorcía las manos y luego enredaba los dedos en el cordón de raso del guardapelo o me mordía las uñas, como si esos gestos me ayudaran a pensar mejor.

En realidad, solo deseaba que Alonso se durmiera y que, repentinamente, la puerta de la casa se abriera y apareciera Rai, sudoroso, desaliñado y con el uniforme hecho un desastre, y me dijera con un hilillo de voz que se iba a la cama a descansar por unas horas. Sabía que eso no iba a suceder, pero traté con desesperación de aferrarme a ese pensamiento feliz.

De pronto, escuché, a través de las ventanas abiertas, mucho

alboroto en la calle y unos gritos de mujer que gritaban «¡Asesinos, asesinos!». El jaleo provenía del Arsenal, donde seguía concentrada una enorme cantidad de gente, de modo que, sin poder evitarlo, me sobresalté. Sentí el corazón en un puño. No podía más, necesitaba saber qué estaba pasando. Me puse los zapatos y el sombrero y me fui hasta la puerta. Antes de salir, le dije de forma taxativa a Candela:

— Pase lo que pase, no abráis a nadie. ¿Me oyes?

—Señora, no salga —me suplicó ella y por unos segundos ambas nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos.

«Lo han *matao*, lo han *matao*», se escucharon de nuevo los gritos del gentío abajo.

—Vengo enseguida, te lo prometo.

Apartando los ojos de ella, salí y cerré la puerta tras de mí.

Llegué hasta el Arsenal y conseguí abrirme paso entre la gente. Yo preguntaba a todo el mundo qué era lo que había pasado. Nadie sabía nada. Me costaba avanzar entre empujones y codazos de otros muchos que, como yo, querían llegar a primera fila. Ellos también buscaban saber, o querían entrar, quizás, quién sabe. Yo solo sé que comenzaba a desesperarme y a desfallecer, no tenía fuerzas para quitar de en medio a tanta gente. Cuando estaba por rendirme, reconocí a un chico joven, de unos quince o dieciséis años, un mozo fuerte y de ojos oscuros que había trabajado durante algún tiempo para Horacio, el librero, como mensajero, llevando los paquetes a domicilio. Era Nuño. Lo reconocí a pesar de que había crecido mucho. Sus pecas y su cara despierta seguían siendo las de aquel zagal inquieto que venía a buscar las entregas a la revista cuando Ellis Gala comenzó a publicar sus primeros relatos. Parecía haber transcurrido una vida entera desde aquello.

—¡Nuño, Nuño! Soy Alba, la señora de Guitián, de la librería… —dije a grandes voces.

El chico me miró y supe por su gesto que me había conocido. Se las apañó como pudo para llegar hasta mí. Él era joven y fuerte y, a base de empujones, no le costó mucho apartar a todos los que se interponían entre nosotros.

—No debería estar aquí, señora —me dijo en voz baja—. Es peligroso. La gente dice que, dentro, se han rebelado los oficiales y que es cuestión de tiempo que esta gente acabe entrando y se líe una

buena.

—Sí, comprendo. Pero dime, ¿a quién dicen que han matado? —le pregunté. A esas alturas mi desesperanza era total. Solo quería saber si Rai estaba bien. Creo que hubiera dado todo cuanto tenía por ver aparecer a algún alto mando que me asegurase que todos allí dentro estaban sanos y salvos.

—Dicen que ha muerto un teniente de navío.

Un teniente… Admito que me sentí aliviada porque no hubiera dicho capitán de corbeta. Sé que no hubiera debido resoplar de alivio. Cualquiera de mis amigos podía ahora estar muerto, pero en ese momento solo me importaba Rai.

—Ha habido una pelea entre un fogonero y un oficial —dijo alguien que nos había escuchado—. El fogonero ha disparado contra el teniente, pero no se sabe por qué.

—Seguro que porque el oficial era un fascista—añadió otra persona.

—¡Eso, queremos que alguien nos explique si están dentro los oficiales conspirando!

—Entremos y démosles a esos facciosos su merecido.

—¡Fascistas, asesinos!

Volvió a reinar el caos. Nuño me dijo que otros oficiales habían salido a perseguir al fogonero, que, tras disparar, había huido. Lo encontraron vivo pero estaba malherido y se murió de camino al hospital.

Luego supimos que el fogonero fallecido era Carmelo Marchante. Al parecer, Marchante lo había empezado todo disparando a Ángel Inglés, como se llamaba el teniente de navío asesinado. Se la tenía guardada desde lo del arresto. Ahora que las cosas se habían puesto tan tensas, Carmelo había encontrado la oportunidad perfecta para darle su merecido. Lo esperó escondido detrás de unas cajas, cerca de la Base de Submarinos, y cuando Ángel pasaba por allí, le disparó. Intentó disparar más veces, pero se le encasquilló el arma y fue hasta el teniente, que yacía en el suelo retorcido de dolor y, cogiendo la pistola de este, lo remató.

Hubo testigos que lo presenciaron todo y salieron tras él. Le

dispararon varias veces y al final el fogonero también perdió la vida.

Pero allí, en el Arsenal, la chusma pedía las cabezas de los oficiales fascistas, sin importarles cómo habían sido las cosas. Me di cuenta de que aquella violencia descontrolada ya no tenía marcha atrás.

—Señora, váyase a casa —me dijo Nuño con preocupación—. Esto es peligroso —añadió en voz baja.

Era verdad. Si de pronto todos aquellos exaltados descubrían que yo era la esposa de un oficial, tal vez me vería en serios apuros.

—Gracias, Nuño. Cuídate mucho.

—Lo mismo digo, señora.

Cuando llegué a casa, Alonso se había dormido, por fin. Yo también me quedé adormilada en el sofá, pero mi descanso no duró mucho tiempo. Unos golpes en la puerta me despertaron.

* * *

Me levanté como activada por un resorte. Candela vino desde la habitación al escuchar el estruendo de los golpes.

—No abras —le ordené muy nerviosa mientras le hacía gestos de que se encerrara en el cuarto con los niños.

—Venga usted también —me suplicó la pobre muchacha muerta de miedo, pero yo negué con la cabeza y le dije en voz baja que cerrara la puerta del dormitorio con llave. Ella obedeció y, solo cuando pensé que estaban seguros, me acerqué a la entrada y miré por la mirilla. Me sorprendió ver a doña Elisa en el rellano.

—¿Cómo se le ha ocurrido salir, doña Elisa? Ha sido una imprudencia —dije haciéndola pasar.

Ella entró en casa y enseguida se puso a hablar.

—Perdona, Alba. No sabía qué hacer ni donde ir…

De vez en cuando se llevaba las dos manos al rostro y se tapaba la cara como si con eso pudiera olvidar todo lo que había visto.

—¿Qué ha pasado? —pregunté yo alarmada.

—Han masacrado al Chipé.

Se calló por unos instantes, incapaz de seguir hablando, pero luego se recompuso.

—Los vi arrastrar su cuerpo por las calles, Alba. Vi como paseaban el cadáver desde la calle del Carmen con dirección al ayuntamiento. Cantaban mientras la cabeza del gitano chocaba contra el suelo. Se pararon en la casa de Mercader y empezaron a dar voces, chillando: «¡Díselo a Torres y a Maestre! ¡Mira lo que hemos hecho con su protegido! ¡Diles que así acabaremos con ellos también!»

Cuando doña Elisa acabó de contármelo todo, me invadió un presentimiento extraño. Tuve la absoluta certeza de que las cosas no se decidirían a nuestro favor.

«La barbarie es unánime.

Es el régimen de terror por las dos partes.

España está asustada de sí misma.

Ha brotado toda la lepra católica y anticatólica.

Aúllan y piden sangre los hunos y los hotros.

Y así está mi pobre España, se está desangrando, ensangrentando,

arruinando, envenenando y entonteciendo».

Miguel de Unamuno (1936)

Mientras Candela nos preparaba unas tilas, doña Elisa y yo estuvimos tratando de adivinar qué era lo que iba pasar a continuación. Abajo, cada vez más gente se acercaba hasta las puertas del Arsenal. A los que estaban allí cuando había sucedido lo de Marchante, se les habían ido sumando luego los Guardias de Asalto y los dirigentes locales del Frente Popular, alertados por los amigos de Barbosa. También había simpatizantes del Partido Comunista y miembros de varios sindicatos.

En general, reinaba un ambiente de gran excitación, que se escuchaba con claridad desde nuestra ventana. Incluso, en un momento concreto, se oyeron disparos por donde el muro de Quitapellejos y corrimos varias veces a asomarnos, asustadas y sin saber qué estaba ocurriendo. No nos sorprendió ver a las turbas armadas tratando de entrar en las instalaciones de la Armada. La cosa cada vez iba a más y, a esas alturas, ni Elisa ni yo nos engañábamos sobre lo que cabía esperar.

Sabíamos que algo no había salido bien. Si después de todo el tiempo transcurrido no se había comunicado a diestro y siniestro que la revolución había triunfado, era porque, casi con seguridad, lo más probable es que no lo hubiera hecho. Yo ya no lo sentía por España. Mi mente solo pensaba angustiada en si Rai estaría bien. Creo que vomité dos veces, pues tomé de pronto conciencia de que, si no había prosperado el golpe, el destino de los oficiales estaba más que comprometido. De pronto, el futuro me pareció muy negro.

La calle estaba tan revuelta que no me costó convencer a Elisa para que se quedara con nosotras. Era una locura que saliera sola a esas horas con la que estaba cayendo. Ella no se resistió.

Durante un rato intentamos hacer como que no pasaba nada, e incluso centramos nuestra atención en las cosas de los chiquillos. Les dimos la cena, les pusimos los pijamas y luego Elisa le cepilló la melena a la Nena, mientras yo obligaba a los chicos a lavarse y Candela acunaba a Alonso. Pero resultaba imposible ignorar lo que sucedía. La algarabía fuera nos ponía en situación de alerta constante y, cada poco tiempo, un sonido violento nuevo nos sobresaltaba.

Hubo un momento definitivo. Ocurrió de repente. Escuchamos disparos y, justo después, comenzó a llegar hasta nosotras el ruido de un jaleo inusitado. Nos asomamos y vimos una verdadera multitud a las puertas del Arsenal, en la calle, donde llegaban también los marineros con intención de entrar. Sin embargo, las turbas enfervorecidas lo impidieron, organizando incluso una muralla humana que tenía como propósito impedirles el acceso.

«¡No podéis pasar!», gritaban y añadían, con gran exaltación, que los oficiales los esperaban dentro para asesinarlos. Empezaron a chillar que eran unos facciosos traidores y que había que ajusticiarlos.

Uno de los guardias, viendo que pronto no podría contenerlos, alertó a Molins, jefe del Arsenal, de que la gente fuera había perdido la razón y de que se había extendido el bulo de que los oficiales dentro querían masacrar a la marinería. Molins, de natural bonachón, sin perder el temple, se asomó y trató de poner orden.

«Por amor de Dios, nada de eso ocurre dentro. ¿Habéis perdido el juicio? Pasad y comprobadlo vosotros mismos», dijo. Y con las mismas, dio paso a los marineros y también a una comisión del Frente Popular para que vieran con sus propios ojos que era una falacia lo que andaban gritando.

Los que entraron fueron por los pañoles cogiendo armas y munición. Encontraron en aquella incursión la ocasión propicia para armarse mejor. Y, con la buena voluntad de Molins, pronto se convirtieron en milicia bien armada. A aquellos tipos les daba lo mismo lo que el jefe del Arsenal dijera. Querían encontrar a los oficiales para darles su merecido, pero al llegar al edificio principal del Arsenal, vieron como, por orden de Giral, todos los jefes, uno a uno, estaban siendo detenidos en ese mismo instante.

Sin oponer resistencia, quedaron bajo arresto alrededor de ciento cincuenta oficiales, contando con los de la Base de San Javier, que fueron llegando poco a poco en las siguientes horas. La milicia lo celebró con entusiasmo. Los detenidos, sabedores de que en los barcos las dotaciones se habían rebelado a los mandos, no se engañaron sobre su suerte y decidieron entregarse sin violencia.

«¡Viva la República! ¡Muerte a los traidores!». Esa letanía fue la que, a partir de ese momento, se escuchó día y noche desde nuestro balcón.

La sublevación había fracasado.

* * *

Esta vez sí fue la radio la que nos avisó de las últimas noticias sobre el alzamiento en la ciudad. Desde el viejo modelo que unos años antes me había regalado el cónsul, escuché la voz sin emociones del locutor, informando de que los oficiales habían sido detenidos. También supe que Antonio Ruiz había sido nombrado jefe de la Base tras la destitución de Márquez. Y que Manuel Gutiérrez, un masón del círculo más cercano de Barbosa, se había proclamado jefe del Arsenal, tras cesar a Molins.

—El señor, el señor… ¡Ay, ¡qué desgracia tan grande! —repetía Candela al escuchar lo de la detención de los oficiales.

Yo también pensaba en Rai. ¿Qué iba a ser de él ahora?

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó Raimundito con preocupación. Era solo un crío, pero notaba nuestro desconcierto.

—Mamá, ¿papá está bien? —preguntó Pepe, uniéndose a la cantinela de su hermano.

Yo traté de no perder la calma. Mientras escuchaba en la radio que los rebeldes habían sido encerrados en la bodega del *España 3,* convertido en checa improvisada al constatarse que no había sitio en los demás penales, traté de ordenar mi cabeza. Rai estaba detenido, eso era un hecho. ¿Lo juzgarían? Y de ser así, ¿cuándo?

No pude pensar en aquello demasiado tiempo, me temo. Porque, en esos momentos tan tristes en los que doña Elisa y Candela se abrazaban y se consolaban mutuamente, pronto escuchamos una algarabía que, en esta ocasión, venía del interior de nuestro edificio, de la escalera. El escándalo no tardó en llegar hasta el rellano de

nuestra casa y pronto oí los golpes en la puerta. Parecía que aquellos bárbaros se habían propuesto derrumbarla si era necesario.

—Abra o tiramos la puerta —dijeron, corroborando mis sospechas.

Abrí y comprobé que se trataba de la Guardia de Asalto. Estaban registrando todas las casas de las familias conservadoras y, por supuesto, las de los oficiales detenidos. Buscaban información que comprometiera a nuestros maridos y que demostrase su participación en el golpe. Como esposa de un oficial, yo también estaba bajo sospecha.

—Dígame —dije yo aparentando una serenidad que no sentía—, ¿en qué puedo ayudarles, caballeros?

Eran tres hombres. El más violento, y creo que el que mandaba a los otros, un tipo ancho de espaldas, cejas muy pobladas y bigote, me empujó con violencia y luego entraron dentro de la casa sin miramientos. Antes de que pudiéramos hacer nada, empezaron a registrarlo todo por el salón con una especie de furia desatada: arramplaron con los libros de la estantería, tiraron los cajones al suelo volcando el contenido, e incluso el jefe tuvo la desfachatez de sentarse en el escritorio. Primero, lanzó contra el suelo a Rocinante, mi máquina, que hizo un ruido horrible al caer; después, se puso a hurgar entre todos los papeles y documentos que había apilados sobre la mesa o en los cajones. Yo notaba cómo se iban calentando a medida que pasaba el tiempo y no lograban encontrar lo que querían.

—¿Dónde está? —me dijo el cabecilla.

—No sé de qué me habla —respondí yo continuando con mi empeño de fingir aplomo. Me moría de miedo, pero no quería que él notara nada.

De reojo, vi que Elisa miraba con angustia el libro de cocina, que había caído al suelo abierto. Allí yacían los últimos secretos sobre la conspiración, los que no había podido entregar a los Solís, de modo que las pruebas que con tanto ahínco buscaban, las evidencias que necesitaban para inculparnos, las tenían delante de sus propias narices, aunque, por fortuna, ellos no podían saberlo.

—Estamos buscando documentos sobre el día y la hora del golpe de Estado, señora. Sabemos que su esposo estaba al tanto de todo. Arturo Barbosa nos ha dicho que le consta que su marido fue uno de los principales instigadores.

—Se equivoca usted, señor —repliqué—. Pero, aunque estuviera en lo cierto, ¿cree que él nos lo hubiera contado? ¿Para comprometernos? ¡Qué tontería!

—Cierre la boca si no quiere que vaya yo y se la cosa a tiros —me amenazó y luego siguió registrando el escritorio. Tiraba al suelo todo lo que iba encontrando: facturas, recibos, fotos e incluso algunas cartas que yo le había mandado a Rai y que él había guardado.

Raimundito, al ver cómo destrozaban las cosas de su padre, se enfureció y arremetió contra el tipo antes de que yo pudiera frenarle.

—Pero ¿qué hace? Eso es de mi papá. No tiene permiso para tocarlo. Déjelo ahora mismo.

Mi pequeño intentó apartarle las manos de las cosas de Rai, pero el guardia lo apartó dándole un codazo en las costillas. El pobre quedó en el suelo retorciéndose de dolor.

—Oiga, es solo un niño, por favor —dije con voz lastimera.

El hombre me miró con desprecio y me espetó:

—Señora, ya es hora de que su hijo abra los ojos y comprenda que su padre es un traidor. ¿Sabe lo que estamos haciendo con los chiquillos de los fascistas? Primero matamos a sus padres y luego a ellos los mandamos a Rusia para que allí les enseñen modales. Tal vez le vendría bien al suyo, ¿no le parece?

Los otros que iban con él, encontraron aquello muy gracioso y se rieron a carcajadas. Entonces, el guardia que lo había dicho se acercó hasta mí y me observó:

—Usted es la ramera de un fascista, ¿qué haremos con todas vosotras cuando hayamos matado a vuestros maridos? —dijo acercando su rostro al mío.

Olía a sudor, a ajo y a tabaco. Aquel tipo era como una hiena de aliento hediondo. Sentí náuseas y agaché la cabeza sin responder, llena de asco y de terror. Un paso en falso y podían matarnos a tiros, violarnos o quién sabe qué… En ese momento, la vida valía muy poco y yo lo sabía. Solo quería proteger a mis hijos de esos indeseables, pero no sabía cómo. Adivinando mis pensamientos, se apartó de mí y fue otra vez hasta mi hijo Rai:

—Que te cuente tu madre la clase de padre que tienes. Escoria y

basura, eso es lo que es, chaval.

—¿A que no, mamá? ¿A que lo que dice este señor no es verdad? —dijo mi hijo y vi en sus ojos una súplica desesperada. Rai era su héroe. Aquello le dolía en lo más profundo del alma.

Pero yo guardé silencio. No respondí. No defendí su honor, ni me atreví a sostener la mirada ansiosa de mi hijo suplicando que lo hiciera.

—Mamá. Díselo…

El silencio retumbó entre aquellas paredes. Mi hijo sollozó y no volvió a decir nada.

Los tipos de la Guardia de Asalto sonrieron. Les gustaba saber que estábamos aterrorizadas y mi humillación les provocaba un sórdido placer, estoy segura. Se sentían poderosos e invencibles.

Riendo de nuevo y orgullosos de ver que yo no respondía, se aburrieron también de intimidarme y, por fortuna, al cabo de un rato se fueron, aunque dijeron que volverían. Lo dejaron todo destrozado, como si hubiera pasado por allí un ciclón. Miré a mi pobre Rocinante que yacía en el suelo malherida y con varias teclas rotas, y la levanté, con pesar. Entonces, Candela y Elisa empezaron a recoger conmigo, las tres en silencio, sin atrevernos a decir nada.

Sé que fueron por muchas otras casas después y que se llevaron detenidos a algunos de los derechistas más destacados. Había nombres y apellidos de familias enteras en listas secretas de lo que luego se llamó el SIM, y que se creó en un intento de limitar la actividad de los quintacolumnistas. Eso quería decir que mi nombre figuraría en ellas casi con total seguridad y que era cuestión de tiempo que volvieran a por mí, espoleados por Barbosa y los demás, de modo que corría un grave peligro. Todo lo que se me pasó por la cabeza en ese momento era que tenía que poner a los niños a salvo porque tal vez la próxima vez no tendría tanta suerte. Tenía que hacer algo con ellos sin perder un segundo.

Miré los ojos de Raimundito. Estaban llenos de dolor y de vergüenza al mismo tiempo. Nunca, ni en ese momento ni luego en todos los años que siguieron, me preguntó por qué no había abierto la boca para defender la honra de su padre, pero sé que su silencio se convirtió en una herida abierta que nunca cicatrizó.

Yo me he pasado toda la vida arrepintiéndome de no haberlo

hecho.

* * *

De Alicante no tardaron en llegar noticias terribles también.

—Dicen que su postura ha sido tibia y eso es lo mismo que decir que no es leal a la República —dijo mi madre—. Estamos pendientes de que le juzguen.

Mamá no lloraba. Me lo decía con una seriedad desprovista de emociones. Era una de esas mujeres que tenía el alma protegida a base de capas como las de una cebolla o las de la corteza de un árbol. Tenía una capa por cada vez que mi padre se había ido a la guerra a jugarse la vida y ella no sabía cuándo volvería y si lo haría vivo o transportado en una caja de madera. Por eso sabía contener las lágrimas y el miedo dentro. Estaba sola en Alicante, esperando a que mi padre fuera juzgado por alta traición, sabiendo que iba a morir con toda seguridad y aguardando tan solo a conocer el día y la hora en que eso sucedería.

—Mamá, a veces ocurren milagros —dije yo, pero mi voz sonó quebrada y me di cuenta de que, lejos de insuflarle algo de fe, le acababa de confesar mi propia y descarnada desesperanza.

—Claro, hija, ¿cómo estás tú?

—Asustada, mamá, pero no pienso rendirme. Las cosas se han puesto muy feas por aquí también, pero tengo amigos y ahora lo único importante es poner a los críos a salvo.

Le expliqué que Rai estaba detenido también.

—Los tienen a todos hacinados en las bodegas del *España 3*. Corren rumores de que hay más de ciento cincuenta oficiales allí y dicen que las condiciones son infernales. Entre el calor, la suciedad y el hambre, hay algunos que han caído enfermos, pero no les dan asistencia. También dicen que los están maltratando. Con lo que ha pasado en otros barcos donde la dotación se ha amotinado y ha pasado a sus jefes a cuchillo, no podemos esperar que a los nuestros los traten con honores.

—Hija, ten fe. Todo esto pasará —dijo mi madre con su voz de mujer cebolla, con las capas que sustituyen al coraje cuando el corazón se arruga.

—Dile a papá que le quiero mucho —respondí, y al contrario que a mi madre, a mí la emoción no me daba tregua.

—Se lo diré, hija. Nos vemos todos los días. Él, bueno, ya lo conoces. Nunca pierde la calma, está sereno y solo repite que está en paz, que ha tenido tiempo para prepararse para lo que venga.

Cuando colgué a mi madre, me quedé llorando un rato junto al teléfono pensando en papá y en su triste destino, pero no me permití estar así mucho tiempo. No podía pararme ahora. Tenía que salvar a Rai.

* * *

Los siguientes días fueron una locura. En mi cabeza, los pensamientos parecían el centrifugado de una lavadora dando vueltas obsesivamente alrededor de las mismas ideas una y otra vez. La falta de sueño me provocaba una sensación de pesadez, de lentitud mental, un dolor de cabeza sordo y tácito que yo ignoraba a base de café y de aclararme la cara con agua fría. No dormiría hasta que no tuviera la certeza de haber hecho todo lo necesario, todo lo que estuviera en mi mano. No podía permitirme un descanso porque aquello equivalía a rendirme.

Sopesé todas mis opciones. Había algunas puertas a las que llamar, algunos amigos con influencias que podían echarme una mano. Los Solís, los Torres, los Müller… Pero ¿seguirían teniendo la capacidad de ayudarme ahora que las cosas se habían puesto del otro lado? Eso no lo sabía, aunque debía agotar todas las posibilidades.

Por fortuna, mientras yo daba vueltas en círculo a esa idea, doña Elisa y Candela se ocupaban de los niños y eso era de agradecer, porque me dejaba centrarme en diseñar un plan que no parecía terminar de tomar forma. Alonso se encontraba mejor, sin fiebre. Dormía mucho y había recuperado el apetito. Por ese lado teníamos una pequeña tregua. Sin embargo, los otros tres, esos sí que daban trabajo. Los pobres intuían que la situación era muy grave y, tras la visita de los de la Guardia de Asalto, estaban aún más alterados.

—Elisa, he pensado en acercarme a casa de Adela. Igual juntas, y tal vez con las mujeres de otros oficiales, podemos conseguir que nos dejen ver a nuestros maridos. Tal vez ella sepa a quién se puede pedir ayuda…

—Vale, pero ten mucho cuidado, Alba —dijo ella asintiendo.

Si algo le agradecí a Elisa en esos días, fue su capacidad para apoyarme en todo, por descabelladas que le parecieran mis ideas. Ella quería ayudar, no ser una carga más para mí, quitarme parte de la pesada mochila que llevaba en mis espaldas. Elisa fue como una madre en un momento en el que la mía estaba lejos y con sus propias dificultades.

—Candela, deberías dejarle algo de ropa tuya a la señora para que no llame la atención. Ropa sencilla, lo más humilde que tengas…

—Sí, claro, doña Elisa. Es una gran idea… —dijo Candela, y fue enseguida a su dormitorio a buscar algo que pudiera servirme.

Y así, vestida con ropa de sirvienta y con el miedo atroz de que alguien me reconociera por la calle, salí en dirección a la casa de Adela Mota, en la calle del Carmen.

—Alba, no tenías que haber venido —me dijo ella cuando entré en su piso—. Es muy peligroso. La Guardia de Asalto está en todos lados.

Me miró con angustia. Su madre, que estaba con ella, me saludó y se llevó a los niños a otra habitación para que pudiéramos conversar tranquilas. Hablamos primero de su hermano Juanito y de Rai, pero luego ella me comentó que se habían llevado también a Víctor en uno de los registros. Él no estuvo en el Arsenal en el momento de la sublevación porque andaba de baja por enfermedad, pero ya no se atendía a razones. Todos los oficiales eran considerados fascistas y se los llevaban presos. No lo condujeron, sin embargo, al *España 3,* sino que lo encerraron en la Grillera del Arsenal, donde, como los demás, estaba a la espera de que lo juzgaran por traidor, con un panorama no demasiado alentador.

—Oh, Adela, tiene que haber algo que podamos hacer por ellos —sollocé, sentándome en el sofá, desfondada. Una voz disidente y pesimista en el interior de mi cabeza empezaba a repetir que no, que no había nada que pudiéramos hacer y que la suerte estaba echada.

—¿Y qué es ese algo? ¿Crees que si vamos y suplicamos que nos dejen verlos, alguno de esos miserables va a apiadarse de nosotras y nos va a invitar a un té mientras los otros van a buscarlos? No, querida, sus vidas no valen nada, hazte a la idea. No los han ejecutado ya porque tienen que esperar la orden, pero no puedes hacerte ilusiones. Nos tenemos que preparar para lo peor.

—¿Me estás diciendo que me cruce de brazos y espere a que un

día me llegue el aviso de que Rai ha sido fusilado? ¿Eso es lo que acabas de insinuar?

Ella no respondió, pero sus ojos lo dijeron todo.

—No me conoces, Adela, no me conoces en absoluto si piensas eso.

—No he dicho que no hagas nada. Lo que digo es que te centres en cuidar de ti y de tus hijos. Vosotros aún podéis salvaros. Eso mismo es lo que yo me repito cada mañana.

Bajé la mirada. En realidad, Adela tenía razón. En las últimas horas, yo solo había pensado en Rai con desesperación, pero pronto la situación sería insostenible y yo debía poner a los niños a salvo, antes de que fuera demasiado tarde.

Ella se sentó, me abrazó y ambas lloramos en silencio. Mientras estábamos así, dejando salir nuestra angustia, pensando en nuestros maridos y en nuestras familias, escuché de pronto en mi interior la voz grave de mi abuelo:

—Recuérdalo, Alba, siempre hay más de una opción.

Entonces dejé de llorar y me levanté del sofá como activada por una extraña energía.

—Me voy. Te avisaré si me entero de algo. Cuídate mucho, amiga mía.

Eso fue lo que le dije. Me marché pensando que, al menos yo, aún no había dicho la última palabra.

* * *

Salí de su casa con la cara aún llena de lágrimas y el rímel corrido. Empecé a correr hasta alcanzar la calle del Aire, donde pronto me encontré frente a la puerta del domicilio de los Solís. Llamé al timbre y cuando, tras unos segundos, no tuve respuesta, golpeé también con los nudillos. No había nadie y eso me hizo ponerme en lo peor, porque la mayoría de la gente, en esos días de violencia y caos, permanecía escondida en sus viviendas sin atreverse a salir. Que no estuvieran allí no presagiaba nada bueno, aunque pensé que tal vez habían logrado escapar. Eran listos, tenían contactos y dinero. Podían haber salido de la ciudad en cuanto fue evidente que la sublevación había fracasado.

Sin embargo, algo dentro de mí me decía que eso no había sucedido. Estaba convencida de que Inés me habría buscado. Con seguridad, ella sabría qué Rai había sido detenido y que yo estaba sola con mis niños. Conocía a esa mujer y tenía la firme convicción de que jamás me habría abandonado.

Bajé, intentando pensar la manera de contactar con ella. Salí a la calle, y permanecí inmóvil unos segundos, dudando de si debía volver a casa o si, por el contrario, era más sensato tratar de llegar a la mansión de los Müller, cuando, de pronto, alguien me tocó en la espalda.

Me volví asustada pero entonces reconocí al señor Navarro, el redactor jefe del periódico.

—Doña Alba, si busca a los Solís, tengo que decirle que a doña Inés se la llevaron hace un par de noches a la cárcel de San Antón.

—¿Cuándo dice? —pregunté yo tratando de no demostrar que el suelo se abría una vez más bajo mis pies. Todas las puertas se me iban cerrando una tras otra. ¿Quién podría ayudarme si mis amigos, los poderosos, estaban presos o afrontando sus propios problemas, terriblemente graves también?

—Antes de ayer. Su marido, el señor Jesús, estaba fuera cuando registraron la casa. Ahora está escondido y tengo órdenes de él y de su hijo Juan de salir para Torré Catá a reunirme con ellos de inmediato. Allí corremos menos peligro mientras buscamos la forma de sacar de prisión a doña Inés, primero, y de escapar del país, después. Otros amigos de la familia también se van a refugiar allí, en la finca de los Gabatos. Si quiere usted acompañarnos…

—No puedo dejar a mi marido…

—Lo comprendo, pero mi deber es advertirla de que están confiscando los coches y que, si no lo hace ahora, más adelante no tendrá muchas más oportunidades.

—Señor Navarro, tengo que pedirle algo. Necesito que se lleve a mis hijos con usted y a mi sirvienta y a doña Elisa, que es amiga de los Solís también. Necesito ponerlos a todos ellos a salvo…

Felipe asintió sin dudarlo siquiera.

—Necesitaremos otro coche, pero sé quién puede ayudarnos. Vaya para casa que yo me ocupo de mandarle a alguien.

Y así fue como el señor Navarro se las apañó para echarnos un cable. Sin él, la verdad es que no sé qué hubiera sido de mis pequeños.

* * *

Llegué a casa y me puse a prepararlo todo, consciente de que el tiempo jugaba en contra y de que no podía permitirme perder ese tren. Candela y Elisa me obedecían con docilidad mientras les ordenaba que llenaran las maletas con la ropa de todos, así como con toallas, ropa de cama, medicinas y demás enseres imprescindibles.

Mientras ellas hacían lo que yo les decía sin chistar, me las apañé para meter en una bolsa las cartas de Rai y mis joyas, con intención de enterrarlo todo en el jardín de Torre Catá hasta el fin de la guerra. Sin embargo, algunas de ellas, las de más valor sentimental, como la pulsera de pedida, la sortija que me regaló mi abuelo, un crucifijo con incrustaciones de esmeraldas, los pendientes de mi boda, el alfiler de la corbata de Rai o unas monedas de oro las metí en un pequeño estuche joyero junto con algunos ahorros que guardaba por casa. Todo ello lo introduje como pude en el interior de la tripa de la muñeca que Rai le había regalado a la Nena en aquel viaje que hicimos a Madrid y de la que nunca se separaba, Cecilia. Conseguí que mi hija no notara que le había sustraído la muñeca, porque la mandé a vestir con Candela para el viaje y les dije que era necesario que fueran al baño primero y que la aseara un poco.

Mientras Alba obedecía a regañadientes, me apresuré a hacer desaparecer el botín en el interior de la muñeca y le cosí la tripa con cuidado, tratando de que pasara inadvertida la cirugía. Si las cosas se ponían feas, necesitaríamos dinero, y el dinero era, al mismo tiempo, un peligro para unas mujeres que viajaban solas con unos críos pequeños. Había que camuflarlo bien para evitar que nos lo robaran.

Cuando terminé, le entregué la bolsa a Elisa y le expliqué el plan. Le señalé incluso el lugar dónde debía enterrarla, justo en un seto que había en el jardín de los Solís y le expliqué también lo de la muñeca Cecilia confiando en que ella sabría cómo gestionarlo llegado el caso.

Entonces llamaron a la puerta. Supuse que era el enviado de Navarro.

—Vamos, ¿estáis listas? —les dije a Candela y a Elisa.

Candela se echó a llorar. No quería separarse de mí.

—Candela, vamos, no es el momento. Te prometo que estaré bien

y que pronto estaremos todos juntos de nuevo, con Rai, si Dios quiere —la consolé tratando de convencerme a mí misma también de que todo iba salir bien.

Llamaron de nuevo con impaciencia y, cuando abrí, no pude dar crédito de quien estaba al otro lado de la puerta. Era Nando de Fuentelaguna.

—Alba Aldave, me gustaría decirte que me alegra mucho volver a verte, pero no te niego que sería mucho mejor hacerlo en otras circunstancias —dijo él, dándome un beso en la mejilla—. Sé lo de Rai y quiero que sepas que lo lamento de todo corazón.

Y, sin que yo tuviera tiempo de responder, me abrazó de nuevo con fuerza y así nos quedamos unos segundos sin que nadie pronunciara una sola palabra.

—Todo va a salir bien —dijo, antes de coger las maletas.

A veces, eso es todo lo que necesitas oír para seguir confiando.

«Nunca vaciles en tender la mano;

nunca titubees en aceptar la mano que otro te tiende».

Juan XXIII

Fue horrible. Verlos marchar con Nando y quedarme sola en aquel piso que siempre había estado lleno de ruido, de las risas y los llantos de mis hijos, del olor a papilla o a colonia de bebé, del sonido de los cacharros de Candela en la cocina o del tarareo de Rai, que solía canturrear siempre alguna cancioncilla entre dientes, me dejó destrozada. Ya no había más que un silencio cruel, que no presagiaba nada bueno, un silencio que solo quedaba interrumpido por el tictac del reloj del salón. Aquello ya no parecía un hogar, sino una cárcel. Lloré cuando los niños se fueron y, sobre todo, cuando la Nena protestó por separarse de mí. Lloré cuando ya no se oían sus voces y cuando, desde la ventana, los vi meterse en el coche de Nando. Lloré, por último, cuando los vi perderse a lo lejos y supe que tardaría en volver a verlos.

Más terrible que el silencio dentro de casa era el sonido que entraba de fuera, con los vivas a la República y los mueras a los traidores. A veces, algún exaltado o algunos grupos de obreros o de comunistas desfilaban por las calles con esas letanías insoportables. Eso sí que me turbaba. No podía soportarlo. La única cosa que se me ocurrió en ese momento desesperado fue sentarme en el escritorio y ponerme a escribir a Rai.

Pensar en él me devolvía algo de paz, y me lo imaginé recibiendo mi carta y poniendo los ojos en blanco. «Eres cicatera escribiendo hasta en estas circunstancias, cariño. Mira qué letruja…». Siempre decía cosas así, daba igual los pliegos que llenase, las anécdotas que escribiera o lo cariñosa que me mostrara, nunca era suficiente para él. Rai siempre me mandaba cartas larguísimas, con dibujos y con textos elaborados con su letra pulcra y perfecta, con un contenido estructurado que iba en orden cronológico, dando cuenta de todos los avatares de su vida en la mar, relatando desde los acontecimientos más insólitos hasta el suceso más aburrido y cotidiano. Yo nunca estuve a su altura en esto. Mis cartas siempre fueron más escuetas y desordenadas.

En esos delicados momentos, resultó más difícil que nunca elegir las palabras adecuadas, el tono correcto, expresar lo que quería

expresar sin demostrar mi sensación de desasosiego. Me atasqué varias veces y las lágrimas me frenaron otras tantas. Algunos de los pliegos se emborronaron de pena y los arrugué y los lancé contra la estantería con rabia y volví a empezar de nuevo, tratando de disimular mi dolor y de mostrarme optimista. No llegué a terminar la carta porque, en algún momento, sonó el teléfono y una voz al otro lado me interrumpió.

—Te llamo para decirte que salgo para tu casa —la voz cálida de María Oyola, mi leal y querida amiga, me sacó de mi trance y sonreí con gratitud.

No pasaron ni diez minutos entre su llamada y el sonido del timbre en la puerta. Iba sin maquillar, con el pelo suelto y algo de ropa humilde que le quedaba holgada. Tampoco llevaba tacones ni joyas. Con ese atuendo, en nada se parecía a la rica y sofisticada consulesa que yo conocía. Me costó reconocerla. Me fijé que llevaba una bolsa de tela negra en la mano.

—Hola, querida, me alegro de verte. ¿Puedo entrar? —dijo besándome.

Me aparté para dejarla pasar. Ella no mencionó mi terrible aspecto pues, a pesar de mis esfuerzos por arreglarme un poco, se me veía demacrada y ojerosa. Creo que no lo hizo porque no quería ser cómplice de mi autocompasión. Había venido para alentarme a ser fuerte y era exactamente lo que iba a hacer.

—El plan que tengo hoy preparado te va a encantar —anunció.

Entonces sacó algo de ropa de la bolsa y me explicó lo que se le había ocurrido. No podía creer que lo dijera en serio.

—Estás loca, María, loca de remate. Pero me temo que a estas alturas no tengo muchas más opciones que hacerte caso. Estoy desesperada.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Sabía que necesitarías un pequeño empujoncito.

La abracé.

—No sé qué haría sin ti.

—Yo tampoco, querida —dijo María.

Lo decía muy en serio.

* * *

La ropa que había sacado de la bolsa de mano eran dos monos de trabajo de los obreros de la Fábrica de Cristal. Me tendió uno y las dos nos los pusimos. Dijo que, en esos momentos, aquello era lo más seguro para moverse por las calles de Cartagena. No debíamos llamar la atención y mucho menos para ir al Molinete, donde la mayoría de los milicianos iban a beber al caer la tarde. Escondimos además el pelo con un moño que quedó oculto bajo las gorras.

—La idea ha sido de Heinrich, él me lo ha aconsejado. Ya sabes que es el mejor en esas cosas de pasar desapercibido cuando le conviene. Tengo un maestro insuperable.

Sonreí. Müller siempre fue el rey de la picaresca. Muchos le decían el Lazarillo porque había sabido salir con bien de muchas situaciones de lo más complicadas. Era un superviviente.

Al llegar al Molinete, tuvimos que preguntar por la dirección de La Puñalá*,* pero, aun así, fue más fácil la incursión en esa siniestra colina de lo que yo jamás hubiera podido imaginar. Las tabernas estaban llenas de marineros y de obreros cantando cancioncillas republicanas y todos parecían eufóricos. El inicio de la guerra siempre es así. La gente más joven sueña con luchar por sus ideales y se imaginan como héroes defendiendo aquello en lo que creen. No saben que, después de ver toda la sangre y las vidas segadas, muy pocos seguirán sintiéndose orgullosos de haber participado en la barbarie.

Si hasta el momento habíamos logrado un cierto anonimato, al entrar en el bar, casi inmediatamente fuimos reconocidas.

—¡Hombre, pero si está aquí nada más y nada menos que la consulesa! —dijo un tipo, del que más tarde supe que era uno de los amigos de Barbosa, Crisanto López, miembro de la Moby Dick, comunista y con fama merecida de ser uno de los más hostiles con los oficiales detenidos.

—Busco a Greg Sousa —dije yo dando un paso al frente y poniéndome delante de María para defenderla de aquel impresentable. Él no pareció inmutarse, sino que se empezó a reír.

—Vaya, a ti también te conozco. Tú eres la de Guitián. Menudo pájaro es tu marido. Espero que sepas que le vamos a dar su merecido. Si cuando seas viuda necesitas un poco de calor, ya sabes dónde

encontrarme, muñeca.

Le di una bofetada y el tipo me miró y empezó a reírse a carcajadas. Yo no sabía cómo disimular la humillación que sentía.

Sin embargo, en ese momento, apareció Dolores Carrasco. Era una de las pocas mujeres, sin contar con las de mala vida, que había por allí a esas horas. Esta se acercó hasta mí y me dijo:

—Vaya, confieso en que no esperaba verte por aquí. Eres más de frecuentar otro tipo de amistades y de ambientes, como la casa de los Solís o la de los Torres.

—¿Está Greg? —le pregunté sin reaccionar a su comentario.

Ella me miró fijamente por un instante.

—Greg, te buscan —gritó, y entonces vi cómo este aparecía por detrás de un grupo de gente. Iba fumando, sujetando el cigarro entre los labios. Con esa ligera cojera que le había quedado tras la guerra de Marruecos, se acercó hasta donde estábamos y se quedó parado esperando, como si quisiera ver qué era lo que yo tenía que decirle.

Un mechón se me salió de la gorra. Estaba hecha un desastre y, al mirarle a los ojos, me flaquearon las fuerzas.

—Hola, Greg —dije, clavando mis ojos en los suyos.

—¿Puedo saber qué haces aquí? —respondió él, resoplando con ese gesto suyo de retirarse el flequillo de los ojos.

—Vengo a que me hagas un favor. Necesito ver a Rai y algo me dice que solo tú puedes ayudarme.

—Eso que me pides es del todo imposible. Rai está vigilado día y noche como el resto de los oficiales. Los acusan de alta traición. No sé si entiendes que es algo muy gordo y que yo no puedo hacer nada. No está en mi mano, Alba. Lo siento.

Sousa dijo esto y luego se calló. Mientras le daba una calada a su pitillo, yo lo observé y tuve la incómoda sensación de que no había nada que pudiera decir o hacer para que cambiara de opinión. Parecía convencido de que lo que yo le pedía era imposible. Aun así, tenía que intentarlo, debía insistir por Rai.

—Greg, entiendo lo que dices, pero no tengo nadie más a quien

acudir. Necesito verle y tú tienes amigos e influencia entre los que lo tienen detenido.

—Alba, hay ciento cincuenta oficiales presos. Están intentando trasladarlos a una prisión en la Concepción o en San Antón, pero esa medida es solo hasta que los juzguen y los ejecuten. Mientras tanto, los tienen ahí, en la bodega, hacinados como borregos, y les da exactamente igual cómo están o si se les muere alguno de hambre o de fiebre. Porque los van a matar. Así que siento decirte esto, pero Rai va a morir y a sus captores les importa muy poco. Es más, están deseando fusilarle.

—No digas eso, Greg, por favor. Tiene que haber algo que se pueda hacer.

—Te digo que no, lo siento. Recuerda que te lo advertí, te avisé de que estabais jugando con fuego —dijo él mirándome con dureza.

Greg hizo un ademán de marcharse, pero yo, sabiendo que no tenía otra opción, le agarré del brazo reteniéndole.

—Vamos, tú eres amigo de Barbosa, Barbosa es amigo de Giral y también de Martínez Barrio. Mueve tu influencia, joder —le rebatí levantando la voz sin darme cuenta.

—Alba, si os ayudara, me pondría a mí mismo en una posición delicada. Hoy no se perdona al que ayuda a un fascista.

Se encogió de hombros. Para mí, aquello fue demasiado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Vamos, apestas a mierda, todos aquí lo hacéis. Os metisteis en la logia, como todos, para lograr poder, para ascender y progresar. Porque de eso se trata. Lo disfrazáis de ideales, pero solo es ambición, ambición mundana y despreciable. Y mirad adonde nos ha llevado todo esto, a una guerra que es como una maldita pesadilla.

—La guerra no la hemos empezado nosotros —intervino Dolores interponiéndose—. Además, esa no es la mejor actitud para pedir ayuda a alguien, bonita.

—Déjala —la cortó Gregorio.

—Por favor, ayudadme —supliqué, mirándolos a ambos.

—No puedo, Alba. No insistas más, no está en mi mano —

respondió él apenado.

—Greg, no sé lo que puedes o no puedes hacer. Solo quiero pedirte que no olvides lo de Marruecos. Allí me dijiste que sabías reconocer a un amigo de verdad y que Rai lo era. Si hay algo que pueda ayudarle, te ruego que no lo pienses. Todo esto pasará algún día, ¿me oyes? Pasará y entonces solo nos quedará la conciencia —repuse, sin dejar de clavar mis ojos suplicantes en los suyos. Dos lagrimas resbalaban por mis mejillas. No las limpié.

Dolores se debió dar cuenta de que mis palabras afectaban a Sousa y quiso evitarlo. Sabía que aquello solo podía traerles problemas.

—Cállate —exclamó—. Cállate y marchaos.

En silencio, miré a Greg expectante, pero sin añadir nada más.

—Te llamaré. Veré que puedo hacer —dijo este, dubitativo, al final.

—Gracias —respondí, y luego nos fuimos hacia la salida.

En ese momento, Sousa era mi última esperanza.

* * *

María vino a casa conmigo y se quedó a pasar la noche.

—Deberías ir a casa con tu esposo. Yo estaré bien, te lo prometo.

—No digas tonterías, Alba. Heinrich ya lo sabe, querida. Sabe que mi sitio está aquí cuidando de ti porque eso es lo que hacen los amigos. ¿No te parece?

—Eres estupenda. Y Heinrich también lo es —respondí tratando de contener la emoción. No quería ponerme a llorar de nuevo. Necesitaba conservar las fuerzas.

—Bueno, muchos no estarían de acuerdo contigo, pero qué aburrida sería la vida sin debate y sin opiniones discrepantes, ¿no crees?

María se puso a servir unas copas del mueble bar. Era única. Sabía ser amable, decidida y fuerte por las dos, y, además, no perdía nunca ese ácido sentido del humor suyo que ayudaba a quitar un poco de tensión en esos momentos tan críticos. Puede parecer extraño, pero

ahora comprendo que siempre tuvo en mente el no dejar que el desánimo mermara mi determinación y para eso era necesario desviar la atención o incluso frivolizar en algunos instantes en los que mi debilidad la ponía en guardia.

Así, Oyola, como si estuviéramos en alguno de nuestros encuentros cotidianos de antaño, de pronto me proponía brindar por los buenos tiempos, por el pasado, por los amigos o por el amor. Me pregunté si, al decir aquello, pensaría en Heinrich o en Ros. A pesar de que, con ella, había descubierto cuán injustas eran muchas de las habladurías que se decían, era innegable que era una persona con sus luces y sus sombras, una mujer que callaba mucho de lo que llevaba en el corazón en un afán de protegerse de los que la difamaban y, tal vez, por proteger también a los demás de sus propios sentimientos. Una vez yo le había preguntado si ella y Heinrich se llevaban bien. «Pues claro que quiero a Heinrich, querida, pero el corazón es caprichoso», me había contestado ella. Y al ver mi cara, había añadido luego: «Digo que hay muchas formas de amar».

Entendí que esa era su forma de decirme que quería a su esposo, a su manera, pero que estaba enamorada de Gerardo Ros, cosa que yo ya sabía. Ella nunca me lo dijo de forma tan explícita, pero creo que entre ambos hubo algo muy fuerte e intenso, algo que bien podía haberles llevado a dejarlo todo para entregarse a vivir aquella historia con toda su inmensidad, pero que sacrificaron por lealtad a sus cónyuges.

Aquella noche, María rellenó mi copa varias veces y recuerdo que permanecimos hablando hasta altas horas de la madrugada. Tal vez bebimos un poco más de la cuenta, pero creo que me vino bien para relajar un poco los nervios. Greg, si conseguía hacer algo por mí, iba a tardar en dar señales de vida. Tenía por tanto que ser paciente y estar dispuesta a esperar.

A la mañana siguiente, me levanté con dolor de cabeza, pero había descansado y me sentía más optimista. En el transcurso de la mañana, recibí dos llamadas de teléfono. Una era de mi madre y la otra de Nando. Este último me dijo que los niños se encontraban bien y que todo estaba en orden. Eso me animó. Mis pequeños estaban a salvo, por lo menos eso era una buena noticia.

—¿Necesitas algo? —me preguntó.

—No, nada, gracias. De momento me apaño bien.

—Alba, puedo ir allí contigo. Seguro que en algo puedo ayudar. Los niños estarán bien aquí —dijo, casi suplicándome que le autorizara a venir a mi lado.

Nando nunca dejó de quererme. Eso bien lo sé yo. Me hacía sentir culpable en cierto modo, y creo que por eso decliné su oferta.

—No te preocupes, está la señora Müller conmigo. Prefiero que me ayudes desde allí, cuidando de mis hijos. Aquí solo te pondrías en peligro. Están deteniendo a todo el mundo.

—Está bien. Solo quiero que me prometas que me llamarás si me necesitas.

—Lo haré, muchas gracias.

—No me las des, Alba. Solo ten mucho cuidado.

Colgó sin esperar respuesta por mi parte. Mi cara debía ser un poema, porque María se limitó a mirarme y, sonriendo con tristeza, dijo:

—Pobre marqués.

* * *

Después de la llamada de Nando, María me mandó asearme y me dijo que me preparara para salir. Yo la dejé en el salón haciendo una llamada y, cuando volví, exclamó:

—Ponte el mono que nos vamos.

La miré con extrañeza. ¿Qué se le habría ocurrido esta vez?

—Está claro que contigo no me voy a aburrir esperando… —respondí obedeciendo.

—Tenemos que aprovechar mientras aún me quede algún amigo en la ciudad. Ya has visto cómo de rápido cambian las tornas.

Salimos de casa directas y fuimos hasta la cárcel de San Antón, donde muchos de nuestros amigos llevaban ya unos días encerrados. A través de los contactos de Ros, conseguimos una visita con nuestra apreciada Inés. Durante el transcurso de esta, había otros presos tratando de comunicarse con los visitantes, y los guardias permanecían todo el tiempo vigilando. Una rejilla separaba a los prisioneros de las visitas y no teníamos ninguna intimidad para poder hablar.

—¿Cómo te tratan, querida? —dijo María después de un efusivo encuentro y de entrelazar nuestros dedos con los de ella como pudimos, a través de los alambres que hacían de frontera entre nosotras.

—Hay de todo. Aunque parezca raro, algunos aquí dentro son gente buena y compasiva que sabe que, en realidad, tú estás dentro y ellos fuera por un golpe del destino. Otros, no. Otros se muestran vengativos y nos vejan y nos insultan cuanto pueden. Pero no me preocupa nada en absoluto. Nos arropamos entre nosotros. Somos muchos amigos los que estamos encerrados en este lugar.

Una de las presas que estaba con Inés era mi querida amiga Luisita Portela. La habían apresado junto a otros miembros del Círculo Católico y no se acostumbraba a las penurias de prisión.

—Yo le explico que uno debe estar preparado para las riquezas y las pobrezas. La vida es cambiante y es fácil estar arriba un día y otro

abajo. Pero eso no se ve tan claro cuando se es joven. Me temo que a veces pierde los nervios —nos dijo Inés.

También citó a Lolita López Pinto, cuyo padre había jugado un papel clave en la sublevación de Cádiz; mencionó a las hermanas de Cabanellas y continuó con una larga lista de personas conocidas.

—Y también está el padre de Nando. Ah, y don Alfonso Torres —añadió finalmente.

—¿Y su esposa Caridad? —pregunté.

—Uy no, menudo es don Alfonso. Días antes de que todo estallara, la puso a salvo con todos sus hijos, supongo que en el campo, donde han ido muchos a refugiarse. La verdad es que todos nos alegramos de que esté aquí don Alfonso. Ya le conoces. Es un caballero, comparte con nosotros la comida que le traen de fuera y siempre está pendiente de que todos estemos bien.

—¿Y cómo pasáis el día? —preguntó María tratando de animar la conversación un poco.

—Bien, en realidad el tiempo aquí transcurre bastante rápido. Por la mañana y por la tarde rezamos el rosario todos juntos y eso nos consuela. Luego hacemos tertulias, jugamos a las cartas, que a don Alfonso le surten bien y tiene hasta unos naipes y tabaco que, por cierto, comparte con los demás caballeros, y le han traído mantas y ropa de abrigo. Porque eso es lo peor de estar aquí. Esta cárcel es el agujero más húmedo que he visto jamás. Estoy segura de que, cuando empiece el invierno, alguno de nosotros caerá muy enfermo.

—Vaya, podíamos haberte traído algo —dije yo con pena.

—No necesito nada, Alba. Dime, ¿tú cómo estás? ¿Qué sabes de Rai y de tus niños?

No podíamos contarle lo de Greg Sousa porque no teníamos ninguna privacidad y podía ser peligroso para nuestros planes, pero nos las apañamos para que supiera que estábamos moviendo algunos hilos para conseguir ayuda.

—Tened mucho cuidado. Esta ciudad se ha convertido en un verdadero estercolero —dijo Inés con la preocupación pintada en el rostro.

Inés nunca usaba ese tipo de expresiones. Como Jesús, eran

personas de cuidar mucho las formas y eso incluía el vocabulario y la forma de hablar, pero la situación era grave, muy grave, y supongo que decidió que no era momento para andarse con miramientos.

—Descuida —respondí—. Estoy tranquila. Lo importante son mis hijos y ellos están con el tuyo. Sin vosotros, no hubiera podido ponerlos a salvo. Os debo mucho, Inés.

Le di la mano de nuevo a través de la rejilla y ambas nos emocionamos un poco, pero ese momento no duró demasiado, porque el guardia vino y, con voz mecánica, nos anunció el final de la visita.

—Volveremos pronto si nos dejan —prometí.

—Sé fuerte, querida Alba —me dijo Inés y me quedé inmóvil con los ojos llenos de lágrimas contenidas, sintiéndome incapaz de separarme de aquella mujer, de dejarla allí a su suerte, porque me parecía que ella nunca había hecho daño a nadie y que estaba encerrada de forma injusta.

María tuvo que tirar de mí y arrastrarme hasta la calle. Yo tenía el rostro demacrado de Inés grabado en la mente y me resistía a dejarla allí.

—Lo sé, cariño —dijo ella al ver mi desconsuelo—, esto es una gran contrariedad. Pero no podemos hacer nada por ella. Dejemos que Jesús y su hijo Juan muevan sus influencias. Comprendí que tenía razón.

Luego, me agarró del brazo con fuerza y me llevó de nuevo hasta casa. Tocaba esperar.

* * *

Durante el tiempo que estuvimos en casa aguardando noticias de Greg, puedo asegurar que fue María la que me salvó de enloquecer. Pasé por todos los estados de ánimo. Incluso llegué a estar un día entero sin levantarme de la cama en el momento más bajo y, en el más alto, cogí la puerta con la firme intención de volver al Molinete a buscar a Greg. Fue María quien impidió que lo hiciera, quien me calmó y quien, con su conversación, sus caricias en el pelo hasta que me dormía exhausta y sus palabras de aliento cuando ya lo demás se había agotado, evitó que cometiera cualquier tontería. Fue su compañía la que me ayudó a aguantar ese calvario y nunca pude agradecerle lo suficiente todo lo que hizo por mí.

Hasta que, no sé qué día fue ni cuánto tiempo había pasado, una noche, por fin, sonó el teléfono. Al otro lado, la voz de Greg me dio instrucciones muy concretas.

—Ponte el mono que llevabas el otro día cuando viniste al Molinete y baja en quince minutos al portal. Tú sola, sin nadie más.

Sin esperar respuesta, colgó.

María había pegado su cabeza a la mía y ambas escuchamos con nitidez la voz metálica que salía del aparato. Incluso después de que terminase la llamada, nos quedamos unos instantes con el auricular en la mano, como si pudiera restablecerse la conexión y Sousa fuera a darnos alguna indicación más. Obviamente, eso no sucedió y fue María la que reaccionó primero.

—Vamos. Tienes que prepararte —dijo cogiendo uno de los monos del armario de mi cuarto, donde los teníamos colgados.

Luego me ayudó a vestirme y me hizo un moño con horquillas que, como la vez anterior, escondimos debajo de la gorra. Enseguida estuve lista y nos sentamos a esperar a que fuera la hora convenida. Los minutos duraban una eternidad y creí que no llegaría nunca el momento de bajar. Pero llegó, claro que llegó, y entonces abracé a María y le dije:

—Escúchame bien, María. Tal vez esto sea una emboscada. Tal vez no pueda regresar. Y, si eso sucede, si ves que tardo demasiado, quiero que te marches a tu casa y que no mires atrás. Estaré bien. Y sé que tú también lo estarás. Promételo. Prométeme que no harás ninguna tontería, que seguirás con tu vida y que no intentarás buscarme.

—No puedo ni quiero prometer eso. Márchate ahora mismo si no quieres perder este tren, querida —dijo ella y, por primera vez, fue quien apartó la mirada. Estaba emocionada. Temía, como yo, que el plan no saliera bien. Pero no teníamos más opción que confiar en ese tipo. Rai necesitaba que lo hiciéramos.

Me marché. Recuerdo que nuestros ojos se cruzaron una última vez y que nos dijimos muchas cosas sin palabras. En la vida hay pocas veces en las que la amistad y el amor se presenten de una forma tan nítida. Yo tuve ambas cosas. Ahora tenía que dejar la amistad a un lado para luchar por el amor.

Con decisión, bajé las escaleras de dos en dos, hasta el portal.

Estaba oscuro, así que cuando Greg me sorprendió por la espalda, no pude verlo venir. Lo que pasó es que se me abalanzó y yo no lo esperaba y no supe cómo reaccionar. Estuve a punto de chillar, pero él me tapó la boca antes de que ningún sonido brotara de mi garganta.

—Alba, esto es peligroso y nos jugamos mucho los dos, ¿me oyes? No quiero ni una tontería. Vas a ceñirte estrictamente a lo que yo te diga. Y a la primera que te salgas del guion, me marcharé y te quedarás sola. ¿Lo has entendido?

Asentí con la cabeza porque Greg seguía con su mano en mi boca y no podía hablar.

Él iba vestido con uniforme y me fijé en que varias insignias y algunos símbolos republicanos brillaban en su pechera. A pesar de su comportamiento autoritario, le sudaba la mano y se notaba que estaba nervioso. Ayudar a los traidores era un asunto que podía salir muy caro. Me pregunté qué le había llevado a cambiar de idea.

—¿Adónde vamos? —dije cuando él me liberó.

—¿No querías ver a Rai? —me respondió, y sentí que el corazón se me aceleraba.

—Gracias, Greg, de corazón —le contesté yo.

—Vamos —dijo tirando de mí, empujándome, tratando con esa actitud déspota de evitar cualquier tipo de emoción por su parte. Aquella noche Greg tenía una extraña mirada.

Luego caminamos en silencio los dos durante un rato, sin decir nada, hacia el puerto. La calle estaba casi desierta a esas horas de la madrugada. No nos cruzamos con mucha gente. Solo había borrachos y desharrapados. Nadie pareció fijarse en nosotros.

Cuando por fin estuvimos frente al *España 3,* observé un barco inglés que estaba fondeado justo al lado de este, pero no se veía a nadie en cubierta. Era como si el tiempo se hubiera suspendido. Reinaba un ambiente extraño y agónico. Greg me condujo al interior del barco checa. Me llevó hasta la Cámara de oficiales, donde había algunos hombres de la tripulación. Uno de ellos parecía bastante violento y enseguida increpó a Sousa:

—¿Qué hace esta aquí? Sabes que los presos no pueden recibir visitas.

—Son órdenes de arriba, así que no tengo que explicarte nada, Llorca. Trae al recluso Guitián —respondió Greg con autoridad y le dio un documento.

La tensión entre ambos era evidente. Luego supe que aquel tipo era el comandante del *España 3* y que fue quien torturó a los presos y uno de los máximos responsables de las atrocidades que ocurrieron allí. Pero, entonces, para mí solo era un energúmeno.

Me dejaron sola unos instantes encerrada en aquella cámara, mientras ellos iban a buscar a Rai. Cuando este apareció, estaba tan sucio y demacrado que me costó reconocerle. Tenía una barba de varios días, salpicada con algunas canas recientes y polvorienta al mismo tiempo. Parecía muy cansado. Llevaba el pelo despeinado, el uniforme ajado y había perdido peso de una forma muy evidente. Pero sus ojos y aquella mirada suya llena de amor eran los de siempre y eso bastó para que me colgara de su cuello y comenzara a besarlo por toda la cara.

—Me alegra mucho verte, marquesita —dijo. Fueron las mismas palabras que cuando lo liberaron los moros y nos reencontramos. Me eché a llorar.

Luego nos besamos y las lágrimas y la saliva de los dos se mezclaron y tardamos un poco en decir algo más. Solo queríamos estar abrazados, porque intuíamos que no habría más veces y que ese era el momento para que todo fuera dicho y para, es terrible decirlo, despedirnos.

* * *

Greg, que hasta ese momento había permanecido detrás junto a Llorca sin decir nada, presenciando nuestro reencuentro, miró al primer comandante con preocupación. Llorca parecía furioso y era el típico hombre capaz de cualquier cosa.

—Cinco minutos. No habrá más. Aprovechadlos —dijo.

Luego salieron los dos y echaron la llave por fuera. Nos quedamos solos.

Miré con ternura a mi marido. De nada sirvió que este tratara de aparentar normalidad y me dedicara una sonrisa forzada, ni tampoco que me abrazara mientras susurraba en mi oído palabras llenas de afecto. Porque, al final, sus ojos, expresivos, profundos y anegados de dolor, confesaban sin ambages todo lo que él quería ocultarme.

—Te voy a sacar de aquí, cariño —dije.

Rai me miró sin decir nada y luego colocó su dedo índice sobre mis labios mandándome callar.

—Chss. No digas nada, mi vida. No hay mucho tiempo —respondió, abrazándome de nuevo.

Yo temblaba de pies a cabeza. Tenía mucho miedo, y anticipaba que esos instantes con mi marido, con el amor de mi vida, eran efímeros y que pronto ya no estaríamos juntos. Me apreté contra él.

—¿Cómo están los niños? —me preguntó, y me di cuenta de que esa pregunta era todo lo que quedaba de nuestro mundo.

—Están bien, a salvo… —respondí.

—Me da tanta pena no poder verlos. Quisiera despedirme.

—¿Cómo estás tú? —pregunté cambiando de tema para no llorar.

—Bien, somos muchos y nos hacemos compañía.

—Pero ¿cómo os tratan?

—Hay de todo, pero estamos bien —dijo.

—Embustero. Mientes fatal —dije sonriendo como una muñeca rota.

Entonces él me besó. Fue un beso cálido y sereno. Tenía el sabor de la despedida, pero también el sello de lo eterno. Yo sentí que las piernas me flaqueaban y que me derrumbaría en el suelo si él no me sostenía. Lo hizo, a pesar de sus fuerzas mermadas y su cansancio, fue él quien me sostuvo a mí. Entonces pasó algo para lo que no estaba preparada.

Rai empezó a besarme de forma apasionada, mientras se las apañaba para desabrocharme el mono, que llevaba una cremallera que iba desde el cuello hasta las piernas. Luego empezó a mover sus manos nerviosamente por dentro de mi pechera y yo no comprendía lo que estaba haciendo. Ese extraño arranque de pasión resultaba inaudito, pero yo le dejaba hacer. Sin embargo, cuando llegó hasta mi pecho, escondió algo que parecía un papel doblado y pequeño en el tirante de mi sostén. Podía notar los pliegues angulosos de la cuartilla en contacto con mi piel, y lo único que se me ocurrió hacer en ese

momento fue responder con el mismo ardor a sus caricias. Nos jugábamos mucho. Si nos descubrían, nos matarían allí mismo. Y ni Sousa ni nadie podría evitarlo.

Después de aquello, Rai me subió la cremallera y se quedó abrazado a mí, susurrándome palabras tiernas al oído.

—Te quiero, mi marquesita, te quiero mucho.

Entonces se puso serio y empezó a darme instrucciones como si yo fuera un miembro de su dotación. Era muy consciente de que pronto vendrían a separarnos y no quería olvidarse de nada.

—Dile a Rai que no tenga mal genio y que cuide de sus hermanos.

—Pronto se lo dirás tú mismo, mi vida.

—Y a Pepe que coma más, que si no se quedará chiquitico y esmirriado.

—Claro que se lo diré.

Él decía todo eso y yo tenía miedo de llorar a moco tendido, así que, como podía, me tragaba las lágrimas. No sabía cuánto tiempo me quedaba, suponía que poco. No quería ser débil. No quería serlo por él, porque si me veía marchar destrozada se quedaría con ese recuerdo y yo no podía permitirlo.

—A la Nena dile que su papá la adora y que es la niña más bonita de España. Y a Alonso, enséñale muchas fotos mías y háblale de mí, Alba. Es tan pequeño que no tendrá ningún recuerdo mío. Eso me apena tanto…

—Tienes mi palabra de que crecerá sabiendo que su padre fue un gran hombre y un valiente, Rai.

Entonces, su expresión cambió por completo y cogió mis dos manos entre las suyas, sucias y llenas de heridas y cortes.

—Alba, amor, esto no va a terminar bien. Necesito que comprendas que las cosas son así. Necesito también que me prometas que estarás bien, que cuidarás de nuestra familia, que cuando salgas de aquí te vas a marchar lejos y os vais a poner a salvo…

Yo le miraba sin decir nada. Rai necesitaba vaciarse de todo lo que llevaba dentro porque él lo sabía. Sabía cuál sería su final y por

ello necesitaba decir todo lo importante antes de marcharse. Pero no pudo seguir hablando. Porque en ese momento, Llorca, Sousa y un tercero, Crisanto López, el que me había dedicado esas palabras soeces en el Molinete, entraron en la sala y nos separaron. Greg me agarró a mí y Crisanto a Rai.

—Se acabó —dijeron cogiéndole y sacándolo de la sala a empujones.

Entonces Rai levantó su voz y me dijo:

—No, Alba, esto no termina nunca. ¿Lo oyes? Lo nuestro es eterno. Te quiero. Siempre te querré…

—Yo también te quiero, Rai —respondí con la voz quebrada.

A Rai se lo llevaron aquellos malnacidos entre insultos y descalificaciones, y ese «te quiero» fue lo último que me dijo. No volví a verlo nunca más. Aún resuena en mi cabeza como un eco lejano.

Cuando se hubo marchado, yo me quedé allí a solas con Sousa.

—Vamos, tenemos que irnos —me ordenó.

Y cogiéndome del brazo como si pudiera zafarme y hacer alguna tontería, me condujo a la salida del barco. Allí mismo, en el puerto, yo me tiré al suelo y empecé a llorar sin contención. Justo al lado, fondeado y ajeno a lo que ocurría en el *España 3*, ondeaba la bandera del barco inglés. Temeroso de que mi llanto alertara a su tripulación, Greg me agarró de nuevo del brazo y me apremió para que me fuera a casa:

—Alba, vamos, no puedes quedarte aquí. Vas a conseguir que nos maten a los dos —dijo mirando alrededor para asegurarse de que nadie presenciaba la escena—. Vamos, esto no es seguro. Tienes que irte a casa.

No me di cuenta en ese momento, pero Greg estaba muy nervioso. Sudaba y estaba pálido. Le temblaba incluso el pulso. Creo que el careo con Llorca le había alterado mucho y puedo imaginar que Crisanto se había puesto del lado de este y que ambos lo habían amenazado con denunciarlo. Parecía un conejo asustado, pero yo no era consciente de sus problemas. Solo tenía espacio en el alma para los míos.

—¿Los van a matar? —pregunté aún sin levantarme.

—Eso me temo —dijo ayudándome a ponerme en pie.

Con aquella verdad plomiza, con aquella certeza que fue como una losa, algo murió dentro de mí aquella madrugada. Desde ese momento, obedecí sin resistencia y empecé a caminar hacia casa.

«Si puedes mantener la cabeza en su sitio,

cuando todos a tu alrededor la pierden y te culpan,

si puedes seguir creyendo en ti mismo, cuando todos dudan de ti…».

Si.

Rudyard Kipling.

***Q**uerida Alba de mi alma,*

Voy a morir. Es inminente. Aún no sé cuándo, pero no albergo ninguna duda de que nos matarán tarde o temprano. Estas letras son, por tanto, para despedirme de vosotros. Ni siquiera sé si algún día las leerás, pero la verdad es que escribirlas me hace sentirme menos solo.

En estos duros momentos solo pienso en ti. Cada día, cada hora y cada minuto mi mente y mi corazón están contigo. Será así hasta que exhale el último aliento.

Voy a morir profundamente agradecido a Dios por todo lo que me ha dado. No pude imaginar una vida mejor. Quiero que les digas eso a nuestros hijos: que su padre fue un tipo feliz y que volvería a vivirlo todo, punto por punto, con ellos y contigo. No quiero que les hables de guerras ni de bandos y si preguntan, solo diles que cumplía con mi deber y que, a veces, eso se paga caro, incluso con la muerte.

Ahora que el final está tan cerca, lo único que quiero pedirte, Alba, mi último deseo, es que al pensar en mí sigas sonriendo siempre con esa sonrisa tuya que después de once años casados todavía me vuelve loco. No estés triste, te lo ruego, no dejes que el odio te destruya. Si eso sucediera, habrían ganado ellos. No lo permitas. Solo mira hacia adelante, sin rencor, enseñando a nuestros hijos otra forma de vivir, la nuestra.

Cuando me llegue la hora, mi mente estará muy lejos, tal vez paseando de tu mano por los campos de los Gabatos; en La Royal, dibujando tu rostro de niña; en el Óvalo, mirando las estrellas; o en casa, oliendo el perfume de tu cabello recién lavado. Porque te digo una cosa, Alba, y recuérdalo siempre: nadie podrá arrebatarme nunca lo único que de verdad me pertenece, tu corazón.

Ya he puesto mis asuntos en orden con Dios y estoy listo. Te esperaré en el otro lado, te cuidaré en la distancia y te regañaré por ser demasiado severa con los niños o por pensar demasiado poco en tu Rai. Y tú te quedarás aquí, porque tienes la misión de criar a nuestros hijos para que sean, el día de mañana, gente buena y de provecho.

¡Adiós, marquesita! Te quiere con toda el alma, hoy y siempre,

Rai

* * *

Mientras lloro al releer su despedida, me preparo para hablar de venganza. En efecto, lo que siguió en esta historia fue consecuencia de una revancha terrible y desproporcionada.

Antes de escribir sobre todo eso, pienso por un momento en Lolines. Ella se ha asomado de nuevo hace un rato a ver cómo estoy, pero no se ha atrevido a entrar. Está enfadada porque no le hago caso y no dejo este relato de dolor y muerte a un lado, como le gustaría. Ay, el deber, Lolines. A veces está por encima de las apetencias personales. No he conseguido que eso lo comprendas. Tengo que terminar esto, tengo que hacerlo.

Pero, al final, la misma lealtad que me mueve a escribir esta historia es la que me lleva también a reconciliarme con ella.

—Lolines, ¿puedes venir? —grito.

No tardo en escuchar sus pasos.

—¿Necesita algo? —pregunta ella desde el umbral de la puerta.

—Pasa, mujer, no te quedes ahí —respondo.

Entonces le entrego la carta de despedida de Rai y le pido que me la dicte. Es mi forma de decirle que estamos juntas en esto. Y su reacción dócil y obediente es su forma de decirme que lo acepta y lo comprende.

Proseguimos el trabajo sin decir nada más. Ella dicta y yo escribo, sin juicios ni reproches.

Todo lo que sucedió después de nuestra despedida está bien documentado. Hay hemeroteca, expedientes secretos de la Causa General a los que, con ayuda de algunos amigos, accedí, y también

declaraciones de la gente que sobrevivió y pudo contarlo. A pesar de todo, supongo que algo de mi imaginación salpicará de alguna forma esta parte del relato. Es inevitable, pues he proyectado esos instantes en mi cabeza más de un millón de veces.

Las cosas se descontrolaron cuando el 13 de agosto, el acorazado *Jaime I*, que había quedado en manos del bando republicano después de que sus dotaciones se sublevasen a los mandos, surcaba las aguas de Málaga con el objetivo de impedir que las tropas de Marruecos alcanzaran la península. Fue en ese mismo barco en el que, al producirse la rebelión contra la oficialidad, dos hombres perdieron la vida y fueron arrojados al mar por orden directa del Gobierno. El ambiente estaba, por tanto, muy tenso abordo. Los hermanos Rego, Joaquín y Daniel, del Partido Comunista y conocidos por su extremismo y por formar parte de la llamada Guardia Roja, se convirtieron en improvisados líderes dentro del buque. Y con Javier Ruso, que también tenía su ascendencia entre el resto de los tripulantes, debatían con vehemencia sobre lo que debían hacer con los oficiales apresados en la bodega.

Daniel preguntaba si, puesto que ya habían acabado con el comandante, podían terminar de hacer justicia exterminando a los jefes presos. Joaquín Rego, su hermano, era muy partidario también de ejecutarlos, pero Ruso, más cabal y algo menos impetuoso, les recordó que habían recibido órdenes taxativas al respecto desde Madrid. No había lugar a la interpretación. El ministro había dicho que debían llevar a los detenidos a tierra, donde un tribunal los juzgaría y, solo tras recibir sentencia, se les podría arrebatar la vida, no antes.

«Estamos en guerra, joder. Es absurdo tanto formalismo», le dijo Joaquín a Ruso. «Yo pienso como vosotros», respondió este. «Pero los de arriba tienen otra forma de ver las cosas». «Cómo se nota que ellos están en sus despachos y no aquí, jugándose el pellejo», continuó Daniel con desprecio.

No pudieron seguir hablando del tema porque, de pronto, fuera se empezaron a escuchar fuertes detonaciones, así como gritos y pánico entre los de la dotación. Salieron a ver qué ocurría y descubrieron que estaban siendo bombardeados y que el asunto era grave.

La realidad es que la aviación alemana, la *Lufwaffe*, con autorización del general Kindelán, jefe de la aviación de los sublevados, había ordenado atacar el acorazado. Se lanzaron tres bombas sobre el buque con bastante tino y ocasionaron con ello varias

muertes, algunos heridos y muchos destrozos en el barco.

—Hay que llevarlo a reparar a Cartagena —dijo Daniel al examinar los daños.

Su hermano Joaquín no reaccionaba. Estaba como ido, con la mirada clavada en el infinito y el cuerpo rígido como una estaca por el miedo. Las detonaciones le habían producido una especie de *shock* y no podían hacerle reaccionar.

Después de gritar su nombre varias veces, Daniel optó por zarandearle intentando que volviera en sí, y tuvo que repetir aquel gesto unas cuantas veces. Cuando por fin lo logró, Joaquín volvió a la vida como si fuera un zombi y, sin mediar palabra, cogió un machete y fue hasta la bodega. Allí, con la mirada llena de odio, y con el corazón clamando venganza, fue uno por uno, mandando salir a los jefes. Luego los pasó a cuchillo mientras el resto no solo no le detuvo, sino que se sumó a esa carnicería espontánea. Cuando llegaron al muelle cartagenero, la cubierta del *Jaime* estaba aún llena de sangre y apestaba con ese olor metálico que dejan las masacres.

En Cartagena, la noticia corrió como la pólvora y, junto a esta, otros aprovecharon también para difundir bulos y chismes. Querían soliviantar a las gentes y encender en ellos la mecha de la justicia y del ojo por ojo. Solo había que azuzarles un poco, de modo que les dijeron que los fascistas, allá donde la sublevación había prosperado, andaban degollando gente inocente, violando muchachas y destripando niños. Les hablaron, además, de que habían rociado con gasolina a familias enteras del bando republicano y de que, luego, les habían prendido fuego. Y también dijeron que a algunos milicianos les habían sacado las vísceras para atarles con ellas las manos. Finalmente, les contaron que todas las casas habían sido saqueadas y que el caos reinaba en los lugares donde los rebeldes campaban a sus anchas. Les decían esas mentiras para que ellos tuvieran más garra a la hora de defender lo suyo. Así consiguieron, sembrando el miedo, que se hiciera verdad la mentira a base de repetición.

Por su parte, Rego y los demás del *Jaime I*, nada más llegar a la Base Naval, se entrevistaron con las autoridades del Arsenal, Antonio Ruiz y Manuel Gutiérrez. Les pusieron al corriente de los hechos y exigieron, como venganza por el bombardeo, la vida de los oficiales del *España 3*. Eran muchos los que pedían la sangre de los sublevados como justo cambio por las vidas perdidas en el barco.

Pero, a pesar de la crispación y de las presiones, desde su

despacho, Antonio les pidió sentido común y paciencia.

—Ya os lo he dicho. Esperaremos a que sean juzgados.

Antonio era republicano hasta la médula, pero no era un exaltado. Y como jefe de la Base, tenía la autoridad para decidir. A pesar de que notaba una hostilidad creciente cada vez que les llevaba la contraria, no se dejó amedrentar por ellos y se mantuvo en sus trece.

—Bajo tu responsabilidad —dijo Daniel—. Creo que no tienes ni idea de a lo que nos exponemos si seguimos conteniendo las ansias de justicia de un pueblo que se rebela ante aquellos que han intentado asaltar el poder por la fuerza.

Lamentablemente, Manuel, jefe del Arsenal, estaba a favor de los Rego.

—¿Sabes qué ocurrirá si no hacemos lo que piden, Antonio? Que acabaran levantándose contra nosotros también —dijo.

—Así es. Sois la autoridad, tenéis que dar respuestas. Si no, os tacharán de traidores, o peor, os quitarán igual de rápido que os pusieron —insistió Daniel.

Antonio se quedó pensativo. Tenía treinta años, una edad en la que ya no se tiene la impulsividad de la juventud, pero tampoco la experiencia suficiente como para desoír las recomendaciones de otros colegas sin al menos haberlas sopesado muy en serio.

—Que lo hagan —dijo, al final—. Si quieren mi puesto, aquí lo tienen. Pero mientras yo mande, esto no será la jungla, señores. Si nosotros actuamos saltándonos todos los procedimientos, no seremos muy distintos de los rebeldes.

—Estamos en guerra —respondió Manuel.

—Pues hasta en la guerra hay reglas, Gutiérrez, por Dios —dijo Ruiz.

—Ni Dios ni hostias. Han bombardeado y matado a los nuestros —respondió este.

—Tú no viste la masacre, Antonio. No puedes dejarlo correr, no puedes… —añadió Daniel.

—No he dicho que haya que dejarlo correr. He dicho que esos hombres merecen su juicio y lo tendrán.

Antonio, a pesar de los insultos que le dedicaron Rego y Gutiérrez, salió del despacho para dar la orden de que le llevaran de inmediato la excéntrica del barco, una pieza que impedía que pudiera zarpar el *España 3* sin su autorización. Intuía que los Rego tratarían de saltarse el mando e intentarían llevarse a los reos a altamar para ajusticiarlos. También sabía que, llegado el caso, Gutiérrez no haría nada por evitarlo.

Y, en efecto, eso fue lo que ocurrió.

Los Rego convencieron a Gutiérrez y este avisó a Llorca y a Crisanto, los dos comandantes del *España 3* con los que yo me encaré cuando me permitieron visitar a Rai. Fue hasta el barco y les dio la orden de que estuvieran preparados para zarpar en cualquier momento. «Será esta noche», les advirtió, y Llorca se cuadró satisfecho porque les tenía muchas ganas a esos oficiales estirados y señoritingos.

Así, todo quedó dispuesto, organizado y premeditado desde muchas horas antes de que ocurriese la tragedia. Eso está más que probado y aparece en las declaraciones que muchos hicieron al término de la guerra, aunque ya no quede nadie a quien le interese saber la verdad.

Antes de bajarse del barco, Gutiérrez dejó muy claro a los comandantes que no quería que volvieran con carga. Crisanto le aseguró que sabían bien lo que había que hacer.

Entretanto, un auxiliar se coló en el despacho de Ruiz por orden de Gutiérrez y se hizo con la pieza que Antonio había requisado y que necesitaban para echarse a la mar. Con esta, los Rego, Javier Ruso y la dotación del vapor, junto con unos cuantos voluntarios más, partieron del puerto de Cartagena en la madrugada del quince de agosto, en dirección al cabo Tiñoso, sin alejarse demasiado de la costa, pero al menos lo suficiente como para sentirse a salvo de miradas indiscretas.

Para los oficiales, saber que el *España 3* zarpaba fue una señal funesta del destino que les aguardaba.

—Nos van a matar —dijo alguien en la bodega.

Yo imagino que Rai y Mota recibieron la noticia sentados en la misma posición en la que llevaban ya días. Mota habría mantenido la calma al principio y, casi con seguridad, hasta cierto entusiasmo.

Probablemente, se convenció de que saldrían de aquello victoriosos y convertidos en héroes y seguro que, en los primeros días, había sido quien había animado al resto a no perder la fe:

—No pueden matar así de golpe a ciento cincuenta oficiales de la Marina Española. Nos necesitan, aunque sea para mandar los barcos. Esos inútiles no podrían llevarlos a buen puerto ni aunque lo intentasen día y noche durante todo un mes.

Pero, poco a poco, con el hambre, la mugre y la disentería también habrían ido menguando las ilusiones y la esperanza de que aquello pudiera terminar bien. El reloj jugaba en contra y, después de un par de semanas sin ver la luz del sol, Mota y los demás se habrían apagado como la llama de una vela sin oxígeno. Eran valientes y habían sido entrenados para resistir, pero aquello duraba demasiado ya y no se veía por ningún lado el desenlace.

Sin embargo, cuando escucharon aquella voz diciendo que los iban a ejecutar, les pilló casi de sorpresa y ya nadie lo esperaba. Porque aquel tedio con el que las horas se habían ido sucediendo desde que se produjo el alzamiento les había hecho acostumbrarse al cautiverio. Presos de la monotonía del transcurrir de los días, todos iguales, tenían la sospecha de que sus guardianes tan solo estaban dejando pasar el tiempo para verlos morir de hambre o de alguna enfermedad contagiosa de las muchas que se iban extendiendo por la bodega.

No obstante, a medida que tomaron conciencia de lo que estaba por suceder, fueron despertando como de un extraño letargo y los ánimos se caldearon. Estaban agotados, desnutridos y muchos, incluso enfermos. Sin embargo, el instinto de supervivencia del ser humano es más fuerte que su propio desgaste y, de pronto, revivieron y empezaron a evaluar cómo podían defenderse. ¿Tenían alguna oportunidad? Rai estaba convencido de que no. Ya me lo había escrito en su carta y no albergo ninguna duda al respecto.

—Van armados, están bien alimentados y no llevan encerrados un mes en este cuchitril como nosotros —le diría en voz baja a Mota—. Aunque consiguiéramos rebelarnos, no podríamos aguantar nadando ni diez minutos.

Y Mota, que seguramente al principio había sentido que una pequeña reserva de vigor lo invadía, pronto se debió dar cuenta de que Rai tenía razón. Supongo que no les dijeron nada a los demás para no sembrar la desesperación. Cada uno necesitaba vivir ese proceso a

su manera.

—Rai, yo no quiero morir.

Los ojos azules de Juan, llenos de miedo, buscarían, como tantas veces antes, algún consuelo en los ojos negros de Rai. Transmitirían, sin necesidad de palabras, que no querían dejar tantos sueños sin cumplir ni tantas cosas a medias.

—Lo sé, Juan —debió responder Rai—. Ninguno queremos morir y ninguno lo merecemos.

Luego, el silencio se fue apoderando de todo porque, lentamente, las voces del resto de los oficiales también se apagaron, se extinguieron como lo hizo su esperanza. Era imposible poder atacar a la dotación sin armas y desde ese agujero. La bodega quedó entonces impregnada del color oscuro de la rendición. Muchos jefes empezaron a rezar. Rai y Mota se unieron a ellos.

—Rai, creo que, si tú no estuvieses aquí, me fallaría el valor —exclamó Juan de pronto con los ojos brillantes, al borde de las lágrimas.

—A mí también, Juan, a mí también —respondió este con gravedad.

Después, con el corazón en un puño, continuaron rezando y sus voces se perdieron en aquel coro de súplicas y oraciones de quienes se sabían sentenciados.

* * *

A veinte millas hacia el sur de Cartagena, el reloj se detuvo y comenzó la matanza.

En cubierta, Crisanto se puso a dar instrucciones acerca de cómo disponer a los presos para fusilarlos. Se ordenaron dos piquetes de ejecución, uno a proa y otro a popa. Los primeros hombres fueron subiendo. Eran un grupo de ocho o nueve prisioneros a los que ataron de algún modo a la banda de estribor.

—Descargaré el cargador de mi pistola sobre aquel que dude de cumplimentar mis órdenes —dijo Crisanto amenazando a todos con su arma, pero no le dio tiempo a decir nada más porque el primer comandante dio la orden de disparar.

Así quedaron ajusticiados los primeros oficiales. Con cierta dificultad, los fueron desatando y, después de atarles una parrilla a los pies, los arrojaron al mar.

—Eso, que sirvan de comida a los peces —dijo Llorca.

—Pobres peces —bromeó uno de los Rego.

Desde la bodega, se escuchaban los gritos en cubierta. Había cierto nerviosismo entre la dotación por mantener un buen ritmo en la matanza. Habían tenido que repensar cómo iban a darles muerte a todos. Incluso uno de los de la tripulación les había dicho que eso era una locura y que debían regresar a tierra, pero Crisanto estuvo a punto de pegarle un tiro y, al final, Llorca había ordenado encerrarlo en un despacho. Luego decidieron que los presos habrían de salir de dos en dos y que les pegarían un tiro en la nuca, mientras otro les remataría con un disparo en la frente. Tenían que darse prisa. Alguien les echaría de menos pronto en tierra y se correría la voz de alarma.

—Vosotros, ¡baldead la cubierta! —ordenaba Crisanto a un grupo de marineros tras cada ejecución.

Abajo, el jaleo mantenía a los prisioneros alerta, tratando de entender lo que iba ocurriendo arriba. Bruquetas llamó a alguien de la dotación y expresó una última voluntad.

—Dadnos papel, por caridad. Para despedirnos de nuestras esposas.

—Que les den papel higiénico —respondió Crisanto riendo cuando le trasladaron la petición.

A partir de ese momento, les tiraron unos cuantos rollos de papel y los detenidos empezaron a agolparse para poder coger un poco. La idea de escribir unas letras de despedida les dio un propósito fugaz y alivió por un momento el sufrimiento de estar esperando el turno para salir a morir.

Rai y Mota lograron cada uno un trozo de papel y garabatearon varias frases. Les temblaba el pulso. Ninguno podía imaginar que, nada más asesinarlos, tirarían sus cartas al mar. Y que nosotras, sus madres y esposas, nunca recibiríamos ni una sola de sus palabras de despedida. Pero yo sé que, en la mía, como hacía cuando éramos novios, Rai habría pintado con pulso tembloroso nuestros nombres entrelazados con un aspa y en el medio habría sellado con un beso su último adiós.

Cuando les tocó salir, entre empujones y patadas de sus asesinos, Rai y Juanito tuvieron tiempo para un último abrazo. Se miraron sin decir una palabra, conteniendo las náuseas, dejándose arrastrar a la cubierta por esos bestias que los insultaban y golpeaban. Rai no mostró ninguna emoción. Miró hacia delante y se dijo que solo necesitaba un último arranque de valor para terminar con todo eso.

En cubierta, el color rojo de la sangre que no habían limpiado de los anteriores presos ejecutados le impresionó un poco. Mientras lo empujaban, Rai pudo ver a uno de los Rego, con la pistola en la mano, y supo que era el momento de cumplir la promesa que me había hecho. Cerró los ojos para irse lejos de allí y, de pronto, volvió a aquella tarde de junio, y me vio sentada en la plaza, riendo, mirándole de aquella manera desafiante, con mi sombrerito azul y los labios pintados de rojo…

—Vamos, disparad de una puta vez —dijo Crisanto a lo lejos.

—No voy a casarme nunca, Guitián —me escuchó Rai decir a mí y luego me vio vestida de novia pronunciando el sí quiero.

Entonces comenzó a dibujarme mentalmente con sus acuarelas. Repasó mis ojos oscuros, mi sonrisa, las ondas de mi pelo, mi nariz…

—¡Fuego, abrid fuego ya, joder, que es para hoy! —repitió el segundo comandante del *España 3*.

—Alba —me llamó mi esposo, diciendo mi nombre en voz alta.

Luego se oyeron las detonaciones. Aquel sonido rasgó la madrugada y, después de eso, nada.

Quiero creer que no sintió dolor, que murió de inmediato y que la última imagen que tuvo fue la mía, la de su marquesita, coqueta y sonriente, lejos de todo aquello. Quiero creer que todo sucedió así, como lo he contado, porque es así como lo he imaginado cientos de veces. En todo caso, él ya no estaba allí cuando le pusieron los pesos en los pies y le lanzaron al agua, junto con los papeles en los que había escrito nuestras iniciales y su despedida. No escuchó los vivas y mueras a la República, ni vio cómo su cuerpo flotaba primero, para irse sumergiendo después hacia lo más profundo del océano, y desaparecer para siempre en las aguas de esa mar a la que tanto amó.

Para Rai, por fin, todo había terminado.

* * *

Mientras todo esto sucedía, María y yo nos despertamos, ajenas a los acontecimientos, la mañana del dieciséis de agosto, y salimos hacia el consulado. Necesitábamos ayuda. Yo sabía que no podía contar ya con Sousa y que lo único que tal vez podría servir de algo era tirar de algún pez gordo amigo del señor Müller, aunque no niego que no tenía demasiadas esperanzas al respecto. Aun así, seguía decidida a intentarlo hasta el final.

Íbamos caminando en silencio, cansadas y desanimadas, cuando, de pronto, vimos a Dolores Carrasco al final de la calle. Ella, al principio, no nos vio. Caminaba haciendo eses. Parecía un espectro salido de uno de los cuentos de Poe, con la melena enredada, la ropa hecha harapos y los ojos desencajados, como de loca.

Nosotras íbamos a seguir nuestro camino, casi agradecidas de que no nos hubiera visto, cuando, repentinamente, ella se volvió y sus ojos se clavaron en los míos. Entonces vino directa hacia nosotras y comenzó a increparme con saña y desesperación.

—Tú lo has matado, maldita zorra —dijo gritando.

Sus ojos estaban llenos de odio y de dolor. Tenía ojeras muy profundas, el maquillaje corrido y la piel muy reseca. Se notaba que había estado llorando.

—No sé de lo que hablas, Dolores —dije asustada.

—Han matado a Greg, espero que estés contenta. Tú y solo tú has hecho que lo asesinen —gritó, cada vez más alterada.

Comprendí de una forma nítida y terrible lo que trataba de explicarme. Lo habían asesinado. Era fácil intuir por qué. Al parecer, Llorca, Crisanto y todos aquellos desalmados que mataron a mi marido, tomaron a Greg por traidor, lo denunciaron y lograron la autorización necesaria para darle su merecido. Entre gritos de «mueran los traidores» se lo cargaron y dejaron su cuerpo junto a la tapia del cementerio. Lo último que Greg escuchó fue que alguien que ayudaba a un fascista era fascista también.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

—Tan segura como de que también han matado al tuyo. Eso es lo único que alivia mi pena. Que tú también estás jodida. Ahí ya somos dos.

—¿Qué demonios estás diciendo? —dije palideciendo.

—Que tu querido Rai ha sido ejecutado hoy, que está en el fondo del mar criando malvas y que no volverás a verlo jamás —me respondió con gran dureza. Al parecer mi dolor hacía que el suyo se mitigara.

Como en aquella premonición de la Biblia del viejo Simeón a la Virgen María, yo sentí que una espada, en ese instante, me atravesaba el alma y me partía en dos.

—¡No, no, por favor! —chillé y caí de rodillas al suelo donde continué sollozando.

Dolores se acercó y, sin quitar aquella mirada de desprecio, me escupió en la cara y luego se fue, con el mismo caminar errático con el que la habíamos visto aparecer un rato antes.

Sin mediar palabra, María se agachó y me limpió la mejilla con su pañuelo.

Rai había muerto. Nada tenía sentido ya para mí. Nada.

* * *

María me arrastró hasta casa como pudo. Yo apenas podía caminar, devastada como estaba ante la espantosa posibilidad de que Rai hubiera muerto. No podía creerlo y, sin embargo, sabía que era verdad. No tenía ni idea de lo que había pasado, no conocía lo del bombardeo del *Jaime I* ni los pormenores de la matanza del *España 3*, y ni siquiera me había dicho Dolores los nombres de los asesinos de Rai, pero sabía que esa mujer no mentía. Mi marido estaba muerto. Podía sentirlo dentro, de un modo tan intenso que el dolor me impedía respirar. Me faltaba el aire y me parecía que iba a asfixiarme ahí mismo.

—Alba, vamos, necesito que hagas un último esfuerzo —dijo María tirando de mí.

Hubiera querido responder y decir que era mejor que me dejara allí mismo porque no tenía fuerzas para moverme. Pero ni siquiera fui capaz de expresar eso en voz alta. Solo logré emitir un gemido ininteligible.

María no se rindió y siguió cargando conmigo durante varias calles. No sé cómo lo hizo, pero logró llevarnos a ambas hasta mi casa.

Una vez allí, me quitó los zapatos y me metió en la cama tal y

como estaba vestida. Salió de la habitación, no sin antes prometerme que volvería a mi lado en unos segundos.

—No me dejes sola —le supliqué, pero ya se había marchado.

No tardó en volver y cuando lo hizo, me pareció que estaba completamente pálida.

—Tenemos que irnos, cariño —dijo—. Sé que necesitas tiempo, pero no podemos demorarnos. Si no nos damos prisa, tal vez luego no podamos escapar.

María acababa de hablar con Heinrich y este le había puesto al corriente de la gravedad de la situación. Conocía los asesinatos del *España 3* y le habían llegado noticias de que los propios asesinos estaban arrestando a las viudas de los oficiales masacrados. Corríamos un grave peligro si nos quedábamos allí, porque no tardarían demasiado en presentarse en nuestra casa, y tal vez fuera el propio Barbosa quien diese la orden. El cónsul nos instó a darnos prisa.

—Os mando un coche. Coged solo lo necesario, María. Id a buscar a los niños de Alba y salir de Cartagena cuanto antes —le ordenó.

Ella vino a mi habitación a buscarme y me encontró bañada en mi propia orina. Me lavó como pudo, tratando de explicarme cómo estaban las cosas, pero yo no reaccionaba.

—Alba, cariño, escúchame. Tienes que escucharme —me dijo varias veces sin obtener resultados.

Después de varios intentos, comenzó a zarandearme y al final me gritó:

—Alba, tienes que reaccionar. Comprendo tu dolor, sé que estás rota por dentro. Lo sé y yo también sufro por ti, pero dice Heinrich que todos estamos en peligro. Tus hijos también lo están, tenemos que ponerlos a salvo. ¿Comprendes eso?

Al escuchar la palabra «hijos», algo dentro de mí cambió y conseguí salir del inmenso agujero negro en el que flotaba.

—Los niños…

—Sí, los niños, Alba. Tienen planes para enviar a Rusia a todos los huérfanos de los oficiales del *España 3*.

—Tenemos que irnos…

Eché mano al guardapelo de mi cuello y le pedí a Rai que me ayudara en esos momentos desde donde quiera que estuviese. Noté un sentimiento repentino de paz y, de pronto, sentí que recuperaba las fuerzas y logré ponerme en marcha. Entonces me cambié de ropa y ayudé también a María a recoger unas cuantas cosas que quería que nos lleváramos. Diez minutos después, estábamos en la calle subiendo al coche de Heinrich, que ya estaba abajo esperándonos.

Cuando ya estábamos las dos dentro del auto y el chofer estaba a punto de arrancar, vi por la ventana algo terrible que me hizo gritarle con brusquedad que parara.

—Vuelvo enseguida, te lo prometo —dije, volviéndome hacia María.

Ella protestó, pero yo bajé del vehículo igualmente y corrí hacia la entrada del Arsenal, donde una Adela Mota convertida en zombi, demacrada y huesuda, caminaba sin rumbo. Ni siquiera me vio acercarme. Al llegar hasta ella, su dolor y mi dolor se encontraron en una mirada terrible que duró una vida entera.

—Lo han matado, Alba. ¡Víctor está muerto!

No era necesario que yo le dijera que Rai también lo estaba. Lo sabía.

La abracé y permanecimos así unos segundos. Luego, al separarnos, Adela me explicó que su marido llevaba en la Grillera desde el 20 de julio, el día que lo arrestaron, y que acababan de ejecutar la sentencia a la que lo habían condenado hacía unos días. Más tarde supe que Crisanto, el del *España 3* y uno de los que ajustició a Sousa, fue también quien ejecutó a Gironella, el marido de Adela.

—Víctor no ha mostrado ni un ápice de debilidad de camino al paredón, Alba. Yo le grité desde fuera que tenía que ser valiente. Casi no me salía la voz. Él, sin titubear, se dio la vuelta y me dedicó una mirada serena como respuesta. Luego se escucharon los disparos y más tarde alguien ha venido a decirme que ya todo ha terminado.

Adela se derrumbó entonces y empezó a sollozar. Con ojos desesperados, me miró y exclamó:

—Oh, Alba, ¿qué voy a hacer ahora?

—Ven con nosotros, Adela. Nos marchamos. Hay un sitio para ti, si quieres. Pero tiene que ser ya…

—Alba, por Dios. Tenemos que irnos —gritó María, impaciente, desde el coche.

—No puedo. Tengo que enterrarle. Y están también mis padres y mis niños —respondió ella.

No escuché lo que dijo luego, porque unos guardias salieron del Arsenal y yo corrí hacia el auto temiendo que nos detuvieran.

—Lo siento mucho, amiga mía. Te escribiré, te lo prometo. Ten mucho cuidado.

No sé si me respondió. El coche arrancó y ella fue haciéndose pequeñita hasta desaparecer, mientras yo miraba con tristeza por el cristal de atrás del automóvil. No volví a verla nunca. Me dijeron que murió de una neumonía durante la guerra y corrió también el rumor de que sus hijos, desaparecidos, fueron de aquellos niños huérfanos que acabaron en la Unión Soviética, con el cerebro lavado y sin apenas recordar quiénes fueron sus padres.

Nunca he logrado saber si ese chisme era cierto.

* * *

Cuando llegamos a Torre Catá, salieron a nuestro encuentro Jesús y su hijo Juan, así como el señor Navarro, Nando de Fuentelaguna, mis hijos, Elisa y Candela. Las dos últimas se me abrazaron con fuerza. Los niños, sin embargo, permanecieron atrás, cautos, sin atreverse a venir hasta mí. Con lágrimas en los ojos, fui yo la que corrió hacia ellos y los estrujé con tanta fuerza que les hice daño.

—¡Mis pequeños! Os he echado tanto de menos... Os prometo que no volveremos a separarnos —sollocé.

Vi que la Nena abrazaba con fuerza aquella muñeca suya, el regalo de su papá. Me parecieron tan vulnerables los cuatro que sentí que, pasara lo que pasara, yo debía ser fuerte por ellos.

En ese momento, Jesús Solís, que hasta ese instante se había mantenido en un discreto segundo plano, se adelantó y me dijo que podíamos quedarnos todo el tiempo que necesitáramos allí como sus invitados, pero María le cortó y dijo que lo había dispuesto todo con Heinrich para llevarnos a Lorca, a su finca familiar, donde podría

protegernos, pues contaba con amigos importantes allí que podían garantizar nuestra seguridad.

—Estarán mucho más seguros si se alejan de Cartagena, Jesús —le explicó.

Este dijo que lo comprendía perfectamente. Sin embargo, para su sorpresa, yo rehusé la invitación de ambos. Tenía claro mi próximo movimiento.

—Os agradezco infinito vuestra ayuda, pero yo debo ir con mi madre.

—Pero, Alba, ¿qué dices? Eso es muy peligroso… —dijo ella desconcertada.

—Lo es, llevas razón, pero mis padres son mi familia, la única que me queda. Tengo que ir a buscarlos. Sobre todo por mi padre, al que quizás ni siquiera llegue a ver con vida, pero no te preocupes, María, vosotros marchaos. Yo me las apañaré para llegar hasta Alicante.

—Ni mucho menos. Yo te llevaré —se ofreció Nando de Fuentelaguna.

Nando, siempre tan valiente, se ofreció una vez más a luchar por mí, a acompañarme sin mirar adónde, sin preguntarse qué riesgos supondría movernos en coche por una España en guerra. Pero yo no quería meterle en problemas, así que decliné su ofrecimiento.

—No puede ser, Nando, tú tienes que estar aquí con tu madre —dije mirando a doña Marga.

Para mi sorpresa, la marquesa de Fuentelaguna tenía muy clara su postura al respecto:

—No digas tonterías, Alba Aldave. Mi hijo es un caballero y no va a dejar que una mujer sola con cuatro hijos viaje por ahí sin protección, con la que está cayendo. Y, aunque él quisiera, yo no lo permitiría. Nosotros somos gente de valores, muchacha. Yo estaré bien aquí, con los señores Solís.

Jesús y Juan asintieron al verse aludidos. Por su parte, Nando de Fuentelaguna y yo, junto con mis cuatro hijos, pusimos rumbo a Alicante dejando en Torre Catá a muchos de nuestros amigos, sin saber si volveríamos a verlos algún día.

* * *

Llegamos a Alicante sin contratiempos. Nando llevaba un arma por si teníamos que defendernos, habíamos llenado el coche a tope de combustible para no tener que parar y nos vestimos con ropas humildes del servicio de los Solís, todo ello para no llamar la atención en la medida de lo posible. Parecíamos milicianos, pero eso no era garantía de nada. Como todo en ese tiempo, llegar sanos y salvos era una lotería que no podíamos dar por sentada.

Encontré a mi madre como a todo el mundo en aquellos días, envejecida por el sufrimiento de que cada día fuera el último de mi padre y hambrienta porque muchas jornadas no había nada que comer. La abracé con fuerza, tanta que recuerdo que ella se quejó de dolor, aunque no interrumpió mi abrazo. Así, las dos lloramos, mientras Nando y los niños nos miraban a cierta distancia. No me importó que me vieran en ese estado y no traté de disimular. Necesitaba el consuelo de mi madre, y necesitaba llorar en sus brazos como hacen los niños de forma instintiva.

—Mamá, me lo han matado —dije en voz bajita, muy cerca de su oído sin que los demás lo escucharan. Se me escaparon unos gemidos que brotaron de lo más profundo de mis entrañas y luego añadí:

—¿Cómo voy a poder seguir adelante sin él?

—Hija mía, lo haremos, te lo prometo —contestó ella acariciando mi melena.

Entonces me explicó que tenían a papá encerrado todavía en el Hotel Samper, que ya había sentencia y que estaba condenado a muerte, pero que aún no se sabía la fecha para la ejecución.

—Todos los días me dicen que posiblemente sea el último y que me despida por si acaso. Llevo así semanas. Es agotador, hija.

—¿Y papá? ¿Cómo está? — le pregunté.

—Tu padre hace tiempo que se ha puesto en manos de Dios. Dice que está en paz. Yo mantengo el tipo como puedo, pero salgo rota. No quiero que él me vea sufrir… Quiero que se vaya tranquilo, cariño. Creo que le alegrará saber que estoy contigo y con los niños, por fin.

—Quiero ir a verle —dije.

Y así lo hicimos. Al día siguiente, dejamos a los niños con la

Quica, y Nando nos llevó a mamá y a mí al hotel, donde por fin pude ver a mi padre.

Nando se quedó fuera mientras mi madre y yo nos sentamos en la sala de visitas. Cuando papá entró, después de un rato de espera, mi primera impresión fue de serenidad. Debo decir que le encontré muy tranquilo y tenía casi mejor aspecto que mamá. Su talante siempre fue el de un hombre de gran templanza, y poseía una enorme confianza en Dios. Insistía en que no le tenía miedo a la muerte, si acaso un poco más de apego a la vida de lo recomendable, pero que muy pronto se le pasaría. Papá era así. Conservaba algo de un extraño sentido del humor incluso en esos momentos adversos, y no parecía estar afectado por la espada de Damocles que representaba vivir pendiente de una sentencia de muerte que habría de ejecutarse un día u otro. Tampoco guardaba rencor a nadie, a pesar de que los otros jefes y oficiales que había encerrados con él le dieron la espalda y ninguno le dirigía la palabra. Pensaban que tenía la culpa de que hubiera fracasado el alzamiento en Alicante. Decían que su postura tibia les había condenado. Pero papá no se dejaba amedrentar. Consideraba que los sucesos que estábamos viviendo nos trascendían a todos. Por un momento, quise parecerme un poco más a él, pero yo siempre tuve un carácter vehemente, más parecido al del abuelo.

—Mi niña —dijo cogiéndome las dos manos con las suyas.

Verlo me hizo dar rienda suelta a todas las emociones reprimidas y comencé a sollozar como una cría. Tuve al menos el regalo inmenso y la suerte de despedirme de él, sin tener entre ambos aquella maldita rejilla que me había separado de Inés cuando me permitieron visitarla. A pesar de todo, estuvimos vigilados de continuo.

—Papá —dije, hundiendo mi cabeza en su pecho.

Por un exiguo instante, me sentí a salvo en sus brazos. Era paradójico, estábamos en la cárcel, él estaba condenado a muerte y mi marido había sido asesinado poco tiempo antes; pero, por unos segundos de gracia, yo volví a ser una cría y mi padre me hizo sentir protegida de todo el mal que nos rodeaba, tal vez porque de niña, cuando tenía pesadillas, él venía y me abrazaba de la misma manera.

—Ojalá esto fuera uno de mis malos sueños, papá —dije sin soltarle. Aspiré su olor. Por debajo del hedor a encierro y a cárcel, a mí me olía como siempre su piel, a jabón y a verano. Era el aroma de mi infancia, de estar en casa y de ser feliz, así que quise guardarlo para poder recuperarlo cuando él ya faltara.

—Hija mía, hay que seguir. Volverán tiempos mejores —me dijo tratando de no emocionarse.

Supongo que él también recuperaba mi infancia en esos abrazos.

—Papá, si ves a Rai en el cielo, dile que lo querré mientras viva. ¿Lo harás? —le supliqué.

Él se quitó las gafas y frotó sus ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Pues claro, hija, qué cosas tienes. Será lo primero que haga cuando el bueno de San Pedro me deje entrar en el Paraíso.

—Te quiero —dije abrazándole, y reímos, a pesar de la tristeza.

Entonces mi madre, que había estado en un segundo plano porque entendía que debíamos despedirnos, se acercó hasta nosotros y nos abrazó también.

Aquella escena se repitió muchos días. No sé cuántos. Incluso llegué a ir con los niños y le di la satisfacción de poder despedirse también de ellos. Sin embargo, el día trece de octubre no nos llamaron para que fuéramos a decirle adiós. Nos llamaron para algo mucho más terrible y definitivo, para decirnos que papá había muerto. Yo debo decir que no me sorprendió. Ya lo sabía. Lo había sabido desde unas cuantas horas antes.

En algún momento, había sentido, de una forma muy clara, que tampoco tenía ya padre.

Epílogo

«Cualquier hombre o institución que trate

de despojarme de mi dignidad, fracasará».

Nelson Mandela

El dolor quedó anestesiado por tres años de guerra infame que lo dejó todo convertido en un erial. El hambre y el afán de sobrevivir a la miseria y la destrucción imperaron sobre las lágrimas y el luto. Juro al que lea esto que los que estuvimos allí pospusimos nuestra propia pena por aquellos a los que teníamos que alimentar y sacar adelante.

Pero había que tomar decisiones. Y cuando mi padre murió, llegó el momento de decidir qué hacer a continuación. La guerra era ya una realidad, y era importante buscar un refugio para nosotras y los niños. Volver a Cartagena era impensable no solo por las bombas, sino también porque era tierra de masones y enemigos. Allí solo nos esperaba sufrimiento. Y yo tenía miedo de Barbosa y de los marxistas. Tenía miedo de que les pasara algo a mis hijos.

Pensaba en eso día y noche. Rezaba una y otra vez para que alguien en el cielo nos protegiera. Tanto era mi desconsuelo que le prometí a Nuestra Señora, la Virgen de la Caridad, que, si me ayudaba en esos momentos oscuros y protegía a mis niños, jamás me quitaría ya el luto como sacrificio. Y lo cumplí. Me puse de negro con apenas treinta años y no he vestido de otra forma en los más de cincuenta inviernos transcurridos desde entonces.

A Rai también le imploré su ayuda. Le juré, allá donde estuviera, ya fuera en lo hondo de la mar o en lo más alto del cielo, que, si salía con bien de ese trance, jamás volvería a casarme. Sabía que era una oferta demasiado tentadora para un tipo como él, y estoy segura de que se ocupó con especial esmero de que pasáramos los tres años a salvo.

Cuando recibí la llamada providencial de mi querida María Oyola, no tuve duda de que era una señal de que en el cielo habían atendido mis súplicas.

—Siento mucho lo de tu padre, cariño —dijo.

Al escuchar su pésame no sentí tristeza, sino alegría por volver a oír su voz.

—Oh, gracias, María. Al menos todo ha terminado, por fin.

Después de mi respuesta, se hizo un breve silencio que duró algunos segundos. Luego ella se recompuso.

—Espero que lo tengas ya todo dispuesto. Llevamos un tiempo esperándoos.

—¿Cómo?

—En Lorca, Alba. Ya te lo dije. ¿Es que no te acuerdas? —me explicó con voz indulgente, como si yo fuera una niña pequeña a la que hubiera que exponerle las cosas de forma sencilla para que las asimilara.

Lorca. Me acordé de todas las veces que ella me había hablado de sus tierras en Lorca. Antes de que la guerra estallase, María me describió muchas veces su infancia, los campos y los cultivos de la finca en la que había crecido, así como las fiestas que sus padres organizaban para las amistades, generalmente ligadas a alguna fecha especial de la siembra y la cosecha o del cambio de estación. Hablaba con nostalgia de celebraciones por todo lo alto, en las que no se escatimaba en comida y bebida, en música y en baile, y en las que todos se divertían hasta altas horas de la madrugada. Ella era el resultado del modelo de familia en la que había sido criada, una familia que gozaba con estar rodeada de gente y que siempre tenía las puertas de su casa abiertas para las visitas y los invitados. Heinrich había sabido ofrecerle a María una forma de vivir similar y ese era el éxito por el que aún seguían juntos. Esa natural generosidad que deviene de abrirse al mundo en lugar de encerrarse en uno mismo era una de las cosas que más me gustó siempre de María.

—¿Cuándo venís? —insistió, sin plantearse que yo tal vez pudiera declinar su oferta.

Sin embargo, algo en mi interior me decía que debía rechazarla. Nosotros representábamos muchas bocas que alimentar: mi madre y los cuatro niños, Elisa, Quica, Candela y yo. Si hubiera estado sola no habría dudado, pero éramos unos cuantos y aquello me parecía cargar con una enorme responsabilidad a los Müller. Además, ya se intuía que la guerra iba a durar mucho tiempo.

—Te lo agradezco María, pero no puedo aceptar. Ya tienes bastante con cuidar de Candela y de doña Elisa. Creo que ni en una vida entera podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No digas tonterías, querida. No puedes volver a los Gabatos, no es seguro. De Cartagena mejor ni hablamos, y la mayoría del país está devastado, por no decir lo peligroso que es dedicarse a atravesarlo sin saber bien adonde se dirige uno. Las ciudades como Madrid, donde aún te puede quedar algún amigo, son republicanas. Creo que no miento si digo que necesitas la ayuda que te brindo.

María tenía razón. No teníamos dónde ir. Nando me había insistido mucho en que podíamos huir a otro lugar de Europa o a América. Él tenía dinero y podía buscar la manera de sacarnos del país, pero yo no quería irme. Y aunque quisiera, era complicado también que todos pudiéramos salir sanos y salvos de España. Con seguridad, Nando me hubiera ofrecido que marcháramos los niños y yo junto a él y su madre. Pero la verdad es que no hubiera sido capaz de abandonar al resto. Todos ellos eran ahora mi familia.

Así que al final claudiqué y le pedí a Nando que me llevara hasta la finca de María en Lorca, cosa que por supuesto hizo. La Quica, tal vez sabiendo que éramos demasiados incluso para los Müller, decidió que no nos acompañaría y se volvió a su pueblo después de más de treinta años fuera de él. Dijo que tenía una sobrina que también estaba sola y que las dos cuidarían una de la otra. Se despidió de nosotros con mucha pena y sentimiento, pero juró que nos buscaría cuando todo hubiera terminado. Lo cierto es que no volvimos a verla.

Nando me dejó en la tierra de María, y se marchó después, pesaroso por separarse de nosotros. Volvió a Torre Catá a buscar a doña Marga y sé que luego huyeron al extranjero, tal y como había planeado hacer desde un inicio. Al poco tiempo de aquello, también Heinrich y Karl, el hijo de los Müller, huyeron a Alemania, donde el cónsul pensó que le sería más fácil controlar sus negocios.

De modo que, en aquella casa de mujeres, permanecimos durante toda la guerra María y yo con mi madre, Elisa, Candela y los críos. Cierto es que había algunos milicianos apostados en la puerta que vigilaban día y noche desde fuera para que nadie nos molestara, supongo que por orden de Gerardo Ros, que tenía muchos contactos y supo cuidar bien de nosotras, pero el caso es que aquello fue como vivir en un refugio, sin que el terrible ruido de las bombas, las muertes y la violencia nos perturbasen demasiado. Allí, con el tiempo suspendido, María y yo nos convertimos en hermanas de verdad, porque solo en la adversidad más absoluta se cimentan relaciones como aquella que nació entre nosotras.

No obstante, aunque Gerardo fuera nuestro protector, el hambre

no entendía de bandos. Nos tocó trabajar el campo como peones. Cultivamos algunos tubérculos, ordeñamos la única vaca que había y, de vez en cuando, una vieja gallina clueca nos ponía algún huevo que hacía nuestras delicias. Mientras, Elisa y mamá cuidaban de los niños, les daban clases y les remendaban la ropa, porque crecían tan deprisa que había que estar apañando las prendas una y otra vez. Me acuerdo de lo contenta que parecía Elisa enseñando a leer a la Nena, o impartiendo lecciones de aritmética y geografía a los mayores. También les enseñaba música y francés. Todo era poco para sus pequeños. Siempre la recordaré como una profesora entregada y vocacional. Volver a enseñar la hacía sentirse viva, como si los tiempos de la academia de señoritas no se hubieran terminado, y como si aún quedara algo del esplendor de aquellos años veinte, años en los que el suyo fue, sin duda, uno de los mejores negocios de Cartagena.

Sin embargo, poco le duró aquella ilusión. Cuando llegó el primer invierno, con el fresco y la humedad, cogió un enfriamiento que se le agarró en el pecho y empezaron las primeras toses. Al principio parecía una cosa sin importancia, algo pasajero, pero la tos no se marchaba y pronto se convirtió en una expectoración muy fea. A lo mejor no hubiera sido para tanto en tiempos de paz, donde quizás alguna de esas píldoras de farmacia que prometían milagros hubiera sido suficiente, pero, en medio de una guerra como aquella y en mitad del campo, desde luego era una tos de las que no auguraba nada bueno.

En efecto, su cuadro se agravó y el catarro inicial derivó en una pulmonía. Comenzó a tener fiebre, cada vez más. Deliraba tanto que supimos que ya solo quedaba esperar a que se muriera. Era una mujer fuerte, de las de antes, y resistió mucho tiempo, se defendió de la parca como gato panza arriba, pero estaba exhausta y ya no podía más. Recuerdo que se me murió en los brazos una de esas frías tardes en las que a las cinco y media ya está oscuro fuera. Desde bien temprano en la mañana yo pude sentir que su final estaba cerca.

—Alba, eres una gran mujer —balbuceó tratando de despedirse—. Para mí, has sido como la hija que no pude tener.

—Usted también es como una segunda madre para mí, Elisa.

No sé si me escuchó decir aquello, porque para cuando lo dije, ella había cerrado los ojos y, en algún momento de los que siguió, se paró su respiración de una forma pausada y tranquila, sin sufrimiento ni tragedia.

Lloré un buen rato junto a su cuerpo ya sin vida. Luego, María y yo, con nuestras propias manos, cavamos su tumba en el jardín y allí mismo, de pie frente a su sepultura, le dedicamos unas oraciones, algo parecido a un responso, por su descanso eterno.

* * *

Lo único bueno que tienen las guerras es que, cuando todo el mundo parece agotado y ya no queda nada más que destruir, terminan. El fuego, cuando no tiene oxígeno, se extingue. En las luchas, cuando el horror alcanza su clímax, alguien se proclama vencedor y cesan los tiros.

Eso sucedió en la primavera de 1939. Agradecida de que llegara por fin la paz, y con ganas de empezar de nuevo, decidí que tenía que seguir mi camino.

—Tengo que pensar dónde iremos —le dije a María.

Le comenté que tal vez Madrid era la mejor opción.

—Pero podrías quedarte aquí algo más de tiempo. Me sentiré muy sola sin ti y sin los niños —replicó ella.

La idea de que nos marchásemos la ponía muy triste.

—Puedes venir conmigo… —le ofrecí, aunque sabía que no iba a aceptar.

—No, mi sitio está aquí. Heinrich volverá pronto y espero que Karl también lo haga. Dice su padre que se le ha metido en la cabeza ir al frente a luchar. Ese Hitler les mete a todos en la sesera que su vida solo tiene sentido si sirven al Reich, y ellos, los muy ingenuos, van y se lo creen. La verdad es que, después de lo que hemos pasado aquí, el pensamiento de que mi hijo se aliste no me puede parecer más estúpido y aterrador, querida. A veces el mundo, simplemente, es absurdo.

¡Pobre María! La guerra en España terminaba, pero la que asomaba en el horizonte de Europa prometía ser aún peor. Me daba una pena terrible separarme de ella, pero necesitaba empezar a construir nuestra vida en algún lugar donde los recuerdos no me envenenaran. Pronto supe que había algunas viudas de oficiales que habían logrado meter a sus hijos en el Colegio de Huérfanos de la Armada, en Madrid. Pensé que esa opción, además de una buena educación para los niños, me ofrecía un terreno neutral donde

empezar de cero y la compañía de otras mujeres como yo, solas y sin otra alternativa que la de luchar para sacar adelante a sus familias rotas. Además, Franco, al poco de ganar la guerra, fue concediendo a las esposas de los asesinados en el *España 3* unas buenas pensiones y la Medalla del sufrimiento por la patria. Con esas rentas, mi vida debía resultar un poco más sencilla pues tenía también aquellas joyas que había escondido en la muñeca de la Nena y, con todo ese dinero, podría tirar un tiempo, el suficiente hasta poder vender más tarde la finca de los Gabatos, y recuperar todos aquellos otros objetos de valor que Elisa enterró en el campo de los Solís al inicio de la guerra.

Así, sin un plan mucho más elaborado, me abracé a María llorando y le dije adiós y luego partimos en busca de un futuro mejor. Candela se quedó allí en Lorca, al servicio de los Müller. Le gustaba la vida de campo y no quería mudarse a una gran ciudad como Madrid. Para María, la compañía de aquella muchacha dócil de ojos almendrados y sonrisa franca atenuaba un poco la enorme sensación de soledad que se le quedó con nuestra partida, así que no hubo más que decir.

Llegué a Madrid a comienzo de los años cuarenta. Nos instalamos en un piso bien grande, en la calle Silva. Nuestra casa ocupaba la mitad de la tercera planta, que era mucho. A Rai le hubiera gustado aquella casa, espaciosa y con los techos altos, y eso fue lo que pensé cuando la vi la primera vez. Tenía una amplia cocina, dos baños, cinco dormitorios más el de servicio, y lo mejor de todo, la renta no estaba nada mal, pues costaba mil trescientas pesetas anuales que podía pagar con comodidad mes a mes.

En aquellos primeros días, la ciudad parecía todavía un gran queso de agujeros: edificios comidos por las bombas, caras llenas de hambre y de miedo, piojos, desabastecimiento y muchas enfermedades. No había agua potable ni luz, ni transportes ni comida y apenas se podían encontrar trabajadores cualificados. Lo único que abundaba eran mujeres sin nada que llevarse a la boca, pero con dos manos y una enorme voluntad de ayudar a reconstruirlo todo de nuevo.

No me planteé objetivos ni planes a largo plazo. Me limité a dejar que un día sucediera a otro día y, los comienzos, como ocurre siempre, no fueron nada sencillos. Echaba de menos a Rai y salir adelante era toda una hazaña. Me costaba lo indecible llevar a los niños al colegio y lograr que aquella casa inmensa funcionase y entrara en calor. Hubo noches en que mandé a los chicos a la cama con el estómago vacío, y otras veces en las que mamá y yo pasamos

más de una semana sin cenar para que ellos hicieran al menos dos comidas calientes al día. Pero, poco a poco, con gran esfuerzo, la situación mejoró y nos hicimos a esa vida.

Al cabo de un tiempo, empecé a tener amistad con esas otras viudas que también llevaban a sus hijos al colegio de los míos, y supe por ellas que Luisita Portela había sobrevivido y estaba en la capital, así que logré localizarla y empezamos a vernos para tomar café, o, más adelante, para ir al cine o al teatro. Fuimos amigas hasta que ella murió hace algunos años. Nunca se casó y no miento si digo que a veces se comportaba como si fuera la viuda de Juanito Mota, al que amó toda la vida.

También recuperé el contacto con el bueno de Nando de Fuentelaguna, que regresó a España a mediados de los años cuarenta y se instaló en Madrid. Pronto se convirtió en un amigo apreciado, con el que yo salía algunas tardes a la ópera o a alguna función teatral, para deleite de mi madre y de doña Marga, que volvieron a las andadas con sus viejos planes de casamenteras. Hay cosas que ni la guerra puede cambiar.

—Aún eres muy joven, cariño. Podrías empezar de nuevo. ¿Qué vas a hacer toda la vida sin un hombre al lado? ¿No pensarás envejecer sola?

Yo me reía porque eso era exactamente lo que pensaba hacer. Le había prometido a Rai que no me casaría de nuevo y nunca tuve intención de faltar a mi promesa. Nando no lo entendió y, cuando se me declaró por segunda vez y le repetí que mi corazón pertenecería para siempre al único amor de mi vida, se quedó muy triste y salió de casa enfadado. Nuestra amistad languideció hasta extinguirse como un fuego que no se alimenta. Dejó de venir por casa y ya no supe lo que fue de él ni que le deparó el destino.

¿Qué si volví a ser feliz en algún momento tras la guerra? Creo que sí. Me costó mucho y lloré muchas noches la ausencia de Rai. En el fondo, nunca dejé de tener la esperanza de que volviera, de que un día apareciera por la puerta y me dijera que, de algún modo milagroso, se había librado de morir aquella horrible madrugada. Nunca enterré su cuerpo, no vi su cadáver ni me despedí. Tal vez por eso albergué algunos años la secreta ilusión de que regresara y soñaba muchas noches con aquel anhelado reencuentro.

Pero, a pesar de todo lo que había vivido y de que obviamente Rai no volvió, yo aún tenía motivos para sentirme dichosa. Estaban

mis cuatro hijos, mi madre y, por supuesto, mis escritos. La literatura fue para mí, una vez más, el mayor refugio contra la desdicha y la amargura. Al poco tiempo de instalarnos en Madrid, comencé a escribir. Al principio, solo me salían frases sueltas llenas de tristeza y dolor, pero luego los relatos y las historias volvieron a brotar de mi mente con más fuerza que nunca. Pronto, encontré la forma de publicar mis libros y, esta vez, tuve la valentía de firmarlos con mi propio nombre. Mi madre, que décadas antes se opuso con vehemencia a mis aspiraciones literarias, al verme retomar todo aquello, decidió regalarme una máquina de escribir nueva, y esa es la que sigo usando hoy día y la que me ha servido como instrumento para esta narración. Solo lamento que el pobre Horacio Escarabajal muriera durante la guerra, y no llegara a ver como su pupila, en la que siempre confió, fue capaz de cumplir aquel sueño suyo de ser una verdadera escritora.

* * *

Con todo, después de abandonar Lorca, añoré infinito a mi querida María. En un inicio nos escribimos muy a menudo. Yo le contaba cómo era adaptarse a vivir en la capital y ella me hablaba con su habitual sarcasmo de lo preocupante que se había vuelto la situación en Alemania y de la terrible contienda que se libraba en todo el viejo continente.

Al principio, el tono de sus cartas era más desenfadado y banal, pero poco a poco dio paso a una forma de escribir que denotaba su angustia. Me explicó que Karl se había alistado y que, desde entonces, estaba en un sinvivir. Karl era un chico cabezota y descerebrado al que su padre, también irresponsable e inmaduro, había animado, entre delirios de honor y gloria, a servir al imperio alemán.

Supe que algo no iba bien cuando el flujo constante de sus cartas se interrumpió. Yo seguía enviándole las mías, con la esperanza de recibir respuesta, pero la situación no se normalizaba y me temí lo peor.

Fue Inés Cantos, que logró sobrevivir a la guerra y con la que también comencé a mantener abundante correspondencia, la que me informó de que Karl había muerto a manos de los aliados en el año 1944, y de que eso había enloquecido sin remedio a la señora Müller, a mi querida María. Ella, al conocer la noticia terrible del fallecimiento de su unigénito, alzó su voz únicamente para decirle unas palabras terribles a su esposo: «Tú lo has enviado a la muerte, Heinrich, y te odiaré por ello mientras viva».

Candela, el resto del servicio e incluso los vecinos lo escucharon todo. Aquella espantosa escena, de gran violencia entre ambos, abrió la caja de Pandora y se recriminaron de golpe todas las cosas indecentes que hasta entonces su matrimonio había sabido sobrellevar sin escándalo. Después de interminables gritos e insultos, todo culminó con el silencio de ella, que no volvió a pronunciar palabra alguna jamás. Enmudeció, y en su mutismo pesó, con toda crueldad, la idea de la culpa de Heinrich por la muerte del hijo de ambos. Este, al cabo de un tiempo, no pudo soportar los remordimientos y se quitó la vida.

Así fue como María, mi buena y leal María, convertida en una anciana, se postró en una mecedora que colocó en uno de los miradores de su imponente casa, la mansión que en otro tiempo fue el consulado. Desde allí, aguardó día y noche a que su hijo volviera. Ni las palabras amorosas de Candela ni el intento de Inés para que aceptara con resignación la muerte de Karl funcionaron. Mi pobre amiga se consumió en la espera.

Cuando Inés me puso al corriente de todo esto, pensando quizás que solo yo podía hacer reaccionar a María, dejé a mis hijos con mi madre y marché en tren hasta Cartagena. Hice cuanto pude para sacarla de su terrible estado, pero ella no reaccionó ni dio muestras jamás de entender lo que yo le decía. María se perdió para siempre en los confines de su dolor y la muerte de su único hijo se llevó su cordura para siempre.

Algunos años más tarde, supe que había muerto sola en aquella casa, pero, durante mucho tiempo, contaron los cartageneros que, en las ventanas del 33 de la calle Muralla del Mar, en el antiguo consulado, podía verse su fantasma meciéndose rítmicamente, esperando desde la eternidad el regreso de su hijo muerto en el frente. Yo jamás la vi allí, de modo que tuve que conformarme con ir a despedirme de ella a su tumba en el cementerio de los Remedios, donde, desde entonces, siempre hay flores frescas por encargo mío.

* * *

Como decía, Inés Cantos sobrevivió a la guerra y también lo hizo su esposo, Jesús Solís. Sin embargo, tras la contienda se sentían exhaustos y envejecidos. *La Voz* no volvió a ver la luz ni tampoco quiso Jesús retomar muchos de sus otros proyectos ni empresas. Los Solís se retiraron a Torré Catá, donde llevaron una vida de eremitas y donde tuve ocasión de visitarlos muchas veces, entre otras, cuando fui a recuperar los tesoros que salvé de caer en manos enemigas durante

la guerra. Su hijo Juan se convirtió en un médico respetado y reconocido, que, si bien no continuó con la tradición periodística de sus padres, se ocupó sin embargo de documentar la historia de la ciudad en diversos libros, para que no se olvidaran los hechos ni las tradiciones de nuestra querida Cartagena con el paso del tiempo.

Con el resto de mis amistades de juventud, fui retomando el contacto durante los veranos que siguieron. Hubo un par de ocasiones en las que nos reunimos en el salón árabe de la casa Valarino con las damas del antiguo Comité de Señoras por invitación de doña Caridad, que tal vez tenía nostalgia de los viejos tiempos. Allí, nos engañamos por un instante pensando que el tiempo no había pasado y que nuestros maridos nos esperaban para cenar o que don Alfonso saldría de su despacho en cualquier momento y se acercaría a saludarnos, como tantas veces había hecho antes de que todo se truncara para siempre. A Torres lo mataron la misma noche que a Rai y por el mismo motivo terrible: la venganza del *Jaime I*. Murió junto con una saca de gente ilustre, en aquella triste madrugada, en el Puerto de la Cadena y de un tiro por la espalda. Según dijeron algunos, antes de que lo mataran, este tuvo tiempo de gritar un valiente «¡Viva España!» que resonó con un eco impresionante y que fue rebotando en las faldas de las montañas hasta perderse para siempre en la negrura de esa noche teñida de sangre.

Pero tal vez fuera por eso, porque él, el señor Torres, no salió a saludar aquella tarde, por lo que dejamos de hacer aquellas reuniones. Era demasiado doloroso sentir tan cerca el peso del ayer y terminamos por comprender que mirar hacia el mañana conllevaba romper definitivamente con cosas como aquellas.

De todos modos, imagino que nada de eso es lo que interesa para terminar esta historia. Supongo que debería hablar de Barbosa y de los del otro bando, de aquellos que convirtieron nuestra vida en un infierno. ¿Pagaron por ello? ¿Tuvieron su justo castigo?

Muchos no lo hicieron. Huyeron al exilio y se libraron de pagar la pena que les hubiera correspondido. Fue el caso de Gerardo Ros, de Barbosa, de Balboa, de Manuel Gutiérrez, de Antonio Ruiz, de los Rego o de Francisco Llorca. A esos, en los sumarios de la Causa General, los declararon en rebeldía y luego los olvidaron. Otros, sin embargo, pagaron sus crímenes con su propia vida como Crisanto López, a quien fusilaron en la tapia del cementerio de los Remedios.

Tengo que decir, en todo caso, que yo no me esmeré demasiado en saber qué había sido de ellos. Nos enteramos de las ejecuciones por

las noticias. Mi indiferencia hacia los perpetradores era clara, porque nada de lo que les pasara me iba a devolver a mi esposo ni tampoco la vida que me arrebataron. Si acaso sus sentencias solo servían para revivir todo de nuevo y para encender rescoldos de odio y de resentimiento. No quería odiar. Le había hecho esa promesa a Rai. Si quería cumplirla, debía olvidarme de todos ellos. Debía mirar hacia adelante y olvidar el pasado. No había otra forma de hacerlo.

Por supuesto que eso no fue fácil. Lo más sencillo era desear venganza. Pero, para entonces, yo ya sabía que Arturo era solo un hombre arrogante y equivocado. Él creía que había sido llamado a cambiar el mundo y quería ser recordado por ello con fama y honores. Nada de eso ocurrió y yo quiero pensar que, cuando todo se tornó caos y locura, cuando ya no se podía dar marcha atrás, a él se le cayó la venda de los ojos. Tal vez, años más tarde, ya desde México, donde murió empobrecido, consumido por un cáncer de estómago terrible que lo sometió a dolores espantosos y abatido por no haber podido volver a España, purgó sus pecados y deseó haber generado menos división y discordia. Pero fuera así o no, ¿acaso no fue ese suficiente castigo?

* * *

Ya casi he terminado. Solo queda una última cosa más. Queda hablar sobre alguien que también tuvo un hueco especial en esta historia, y sobre quien es justo que escriba las últimas líneas.

Debo decir que, tras morir Rai y salir huyendo, me olvidé por completo de su existencia. Cuando recibí su visita, inesperada por completo, casi nadie a nuestro alrededor hablaba ya de la guerra. Todos queríamos olvidar para poder seguir viviendo de la forma más digna posible.

Aquel día, andaba en mi cuarto escribiendo cuando llamaron al timbre. Mi madre fue a abrir y me avisó desde la entrada.

—Alba, tienes visita —gritó.

—¿Quién es, mamá? No espero a nadie —respondí yo, molesta porque interrumpieran mi concentración.

Ella no contestó, así que no me quedó otra que ir hasta allí. Cuando llegué, su mirada me hizo comprender que algo no iba como debía. No me costó darme cuenta de lo que era. En el rellano había una señora desconocida, con mala pinta, sucia y mal vestida, que parecía estar ahí con el único propósito de pedir una limosna.

Entonces no era tan extraño que la gente fuera puerta por puerta para pedir, pero lo que me chocó fue que mi madre me llamara, en lugar de despacharla ella misma directamente con alguna moneda.

—Sabe tu nombre, hija. Y quiere hablar contigo. Ya me lo explicarás luego… —se limitó a decir, marchándose y dejándome con la intriga.

Sin embargo, al mirar a la mendiga con más detenimiento, me di cuenta de que, en efecto, me sonaba de algo. No sabía de qué, pero no tenía ninguna duda de que nos conocíamos.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté un poco confusa.

—¿No me reconoce, doña Alba? —dijo ella sonriendo con tristeza. Al hacerlo, dejó al descubierto el interior de su boca y noté que le faltaban algunos dientes.

—Discúlpeme, la verdad es que no… —respondí apurada.

Pero en ese momento me fijé en el lunar que tenía encima del labio.

—Claro que sé quién eres… Dolores… ¡Eres Dolores Carrasco! —exclamé finalmente.

En efecto, aquella señora con la piel cuarteada y el pelo blanco era la que en otro tiempo había sido novia de Greg. Costaba darse cuenta, porque ahora tenía pinta de anciana y no quedaba nada de su antigua belleza. Era evidente que la guerra y la vida la habían tratado mal y por eso estaba irreconocible, como una muñeca rota y despelucada. Solo en lo más profundo de su mirada se adivinaba un minúsculo rescoldo de la mujer orgullosa de otro tiempo.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Su rostro demostraba que sentía una mezcla de pudor e impaciencia. Yo la dejé entrar y la invité a sentarse en el salón. Cuanto más la miraba, más impresionada me sentía.

La última vez que la había visto, ella me había echado en cara que la muerte de Greg había sido culpa mía y luego me había soltado sin miramientos que Rai también había muerto. Sacudí la cabeza. No quería recordar nada de eso. Tampoco podía entender qué hacía en mi casa aquella que tanto me despreciaba. Sin embargo, al observarla, tan demacrada y desvalida, me pareció que todo aquello que tanto me

había hecho sufrir, formaba parte de otra vida. Como si los tres años de la guerra lo hubieran difuminado de algún modo.

Ella permaneció un rato callada, sin decir nada. Era como si le hubiera costado un mundo llegar hasta allí pero ahora no supiera cómo seguir.

—Lo siento, Dolores —dije, porque al mirarla fue lo único que me salió—. Siento que todo terminara tan mal para las dos.

Ella asintió. Estaba a punto de romper a llorar y quería evitarlo a toda costa. Se retorcía los dedos, nerviosa. Tosía y tenía aspecto de estar enferma.

—Yo… bueno, Alba, verá, cuando él murió, me las apañé como pude. No fue fácil, se lo aseguro.

—Ya imagino —dije yo pensando en la miseria y el hambre que aún estaban recientes para todos.

—Yo siempre fui una mujer decente, ¿sabe? —dijo por fin—. Pero la guerra es muy dura y, cerrado el Ateneo, no tardé en andar rebuscando en las basuras y pidiendo limosna. La mayoría de los amigos de Greg me dieron la espalda tras su muerte. Le consideraban un traidor. Otros, simplemente huyeron y pusieron tierra de por medio. Así que acabé sola, sin un lugar adónde ir, atrapada en el Molinete, sin dinero ni comida. No me quedó más opción que pedir, robar y hacer cosas peores. Tenía que sobrevivir. Si no hubiera sido por la ayuda de Caridad la Negra, posiblemente no estaría ahora mismo aquí contándole todo esto.

Ella se calló y yo la miré. Supuse que había tenido que convivir con lo peor de los dos mundos. De un lado, su vinculación con el partido republicano la convertía en una proscrita en la España de Franco. Pero, al mismo tiempo, los suyos también renegaron de ella al considerar a Greg, su amante, un traidor.

—Comprendo…

No sabía adónde quería ir a parar ni que la había traído hasta mi casa. Pronto iba a descubrirlo.

—Necesito su ayuda, Alba. Sé que no tiene por qué hacerlo y que no merezco ni siquiera que lo considere, pero no tengo donde ir.

Yo no respondí. ¿Qué podía decirle?

—Greg me dijo una vez que si a él le pasaba algo viniera a verla. Dijo que usted me ayudaría —continuó.

Pensé en Sousa. Él salvó a Rai. Yo le debía un favor y le prometí en Marruecos que saldaría mi deuda llegado el momento. Además, Greg murió por ayudarme, eso también debía tenerlo en cuenta. Pero, al mismo tiempo, no podía quitarme de la cabeza que habían sido sus ideas revolucionarias y sus complejos de clase los que lo llevaron a elegir a los amigos equivocados, a los que lo traicionaron y lo mataron, y, sobre todo, a los que asesinaron también a Rai.

—Alba, sé que no tengo derecho… —intentó decir Dolores, pero se le quebró la voz.

—No, no lo tienes —respondí, seca y cortante.

Recordé también la última vez que nos habíamos visto. Su mirada de odio, el desprecio con el que me escupió en la cara y también la manera en la que me dijo que Rai estaba muerto. Sentí una intensa punzada de dolor. Viejas heridas que se reabrían. Quise echarla de mi casa y olvidar todo aquello.

Ella, muy nerviosa, adivinando como me sentía, se puso de pie y se fue hacia la puerta. Cuando iba a salir, se volvió y dijo:

—No he debido venir. Lo siento. Ha sido una mala idea…

Cerré los ojos por un momento. Pensé en Rai y al hacerlo, sentí como si el guardapelo en mi pecho me quemara de pronto. Fue solo un segundo, pero ese instante bastó para cambiarlo todo. «Si dejas que el odio te destruya, habrán ganado ellos», me había dicho en su carta de despedida. Esas palabras resonaron con fuerza en mi cerebro. Fue suficiente para hacerme reaccionar.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Ella me miró como si no me entendiera. Se lo repetí:

—¿Tienes hambre?

Dudó un poco, pero luego asintió tímidamente con la cabeza.

—Ven, te voy a hacer algo de comer —añadí.

Entonces la conduje hasta la cocina, despacio, las dos arrastrando los pies por los interminables pasillos de mi casa, sin cruzar una palabra. Al llegar, la senté en una silla y me puse a calentar un poco de caldo de gallina, en estos mismos fogones donde luego ella ha trajinado durante los últimos cincuenta años.

Porque sí, aquella Dolores, Lola, a partir de ese día fue Lolines, y en los años que siguieron, aquel juramento que hicimos las dos se selló con fuerza entre nosotras. Hicimos el pacto de no mirar hacia el pasado para que las heridas no sangraran de nuevo y el rencor no lo emponzoñara todo. Por eso Lolines no quería que yo empezara esta historia y por eso, tal vez, me insistía tanto en que abandonara mi

propósito. «No abra las compuertas del pasado, señora», me repitió una y otra vez suplicante. «Deje sellado el ayer que es lo mejor que en nuestro caso puede hacerse».

Pero esto ya está escrito, por fin. Mientras las moscas pululan a mi alrededor y Lolines las espanta, como siempre, a manotazos, yo la observo hacer, al tiempo que degusto caramelos de violeta.

Y luego miro el reloj. Se ha hecho bastante tarde.

—Deberíamos pensar en hacer algo de cena, ¿no crees? —le pregunto.

—¿Qué le parece una tortilla a la francesa? —dice ella como si lo tuviese pensado desde por la mañana.

—Me parece estupendo. Te ayudo a poner la mesa.

Con movimientos lentos, apago la lámpara del escritorio y camino hacia la puerta. Pero, antes de salir, regreso y cojo de la mesa el guardapelo aún abierto en dos mitades para colgármelo de nuevo en el cuello. Entonces algo me detiene y por unos segundos me quedo parada, mirando la foto de Rai, fijándome en la expresión de sus ojos.

Y por un instante, me pregunto si finalmente lo habré contado todo tal y como a él le habría gustado.

Espero que así sea.

Nota de la Autora

Veinte millas está inspirada en algunos acontecimientos de la vida de mis bisabuelos, Ana y Rafael, y es mi forma de rendirles homenaje. Una buena parte de la trama, sin embargo, es pura ficción y no sucedió nunca. Hay personajes basados en figuras históricas reales fácilmente reconocibles, pero la mayoría de las veces he preferido cambiarles el nombre en aras de una mayor libertad a la hora de contar la historia.

A Rafael lo mataron una madrugada bañada en sangre, la del 15 de agosto de 1936, en algún lugar del Mediterráneo, a unas veinte millas hacia el sur de Cartagena. Le dispararon en la nuca, junto a ciento cincuenta oficiales más que compartieron su trágico destino. Luego lo arrojaron al mar con una parrilla en los pies que debía ayudar a que se hundiera para siempre en las profundidades de aquellas aguas, privándonos a sus descendientes de darle digna sepultura.

Cuando Rafael perdió la vida, tenía treinta y cinco años y Ana no había cumplido los treinta. El matrimonio tenía cuatro hijos pequeños, el menor apenas rozaba los dos. A pesar de las dificultades, ella salió adelante sola y jamás olvidó al amor de su vida, Rafael, a quien siempre llevó colgado en el pecho gracias a aquel precioso guardapelo de esmalte que sale en la novela. Este llegó años más tarde hasta mí y me ha acompañado a cada página del manuscrito, conectándome con ellos y desafiando las barreras del tiempo y el espacio.

En los años que siguieron, Ana supo enterrar el dolor en su corazón y no nos habló jamás a sus sucesores de la magnitud de lo que le ocurrió de joven. Tampoco guardó rencor a los que se lo arrebataron todo. Solo repetía que algo así, una guerra entre hermanos, jamás debía volver a suceder. Y esas palabras fueron las que me movieron a contar su historia, para evitar que, con el tiempo, su tragedia caiga en el olvido.

Los acontecimientos de la matanza del *España 3* son abominables, como tantos otros en las guerras perpetrados por cualquiera de los bandos que en ellas toman parte. Sin embargo, solo desde el perdón podemos construir un mundo mejor y eso fue lo que Ana y Rafael comprendieron y lo que a mí me interesaba contar. Me mueve la esperanza de que nosotros, los de ahora, no olvidemos nunca lo que pasó para que, como decía mi bisabuela, tampoco repitamos sus errores.

Macarena Fedriani

Madrid, a 9 de enero de 2022

Table of Contents

VEINTE MILLAS